

Perdida sim ti



INDHIRA JACOBO

PERDIDA SIN TI

INDHIRA JACOBO

Título: **Perdida sin ti.**
2017© **Indhira Jacobo.**
Diseño de portada: **China Yanly.**
Revisión de estilo: Carolina Vivas
1ª Edición, septiembre, 2018.
©Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin permiso previo, y por escrito, de la titular de los derechos de autor. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Nota de la autora

Pensé mucho en escribir esta historia o no.

Para mí al igual que para muchas de ustedes, Emma es un personaje querido, y tenía miedo de que perdiera la esencia que tuvo en su paso por “[Te amé antes de conocerte](#)” y “[Te amaré por siempre](#)”, pero también entendí que existía la parte emocional, tierna y humana de la cual no pudimos disfrutar durante la bilogía. Además de que muchas de ustedes me lo pidieron y, a pesar de que, para mí, la historia estaba cerrada, quise complacerlas y les traje la continuación de este par de locos.

No podía empezarla desde cero ya que existía el relato ¡Oye, Bombón!, además del navideño. Así que simplemente lo tomé donde lo habíamos dejado: Después de la cena de navidad.

Espero que al igual que como hicieron con la bilogía, reciban esta historia con cariño.

Atención a las lectoras nuevas: esta historia contiene *spoilers* sobre la bilogía la chica de mis sueños.

Pueden ponerse en contacto conmigo en cualquiera de mis redes para hacerles llegar gratis el relato navideño que da inicio a esta historia.

Con cariño,
Indhira.

Todos somos aficionados. La vida es tan corta que
no da para más.
Charles Chaplin.

Contenido

[Nota de la autora](#)

[Prologo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epilogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prologo

En la cena de navidad...

—He mandado a los chicos al supermercado, así que ya puedes seguir hablando —me dice Adriana tan pronto le da las indicaciones necesarias a Maximiliano, su marido.

—No quiero tener hijos y él no lo entiende —prosigo con mi explicación—, ya ni podemos echar un polvo sin tener miedo de que salga con el tema.

Ya la cena está lista, así que nos hemos sentado alrededor de la encimera a conversar un rato.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Linda—, porque los años pasan y es normal que él quiera formar una familia.

Suspiro.

—No lo sé... Él y yo somos tan diferentes...

—Bueno, eso no es malo —señala Adriana—, Max y yo también lo somos.

—Puede, pero ustedes comparten su profesión —contesto—. Carlos y yo ni eso, y una relación no se puede basar sólo en el buen sexo. El otro día fuimos a una exposición y a los quince minutos ya quería irse porque estaba aburrido. Yo sueño con conocer el mundo, tener mi propia galería, me niego a llenarme de hijos y ser la mujer de un hombre que ni siquiera tiene una profesión definida. Lo siento, pero no me puedo conformar con eso.

—¿Ya les mostraste como te quedó? —Al escuchar la vocecita de Lía, todas giramos la cabeza y descubrimos a Carlos parado en el pasillo. Y ni la sombra de maquillaje que le ha aplicado mi ahijada bajo sus ojos sirve para ocultar el dolor que hay en ellos.

¡Mierda! ¿Qué tanto habrá escuchado?

Mis palabras sacadas de contexto pueden sonar duras, pero lo último que quiero es lastimarlo. Me quedo muda. Tiesa.

—Pensé que te habías ido con Max —dice Adriana, petrificada.

—Me quedé para jugar con Lía. —Sus últimas palabras se pierden en un suspiro de cansancio y derrota.

Cuando nos quedamos solas, las chicas me miran, ¿esperando qué? quizá que diga o haga algo. Sin embargo, no hago ninguna de las dos cosas. Simulo como si nada me afectó.

De regreso al comedor nos sentamos alrededor de la mesa, ahora decorada con una deliciosa cena navideña. Si no fuera porque Carlos no me mira ni me habla, todo fuera casi perfecto. Y como Adriana ha puesto su mejor empeño para que todo salga bien esta noche pongo mi mejor cara y trato de disimular mi incomodidad.

—¡Ya estamos aquí! —grita Alex al llegar, el hermano de Adriana, seguido por su prometida, Michelle y su mamá.

Adriana se levanta como resorte y sale corriendo a abrazarla con fuerza. Un abrazo al cual se agregan sus hijos.

—¡Salió positivo! —vocea Samia con la voz cargada de emoción, entrando en el comedor mientras agita una prueba de embarazo al aire con los ojos empañados de lágrimas.

—Vaya, veo que llegué en buen momento —dice doña Aura, la mamá de Adriana, con su característica alegría.

De inmediato todos nos reunimos alrededor de Samia y la llenamos de mimos y besos. Es hermoso. Su mejor regalo de navidad. Un milagro. Me alegro mucho por ella aunque eso signifique perder otro soldado. Ahora en definitivo, todas nuestras conversaciones andarán alrededor de la familia, niños y pañales.

—Bueno, ya van tres de cuatro, Emma —continúa doña Aura, ajena a todo. Luego se gira en mi dirección y con las cejas levantadas y una enorme sonrisa añade—: ¿y el tuyo para cuándo?

Siempre es la misma cosa con la gente. No entiendo esa manía que tienen; desde que se enteran de que alguien se va a casar o de que van a tener un hijo, te preguntan «¿y el tuyo para cuándo?»

Acaso cuando yo voy a un funeral a dar el pésame les pregunto «¿y el suyo para cuándo?» No, ¿verdad que no? porque eso sería descortés.

Me quedo bloqueada.

El salón se cubre de un prolongado e incómodo silencio. No estoy lista para esto.

—Tema sensible. —Escucho que le contesta Adriana, y si no fuera por el gran silencio que reina en la sala no lo hubiera hecho.

Un rato después vemos a Carlos dirigirse a la puerta de la casa con gesto resignado.

—¿Lo vas a dejar ir? —me pregunta Adriana.

—Sí, es mejor así. Luego hablaré con él.

Trato de disimular la tristeza y el miedo que siento. Puede que este sea

el fin.

Llego a mi piso y pese a que la cena fue muy amena, siento que me duele todo el cuerpo. Creo que es por el gran esfuerzo que he hecho durante toda la noche para tratar de disimular mi molestia, por la forma tan abrupta en la que Carlos abandonó la casa de Adri.

—¡Carlos! —Lo llamo apenas paso la puerta. Sé que lo que he dicho en casa de Adriana, sacado de contexto, puede llegar a ser mal interpretado. Mi intención no era lastimarlo, pero tampoco puedo sentirme mal por pensar de ese modo. Sin embargo, necesito hablar con él. Tenemos que aclarar esta situación.

Entro en mi departamento y lo busco por todas partes pero no lo encuentro. Al llegar a mi habitación, debajo de una llave, veo una nota sobre la cama.

He regresado a mi departamento.

Necesito pensar.

No me esperes.

Leo la nota dos veces porque tengo miedo de leer entre líneas. Puede que después de todo lo que ha pasado las cosas entre nosotros estén rotas. El sentimiento me causa cierta tristeza. Quiero a Carlos, de verdad lo hago, no obstante, no pienso perderme yo misma para agradarlo a él.

Capítulo 1

"A veces una no se despide, porque si lo hace, sencillamente no se va".

Emma

Dos meses después...

—Llego tarde... llego tarde —digo mientras paso por las puertas del Loft. He quedado con las chicas para contarles una excelente noticia. Entro casi a la carrera y saludo con un gesto de mano a la mamá de Linda, que está detrás del bar. No me detengo y voy directo a donde están sentadas en una mesa en el fondo del local—, ni me lo digan, lo sé, llego tarde —anuncio apenas ocupo una de las sillas—. Pero ésta vez tengo una muy buena razón.

—Cuando no. —Se burla Adriana.

—Tú tranquila, que ninguna de nosotras pensaba decirte nada —dice Linda—, ya estamos acostumbradas.

—Habla por ti —refuta Samia, y tras mirar la hora en su reloj añade—: yo debo estar en el hospital en hora y media.

—Bueno, ¿quieren que les cuente o van a seguir hablando...?

Estoy aceleradísima. ¡Todavía no me lo puedo creer!

—Pues, mira tú, yo que pensaba pedir una piña colada y ponerme a tomar un poco de sol... —dice Adri con guasa—, pero si es tan urgente creo que puedo esperar.

—¡He conseguido un nuevo trabajo! —La corto emocionada, antes de que siga hablando tonterías.

Las chicas me miran desconcertadas.

—No sabía que estabas buscando trabajo —pronuncia Adriana.

—Pensé que te gustaba tu empleo en la galería —comenta Samia con el

gesto fruncido.

—¡Pues claro! —aseguro—, ¡me encanta mi trabajo!

—¿Entonces por qué quieres cambiarlo? —inquire Linda, confusa.

—¿Recuerdan que hace tres meses fui a una exposición en Holanda?
—pregunto ignorándolas, dispuesta a contarles el notición que les tengo preparado. ¡Es para morirse!

—Ajá —contesta Samia.

—También recuerden que les mencioné que conocí a un tal Anieli Kakinos, propietario de una importante galería en Grecia. —Las miro una a una y veo que están tratando de hacer memoria, por lo que me imagino que no se acuerdan. De manera que, sin esperar respuesta, prosigo—: pues resulta que un amigo suyo tiene la intención de abrir una nueva galería y el señor Kakinos me ha recomendado.

—¡Pues enhorabuena! —exclama Linda.

—Gracias.

—Eso es una excelente noticia, cariño —añade Samia.

—¿Estarás al frente de la galería? —inquire Adri.

—Así es —contesto con una gran sonrisa sin ocultar mi orgullo.

—¡Esa es mi chica! —prosigue Adri.

—Es que esperen, aun no les he dicho lo mejor...

—Ah, ¿todavía hay más? —añade Linda. Cojo un poco de aire y les lanzo una mirada expectante.

—¡Es en Nueva York! —grito con mucho entusiasmo

El silencio se hace sentir.

Sabía que la noticia no las pondría a dar brincos sobre la mesa, pero no pensé que enmudecerían y mostrarían esas caras de horror.

—¿Nueva York? —Adriana me mira directo a los ojos, me parece distinguir un deje de decepción en su voz, al mismo tiempo que un toque de

contrariedad.

Asiento.

—¡Venga ya! es broma, ¿verdad? —demanda Samia.

Niego con la cabeza, con una risita en los labios.

—¿Pero tú te has vuelto loca? —grita Adriana demasiado alto—, ¿se puede saber qué mosca te picó? ¡Nueva York! ¿En serio? —prosigue sin un ápice de alegría en la voz.

Entiendo que la noticia la haya agarrado fuera de base, pero yo estoy súper contenta, lo menos que puede es estar feliz por mí, ¿no?

—¿Qué pasa?, ¿no te da gusto?

—¡Por supuesto que no!

La miro con los ojos bien abiertos. Esto sí que no me lo esperaba.

—Yo sé que últimamente andas medio depre y que siempre has soñado con un puesto como este, y de verdad te felicito, pero... ¿es necesario que te vayas tan lejos? estamos hablando de Nueva York, y permíteme decirte que no está precisamente a la vuelta de la esquina —continúa Adri sin cortarse un poco.

—Mira tú, y yo que pensaba que estaba al final de la calle —digo con ironía, armándome de paciencia.

—Todo esto tiene que ver con Carlos, ¿no es así?

—Nooo. —Ahora la que está molesta soy yo, no puedo creer que piense eso—. Carlos no tiene nada que ver, me han hecho una propuesta y no pienso negarme.

—Porque si es el caso, te aconsejo que lo llames y arregles esto —insiste Adriana, sin quitar el dedo del renglón y con el rostro endurecido. Tal parece que no me escucha.

La miro incrédula. No puedo creer que sea precisamente ella quien me pida semejante disparate.

—¿A quién se supone que debo llamar? —pregunto a la defensiva—, ¿a la misma persona que dejó una nota en mi cama hace dos meses y de la cual no he vuelto a saber nada?

—Tú tampoco lo llamaste —insiste Adriana, terca.

Me quedo patitiesa ante su tono acusatorio.

Miro a Linda y a Samia, ¿buscando qué? no lo sé, puede que una intervención a mi favor. Sin embargo, ninguna dice nada, únicamente se dedican a mirarnos en silencio como si de un juego de tenis se tratará.

—Disculpa, ¿se supone que esto me deja como la mala del cuento?

—No, se supone que te lo deja fácil.

—¿De verdad piensas que esto ha sido fácil para mí?

—No digo que la situación lo fuera...

—Te recuerdo que fue él quien se largó —zanjo.

—Lo hizo para darte espacio, para darte el tiempo necesario para pensar las cosas, ¡pero tú ni siquiera te preocupaste por llamarlo!

—Carlos y yo lo intentamos y no funcionó, fin de la historia. No hay porque hacer un drama.

—¿Y por eso te tienes que ir al otro lado del planeta? —Vuelve al ataque, su tono ha vuelto a subir tanto que la madre de Linda asoma la cabeza.

Esto es demasiado fuerte. No sé qué me cabrea más, si el hecho de que ella, mi mejor amiga, me esté acusando, o que insinúe que lo llame luego de que el muy cabrón me dejó una nota sin más.

—¡Y te repito que él nada tiene que ver! —contraataco, perdiendo la paciencia—, ¡he trabajado muy duro para llevar mi carrera a este nivel! la oportunidad se ha presentado y reconozco que me cae como anillo al dedo, necesito cambiar de aire y no la pienso desaprovechar —continúo mirándola directo a los ojos, concentrándome únicamente en ella y olvidándome de las

demás—. Me duele que seas precisamente tú, la persona que mejor me conoce en el mundo y que sabe lo importante que es esto para mí, quien en vez de apoyarme, me salte con toda esta mierda.

Dicho eso y con la sangre hirviendo, me levanto de la silla dispuesta a largarme lo más pronto posible.

—Emma, ¿qué haces? —inquire Samia—, siéntate, por favor.

—No necesito toda esta mierda —digo molesta, ¿y para qué negarlo? también un poco desilusionada y dolida—, ¿sabes? pensé que tu mejor que nadie me entenderías —bramo señalándola con el dedo índice. Adriana me mira con los ojos llenos de lágrimas, contenida. Se ha pasado y ella también lo sabe. Sin embargo, no dice nada, sólo se limita a apretar los labios hasta convertirlos en una línea fina. Puede que esté conteniendo el deseo de llorar o el hecho de seguir diciendo estupideces, no lo sé, de lo único que estoy segura es de lo mucho que me ha dolido su actitud—. Cuando quisiste marcharte hace unos años por los problemas que tuviste con Maximiliano, no estuve de acuerdo, pero te apoyé. Lo único que esperaba de ti era que tuvieras la misma consideración.

Giro sobre mis pies y con mucha tristeza salgo del café. Me siento pesada. Últimamente entiendo bien lo que debió sentir *Atlas* cuando *Zeus* lo condenó a cargar sobre sus hombros al Cielo. Siento que me pesa no sólo el cuerpo, sino también el corazón. En las últimas semanas mi vida se ha convertido en un caos, toda esta situación con Carlos me sobrepasa. No he sabido como manejarla y creo que habernos separado fue lo mejor. Me duele esta ruptura, pero me duele aún más ver que mis amigas no me apoyan, sobre todo Adriana. Me pican los ojos, pero me niego a llorar. Yo nunca lo hago. Siempre he sido una mujer fuerte y eso no va a cambiar ahora. Me llena de amargura que no lo entienda pero yo me largo. Joder, ¡por supuesto que me voy a Nueva York!

—¡Emma, espera!

Escucho que me llama Adri cuando alcanzo mi coche.

—¿Qué quieres? —Hablo con un tono tosco, me cruzo de brazos al mismo tiempo que me recuesto contra el capó de mi fiel compañero Julio, mi coche—, ¿se te olvidó añadir alguna burrada más?

—Lo siento, ¿de acuerdo? sé que estás molesta y me lo merezco, pero entiéndeme, te vas a ir muy lejos y ya no tendré con quien hablar todos los días. Te voy a echar mucho de menos.

—No seas boba, para eso están las redes —digo suavizando el tono. La quiero tanto que me cuesta mantener mi enojo con ella. Adriana es mi media mitad, no románticamente hablado, pero si en todo lo demás. Si me gustaran las mujeres, ella sería el amor de mi vida. Es la única persona con la que puedo hablar de todo sin miedo a ser juzgada, la única que me comprende y me apoya, la que en cada ocasión que tropiezo y me caigo, al levantar la vista, la encuentro tendiéndome la mano para ayudarme a levantarme—, claro que hablaremos todos los días.

—Pero no es lo mismo —dice afligida, colocándose a mi lado.

Suspiro.

Tiene razón, no es lo mismo. Recuerdo el miedo que sentí cuando ella quiso mudarse a Santo Domingo. En lo único que pensaba era en que perdería a una hermana, me aterraba la idea de que se fuera lejos, pero a veces hay separaciones que son necesarias y ésta es una de ellas. Necesito alejarme. Aparte de que voy a realizar mi sueño.

Ambas nos miramos en silencio. Tenemos tanto tiempo conociéndonos que las dos sabemos que de vez en cuando discutir es algo inevitable, sobre todo cuando se tienen caracteres similares, pero eso no significa que nos queramos menos. Entre nosotras sobran las disculpas.

—¿Por qué sencillamente no le llamas y le cuentas lo que pasó?

—inquiérese en un tono comprensivo. Ladeo la cabeza sorprendida por su requerimiento.

—Lo que pasó es mi pasado, mi historia, y Carlos no tiene por qué saberlo —contesto a la defensiva.

Pero la verdad es que Carlos le tiene tanto amor a los niños y desea con tanta fuerza ser padre, que tengo miedo de que me vaya a reprochar, o peor aún, que se sienta decepcionado de mí al saber que fui capaz de abortar. No lo soportaría.

—Eso lo entiendo, pero creo que de verdad deberían hablar sobre eso.

Sé que tiene buenas intenciones. Ella piensa que, si le cuento a Carlos lo que me sucedió, todo se arreglará de un plumazo, pero lo que ella no entiende es que no se trata de él, sino de mí.

—¿Alguna vez has tenido ese sueño dónde te ves cayendo desde lo más alto de las nubes y tienes esa sensación de desesperación y pánico por no poder hacer nada? Tratas de despertarse, pero sigues cayendo y sabes que hagas lo hagas en cualquier momento te estrellarás contra el pavimento; y cuando despiertas, aun sabiendo que era sólo un sueño, sientes el corazón martillándote en el pecho y te gana la sensación de agobio.

—Creo que todos hemos tenido ese sueño.

—Pues bien, eso es exactamente lo que siento cada vez que Carlos me habla de tener un hijo. Me agobio tanto que siento que me asfixio. No es él, soy yo.

—¿Entonces estás segura de querer marcharte?

—Sí, es algo que quiero y tengo que hacer.

—Pues cuenta con todo mi apoyo.

La envolvería en un fuerte abrazo, pero las muestras de cariño no son lo mío. De manera que sólo le dedico una sonrisa cómplice.

—¿Cuándo te tendrías que marchar?

—En una semana —murmuro, tomando conciencia de que mi partida es más eminente de lo que yo había reparado.

—¡Joder!, ¿tan pronto? —Se lamenta—, ¿ya lo saben tu mamá y tus hermanos?

—Todavía no, primero quise contárselo a ustedes.

Sólo espero que ellos no me lo pongan tan difícil.

—Te voy a extrañar, pero ya sabes que aquí estaré para lo que necesites.

Yo también la voy a echar muchísimo de menos, pero no se lo digo. De todos modos, ella ya lo sabe.

—No serías una buena amiga si no lo hicieras —digo chocando mi hombro contra el suyo.

Me paso los siguientes dos días organizando mi partida. El señor Wright —mi futuro jefe—, me ha enviado toda la documentación sobre mi contrato y ha manifestado su interés en ayudarme a conseguir un piso una vez que esté allá. Estoy tan eufórica que apenas me he detenido a pensar en que de verdad me voy a marchar. Tengo miedo de hacerlo y darme cuenta de todo lo que dejaré atrás, las personas que tanto quiero y todo mi mundo, lo que siempre he conocido. Si me marcho estaré renunciando a él, a Car... Mejor no voy por ahí. He tomado una decisión y es lo mejor que ha podido pasarme.

Con la adrenalina a mil y sin darle muchas vueltas al asunto, saco mi billete de avión. Un boleto solamente de ida hacia mi nueva vida. Hablo con mi casero y le explico que debo viajar por lo que necesito entregar el apartamento antes del tiempo acordado. En un principio no le hace mucha gracia. Sin embargo, en vista de las circunstancias y puesto que he sido una excelente inquilina, termina cediendo con la condición de que lo entregue a final de mes. Me voy dentro de cinco días, no es lo que esperaba, no obstante,

es mejor que nada y por la misma ocasión me da más tiempo para saber qué haré con mis muebles. De manera que llamo a Adriana y le explico la situación, juntas acordamos lo que debo hacer. Ella se encargará de darle a mis hermanos lo que quieran tomar y el resto lo pondrá a la venta, también se encargará de asegurarse de que todo esté listo para devolver el apartamento en mi lugar.

Al día siguiente me levanto temprano y decido tirarme a la piletta de una vez por todas, le anunciaré la noticia a mi mamá.

Llego a Esch —el barrio donde viven ella y mis hermanos—, me estaciono y le doy una mirada a mi Julio, no tengo ni idea de que hare con él, me dolería venderlo sin saber en manos de quien irá a parar. Pienso que tal vez podría dejarlo aquí en casa de mi familia por si algún día decido regresar, pero de inmediato descarto esa idea.

Ya hablaré con Rubén para que se encargue de la venta.

—Él se encargará de encontrarte una joven, a la cual le harás los días más sencillos y felices —digo pasando la mano sobre la carrocería con cierta nostalgia—, así como lo hiciste conmigo.

Suspiro hondo y trato de controlar mis emociones antes de entrar.

¡Valor, Emma!

—Allá vamos.

Como todavía conservo mi llave entro sin tener que llamar a la puerta. Al hacerlo encuentro al pequeño y al mayor de mis hermanos jugando a la *PlayStation*. Resoplo. Pensé que estarían en sus respectivos trabajos, espero que no me pongan las cosas difíciles.

—Eh, ¿y eso tú por aquí tan temprano? —demanda Rubén, el mayor.

—Vine a hablar con mamá —digo desplomándome en el sofá en medio

de ambos—, ¿y Eduard? —pregunto por mi hermano del medio.

—Está trabajando —contesta Raúl, el más pequeño.

—¿Y tú?, ¿no se supone que debes estar trabajando? —indaga Rubén, sin siquiera quitar los ojos del plasma.

—Debería, pero tengo algo que contarles.

Tras escuchar mis palabras, él pone el juego en pausa y me mira con sus grandes ojos marrones, intrigado.

—¿Qué pasa? —Su tono de voz es leve, pero de alarma.

—¿Te hizo algo Carlos? —inquire Raúl—. ¡Dímelo y ahora mismo lo pongo en su lugar! —suelta de golpe, mostrando así su poca madurez. Pongo los ojos en blanco. Raúl a sus treinta años todavía piensa que todo se arregla a golpes.

—Tú no vas a hacer nada —responde Rubén—, para eso estoy yo, no te habrá embarazado y ahora no se quiere hacer cargo, ¿no?

—Te ha montado los cuernos, ¿no es así? —vuelve Raúl a la carga.

—Pero vamos a ver, ¿qué es esto? —digo poniéndome de pie con rapidez—, ¿un interrogatorio policial? Yo mejor me voy a ver a mamá.

—Emma, ven acá, no me has dicho qué es lo que sucede. —Escucho que dice Rubén, pero no me detengo; sigo rumbo a la cocina donde encuentro a mi mamá preparando el almuerzo.

—La bendición ma'. —La saludo y le doy un beso.

—Dios te bendiga, mi reina —responde con cariño—, ¿y esa rareza tú por aquí a estas horas?

—Nada, mamá. Sólo que necesito hablar contigo.

—No estarás enferma, ¿verdad?

—No —respondo, y una sonrisa tanto de regocijo como de melancolía cubre mis labios, ella nunca dejará de preocuparse por mí.

—Al parecer ha venido porque tiene algo muy importante que decirnos

—interrumpe Rubén. Ambos me miran con la frente arrugada.

Mis ojos se desplazan de uno hacia el otro. No sé por qué me cuesta tanto decírselos. Hace años que vivo sola y lo que haré no es gran cosa, aunque el detallito de irme al otro lado del mundo seguro lo es.

—Verán... tengo algo que decirles y necesito que me escuchen sin interrumpirme —digo, la última parte es más para mi hermano.

—Estás embarazada, es eso, ¿verdad?

—¡Que no, joder! —exclamo más alto de lo que debería. Pero es que me saca de mis casillas.

—¡Emma! —me regaña mi madre—, controla esa boca.

—¡Pues suéltalo ya! —medio grita Rubén. Ser paciente no es una de sus virtudes.

—Me ha salido un trabajo y lo acepté —digo al fin en el momento en que Raúl se nos une en la cocina.

—Eso está bien, no entiendo a qué viene tanto misterio —opina Rubén.

—Es en Nueva York... —prosigo, armándome de valor antes de que me arrepienta.

El rostro de mi madre se apaga, pobrecita, mi intención no era disgustarla. Ya bastante duro fue para ella aceptar que me marchaba de la casa para vivir sola, y ahora esto.

—Pero eso está muy lejos —se lamenta mi madre en un hilo de voz.

—Lo sé, pero es una gran oportunidad para mi carrera, te pido de corazón que lo entiendas.

—Ni de coña. Tú no vas para ningún lado.

Ya se había tardado.

Joder, ¿cuándo me van a dejar de tratar como si fuera una niña?

Me fui a vivir sola a los veintidós porque ya no soportaba que quisiera controlar mis idas y venidas. Me sentía asfixiada. Por suerte mamá supo entenderlo. No es fácil ser la única hembra entre tres machos.

Ya sé que desde que papá murió, él se ha encargado de ocupar el rol del hombre de la casa, pero es que ya estoy bastante crecida. Ya es hora de que lo entienda de una puta vez.

—Rubén, no te estoy pidiendo permiso, te recuerdo que soy una mujer hecha y derecha y que hace mucho que me mando sola, así que si quiero ir a Nueva York, iré a Nueva York.

—Apuesto a que ahora desearías que estuviera embarazada —bromea Raúl para aligerar el ambiente que de pronto se ha vuelto pesado y se lo agradezco mucho. Es bueno saber que al menos él me apoya, porque aunque Rubén se oponga, de igual forma me iré. Sin embargo prefiero hacerlo en buenos términos.

—¿Y qué pasa con Carlos? —inquire Rubén—, ¿no se supone que ustedes dos tienen una relación?

—Carlos y yo ya no estamos juntos —confieso, e ignoro la desazón que me causa decir esas palabras en voz alta.

—O sea, que tengo razón. Te vas por culpa de él —insiste, Rubén.

Y dale con lo mismo. Otro que piensa igual que Adriana.

—No, él no tiene nada que ver —lo contradigo entre dientes. Me estoy cansando de tener que aclarar ese punto.

—Yo sabía que esa relación no iba a terminar bien, todos sabemos la reputación que se gasta. Nunca debí permitir que te involucraras con él.

—¿Cuándo vas a entender que no se trata de lo que tú quieras o creas conveniente? Es mi vida, no la tuya.

—Bueno, nuestra hermana tampoco es una santa —interviene Raúl, y aunque sé que trata de ayudar, le agradecería que se callara. Recalcar mis

faltas en estos momentos sólo podría empeorar las cosas.

—Siempre supe que él no era un buen hombre para ti.

¡Joder con Rubén! No piensa dejar el tema.

—El burro hablando de orejas —contesto irónica, al tiempo que entorno los ojos.

—¿Eso qué quiere decir? —demanda, a la vez que me lanza una mirada amenazadora.

—Todos sabemos que no eres precisamente un ángel de la castidad —aclaro mirándolo a los ojos, sin dejarme amedrentar. Lo quiero y lo respeto, pero hace mucho que he aprendido a no quedarme callada. Entiendo que esté preocupado, sin embargo no pienso permitir que hable mal de Carlos. En el tiempo que estuvimos juntos me consta lo mucho que cambió. Lo bien que se comportó.

—¡Ya basta! —interviene mamá, silenciándonos a ambos—, no pienso permitir otra discusión en esta casa. —Rubén gira la cabeza de forma brusca, apartando la mirada. Al parecer molesto y frustrado. Él sabe que en este país todo se sabe, por lo tanto, estoy muy bien enterada de todos sus líos que no han sido pocos. Y yo me muerdo el interior de la mejilla para evitar pronunciar una palabra más—. Cariño, me duele mucho que hayas decido irte, pero como tú misma lo has dicho ya eres mayorcita, ni yo ni nadie puede prohibirte hacerlo. Únicamente me queda desearte que te vaya bien, y si no es el caso, las puertas de esta casa siempre estarán abierta.

—Gracias, mamá.

Agradezco con sinceridad su apoyo. Ella siempre ha sabido comprenderme y una vez más me demuestra que puedo contar con ella.

Los días pasan y Rubén sigue y sigue martillando con que no me voy. Y yo sigo y sigo respondiendo que sí me voy. Es que para terca yo. Al final se da por vencido y pese a no estar de acuerdo con mi partida, me promete que se encargará de encontrarle un nuevo dueño a mi Julio.

He decidido marcharme el sábado tres de marzo, de manera que pueda tomarme el domingo entero para mí: ubicarme en la ciudad, instalarme en el hotel y descansar para el lunes estar como nueva en el trabajo. De modo que el viernes quedo con las chicas en el restaurante la Fauchertte para mi despedida. Adriana propuso ir al Sabor latino, pero decliné el ofrecimiento. Puede que por miedo a toparme con él. Hace justo dos meses que no sé de él y no sé si sabe de mi partida.

La cena gira alrededor de mi nuevo empleo y de lo mucho que nos vamos a extrañar. Las chicas no hacen mención de mi pequeño “pecado mortal” corrección, de mi “ex pecado mortal” y se los agradezco. La noche transcurre más rápido de lo que me gustaría y pronto damos la velada por terminada.

—¿Ni siquiera lo vas a llamar para despedirte? —demanda Adri cuando las chicas se han ido, ella y yo nos estamos despidiendo en el aparcamiento.

—A veces una no se despide, porque si lo hace sencillamente no se va.

Adri propone llevarme al aeropuerto, pero odio las despedidas, ella lo sabe, por lo que prefiero que sea Rubén quien me lleve.

—Prométeme que te vas a cuidar mucho, por favor —pide mi hermano,

preocupado.

—Te prometo que lo haré.

—Y avisa cuando llegues.

—De acuerdo, papá —le contesto con burla.

—No te hagas la graciosa, no me importa la hora, quiero que me llames apenas hayas puesto un pie en el aeropuerto.

Asiento y tras darle un fuerte abrazo de despedida, llena de sentimientos encontrados, pero en el que predomina la emoción, me dirijo a las puertas de aduana. Me detengo antes de pasar el control de seguridad y con un gesto de la mano le digo adiós, estoy lista para marcharme a lo que será mi nueva vida.

Capítulo 2

“Si no sueltas el pasado, ¿con qué mano pretendes agarrar el futuro?”

Siempre me ha encantado viajar, conocer un nuevo destino y descubrir una nueva cultura, pero por otro lado, odio volar. Me agobia y no puedo evitar ponerme ansiosa. De modo que cuando el avión empieza a agarrar velocidad en la pista, me quedo rígida, congelada contra el sillón, mientras que cierro los ojos con fuerza y retengo la respiración hasta que despegar y poco a poco se estabiliza en el aire. Entonces, allí arriba, vuelvo a respirar con regularidad.

Pienso en los últimos meses, en mi relación con Carlos. Ni siquiera tuve el coraje de llamarlo para informarle de mi partida. Todo ha sido tan repentino que me he marchado como ladrón en medio de la noche. Sin embargo, este viaje es lo que necesito. Luxemburgo es muy pequeño y me estoy asfixiando. Y aunque hasta ahora he evitado frecuentar los lugares en los cuales podría verlo, sé que en algún momento nos volveríamos a ver y no estoy preparada para enfrentarlo. Adriana tiene razón, estoy siendo cobarde, pero él me está pidiendo cosas que ahora mismo no puedo darle, y puede que jamás podría.

También pienso en Antoine. El culpable de mi desgracia, de que no logre entregarle por completo mi confianza y corazón a ningún hombre. Al entrar en la secundaria, lo vi: rubio, una mirada intensa y una boca hecha para besos largos, el guaperas del curso. Todas querían con él, incluyéndome a mí. En cuanto puso sus hermosos ojos azules en mí y me dedicó esa sonrisa canalla y sexi, lo supe, o por lo menos, esa estúpida que todas llevamos dentro lo supo; él era el indicado. Al poco tiempo empezamos a salir y me

sentía la envidia de muchas viviendo en mi burbuja de adolescente enamorada. Sus besos y palabras de amor, jurándome que yo era la única y nunca había sentido nada igual por otra, me hicieron perder la cabeza, el corazón y muy pronto, algo más, mi virginidad. Todo era perfecto y aunque muchas me advertían de que seguía frecuentado a otras, nunca les creí, hasta que un día le anuncie que existía la posibilidad de que estuviera embarazada y el muy hijo de puta me acusó de ser una zorra que se acostaba con cualquiera que le digiera unas palabras bonitas y pusiera en duda su paternidad, aun sabiendo que él había sido el primero y único. Lo aborrecí, y lo hice aún más cuando me realizaron el aborto. En cuanto salí del quirófano sintiéndome vacía y como una mierda, supe que nunca más dejaría que un hombre me volviera a hacer daño. Los usaría para lo único que sirven, el sexo, aunque en ocasiones ni para eso son buenos. Desde entonces, yo controlo mi vida, hago con ella lo que me da la gana y nunca dejo que nadie interfiera. Por eso me fui a vivir sola, para que ni mis hermanos, ni mi mamá, se metieran en ella. Todo funcionaba perfecto hasta que llegó él y empezó a mirarme diferente, como si de verdad yo le importara. En el fondo una voz me gritaba que debía confiar en él, darle una nueva oportunidad al “amor”. Luché contra esos sentimientos que empezaban a surgir en mí, con toda mi fuerza me negaba a ellos, hasta que al final, perdí la batalla y me entregué a él. Le di todo lo que podía dar, pero como suele pasar en estos casos, siempre hay uno que quiere más: Carlos quiere tener hijos y formar una familia. Y para mí eso es perder mi independencia y entregar el control de mi vida a alguien más. Es algo que no estoy preparada a hacer.

¿Cómo llegamos hasta aquí?

Estábamos en el hospital, viendo a Leonardo, el segundo hijo de Max y Adri, que acababa de nacer.

—Está hermoso, ¿no es cierto?

—Quiero uno —respondió él, afincado su barbilla encima de mi hombro mientras me tenía abrazada por detrás.

—Cuidado, dudo mucho que puedas esconderlo debajo del abrigo —bromeé.

—¿De verdad no te hace ilusión? Piénsalo. Un hijo nuestro. No te digo que ahora mismo, pero yo creo que ya es hora de ir pensándolo.

Al escuchar la seriedad de sus palabras me tensé. No podía verlo, pero por su tono ya lo imagina comprando cuna, biberones y todas esas cosas.

—Carlos —dudé si seguir el hilo de mis pensamientos. Esto era un tema sensible para mí—, no creo que sea el momento.

—Lo sé, amor, aún tenemos cosas que arreglar: buscar un apartamento más grande, mudarnos oficialmente juntos...

Según iba escuchando sus argumentos más me entraba el pánico. Sin embargo, no quería entrar en un debate que no nos llevaría a ningún lado.

—Ya veremos —mentí. Sabía a ciencia cierta que ser madre no entraba en mis planes a futuro.

Clavo la vista en las nubes que se pierden en el horizonte y les pido en silencio que me ayuden a olvidarlo. Necesito hacerlo para poder seguir adelante.

Después de una escala en el aeropuerto Charles de Gaulle, y tras ocho horas de vuelo, llego al aeropuerto JFK, totalmente agotada. Mientras que el avión está descendiendo se puede apreciar la belleza de la ciudad. Al parecer ha nevado y todo se ve blanco. Es hermoso.

El aeropuerto es enorme. Sin embargo, no es la primera vez que vengo a Nueva York, de manera que emocionadísima recorro los pasillos hasta llegar a la sala de control fronterizo.

Luego de una hora haciendo la cola en emigración y de responder las preguntas de los agentes aduanales, cansada, pero sin querer perder la sonrisa, me encamino para recuperar mis maletas. Espero, espero y espero a que aparezcan en la correa, pero nada. Al cabo de una hora de espera estoy que me tiro de los pelos y me dirijo a los agentes pertinentes para hacer el

reclamo. Media hora más tarde, luego de varias verificaciones, la señorita, con una sonrisa de la más formal, de esas que te dicen: «estoy a punto de joderte, pero no puedes hacer nada así que te aguantas», me informa que mis maletas fueron colocadas en otro vuelo y que no llegarán hasta la noche. Me da la opción de esperarlas o de regresar por ellas más tarde, o de enviarlas a mi hotel a la mañana siguiente. Con lo cansada que estoy... ¡Ni de coña espero un minuto más en esto jodido aeropuerto! De modo que opto por la última opción.

Paso cuarenta minutos llenando los papeles necesarios para que el equipaje me sea entregado en el hotel, en el cual tengo la reservación, y con un cabreo monumental por fin salgo del aeropuerto.

Afuera, ya en suelo neoyorquino, me doy cuenta de que hace un frío de los mil demonios. No es que no esté acostumbrada a este tipo de temperaturas, pero joder, creo que aquí son mucho más altas que en Luxemburgo. Por suerte he venido preparada. Me arreglo la bufanda, me subo la cremallera de mi abrigo de lana blanco hasta el cuello, me acomodo mis guantes y me coloco en la cola interminable para esperar un taxi. Hoy ha sido un pésimo día para viajar o todos los dioses de los turistas están contra mí, porque una hora más tarde todavía no aparece un puñetero taxi a la vista. Un hombre de los más sonriente se me acerca y se ofrece a llevarme por un precio aceptable. Lo miro con desconfianza, soy extranjera, pero no soy estúpida. Él al ver mi cara escéptica me asegura que es taxista y para demostrármelo me muestra su tarjeta, le echo un vistazo, todo parece estar en orden y ya está cayendo la noche, yo estoy exhausta, me duelen los pies, tengo frío y todo lo que quiero es llegar al hotel para tomar una ducha caliente, comer algo y meterme en la cama. De manera que acepto su propuesta. Además, el Da Vinci hotel —donde he hecho mi reserva—, está a tan sólo una hora de trayecto, por lo que no está muy lejos. ¿Qué podría

pasarme?

Me acomodo en el taxi —que no es amarillo—, y le doy la dirección de mi destino al chofer. Dejo caer la cabeza en el respaldo del asiento y suelto un largo suspiro. Me pesan los parpados, estoy reventada.

Debo llamar a casa para informar que he llegado bien.

—¡Demonios! —maldigo al darme cuenta que no tengo batería. Anoche por la prisa debí olvidar ponerlo a cargar—, pues ni modo... ya los llamaré en cuanto llegue al hotel.

Me permito cerrar los ojos unos instantes y no sé en qué momento precisamente, pero me quedo dormida.

Me despierto sobresaltada por el claxon de un coche. Ya es de noche. ¿Cuánto tiempo habré dormido?

Ya deberíamos haber llegado.

Miro a mi alrededor, confundida. Sin embargo, como no tengo ni idea de la hora no puedo estar segura. Me inclino ligeramente hacia el frente para ver el taxímetro y abro los ojos de par en par al ver el marcador.

¡Esto tiene que ser una broma!

—Disculpe... —le digo al taxista en un perfecto inglés—, ¿qué hora es?

—Ocho y un cuarto —responde luego de consultar su reloj de mano.

¡¿Quéeee?! ¡No puede ser! Ya hace dos horas que salimos del aeropuerto.

—¿Dónde estamos?

—Ya casi estamos llegando a su destino —me responde sin siquiera voltearse, contestando mi pregunta a medias.

A pesar de llevar años viajando a varios países la experiencia nunca te

salva de este tipo de cosas. ¡Me han estafado! El tipo me ha dado un rodeo por la ciudad para poder aprovecharse de mí. Sin embargo, está muy equivocado si piensa que voy a pagarle. No tiene idea de con quien se ha metido.

—Disculpe —vuelvo a llamar su atención—, lo siento mucho, pero yo no pienso pagarle esa cantidad de dinero.

El taxista dobla en una calle y frena de golpe. Se gira en su asiento y me mira con cara de mala leche.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que acaba de escuchar —contesto de forma cortante, muy segura de mí misma—, es usted un estafador y no pienso pagar eso. Ese no fue el precio pactado y no pienso pagar una cantidad tan desorbitada.

Apenas esas palabras salen de mi boca escucho el seguro de la puerta cerrarse en automático. Se me congela la sangre y se me para la respiración, atemorizada.

Ay, mamacita, de esta no salgo.

¿Y si me he montado en el taxi de un asesino serial?

De seguro que me descuartiza.

—Mira, muñeca, tú no sales de aquí hasta que no me pagues —dice en un tono amenazador que me pone los pelos de punta—, ¿te queda claro?

Observo mi entorno, no tengo ni idea de donde estoy. Pienso en llamar a la policía, pero pronto recuerdo que no tengo batería. Lo contemplo sin querer mostrarle miedo, pero desde luego el escenario lúgubre no pinta nada bueno para mí.

Sus ojos negros como la noche no me dejan, me intimidan y mi frecuencia cardiaca se acelera. Soy su presa y él lo sabe. Podría ponerme a gritar como desquiciada, ¿pero de qué me serviría? estamos en un callejón a oscuras, al parecer desierto, no creo que nadie me escuche, y si lo hacen,

¿qué me asegura a mí que vayan a intervenir? de manera que termino asintiendo y sacando el dinero de mi cartera y se lo paso.

El aprieta un botón y el sonido de las puertas abriéndose llega a mis oídos como un canto liberador. Salgo a toda prisa del coche, dando un portazo y respiro aliviada mientras que el taxi se aleja a toda prisa chirriando los neumáticos.

Me pican los ojos, siento rabia y lastima por mí misma. Yo solita me metí en esta situación. ¿Cómo diablos me fui a montar en un taxi no oficial? Odio este día y estoy loca porque se termine. Primero mis maletas y ahora esto.

¿Qué más podría pasar?

—Dame todo lo que llevas. —Escucho que me dice una voz gruesa.

Maldición, ¿para qué carajo lo pensé? todos sabemos que en las películas, luego de que la protagonista hace esa pregunta, siempre viene lo peor.

Me giro despacio y me sobresalto al ver a un hombre alto, escondido bajo un enorme abrigo con capucha y apuntándome con un arma blanca.

Mi corazón que todavía no se ha recuperado del susto anterior late tan fuerte que creo que va a salirse por mi boca. Me invade el pánico.

—¡Que me des todo lo que llevas! —grita el mal nacido, pero soy incapaz de mover un solo musculo. Creo que mi cerebro no capta bien la orden porque mi cuerpo se niega a obedecerle—, ¡Date prisa! ¿No hablas inglés o eres tonta?

Escucho su insulto y sé que va en serio, pero es que no soy capaz de reaccionar.

Por Zeus, esto no puede estar pasándome, ¿qué le he hecho yo a los dioses para que me pasen estas cosas?

Estoy al borde de una crisis de nervios.

Se supone que Nueva York es una de las ciudades más seguras del mundo, sobre todo en este distrito de Manhattan, por lo menos así decía el artículo que leí antes de venir.

El muy bastardo debe pensar que soy tarada o que caí de otro planeta, porque me arrebató el bolso perdiendo la paciencia y se echa a correr.

—¡Maldita sea! —digo saliendo de mi aturdimiento a punto de echarme a llorar—, ¡Esto tiene que ser una puta broma!

Cierro los ojos con fuerzas.

No llores... No llores que así no vas a resolver nada. Eres una mujer inteligente. Piensa como salir de esta.

Suspiro hondo y abro los ojos. Examino el lugar. Necesito ver una señalización o algo que me dé una idea de a donde diablos me encuentro.

—Tercera avenida. —Leo al salir del callejón. Bien, lo único que me queda averiguar es en qué distrito. Visualizo dos chicas rubias que caminan una al lado de la otra mientras conversan de lo más a gusto; por la pinta que llevan me hago una idea de a qué se dedican, pero eso no me impide acercarme. Necesito saber dónde estoy y de ser posible, que me presten un teléfono para llamar a la policía.

—Buenas noches. —Las saludos ya frente a ellas—, disculpen, pero me podrían decir en qué barrio estoy.

Ambas me miran con desconfianza.

—En Sunset Park —responde una de ellas, con un acento marcado y en un tono cortante, yo maldigo para mis adentros. ¡Estoy en Brooklyn, joder! O sea que el mal parido del taxista no sólo me estafó, sino que ni siquiera me llevó al distrito correcto. Todavía no puedo creer que me haya dormido mientras que el imbécil me daba un rodeo por la ciudad.

—Chicas, siento mucho tener que pedirles esto, pero me acaban de asaltar y necesito hacer una llamada —digo con desesperación, al límite de

parecer una atrevida, sin embargo, ¡yo necesito salir de aquí!

—¡Epa, pero qué rica estás, mami chula! —suelta un muchacho en español, al pasar cerca de nosotras, acompañado de un grupo de amigos mientras nos miran de arriba abajo de forma lasciva.

—¿Por qué no te pierdes, negro? —replica la otra muchacha también en español. Y por un momento aunque parezca una locura me siento como si estuviera en casa. Como cuando con las chicas solíamos salir de la discoteca y juntas pasamos por la *Rue de la Gare* y escuchábamos las mismas conversaciones entre las prostitutas de allá. Lo único es que no estoy en casa, no estoy con mis amigas y estoy perdida en Nueva York.

—Yo encantado, pero si es contigo —responde el muchacho.

Ambas se ríen. Lo que me provoca una sonrisa a mí también.

—Como les decía... —continúo ahora en español. Quizá si les hablo en su mismo idioma las haga sentirse más en confianza—... ¿Me podrían prestar un teléfono?

Claro que omito que voy a llamar a la policía.

Ambas me miran con los ojos bien abiertos, puede que por el hecho de que hable su mismo idioma. En ese momento pasa un carro negro y una de las chicas se aparta de nosotras y va hablar con el conductor.

—De verdad te lo agradecería mucho, te pagaría el favor, pero no tengo dinero. —Casi suplico.

La muchacha me mira recelosa y no la culpo. Para estas chicas es muy difícil confiar en alguien desconocido.

—Por favor —termino suplicando.

De pronto su gesto se suaviza.

—Está bien —dice y yo respiro aliviada.

Ella empieza a buscar su celular en el bolso cuando de pronto su amiga que se había marchado grita:

—¡Son policías, corre!

La joven que está frente a mí me lanza una mirada de desprecio. La miro desconcertada. No tengo ni puta idea de lo que sucede. Sin embargo, no me da tiempo de preguntar porque la chica se lanza a correr. Me le quedo mirando, confundida, hasta que de pronto un hombre alto, vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa a juego se acerca hasta donde estoy y me toma de la mano.

—Queda usted arrestada por prostitución —dice mientras me coloca las manos detrás de la espalda y me pone las esposas.

¡¿Quéeee!? Pero, ¿qué coño...?

Capítulo 3

Te perdí, pero te encuentro en cada recuerdo.

Dans Vega.

Levanto la botella vacía hacia el Barman y le hago un gesto para que me ponga otra. Aunque mejor debería pedir algo más fuerte. Es mi séptima *Corona* de la noche y tal parece que no me hace ningún efecto. O tal vez es el cabreo tan grande que traigo encima que no me permite emborracharme tan rápido como quisiera.

Mi celular vuelve a vibrar, miro la pantalla y maldigo nuevamente para mis adentros, es la cuarta llamada de Maximiliano. ¿Cómo diablos le hago entender que no quiero hablar con nadie? De seguro me está llamando para saber cómo estoy. Lo que él no logra entender, es que cada vez que me llama es un recordatorio viviente de que ella ya no está, que se ha largado al otro lado del planeta para alejarse de mí.

Dejo que el teléfono siga vibrando hasta que deja de hacerlo, pero sé que mi amigo no se dará por vencido y que en poco tiempo volverá a llamarme; entiendo que esté preocupado por mí, pero no soy un maldito crio, no necesito que me estén cuidado.

El Barman me reemplaza la botella vacía y de inmediato le doy un trago largo a la nueva. Todavía no logro entender cómo esa maldita mujer logró olvidarse de mi tan pronto.

Claro que lo sabes, Carlos. Nunca le importaste. Pienso con amargura y luego me apresuro a terminar el resto de la botella.

Yo siempre he sido un mujeriego, lo reconozco. Me gustan las mujeres: altas, menudas, rubias, morenas... Nunca me ha importado el color de piel o nacionalidad. Simplemente me gustan. Adoro disfrutar de un buen sexo.

Siempre lo vi como un juego en el que yo soy quien lleva las riendas. No es falta de modestia, sencillamente lo sé, soy bueno en la cama. A las mujeres les encanta todo lo que les hago en ella o fuera de ella. Debo admitir que he corrido con suerte, soy moreno, aunque no muy alto, no soy un hombre feo. El hecho de que me ejercite a menudo también ha ayudado mucho a mi atractivo.

Mi vida era sencilla, trabajaba, salía con mis amigos y, al final de la noche llegaba a mi casa en muy buena compañía. Todo marchaba sobre ruedas hasta que cometí el error de acostarme con ella, con esa maldita mujer que se me ha metido bajo la piel. Es como si me hubieran inyectado un suero con su esencia y me hubieran marcado la piel y el corazón con su nombre. Maldigo una y otra vez la primera vez que toqué su cuerpo, que besé sus labios, que me hundí en ella. Esa noche fue mi perdición.

Estuve con otras mujeres, pero nada me supo igual. Ninguna era lo suficientemente sexy, sensual, apasionada. Todas me parecían sosas y sin sabor. En cambio, Emma es tierna y a la vez salvaje, sumisa al mismo tiempo que rebelde. Estar con ella es... como estar con un ángel diabólico. De hecho, eso es ella para mí, un ángel lleno de dulzura que es diabólicamente travieso. Recuerdo las veces que se despertaba y frotaba su trasero contra mí, de inmediato mi cuerpo reaccionaba al suyo y mi miembro vibraba deseoso de enterrarse en ella, ¡Dios! y esos ruiditos que solía hacer cuando hacíamos el amor me volvían loco. Sin proponérmelo el recuerdo me arranca una sonrisa. Ella me hizo sentir cosas diferentes, con ella quise todas esas cosas que tienen Max y Adriana: complicidad, amor y una bella familia. La cosa más natural en un hombre de treinta y cuatro años. Lo gracioso es que antes de ella nunca me había planteado querer algo así con ninguna mujer. Sin embargo, con ella lo quise, pero ella no estuvo dispuesta a dármelo.

Todavía no entiendo por qué todo se fue al demonio. ¡Por supuesto que

lo sé!, me cansé, me harté de dar el noventa por ciento en una relación cuando la otra persona involucrada sólo daba el diez. Por lo tanto no le estaba pidiendo la luna, la odio por haberme hecho querer esas cosas, por haberme hecho enamorarme de ella como un tonto y sobre todo, por haberse largado y haberme dejado aquí sufriendo como un condenado.

Cierto, yo fui quien se marchó primero, pero lo hice para darle su espacio, hacerla entrar en razón, pero de nada sirvió porque ni una puta llamada recibí, demostró así lo poco que le importaba nuestra relación. Sin embargo, ¡se acabó el seguir llorándote y guardándote luto, Emma Beltrán! ¡Te voy a olvidar!, así tenga que drenarme toda la sangre del cuerpo. Te voy a arrancar del corazón. ¡Tenlo por seguro!

—Puedo ayudarte con tu próxima elección.

Esa pregunta, o más bien esa sugerencia, me saca de mi martirio personal. Giro la cabeza y una morena con unos ojazos y una boca que invita a ser besada me espera con una gran sonrisa.

—Disculpe. —Hablo un tanto confundido.

—Con tu próxima copa —aclarar, mirando de reojo la botella vacía que sin darme cuenta aun sostengo entre las manos—, llevo rato observándote y pareces distraído, así que me he tomado el atrevimiento de acercarme y ayudarte con tu indecisión. Incluso puede que te invite el próximo trago.

Sonrió de medio lado ante su atrevimiento.

—Estoy bien, gracias.

—Anda —insiste, luego se acerca un poco y se inclina ligeramente sobre mí; ofreciéndome una mejor vista de su prolongado escote—, si regreso allí sin haberte invitado un trago, mis amigas se burlarán de mí.

Por encima de su hombro echo un vistazo hacia donde me ha indicado. Vuelvo a sonreír al ver a dos chicas sentadas a tres mesas de la barra con los ojos clavados en nosotros.

—Nunca he aceptado que una mujer me pague un trago —murmuro, devolviendo mi atención en la morena. Su rostro se apaga, decepcionada, así que me apresuro a aclarar—: esa acción no sería digna de un caballero.

Ella vuelve a sonreír, al tiempo que me lanza una mirada que conozco bien, lujuria. Sin perder un segundo arrastro el taburete que está a mi lado y con un gesto de ojos la invito a sentarse.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto. Su sonrisa se ensancha mientras toma asiento.

—Un tequila.

Levanto la mano para llamar la atención del Barman y esbozo una sonrisa tan débil que se apaga antes de llegar a convertirse en una. ¿Por qué entre tantas bebidas tuvo que pedir precisamente esa? Es la favorita de Emma. Por más que trato de alejar mis pensamientos de ella todo mi entorno se empeña en recordármela.

—Un tequila para la señorita y un whisky doble para mí —le pido al mesero cuando se planta en frente de nosotros. La noche será larga por lo que decido tomar algo más fuerte.

Mi teléfono vuelve a vibrar encima de la barra. Otra vez es Maximiliano. Podría seguir ignorándolo, pero él seguirá insistiendo.

—Discúlpame un segundo —le digo a la que ahora es mi compañera de la noche antes de levantarme para contestar el maldito aparato. Ella asiente mientras me mira de forma seductora.

—¿Qué? —ladro arisco tras descolgar.

—¿Por qué no respondes el teléfono? —inquire con total tranquilidad, ignorando mi tono.

—Creí que el mensaje había sido claro, no quiero hablar con nadie.

—Sólo me preocupo por ti.

Maximiliano es uno de mis mejores amigos, él fue quien me informó de

la partida de Emma porque ella ni siquiera tuvo la decencia de avisarme. Una prueba más de lo poco que yo le importaba. Después de todo, ¿qué son cinco años de relación? Al parecer nada. Cuando me lo contó mi primera reacción fue quedarme pasmado, no lo podía creer, luego quise salir corriendo en su búsqueda para pedirle que no me abandonara, incluso estaba dispuesto a suplicarle. ¿Patético no? Por suerte supe reaccionar a tiempo y no cometí semejante estupidez.

—Max, ya soy mayorcito y no necesito que me andes haciendo de canguro.

—¿Dónde estás? —Le lanzo una mirada escrutadora a la morena del bar.

—Con una amiga.

—Hombre, últimamente como que te sobran las amigas —dice con ironía.

No entiendo a qué se debe su tono de reproche ya que soy un hombre soltero, libre de hacer lo que me dé la gana.

—Max, si no tienes nada más que decir, adiós. —Estoy a punto de colgar cuando lo vuelvo a escuchar.

—¡Carlos, espera! —Guardo silencio, pero no cuelgo—, sobra decirte que estoy aquí para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad?

Trago el nudo que llevo en la garganta. ¿Qué quiere que le diga?, ¿qué estoy que me lleva el diablo?, ¿qué sufro como un pobre miserable? Odio que me tengan lastima y mucho más por una mujer a la cual no le intereso.

—Buenas noche, Max —digo antes de colgar.

Dispuesto a que nada ni nadie me amargue la noche pongo mi mejor sonrisa de casanova, de esas que las mujeres dicen que nos hacen ver como descarados, pero que en el fondo ellas adoran. Camino de regreso a la barra.

—¿Qué te parece si el próximo trago lo terminamos en mi casa? —le

propongo plantándome frente a ella. Sé que podría parecer directo y atrevido, pero ella sabe lo que quiere, lo supo desde que tomó la decisión de acercarse. Quiere que la folle; y a mí es lo único que me interesa y me niego a lanzarme en una larga conversación sin sentido, mostrando un interés que no siento.

—¿Pero y tu trago? —pregunta removiéndose inquieta en el asiento.

Agarro el vaso y me lo tomo de un solo sorbo. La bebida me quema la garganta, pero ni siquiera eso sirve para hacer desaparecer la amargura y el mal humor que traigo.

—Problema resuelto —contesto, mi hazaña le arranca una carcajada—. Entonces, ¿qué dices?

Ella mira de reojo a sus amigas, puede que buscando su aprobación o tal vez simplemente les quiere hacer saber que se ha salido con la suya. La verdad no me importa. Cuando su mirada se posa nuevamente en mí sus ojos me devoran sin ningún pudor. Sonrío satisfecho. Esta noche me la voy a pasar en grande, tanto o más de como se la estará pasando ella en su nueva vida.

Capítulo 4

"Las lágrimas más amargas derramadas sobre nuestras tumbas, son por las palabras nunca dichas y las obras inacabadas."

[Harriet Beecher Stowe](#)

—Espere, está cometiendo un error —le digo al hombre que me está poniendo las esposas—. ¡Yo no soy una prostituta!

El hombre lanza una carcajada fingida. Sin embargo, no me hace caso y continúa empujándome hasta el coche. No obstante, me detengo en seco y me giro para enfrentarlo.

Elevo los ojos al cielo.

Diosito, ¿qué te he hecho?

—Le digo que está cometiendo un error. ¡No soy una prostituta! —repito, incrédula—, soy especialista en arte y estoy en Nueva York para dirigir una galería.

—Y yo soy astronauta. Ayer regresé de mi exploración en Marte. —Se burla.

Me entran ganas de llorar, de patalear, de gritarle para hacerme entender. Sin embargo, contra todo pronóstico, me pongo a analizar lo absurdo de la situación. Estoy en Nueva York, perdida en un barrio de mala muerte, vistiendo mis zapatos favoritos *Jimmy Choo*, un abrigo *Burberry* que me costó más de la mitad de mi sueldo, he perdido mis maletas, me han estafado, me han atracado y... ahora esto. Es que si Miguel estuviera aquí se pusiera a gritar: ¡¿Dónde está la cámara escondida?! Porque esto es para contarlo y no creerlo. ¡¿Cómo diablos le puede pasar tanta mierda a una

misma persona en una misma noche?! Por consiguiente, en vez de ponerme a llorar me rio, lo hago con todas mis fuerzas, es una risa histérica y debo parecer una demente, ¡pero joder, que bien se siente!

—Scott, creo que deberías hacerle el *Alcohol Test* —le sugiere otro hombre, en el que no había reparado antes—, aunque también puede estar drogada, ya sabes como son.

Esa sugerencia hace que mi risa histérica se detenga en seco.

—No. Espere, le digo que todo ha sido un malentendido. ¡Ni estoy borracha ni soy una puta! —grito perdiendo los nervios. Aunque después de todo lo que ha acontecido aceptaría un trago encantada—, sencillamente me han asaltado y me he acercado a esas jóvenes para que me permitieran llamarlos a ustedes. —De pronto una idea descabellada pasa por mi cabeza—, un momento, ¿quién me asegura a mí que ustedes son policías? —pregunto, me aturdo al darme cuenta de que no llevan uniforme ni andan en una patrulla.

¿Y si no lo son?

El moreno que me puso las esposas intercambia una mirada que no logro interpretar con su compañero.

¡Oh señor, me van a secuestrar!

—¡Ayuda! —grito en dirección a la calle antes de echarme a correr—, ¡Me quieren secuestrar!, ¡por favor, que alguien me ayude!

Sin embargo, con las manos esposadas detrás de la espalda y con tacones, no llego muy lejos y el moreno corpulento me atrapa al cabo de unos pasos.

—Señorita, cálmese. —Trata de tranquilizarme en un tono casi divertido—, nadie la va a secuestrar. Somos policías, pero vamos vestidos informal. Venga, vamos para que me explique cómo es eso de que la han atracado.

Envuelta en el mayor ridículo de mi vida camino de nuevo hasta el coche, me siento voluntariamente en la parte trasera y prosigo a contarle los desastrosos acontecimientos de esta noche. El policía me escucha muy atento, de vez en cuando pone cara de incredulidad, normal, ni yo misma lo creería, pero en ningún momento me interrumpe.

—Entonces, se llama Emma Beltrán y acaba de llegar a la ciudad para empezar un nuevo empleo. —Muevo la cabeza asintiendo—, la han atracado y por eso no tiene documentos de identidad —prosigue con sus cavilaciones. Creo que repite lo que he dicho para autoconvencerse de que no soy una desequilibrada.

Vuelvo a asentir.

Los dos hombres intercambian miradas, puede que preguntándose si creerme o no.

—Bueno, señorita, de igual forma tendrá que acompañarnos a la comisaria para verificar su historia, y en el caso de resultar cierta puede realizar la denuncia formal.

Otra vez asiento como una autómatas. Llevo diecisiete horas sin dormir y estoy extenuada, ya no doy para más.

El moreno, al que si mal no recuerdo, su compañero ha llamado Scott, me quita las esposas antes de acomodarse en el asiento del piloto y pone el vehículo en marcha.

Dejo caer la cabeza en el respaldo del asiento y suelto un largo suspiro de cansancio. Cierro mis ojos y pido con todas mis fuerzas que este día infernal termine al fin.

Al cabo de unos minutos llegamos a la delegación de Brooklyn, el oficial me pide que tome asiento. Momentos después regresa y me ofrece un café.

—No es el mejor de la ciudad, pero te hará bien.

Tomo el vaso y de inmediato le doy un sorbo. Efectivamente no es lo mejor que he tomado, pero no me quejo, todo lo contrario, se lo agradezco con el alma. Toma asiento frente a mí y procede a hacer varias llamadas. Luego de verificar con aduana que efectivamente llegué el día de hoy toma mi declaración.

—Listo, ya está hecho —anuncia cuando termina de escribir mis miserias del día en el ordenador—. Te aconsejo que llames a tu banco y canceles tus tarjetas. En cuanto a tus documentos no creo que los recuperes.

Yo tampoco. Ni modo, tendré que ir al consulado de los países bajos para solicitar un nuevo pasaporte.

—Ya eres libre, puedes irte. —Sus palabras me caen como un balde de agua fría. Me devuelven a la realidad. No tengo idea de a dónde ir. Él parece leer la angustia en mi rostro—, ¿tienes donde quedarte?

—Se supone que tenía una reserva en el Da Vinci hotel, pero no esta paga, debía hacerlo una vez que llegara allí.

El deseo de llorar se apodera de mí; pese a todo lo que me ha ocurrido esta noche es la primera vez que me invade el pánico de verdad. No tengo ni puñetera idea de lo que voy a hacer ni a donde voy a ir.

Entierro mi cara en mis manos y lloro. Yo no soy de llorar, pero han sido muchas cosas y ya no aguanto más.

Al cabo de unos segundos levanto la cabeza y me doy cuenta de que soy el centro de muchas miradas.

—Lo... lo siento —me disculpo con el oficial, avergonzada conmigo misma por la situación y mi comportamiento. No soy una niña, se supone que sé cuidarme sola. Esto no debería estar pasándome.

Él asiente con tranquilidad mientras se pasa la mano por la barbilla.

—Tranquila —dice, antes de levantarse y acercarse a mí. Toma un pañuelo de papel sobre su escritorio y me lo pasa en el momento que medio

se sienta en la esquina de la mesa.

—No sé qué voy a hacer —hipeo, aceptando el pañuelo. Mi estado debe ser deplorable.

—Ya encontraremos una solución. —Trata de consolarme, y mira de reojo a sus colegas; seguro incómodo con mi actitud.

—Claro, no se preocupe. Ya me las arreglaré —digo, recuperando un poco la compostura. No tengo idea de cómo lo voy a hacer, pero tampoco quiero ni puedo seguir aquí haciendo un drama de mi situación. Nunca me ha gustado causar lastima. Esta es mi nueva realidad y lo mejor es hacerme a la idea.

—¿Segura? —inquire con el ceño fruncido.

—Sí, tú tranquilo —miento—, ya se me ocurrirá algo. —Me levanto y le tiendo la mano—. Muchas gracias por todo, oficial.

Él asiente no muy convencido.

—Para eso estamos —contesta, y estrecha mi mano.

Trato de sonreír, pero las comisuras de mis labios no obedecen la orden de mi cerebro por lo que fracaso en el intento.

Al salir de la comisaria siento el viento de una noche gélida, además de la ligera nieve que ha empezado a caer y que únicamente se ve interrumpida por el ruido y las luces de los autos al pasar. Me ajusto bien el abrigo y miro de este a oeste. ¿Y ahora qué?, no tengo idea de a dónde ir; no obstante eso no me detiene y empiezo a caminar.

—¡Emma, espera! —Escucho que me llaman. Me detengo y veo a Scott acercarse a la carrera.

—¿Se te ha olvidado tomar algún dato? —inquiero cuando está frente a mí.

—No, sólo que estuve pensando... —empieza a decir mientras se pasa la mano por el cuello, dudoso—... se me ocurrió que esta noche podrías

quedarte en mi apartamento.

Sus palabras me toman por sorpresa.

—¡Nooooo! ¿Cómo crees? No quisiera molestarte —me apresuro a decir.

—No lo harás —asegura—, además, ¿a dónde más irías?, tienes que esperar a que abra el consulado y eso no será hasta el lunes en la mañana.

Tiene razón. A parte de que no tengo dinero.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Mira que no quiero causarte ningún problema.

—Y no lo harás. —Me dedica una leve sonrisa—, dame unos minutos, termino mi turno y luego nos vamos.

Termino por aceptar su ofrecimiento y unos cuarenta minutos más tarde llegamos a su departamento.

—No es el Ritz, pero es acogedor —anuncia tras abrir la puerta.

Ni siquiera me tomo la molestia de mirar a mi alrededor. La verdad es que estoy tan cansada y agradecida que bien podría haberme llevado a la casa de la bruja del cuento de Hansel y Gretel y me hubiera parecido igual de bien.

—Está perfecto, gracias.

—Ven, te mostraré el cuarto donde dormirás.

—No me vayas a dar tu habitación —pido horrorizada. Bastante ha hecho con dejarme quedar aquí para que encima le quite su cama.

—No, tranquila. Te quedarás en la habitación de mi hermana.

—¿Y a ella no le importará que alguien duerma en su dormitorio? Puedo dormir en un sofá.

—Mi hermana vive con nuestra madre, únicamente viene algunos fines de semana. Además, no creo que le moleste que la uses.

Al doblar un pasillo, abre la puerta, enciende la luz y me muestra una

habitación bien ordenada con un ambiente hiper moderno y escaso. Con una cama de dos plazas de hierro forjado con la cabecera en forma de *Papillón* en metal, tiene un hermoso acabado en hoja de plata. Sin duda una opción muy sofisticada, siendo junto a todos los posters colgados en la pared el cuarto perfecto para una adolescente.

—Te dejo para que te acomodes.

Me doy la vuelta y por primera vez lo observo con mayor interés. Es alto, de ojos negros, con un cuerpo bien definido. Debajo de su camisa, ahora arremangada hasta la mitad del brazo, puedo distinguir varios tatuajes que cubren su brazo izquierdo. Por su tamaño y su gesto serio puede parecer intimidante, no obstante, me siento segura a su lado y no precisamente por el hecho de que sea policía. Es algo más.

—Muchísimas gracias, Scott. —Él me mira y frunce el ceño, quizá sorprendido por el hecho de que me haya tomado la libertad de usar su nombre. De modo que me veo en la obligación de aclarar—: escuché a tu compañero llamarte de esa forma. Y ya que voy a dormir aquí creo que sería menos raro si uso tu nombre y dejo de llamarte oficial; espero que no te importe.

—Me parece bien. Ponte cómoda, ya regreso. —Se da la vuelta dispuesto a salir del cuarto, pero de pronto se detiene—. Toma... —dice, sacándose un móvil del bolsillo del pantalón—. Me imagino que tienes que llamar a tu casa para informar que estás bien.

¡Joder, se me había olvidado! En Luxemburgo ya es de madrugada y mi mamá debe estar muerta de la preocupación; al igual que Adriana. Llevo demasiadas horas fuera del radar.

—¿Puedo usar tu *WhatsApp*? —pregunto. Las llamadas internacionales son demasiado caras y no quiero seguir abusando de su buena fe.

—Lo que necesites —responde, al tiempo que desbloquea el celular.

—Gracias.

Él mueve la cabeza en modo de asentimiento antes de salir del dormitorio.

Agrego el número de Adriana a la aplicación. Estoy a punto de llamarla por video chat, pero luego recuerdo todo lo sucedido en el transcurso del día, debo tener una pinta horrible y no quiero preocuparla de más. Por lo que mejor le hago una llamada normal.

—Sí, diga —responde casi de inmediato. Prueba de que no ha dormido nada.

—Adri, soy yo, Emma —respondo casi sin fuerzas.

—¡Por Dios, Emma, me tenías con el cristo en la boca!

—Lo sé, y lo siento.

—¿Cómo estás?, ¿qué te ha pasado? —demanda con evidente preocupación—. He llamado a la aerolínea y me han dicho que tu vuelo llegó sin ningún percance.

Escucharla me hace darme cuenta de lo mucho que la echo de menos en estos momentos, de pronto todos los acontecimientos del día me pesan, como si me hubieran drenado la sangre y la hubieran remplazado por un coctel de metales pesados. Así que me desplomo en medio de la cama.

—Estoy bien. —Mis palabras se pierden en un murmullo.

—¡No, no lo estás! ¡No me mientas! ¿Por qué no me habías llamado? —Es cierto, no lo estoy y ella me conoce mejor que nadie. De nada sirve que trate de mentirle. Por lo tanto le cuento todo lo que me ha pasado.

—¡Por Dios, Emma! —clama horrorizada cuando termino mi relato—. ¡Júrame que estás bien!

—Lo estoy —aseguro—, sin dinero, ni documentos, ni maletas, pero estoy bien.

—Por el dinero no te preocupes, mañana a primera hora te hago un

envío. Y ya mismo llamo al número de la tarjeta para cancelarla.

—No podré retirar el dinero, no tengo documentos de identidad.

—Bueno, habla con el chico este con el que te estás quedando. Haré el envío a su nombre.

Señor, cuanto la adoro.

—Está bien, hablaré con él. Adri, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, nena. Dime.

—¿Podrías llamar a mi mamá y decirle que estoy bien que tuve un pequeño problema con el móvil? Dile que apenas pueda la llamaré.

—Cuenta con eso.

—La llamaría yo, pero ya sabes cómo es Rubén. Si se entera de lo que me pasó, capaz y me viene a buscar y me obliga a regresar.

—Está bien. Tú sólo mantente tranquila. Trata de dormir y mañana llámame para pasarme los datos que necesito para enviarte el efectivo.

—De acuerdo.

—Buenas noches, cariño.

—Muchas gra...

—¡Ni se te ocurra darme las gracias! —me corta.

Por primera vez en toda la noche mis labios se curvan en una pequeña sonrisa. Me despido de ella con la promesa de que mañana la volveré a llamar.

—¿Se puede? —pregunta Scott, mostrando medio cuerpo a través de la puerta.

—Claro, estás en tu casa.

—Te traje esto —dice, me tiende una toalla blanca y una camisa manga larga—. Estoy seguro de que quieres darte un baño y cambiarte de ropa.

—Gracias.

—Ya deja de darme las gracias. Lo hago con mucho gusto. —Asiento.

Le debo parecer tonta—. El baño está en el pasillo.

Paso por su lado y le hago caso.

Me doy una ducha caliente que me sabe a gloria. Sintiéndome otra vez persona. Regreso a la habitación, me acuesto, y pese a estar en un lugar desconocido, dejo que el olor a suavizante de la camisa de Scott me envuelva y me duermo enseguida.

Capítulo 5

"Cuando hay un exceso de amor, el hombre pierde su honor y su valía"

[Eurípides](#)

Abro los ojos y me pesa todo el cuerpo. Trato de moverme y un dolor lacerante me atraviesa, de modo que vuelvo y me tumbo. Suelto un suspiro de pesar al recordar los golpes de la noche anterior.

Joder, me molieron a palos.

Fijo la mirada en la ventana. El amanecer trata de reflejarse a través de ella, pero la persiana americana se lo impide. Está todo a oscuras. ¿Cómo demonios llegué al sofá? No tengo la menor idea. Lo último que recuerdo es el sabor metálico de la sangre cuando me agarré a golpes con unos tipos en el Venus. Después de eso, todo es borroso.

Cierro los ojos y los aprieto con fuerza.

Qué jodido estoy.

Ya no sólo me conformo con beber hasta perder el conocimiento, sino que también tengo que agarrarme a golpes. Lo necesitaba para ver si de esa forma podía sentir algo. Me siento tan vacío y hundido. Es como si estuviera en una especie de limbo. Por lo menos, mientras esos tipos me golpeaban tenía la certeza de que estaba con vida. Trato por todos los medios de no pensar en ella, de no quererla, de no extrañarla, pero un susurro en el odio se empeña en decirme que nunca lo lograré. Ella no sólo se llevó mi corazón, sino que también se llevó el control de mi existencia. Dejando un cuerpo vacío y perdido en las penumbras. Es lo que pasa cuando dejas que alguien entre en tu vida y la controle a su antojo; que al marcharse te deja lleno de mierda. A ver si ahora aprendo la lección de una maldita vez.

—¿Ya te cansaste de dormir la mona?

Escucho la voz de Maximiliano, abro los ojos de golpe y lo veo parado

frente a mí, sosteniendo una taza de café.

Medio me incorporo y me siento en el sofá de cuero negro. Me duelen las costillas. Me cuesta incluso respirar. Si quería sentir algo, puedo darme por satisfecho porque siento cada maldito golpe.

—¿Qué haces aquí? —pregunto confundido, aceptando la taza. Doy un trago y me quejo de inmediato. Debo tener el labio partido.

—Me gustaría saber... ¿hasta cuándo vas a seguir con todo esto? —contraataca ignorándome, desafiándome con la mirada—. Llevo semanas viéndote emborracharte, noche tras noche, y te he dejado en paz, pero ya basta. Así no puedes continuar.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —vuelvo a preguntar arisco. Ahora soy yo quien ignora adrede sus palabras.

—Fabiola, una conocida de Adriana la llamó y le comentó en el estado deplorable en el que te encontrabas, por lo que fui a buscarte.

Intento hacer memoria, sin embargo, no tengo la menor idea de quién me habla, como tampoco tengo el más mínimo recuerdo de él yendo a recogerme.

—Ni te esfuerces —me advierte—, te encontrabas tan molido que estabas medio inconsciente cuando te encontré en la acera del bar. En serio, Carlos. ¿Vas a volver a lo mismo de antes?, ¿mujeres, sexo, alcohol y peleas sin sentido?

—Ese no es tu maldito problema —replico más alto de lo que debería, mi cabeza se queja.

—¡En eso te equivocas! —dice en un tono igual al mío—, porque cuando tengo que salir de mi casa en la madrugada, dejando a mi mujer e hijos solos para ir a buscarte en un bar de mala muerte, ¡pues eso se convierte en mi problema!

Mascullo un juramento entre dientes y me llevo una mano a la

cabeza para masajear mi sien. Siento que va a explotar en cualquier momento.

—¿Te duele la cabeza? —pregunta con sorna—. ¡Pues te aguantas! ¡Toda acción conlleva una reacción y el día menos pensado toda esta mierda te va a explotar en la cara!

—Max, será mejor que te largues.

—De eso nada —me desafía—, ahora me vas a escuchar. Te las pasas jactándote de que no necesitas a nadie y de que puedes manejar tu vida como se te antoje, pero no dejas de comportarte como un crío. ¿Tú crees que agarrándote a golpes y bebiendo hasta perder la noción del tiempo la vas a recuperar? Pues de una vez te digo que no... ¡Termina de crecer de una maldita vez! —grita sin ninguna benevolencia—. Si tanto te afecta que te haya dejado, te aconsejo que cojas un vuelo y vayas a resolver esto de una puta vez.

—¡Vete al diablo, Max! —vocifero ignorando el dolor de cabeza. Sé que tiene toda la razón, pero no quiero escucharlo. Lo único que quiero es que me deje en paz. ¿Tan difícil es de entender!?

Me levanto y me echo andar hacia el cuarto de baño, necesito una ducha y alejarme de él.

—Muy maduro de tu parte —dice siguiéndome el paso—, tratar de ignorar los problemas.

—Déjalo ya —mascullo.

—No, quiero que me lo expliques, ¿qué ganas comportándote de esa manera? —continúa hostigándome, dispuesto a no quitar el dedo del renglón—. ¡Si esta es tu forma de recuperarla, te informo que eso no la hará volver!

—¿Y tú crees que no lo sé, joder!?! —grito perdiendo los estribos.

Maximiliano se recuesta contra el marco de la puerta, tiene las manos en los bolsillos y me observa en silencio, su tranquilidad de pronto me hace sentir incómodo, vulnerable. Nunca he sido un hombre que muestra sus sentimientos. Como amigos hablamos de todo, pero nunca me he abierto a él ni le he hablado de la fuerza de mis sentimientos por Emma.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con más calma.

—¿Qué voy a hacer de qué? —No entiendo su pregunta.

—¿Vas a luchar por ella o vas a rendirte?

—No se puede luchar por quien no te quiere —confieso derrotado. Max se queda mirándome detenidamente. Puede que analizando mis palabras.

—No te des por vencido, a veces en el amor las cosas se complican, pero eso no quiere decir que debas renunciar —me aconseja—, recuerda mi situación con Adriana, las cosas eran mucho más complicadas y mira... todo termino bien.

—Con la única diferencia de que Adriana estaba enamorada de ti —declaro, y reconocerlo en voz alta hace que un dolor se instale bajo mis costillas, no precisamente por los golpes recibidos la noche anterior—, en cambio a Emma lo único que le gusta de mí es el buen sexo que pueda proporcionarle.

Algo en la mirada de mi amigo cambia, se torna más suave, creo que es pena o compasión. Y si algo no soporto en la vida es que me tengan lastima.

—Vales más que eso —asegura, sus palabras están cargadas de sinceridad—. Si es por lo que ella dijo en la cena de navidad, Adriana me explicó cómo estuvieron las cosas y te puedo asegurar de que su intención nunca fue lastimarte.

Puede ser, pero eso no quita que sus palabras me destrozaron. No es el hecho de no tener un empleo fijo, ni una profesión como la tiene Maximiliano o Vincent, eso nunca me ha importado.

Mi mamá emigró desde República Dominicana a Luxemburgo buscando un mejor futuro para nosotros cuando yo apenas tenía diez años. Me costó mucho adaptarme a un país nuevo, lejos de mis amigos y demás familiares, acostumbrarme a un idioma que, al escucharlo, era como si me estuvieran hablando en Mandarín. En la escuela era peor, tenía que seguir clases en alemán, luxemburgués y francés; para mí que en mi país sólo había escuchado el español o un poco de “spanglish”, como nosotros llamamos a las personas que más o menos hablan un mal inglés, era como si me hubieran puesto en el centro de una cumbre de las naciones unidas y me hubieran pedido hacer la traducción de lo que allí acontecía. Era cosa de locos. ¿Por qué un mismo país y encima tan pequeño maneja tantos idiomas? Nunca lo he entendido. El hecho es que pronto descubrí que la escuela no estaba hecha para mí. A los quince años me inscribí en una reclutadora para conseguir trabajo. Recuerdo la primera vez que tuve en mis manos mi primer sueldo; tan grande fue la emoción que decidí abandonar mis estudios y dedicarme a trabajar. De esa forma podía ayudar a mi mamá con los gastos de la casa, de paso ahorraría dinero para mis cosas. Desde entonces, siempre he trabajado en muchas cosas y nunca me había sentido inferior por eso; hasta que escuche de los labios de la mujer que amo que nunca sería la madre de los hijos de un hombre sin profesión definida. Esas palabras causaron que todo mi mundo cayera destrozado a mis pies. Lo peor es que ni siquiera la culpo. Emma es una mujer inteligente, con ganas de comerse el mundo. Ella merece un hombre que esté a su altura, con el cual pueda conversar de arte y todas esas cosas que le

gustan. Yo no soy esa persona, me niego a ser quien se interponga entre ella y su sueño. Ella merece ser feliz.

—Pero eso no significa que no lo sintiera —digo con la voz apagada, aceptando la realidad. Lo mío con Emma se ha terminado.

Capítulo 6

"El que se erige en juez de la verdad y el conocimiento es desalentado por las carcajadas de los Dioses"

[Albert Einstein](#)

El domingo me levanto descansada, con las energías renovadas. Es cierto que lo ocurrido ayer fue medio traumático, no obstante, no pienso dejar que eso me desanime. No tengo idea de cuánto tiempo he dormido, pero la claridad que entra por la ventana me deja claro que ya debe ser pasado medio día. Al salir de la cama me topo con un paquete encima de la mesita de noche metálica.

Espero que sea de tu talla.

Dice la nota. Me tomo el atrevimiento de mirar y encuentro unos vaqueros azules y una camisa manga larga beige. Esbozo una sonrisa de sorpresa a la vez que de agradecimiento.

Me meto en la ducha, me lavo el pelo, tarea que se me dificulta al no tener mis productos de belleza. Mi cabellera castaña es bastante rebelde por lo que después de intentar hacer algo con ella durante quince minutos, me doy por vencida y la dejo suelta. Eso me hace pensar que mis maletas deben ser enviadas hoy al hotel.

Me cambio a toda prisa y vuelvo a sonreír al ver que Scott acertado con la talla de mi ropa. ¡Qué buen ojo tiene! Termino de prepararme y voy en su búsqueda. Lo llamo por todo el apartamento, pero no me responde. Tal parece que no está. Su ausencia me permite fijarme mejor en el sitio. La cocina, aunque pequeña, es moderna con tonos grises y una isla que define la

zona de cocción y del comedor dentro de la sala. El salón que tiene acceso a un pequeño balcón está compuesto de un sofá en cuero de dos plazas que va a juego con un puf y un sillón de una plaza. De frente al juego está colgado un plasma de unas ¿48 pulgadas? Y justo al lado, hay una gran selección de libros posicionados dentro de un librero blanco que va desde el piso a techo. La decoración es moderada y discreta. Todo está ordenado; cosa extraña en un hombre soltero.

¿Y tú cómo sabes que es soltero?

Bueno, en el baño no vi ningún artículo de mujer, ni tampoco veo cuadros ni ningún toque femenino en el lugar.

—Espero que sea de tu agrado. —Escucho la voz masculina de Scott detrás de mí, sobresaltándome.

Me giro mientras que él cierra la puerta. Va vestido un con una sudadera de algodón negra y una cazadora estampada camuflaje forrada con capucha, debajo de ella lleva un T-shirt blanco.

—La ropa —aclara con voz ronca; puede que al ver mi cara de boba.

Puede que anoche por lo nervios no me diera cuenta de su atractivo, ahora me cuesta ordenarle a mi cerebro que reaccione para no parecer tarada.

—Sí, muchas gracias —contesto recuperándome de la sorpresa. *Si todos los policías de Nueva York son así de guapos, yo encantada dejaría que me esposaran de nuevo—*, está perfecta.

—He ido por un café presentable y algo de comer —dice mostrándome las bolsas que lleva en las manos. Se echa a andar hasta posicionarse detrás de la isleta. Son apenas unos pasos, sin embargo, cada uno de ellos es un derroche de confianza y masculinidad—, me imagino que debes de tener hambre.

Y como si supiera que están hablando de él, mi estómago gruñe, recordándome que la última comida que tuve fue durante el vuelo

transatlántico y de eso hace ya más de 20 horas.

—Mucha —contesto.

Camino bajo su atenta mirada y ocupo uno de los taburetes al otro lado de la isla. Mientras sirve el café en una taza me mira de reojo. Su forma de observarme me hace sentir un poco intimidada e incómoda, después de todo, es un desconocido y he dormido en su casa. Vaya Dios a saber qué piensa de mí.

—¿Cómo dormiste? —me pregunta. Pone delante de mí unos panes rellenos de chocolate que tienen una pinta de estar deliciosos.

—Muy bien —respondo. Ladeo la cabeza y lo observo.

—¿Quieres decirme algo? —Me quedo con el brazo suspendido en el aire, con el pan de chocolate a medio camino de mi boca, que está medio abierta al igual que mis ojos por la sorpresa. ¿Cómo lo sabe? Es cierto que quiero comentarle lo que me dijo Adriana anoche sobre el envío del dinero, pero tampoco quiero abusar. Me remuevo nerviosa en el asiento—, ¿qué pasa? —me apremia.

Da un sorbo mientras me mira con interés por encima de la taza. Coloco el pan de regreso al plato.

Sus enormes ojos negros no me dejan ni un segundo y me hacen dudar.

—Necesito pedirte otro favor —respondo apenada.

Él asiente.

—Tú dirás —dice tras humedecerse los labios.

—Mi mejor amiga quiere enviarme un dinero, pero al no tener documentos no podría ir a reclamarlo, quiero saber si te importaría que ella lo pusiera a tu nombre —digo un poco indecisa—, pero si no quieres... —me apresuro a decir.

—Por mi está bien.

—Podría buscar otra forma —prosigo nerviosa.

—No me molesta.

—Mira que no quiero que te sientas obligado a hacer algo que no quieras.

—¡Emma! —me corta, acallándome de repente—, no hay ningún problema

Él esboza una sonrisa que me parece de lo más sexy.

—Gracias —murmuro.

—Si quieres que seamos amigos tendrás que dejar de darme las gracias por todo. —Ahora la que asiente soy yo—, vamos a desayunar y luego te paso toda la información que necesites.

Termina de acomodar el desayuno y luego se sienta a mi lado. El olor a café bien hecho mezclado con una magnífica colonia masculina me envuelve. Otra vez siento esa sensación agradable de tenerlo cerca y no entiendo el por qué.

Mientras desayunamos conversamos y nos conocemos un poco más.

Me comenta que su nombre completo es Scott Walker III, tiene treinta y dos años, es detective y el último de una tercera generación de policías. Su abuelo fue policía hasta que se retiró y su papá también hasta que murió en un tiroteo cuando Scott tenía 18. Nació y creció en Queens; pero al casi ser descubierto mientras trabajaba de infiltrado fue trasladado de narcóticos a un recinto en East Village, por lo que decidió mudarse allí antes de ser trasladado una vez más a Brooklyn. Tiene una hermana menor, Lindsay, de 17 años, a la que quiere mucho y como el mismo la ha llamado es su «tesoro máspreciado.»

A pesar de lo que ya le dije anoche en el informe, le cuento un poco más de mí, de mis amigas y familiares, hasta que él se gira en el asiento para quedar frente a mí.

—¿Por qué Nueva York? —pregunta mirándome directo a los ojos.

—Desde niña me fascinó la historia... —le explico—, los enigmas que encierra cada cultura, cada origen. A parte de que mi mamá tenía una réplica de la Gioconda en el pasillo de nuestra casa, cada vez que pasaba frente a ese cuadro no podía quitarme la sensación de que no me quitaba la mirada de encima, que me seguía a donde fuera, y me entró la curiosidad de saber por qué. Desde ese momento empecé a interesarme en el arte y sus orígenes. Creo que por eso hice una licenciatura en artes plásticas con una especialización en pintura e historia del arte. Nueva York es una de las ciudades que más arte concentra, con más 500 galerías, museos y artistas de todas las nacionalidades, conglomerados en una multiculturalidad de escenarios creativos e innovadores. Trabajar aquí es el sueño de cualquier persona en mi posición.

Él asiente sin dejar de mirarme. Parece de verdad interesado en lo que le estoy contando.

Terminamos de desayunar y Scott se ofrece a llevarme al hotel para recoger mis maletas.

En el camino aprovecho y le doy una mirada a su vecindario, parece tranquilo y me gusta.

Al llegar al hotel reclamo mis maletas en la recepción, pero al no tener identificación la recepcionista se niega a entregármelas. Por suerte Scott me acompaña; no sé si fue la mirada arrebatadora que le ofreció o el hecho de haber mostrado su placa, pero lo cierto es que de pronto la joven coopera. ¿Dónde quedó el «sin documento no puedo ayudarla» o el «Lo siento, son políticas del hotel»? ¡Descarada! Aunque no puedo culparla, con lo guapo que se ve el condenado, yo hubiera reaccionado igual.

—¡Diez maletas! —exclama Scott pasmado, y aunque parece una pregunta, creo que es más sorpresa. Su cara de espanto me causa risa—. No quiero imaginarme el sobrepeso que debiste pagar.

Es cierto, pero no son sólo maletas; en cada una de ellas vienen los recuerdos de cada salida con las chicas, cada risa, cada aventura, mis primeros zapatos de diseñador y muchos otros. Cada kilo valió cada centavo.

—Vine con la intención de quedarme —le recuerdo.

—Pero, aun así —prosigue incrédulo, mirando mi equipaje—, no entiendo por qué las mujeres necesitan tantas cosas. —Se queja mientras sube la segunda maleta en el cofre—, sobre todo porque tiendas aquí hay de más. Vamos a tener que pedirle al hotel que te las envíe al apartamento porque en mi carro no cabrán todas —recalca lo obvio.

No puedo evitar poner los ojos en blanco, los hombres son unos exagerados. Aunque volviendo a ver las maletas esparcidas a mis pies creo que lleva razón. Puede que me haya excedido un poco.

Después de cuadrar todo en el hotel vamos a buscar el dinero que mandó Adriana, lo primero que hago al salir de la agencia de envíos es comprarme un teléfono. Agregó los números de las chicas, mando un mensaje grupal por *WhatsApp* para dejarles saber que es mi nuevo número y llamo a mi mamá, luego de escuchar una ametralladora de reproches desde «eres una mala hija», «llevo dos días sin pegar el ojo» o la que se ganó una elevación de ojos hacia el cielo de mi parte, «tu hermano tenía razón, nunca debí dejarte ir tan lejos.» Tengo 31 años, por Dios. Como si hubiera podido evitarlo. Luego de explicarle lo sucedido, de jurarle y perjurarle que estoy bien, la dejo más tranquila. En un principio pienso en decirle que me estoy quedando con Scott, pero a pesar de que él sea un oficial de policía no quiero preocuparla más; de modo que le digo que me estoy quedando en un hotel.

En la noche, Scott se va a trabajar y yo me acuesto sobre excitada por todo lo que me espera mañana.

Cuando el despertador suena, yo ya llevo un buen rato despierta. Estoy tan emocionada que me costó conciliar el sueño.

El gran día ha llegado. Hoy empiezo una nueva aventura.

Con ese pensamiento me encamino al baño. Y aprovechando que el hotel mandó mi equipaje ayer en la tarde y que tengo mis productos de belleza, me lavo el pelo disfrutando del olor a vainilla de mí champo.

Al salir del baño, parada frente a la cama donde he abierto tres de las diez maletas que he traído, pienso en que la primera impresión es la que cuenta, a pesar de que el señor Wright me vio durante la entrevista que tuvimos vía Skype, no es lo mismo que vernos personalmente. Elijo unos pantalones azul marino de talla alta, el cual en la cintura corona una serie de pliegues delicados que caen en los bolsillos diagonales, junto con una camisa manga larga blanca con un detalle de gran moño en el escote. El lazo hace que la camisa sea llamativa, y a la vez versátil. Acompaño todo el *outfit* con unos *Manolos* azul marino. Nada mejor que unos zapatos de diseñador para sentirse segura, femenina y glamurosa.

Fabuloso. Pienso admirando mi reflejo en el espejo.

Tomo mi abrigo, bolso y salgo por la puerta dispuesta a conquistar la gran manzana.

En la calle me fijo mejor en los alrededores: mezclas de unas cafeterías chic con unos bares cutres, unas ajetreadas calles de Nueva York con unos tranquilos jardines comunitarios, añades un toque de espíritu bohemio y... ¡Te encontrarás en East Village, Manhattan!

Por donde quiera que paso el arte está presente. Prueba de ello es el gran número de murales pintados en la zona, ¡Me encanta!

Pero claro, había escogido el Da Vinci hotel por su ubicación. Está cerca de todo; está casi en la octava avenida, muy cerca de Broadway, no hay que caminar mucho para llegar a Central Park, pero sobre todo, por su cercanía con la calle 53 que es donde voy a trabajar. Sin embargo, no tengo ni idea de cómo llegar desde aquí, por lo que tengo que preguntarles a algunos

de los pasantes.

En la Union Square Station tomo la línea *F*, que por fortuna pasa cada ocho minutos. Y treinta y cinco minutos más tarde llego a mi destino. Mientras espero que el semáforo cambie a verde miro alrededor. Todavía no puedo creer que vaya a trabajar a tan solos unos pasos del famoso Museo del arte moderno. La simple idea me arranca una sonrisa. La luz cambia a verde y sintiéndome una neoyorquina más, con la cabeza en alto y una sonrisa que se niega a abandonar mis labios, cruzo la sexta avenida. Al leer EBOURNEOLI GALERY en letras blancas sobre el cristal de la ventana, sé que he llegado a mi destino.

Tomo un hondo suspiro para calmar mi ansiedad y empujo la puerta de cristal. ¡Allá vamos!

Justo a la entrada detrás de un mostrador de madera se encuentra una joven.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunta la joven con una gran sonrisa. Parece simpática. No muy alta, pelo negro bien recogido en una cola alta, sus lentes de vistas resaltan unos preciosos ojos azules. Debe tener alrededor de unos 24 años.

—Buenos días, soy Emma Beltrán. —Me presento devolviéndole la sonrisa—, tengo cita con el señor Wright. A partir de hoy empezaré a trabajar aquí.

—Por supuesto, señorita Beltrán. —Sus ojos se iluminan como si de pronto cayera en cuenta de quién soy—, el señor Wright la está esperando. Un momento —pide saliendo detrás de su escondite—. Le voy a avisar que ha llegado.

—Muchas gracias —respondo.

Mientras que ella se marcha aprovecho y le doy una ojeada al local. Es espacioso, impecable, pisos y muros en blanco, con una excelente

iluminación, aunque no excesiva, por lo que no encandila el lugar. Sin embargo, algo más llama mi atención... ¡No hay cuadros! Ni un solo cuadro colgado en la pared. Entiendo que sea nueva, pero esperaba encontrar por lo menos unos cuantos.

—Señorita, Beltrán. —Me llama la muchacha—, por aquí, por favor.

Cruzamos la galería, traspasamos dos puertas, hasta que finalmente abre la última y con una sonrisa que no ha perdido en ningún momento y un gesto de la mano, me pide que pase.

Al entrar en lo que parece ser un pequeño despacho, sentado detrás de un escritorio de diseño de madera de lujo antiguo, me recibe un rostro que por su pelo canoso y su sonrisa acogedora no me es desconocido. El señor Wright se pone de pie para recibirme en un elegante traje de tres piezas negro, con corbata del mismo color y una camisa blanca. Es de estatura media y pese a que ronda entre los 55 o 60 años, está muy bien conservado.

—Buenos días, señorita Beltrán —me saluda, el acento al mencionar mi apellido me hace cierta gracia.

—Por favor, llámeme Emma —le digo ya frente a él, mientras estrecho su mano en un afectuoso saludo. Su sonrisa se ensancha.

—Espero que su llegada al país, al igual que su instalación, haya sido de su gusto —dice, la sinceridad de sus palabras me deja entrever que su comentario no es por pura cortesía. Parece realmente interesado.

—Todo muy bien —contesto evitando mencionar mis peripecias del sábado.

—Tome asiento, por favor. —Y como todo un caballero espera a que lo haga antes de volver a sentarse él también. Al ver la elegancia que ha demostrado al realizar esa simple acción, me siento erguida y yergo los hombros. Quiero lucir como toda una profesional. ¡Que no le quede duda de eso!

De pronto me quedo patidifusa al ver un cuadro que representa varias figuras geométricas, en tonos grises y blancos sobre un fondo de color ocre. En la esquina superior derecha de la pintura puede leerse la palabra «Café» en letras mayúsculas.

No puede ser, pienso totalmente incrédula. Trato de salir de mi asombro, pero me es imposible.

Es una obra invaluable y no entiendo qué hace aquí. Sobre todo, porque hace siete años fue robada del Museo de Arte Moderno de Paris y las autoridades no tienen la menor idea de donde podría estar.

—Es una réplica —aclara el señor Wright al notar mi reacción. Sus palabras hacen que clave mis ojos de nuevo en él—, es un regalo de Phil, mi socio. —Su cabeza gira de un lado al otro entre el cuadro y yo—. Soy un amante de las obras de Picasso y él hizo que un artista lo pintara para mí.

Según va explicando voy asintiendo, aliviada de escuchar eso.

—Es un gran logro —comento admirando el cuadro impresionada, a la vez que escéptica. He visto varias réplicas, pero ninguna ha respetado tanto el estilo del artista. Vista desde aquí juraría que se trata de la original, sin embargo, para eso tendría que estudiar el cuadro más a fondo.

—Sí, Phil es todo un experto —dice con cierto orgullo en la voz—, ya se dará cuenta cuando trabaje con él. Basta con un pestañeo para descubrir y apoyar a un gran artista o descalabrarlo.

Vuelvo a asentir.

Al parecer el tal Phil es un derroche de virtudes. Muero por conocerlo. Habiendo realizado tantos viajes y conocido a tantos artistas debe tener anécdotas muy interesantes que contar.

—Bueno, Emma —empieza a decir ojeando unos papeles que hay sobre la mesa—, sé que hemos hablado por *Skype* en dos ocasiones, pero tengo que decirle que estoy impresionado, luce usted más joven de lo que

pensé. —No sé muy bien cómo tomar su comentario—, al ver el gran trabajo que realizó con el joven Gautier pensé que sería usted mucho mayor. —Se apresura a aclarar y yo sonrío satisfecha.

Gautier es un nuevo artista belga con el que estuve trabajando por meses. Me encargué de publicitar y lanzar sus obras. La exposición fue todo un éxito. Pero si bien la campaña de marketing que realicé utilizando todos los medios e invitando a una gama selecta de clientes ayudó mucho, el mérito fue todo suyo. Es un joven con mucho talento. Así se lo hago saber al señor Wright.

—No es necesario que le reste importancia a su trabajo —continúa mi futuro jefe—. De hecho, además de la recomendación de mi colega y amigo, Anieli; esa es la razón por la que le ofrecí el puesto.

—Muchas gracias —digo sin ocultar cierto orgullo en la voz.

No es falta de modestia. Amo mi trabajo y por eso trato de hacerlo lo mejor posible, sin embargo, siempre es bueno ver cuando alguien lo reconoce.

—Bien, pasando a temas más serios, le voy a explicar en qué consiste su trabajo. Por lo que pude ver es usted una cazatalentos del arte contemporáneo —dice con una sonrisa a la cual yo correspondo encantada. Es cierto que tengo buen ojo—, por eso quiero que se encargue de seleccionar y promocionar a nuevos artistas jóvenes, nacionales, ¿y por qué no?, también internacionales.

—¿Ya tiene una idea clara de que tipo de artista quiere promover? —pregunto con interés. Es necesario saber qué arte y qué artista se va a promocionar. Es lo fundamental; por lo menos para mí porque me permite tener mejor enfoque.

—Queremos empezar con pintura, fotografía, puede que escultura y unas que otras colecciones privadas de las cuales se encargará Phil.

—Asiento lentamente—, él se encarga de comprar y vender obras a lo largo y ancho del mundo. De hecho, ahora mismo está de viaje, regresará dentro de quince días; por eso necesitaba una persona conocedora que estuviera al frente de la galería —prosigue con su explicación con una calidez en la mirada, al tiempo que mueve las manos para apoyar sus palabras—, yo no soy un gran conocedor, más bien soy un aficionado al que le gustan las cosas bonitas. —Sonríe y es una sonrisa sincera—. La idea de abrir la galería fue cosa suya. Yo más que nada aporté el capital.

¡Fabuloso!

Todavía no me lo creo.

¡Estoy en una nube!

Vuelvo a sonreír. Estoy tan contenta que me cuesta borrar mi sonrisa de boba.

—Queremos inaugurar la galería dentro de tres meses, ¿cree que puede tenerlo todo listo? —inquire.

Mi sonrisa desaparece de golpe.

¿Tres meses?

—Señor Wright, con todo respeto, pero a mi parecer tres meses es un periodo muy corto —le explico—, no sólo hay que encontrar al artista, también se debe entablar un vínculo con él, una confianza. —Me gusta crear un plan de trabajo, visitar su estudio. Conocer ese momento privilegiado donde nace la creación. Para mí eso es sagrado—, además, se debe encontrar el público interesado, captar sus intereses, crear una campaña de marketing y publicidad —especifico—. Que refleje los mismos, lanzarla y hacer un seguimiento.

El señor Wright se me queda mirando con cierto brillo... fascinación, ¿tal vez?

—El que me digas eso muestra lo bien que conoces tu trabajo

—acepta—, pero tranquila, Phil se ha encargado de seleccionar algunos jóvenes. Tú sólo tendrás que hacer un estudio de las diferentes obras, seleccionar los que te parezcan prometedores y hacer un informe artístico del por qué escogiste a algunos y a otros no —continúa dejando atrás las formalidades—. También tendrás que hacer una valoración de las obras que Phil ha traído de su último viaje, cotizando el precio actual en el mercado.

Respiro mucho más tranquila.

»Y por lo demás —prosigue—, puedes pedirle a Danielle —la recepcionista—, que te ayude con la promoción o que contrate a un asistente, pero para ser sincero prefiero que se lo pidas a ella, por el momento no hay actividad en la galería y ella no tiene mucho, por no decir nada qué hacer. ¿Piensas que puedes hacerlo? —Vuelve a preguntar mientras me mira detenidamente. De inmediato vuelvo a cuadrar los hombros.

Preparar una inauguración no es cualquier cosa, conlleva mucho trabajo, pero entiendo que esto es un nuevo reto para mí, al igual que comprendo que el señor Wright me está poniendo a prueba, quiere ver si doy la talla y tres meses es lo que tengo para demostrarle que no se ha equivocado en elegirme.

—No lo defraudaré, señor —contesto con mucha seguridad.

Capítulo 7

“De todos los animales, el hombre es el más cruel. Es el único que infringe dolor por el placer de hacerlo.”

[Mark Twain](#)

—Eh, guapo. —Siento que alguien me está zarandeando. Trato de ubicar esa voz y de reconocerla, pero nada, mi mente está totalmente en blanco. Sólo es un murmullo que se pierde a lo lejos—. Creo que he escuchado un ruido.

Abro los ojos y tengo que parpadear varias veces para poder acostumbrarlos a la claridad que entra por la ventana de mi habitación. Sin embargo, no sólo siento que me quema las retinas, sino que ese simple gesto me cuesta un mundo.

La cabeza me está taladrando. Después de luchar contra la luz brillante unos segundos, logro enfocar la vista y veo a la chica rubia que está sobre mí, cubriendo mi cuerpo con su desnudez. Intento hacer memoria para saber cómo diablos terminó aquí, en mi cama. Más el simple hecho me provoca un dolor punzante.

Joder, qué resaca.

No tengo conciencia de haber bebido tanto en lo que tengo de vida. Haciendo un esfuerzo sobre humano, flashes de la noche anterior me llegan como un remolino: el Venus Bar, la bailarina —a la cual le pagué unos tragos— me hizo un baile privado y luego me propuso terminar la fiesta en mi casa, antes de llegar a la habitación ya me la había tirado en las escaleras.

Un carraspeo llama mi atención.

¿Pero... qué demonios?

Descubro al pie de la cama a Linda, con la mano sobre su vientre

bastante crecido y a Adriana cruzada de brazos, mirándome de forma reprobatoria.

—Te dije que había escuchado un ruido —dice... *joder, ¿cómo es que se llama?*... la bailarina que se sorprende tanto como yo.

—Esto es insólito —brama Adriana—, te juro que si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no me lo creo. —Frunzo el ceño, confuso. Intento nuevamente en enfocarme para ver si logro entender de lo que habla, pero estoy tan hecho polvo que no logro coordinar un pensamiento coherente—, no tienes vergüenza —prosigue ella, con evidente molestia.

Yo sigo sin entender de qué coño está hablando. Aunque de pronto, su tono reprobatorio alerta a la rubia que está a mi lado quien se cubre rápidamente las tetas con la sabana.

—¡Mientras que tu mujer estaba en el hospital, tú estabas aquí, muy campante, tirándote a esta zorra! —continua Adriana, lanzada en una mentira que sólo ella entiende.

¿Qué?

Me quedo perplejo.

Tiene que estar de coña.

Trato de hablar para preguntarle si ha perdido el juicio, pero el más mínimo movimiento me parte la cabeza en dos. Demonios, la resaca me está matando.

—¿Tu mujer? —Lanza un grito de sorpresa la pechugona, saliendo a toda prisa de la cama y dejándome totalmente al descubierto ante las recién llegadas.

Con todo el esfuerzo del mundo me siento en la cama a la vez que recuesto la espalda contra la cabecera. Estoy totalmente molido. Las chicas intercambian una mirada cómplice.

—Sí, su mujer —responde Linda, siguiéndole la corriente a Adriana

—¡Eres un cerdo! —Vuelve a gritar la rubia, de la cual no recuerdo su maldito nombre, se empieza a vestir como si de pronto le hubieran anunciado que el edificio está ardiendo en llamas.

—¡¿Cómo fuiste capaz de hacernos esto a los trillizos y a mí?! —demanda Linda, al tiempo que se lleva una mano a su espalda y la otra a su barriga de seis meses, fingiendo estar dolida. Toda digna de un *Emmy*.

Mi mirada baila entre ella y Adriana, incrédulo. Esta última muestra una sonrisa traviesa mal disimulada. ¡Tiene que ser una maldita pesadilla!

—Lo siento.... yo no... no lo sabía —se disculpa la rubia mirando a Linda, al parecer apenada. Cierro los ojos y me aprieto el tabique con fuerza. Esto no me puede estar pasando a mí.

—No te preocupes, no eres la primera y dudo mucho que seas la última —replica Linda, entregada en su papel de esposa traicionada—, yo creí que ahora que los trillizos vienen en camino, él iba a cambiar, pero ya veo que no es así.

—¡¿Trillizos?!

Su grito de indignación me provoca un horrible dolor. Quisiera poder aclararle la situación y decirle que todo es una mala broma de las muchachas, pero luego me doy cuenta de que me importa una mierda lo que piense. Puede que al final tenga que agradecerles a las chicas que me hayan evitado tener que fingir estar interesado en ella y tener que prometerle que la llamaría cuando en realidad no lo haré.

—¡Eres un cretino! —vocea dirigiéndose hacia la puerta. Justo antes de cruzarla se detiene y me mira—: no te molestes en llamarme.

Tampoco tenía la intención de hacerlo.

Me paso la mano varias veces por el rostro tratando de espabilarme mientras lanzo el suspiro más largo de la historia. Al cabo de unos segundos mi mirada baila entre mi supuesta “mujer” y la entrometida de su amiga.

Ambas se me quedan mirando con esa mirada que conozco muy bien, que avisa que nada bueno se avecina. Salgo de la cama como Dios me trajo al mundo. Debería cubrirme, sin embargo espero que mi desnudez las incomode lo suficiente como para que salgan corriendo de mi habitación y me dejen en paz. Pero mi atrevimiento no causa el efecto esperado. Adriana ni se inmuta, ¿en qué momento se volvió tan descarada?, yo pensaba que ese rol lo ocupaba la arpía mayor; o sea, Emma.

—Tenemos que hablar —dice Linda, que por lo menos ha tenido la decencia de voltear la cara, avergonzada.

Maldigo entre dientes al ver que mi plan no ha funcionado. ¡Pero que tercas! ¿No piensan dejarme tranquilo? Pensé que había sido claro cuando hable con Max; no quiero que nadie se meta en vida.

—No estoy para escuchar sermones —aviso cortante, al punto de parecer desagradable. Las quiero un montón, pero ahora mismo sólo quiero que se marchen—, y me gustaría saber, ¿cómo diablos hicieron para entrar?

—Le robé la llave a Max —responde Adriana, sin mostrar ningún remordimiento al mismo tiempo que se encoge de hombros. Tuerzo el gesto y luego aparto la mirada. Estas mujeres no conocen límites.

Le había dejado la llave a Max hace tiempo cuando salía con Sophia para que tuviera un lugar para esconderse de ella cuando lo necesitara. Nunca pensé en recuperarla.

—Pues has el favor de dejarla encima de la mesa antes de salir.

Sin esperar su asentimiento me dirijo al baño y sin siquiera esperar que el agua se caliente, me meto bajo el chorro.

—Si piensas que existe una mínima posibilidad o una parte de esta historia donde nosotras nos vamos sin antes hablar contigo, te puedo asegurar que estás muy equivocado. —Escucho que grita Adriana a través de la puerta.

Resoplo exasperado. No respondo. Quizá si las ignoro se darán por

vencidas y terminaran yéndose.

Me ducho tomándome todo el tiempo, dejo que el vapor que se ha ido formando y esparciendo por todo el cuarto del baño se lleve el olor rancio de alcohol y sexo de la noche pasada. Y aunque el mal humor no ha desaparecido, por lo menos el dolor de cabeza se ha amortiguado. Tomo una toalla, la envuelvo alrededor de mi cintura y me cepillo los dientes antes de regresar a mi habitación.

¿Qué coño...? No puede ser.

Pienso malhumorado al ver mi cama tendida y el cuarto recogido. Estas mujeres están locas.

Me pongo un bóxer blanco, unos vaqueros desgastados y con el torso desnudo salgo de la habitación. Podría decir que me sorprende ver a Linda sentada en la mesa del comedor mientras que Adriana prepara café en mi cocina como si fuera dueña y señora de la casa; pero no, no me sorprende.

Verlas a ambas aquí, y sobre todo ver a Adriana en mi cocina, me recuerda las tantas veces que me despertaba y encontraba a Emma preparando café, llevando únicamente una de mis camisetas. Apenas la veía y me olvidaba del rico aroma que se esparcía en el aire para pronto acercarme a ella y besarla con ansias. Sus besos siempre me han resultado adictivos. Una cosa llevaba a otra y terminábamos haciendo el amor en el piso o ella sentada encima de la encimera mientras que yo la penetraba tomándome todo mi tiempo. Situación que nos hizo llegar tarde al trabajo en más de una ocasión. Recuerdo cada maldito beso, cada jadeo, cada sonrisa, cada caricia.

¡Joder!

El recuerdo provoca que mi mal humor aumente.

—En serio, Carlos, tú sí que sabes escogerlas. —Se burla Adriana, y pone una taza de café delante de mis narices—, ¿ahora te dedicas a acostarte con todas las bailarinas eróticas de la ciudad?

—Adriana, con quien me acueste, no es asunto tuyo —respondo, y sé que soné como un grosero. De pronto recuerdo el numerito que me han montado hace rato—. Por cierto, les quedó de puta madre la bromita.

—De nada —masculla Adriana mientras levanta la mano y la deja caer, en modo despreocupada. No deja de sorprenderme su descaro.

Elevo los ojos al cielo y mentalmente pido que si existe un Dios ahí arriba se apiade de mí y haga que se marchen.

Me echo andar hacia el sillón y me desplomo en él. Dejo caer la cabeza en el respaldo y aun con la taza en la mano cierro los ojos y suspiro con fuerza.

Únicamente quiero estar solo.

Sólo quiero que este dolor se vaya, pero mi tortura no parece tener fin.

—Por lo menos, esta ha tenido la decencia de parecer avergonzada —añade Linda.

—No tendría por qué estarlo. Les recuerdo que soy un hombre soltero —digo a la defensiva, haciendo énfasis en la última palabra, después le doy un sorbo al café. Está caliente y bien cargado, como a mí me gusta. Otra cosa que debo agradecerle.

—¿Te das cuenta de que al final no son más que estupideces lo que estás diciendo? —continúa Adriana, pese a que está tratando de aparentar tranquilidad su tono irritado no me pasa desapercibido—, ¿desde cuándo ser soltero es sinónimo de andar metiéndola en cualquier parte?

Exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Tiene razón; pero mientras estoy follando mi mente se mantiene en blanco. Y eso es justamente lo que necesito. Dejar de pensar.

Escucho la puerta de la nevera abrirse.

—¿Acaso tú no comes? —pregunta Adriana. No respondo.

—Todo lo que tienes en la nevera es una cerveza.

—Por la cantidad de botellas vacías que había regadas por el apartamento, pensé que no se había salvado ni una —replica Linda.

Eso suele suceder cuando no tienes la intención de estar sobrio; lo que me hace pensar que debo pasar por la bodega a comprar más.

—Además, mira el estado de este apartamento —continua Linda—, parece que hace semanas que no ve una aspirada.

Su tono de reproche me exaspera. No necesito que nadie venga a recordarme que mi vida es un puto caos.

—Si tanto les molesta el desorden, son libres de marcharse cuando lo deseen —respondo impertinente.

—No es necesario que seas tan grosero. —Se queja Linda

—Déjalo —contraataca Adriana desde la cocina—, es obvio que la falta de sueño lo tiene diciendo tonterías.

—Eres un mal agradecido —prosigue Linda, dolida por mi actitud—, nosotras sólo estamos preocupadas por ti.

—Nadie les ha pedido que lo hagan. De hecho, ¿qué hacen aquí?, ¿ustedes no tienen una vida? —inquiero exasperado, levantándome como resorte y las miro a ambas—, ¿tú no deberías estar en tu casa disfrutando de las últimas semanas de embarazo?

—Bien puedo hacerlo desde aquí —contesta Linda con indiferencia, mientras se pasa la mano por su vientre—. Estoy embarazada, no enferma.

—¿Y tú?, ¿no tienes un marido e hijos de los que ocuparte? —prosigo con irritación, dirigiéndome a Adriana.

—Mis hijos están en la escuela y mi marido está en el trabajo, pero te agradezco tu preocupación —se apresura a responder sin siquiera pensarlo un segundo.

Bien dicen que las mujeres tienen respuestas para todo. Esto es una encerrona. Lo tienen todo muy bien preparado.

—Me parece muy bien que tu marido este en el trabajo —replico insolente mientras voy en su búsqueda, la tomo por un brazo, agarro su bolso que está sobre la encimera, se lo entrego y la empujo hacia la puerta—, ¿por qué no vas a verlo y por la misma ocasión te llevas a Linda contigo? —prosigo agarrando a Linda con delicadeza por el brazo y obligándola a ponerse de pie—. Van y les piden a sus maridos que las inviten a comer en un lugar bonito.

Las suelto, para poder abrir la puerta y con un gesto de la mano las invito a irse.

—Hablando de comida —dice Adriana ignorándome con evidente descaro, da media vuelta y retoma su lugar detrás de la isleta—, pienso que deberíamos ordenar algo para comer, ¿qué les parece?

—Suena bien, me muero de hambre —concuerta Linda. Ella entrecierra los ojos y sacude la cabeza con desaprobación por mi actitud, luego regresa a su asiento.

Suspiro con cansancio.

Dios, dame paciencia.

Cierro dando un portazo, pero ellas ni se inmutan.

—Estoy antojada de Bacalao a la brasa con papas fritas y ensalada verde —dice Linda—, además, estoy segura de que Carlos aprobará mi elección. —¿Yo por qué?, la miro con cara de circunstancias, ¿qué más me da que pida una cosa u otra?—, con eso de que te llevas de maravilla con las portuguesas —prosigue con sorna—. Porque si mal no recuerdo, la chica con la que te vi hace dos semanas en el Loft era portuguesa, ¿o me equivoco?

La acribillo con la mirada.

Ella me saca la lengua de forma infantil.

Adriana se ríe.

—Pues portugués será —añade Adriana divertida.

Saca el celular de su bolso y marca el número del restaurante. Al cabo de unos segundos la escucho hacer el pedido de Linda, además de un servicio de gambas para ella.

—¿Y tú qué quieres? —inquire en mi dirección.

—No tengo hambre.

—Podría agregarme un Steak de caballo con... un momento —pide a su interlocutor—, ¿qué te apetece como guarnición? —Me vuelve a preguntar ignorando mis palabras, la miro con cara de pocos amigos, ¿qué parte de lo que he dicho no ha entendido?—, con vegetales... —prosigue ella sin dejarse intimidar, ignorando mi cara de enojo. Se queda callada unos segundos—, ajá... término medio, por favor... exacto... —Habla mientras va asintiendo—. Con dos Coca Colas y una Fanta de naranja.

¿Es que nunca se cansan?

Resoplo por quinta vez y me vuelvo a tumbar en el sillón, resignado, mientras la escucho dar la dirección de mi casa. Cuando Adriana termina de hablar por teléfono se pone a parlotear con Linda. Cierro los ojos y me invade una sensación de paz que hacía mucho no sentía.

A pesar de que les he pedido que se marchen, en el fondo me alegra mucho que sean lo suficiente tercas para no hacerme caso. Puede que sea el masoquista que llevo dentro, pero tenerlas aquí es como tener una parte de Emma conmigo.

Capítulo 8

“Estamos tan acostumbrados a disfrazarnos para los demás que al final nos disfrazamos para nosotros mismos.”

[François de la Rochefoucauld](#)

¿Cómo se fija el precio de una obra de arte?, ¿cuánto debemos pagar por ella? Son las preguntas que todo galerista se hace antes de exponer un cuadro en su local, y para ello, hay que analizar todas las variables que influyen en el precio final de una pieza: mercado, precio, producto, autor, valor, oferta y demanda.

Las dos semanas siguientes me paso haciendo exactamente eso, evaluando las obras que Phil ha seleccionado. Casi no he tenido tiempo ni de respirar. Pero poco a poco la galería ha ido tomando forma, además de que he tenido que evaluar el portafolios de varios artistas —también preseleccionados por Phil—, al cual sigo sin conocer. Debo reconocer que entre ellos hay muchos jóvenes talentosos, sin embargo aún les falta madurar el estilo. Se supone que una obra debe entretener, transmitir algún mensaje o sentimiento; y entre los quince artistas que he evaluado, sólo dos, han logrado ese propósito, por lo menos conmigo.

—¿Lograste comunicarte con Martin Romero? —le pregunto a Danielle, mientras estoy sentada en mi escritorio revisando el perfil en línea del chico. Sus fotografías son fascinantes.

He decido hacerle caso al señor Wright y le he pedido a Danielle que me sirva de asistente.

—Sí, está de acuerdo en tener un video chat contigo mañana a las seis de la tarde, hora europea.

—Perfecto —digo sin poder quitar los ojos de la computadora.

Martin Romero es un joven artista español de 23 años, quien se ha dedicado a viajar por Europa y ha capturado las imágenes más impactantes sobre la actual crisis migratoria que atraviesa ese continente. El chico posee una increíble capacidad para capturar el momento efímero en que la importancia del tema se da a conocer en la forma, el contenido y la expresión. Por ejemplo, esta fotografía de la cual no puedo quitar los ojos, donde muestra a una mujer siria cargando a su hijo de cuatro años en brazos luego de un viaje de Mali a las costas de las Islas Canarias. El niño al igual que la madre lucen hambrientos y deshidratados. El dolor y el alivio en el rostro de la madre es tan palpable que casi siento que podría tocarlo con las manos. Sin lugar a duda una imagen llena de sentimientos que logrará conmover a más de uno.

—¿Y qué paso con Andrews Davis? —pregunto.

—Pues te tengo malas noticias. —Esas palabras hacen que deje de prestarle atención a la página de Martin para clavar mis ojos en ella.

—Hablé con él y me dijo que no está interesado en exponer con nosotros —prosigue Danielle con una impresión de derrota en la cara, ella sabe que estamos trabajando contra reloj.

—¿Y eso por qué? —inquiero al mismo tiempo que me quito mis gafas—, no me digas que no ya tiene quien lo represente.

—Eso no lo sé. Simplemente me dijo que no estaba interesado y colgó.

Tiro las gafas sobre el escritorio y maldigo en silencio mientras me aprieto el puente de la nariz.

¡No puede ser!

Andrews Davis es otro artista que necesito convencer para que exponga sus pinturas aquí. Tiene 26 años y por lo que pude ver tiene un estilo único a la vez que versátil. Su tendencia a la simplificación impregna sus cuadros de paz y armonía al igual que el uso de sus colores salvajes que expresan

sensualidad, aunque muy controlada. Nada vulgar, nada chocante. Me gusta su estilo.

—¿Estás segura de que quieres trabajar con él? —pregunta Danielle, escéptica—, mira que el chico es un grosero.

Que sea grosero o no es lo de menos. A mí lo que me interesa de él son sus obras, no sus modales.

—Pásame la dirección de su estudio —le pido decidida a no darme por vencida. Si tengo que acampar frente a su puerta hasta convencerlo, estoy más que dispuesta—, iré personalmente a verlo.

—No la tengo —me responde. Suspiro exasperada. No puede ser, joder—. Únicamente tengo la dirección del bar donde trabaja.

¿Está jugando conmigo?

¿Qué hace un chico con tanto talento trabajando en un bar?

¡Debería estar pintando!

—Pues entonces, dame la dirección —sentencio.

En la tarde estoy terminando de colgar unos cuadros cuando escucho una voz muy masculina a mi espalda.

—Me encanta lo que has hecho.

Me volteo sobresaltada y unos ojos grises centellean y me esperan.

—Disculpe... —digo confusa—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—Por lo que veo, ya lo estás haciendo —contesta. Mira alrededor de la galería con las manos metidas dentro de los bolsillos de su pantalón, con aire despreocupado y una sonrisa de satisfacción—, y muy bien, por cierto. Me agrada como ha ido tomando forma.

Sigo sin entender de lo que está hablando, pero de alguna forma me esfuerzo por esbozar una sonrisa profesional.

—Muchas gracias —respondo por cortesía.

—Soy Phil —aclara, puede que al ver la confusión en mi rostro. Y

entonces todo cobra sentido—, y tú debes ser Emma —deduce mirándome de abajo hacia arriba sin disimular su interés, perdiendo la vista en la curva de mi vestido.

Tal vez ponerme un vestido de falda de tubo color ciruela, manga corta y cuello en V con un ligero escote, no fue la mejor idea. Pero claro, llevo trabajando aquí quince días y el señor Wright nunca me ha dicho o hecho algo que me hiciera sentir incomoda. Sin embargo, si algo conozco mucho mejor que al arte, es a los hombres, y por ende su comportamiento y anhelos. Por lo tanto esa mirada tan descarada la conozco muy bien.

Me aliso el vestido antes de salir a su encuentro; quizá para estirarlo un poco y mostrar menos piernas. Sé que es una estupidez porque el vestido no se va a alargar de pronto, pero su mirada me incomoda. Al mismo tiempo, él se encamina hacia mí enfundado en un elegante traje color café. A leguas se nota que es un hombre sofisticado, atractivo y seguro de sí mismo. Y lo que lo hace más peligroso aun es que él es consciente de ello.

—Encantada de conocerte al fin —digo en el momento que le estrecho la mano, tratando de que mi sonrisa sea lo menos forzada posible. Después de todo este hombre de pelo rubio, sonrisa pícara y mirada atrevida, es también mi jefe.

—Créeme, el gusto es mío —contesta aceptando el saludo sin apartar sus ojos de los míos. Se muerde el labio inferior por un escaso segundo y me dan ganas de poner los ojos en blanco—. He escuchado maravillas de ti y ahora que te conozco y veo el trabajo que has hecho, creo que Henry se ha quedado corto.

Fabulo, me ha tocado un Don Juan de jefe, pienso con ironía.

Aparto la mano con discreción para no parecer muy brusca.

—Me alegro de que te guste —digo claro y firme, redirigiendo la conversación hacia los cuadros; demostrando que a mí su aire de «yo soy un

Dios y por donde quiera que paso las mujeres pierden las bragas» no me afecta en lo más mínimo.

—De gustarme, puedes estar segura de eso. —La entonación de sus palabras me hacen volver a mirarlo. Ahogo un resoplido exasperado al toparme nuevamente con su sonrisa prepotente—, estoy seguro de que haremos un gran equipo —sentencia con mucha seguridad.

Se supone que hasta que la galería abra sus puertas trabajo hasta las tres, pero al tener tantas cosas por hacer me he estado quedando hasta muy tarde. De manera que en la noche al llegar a casa estoy completamente agotada. De nuevo, como casi todas las noches, el apartamento está vacío. Ahora entiendo porque siempre está impecable, Scott nunca para aquí. Me siento sola. Extraño a las chicas y con el cambio de hora ni siquiera puedo llamar a Adri para hablar un poco. Tomo una ducha y mientras lo hago pienso en Carlos.

¿Qué hará?, ¿qué será de su vida?, ¿me habrá olvidado?

Ese último pensamiento me produce un sabor amargo y me llena de tristeza. Cierro esa puerta de inmediato, no quiero pensar en él. Después de todo, él fue quien se marchó y me dejó.

Al salir de la ducha enciendo el televisor para intentar llenar el silencio que cubre el apartamento. Me tiro en el sofá y sin ni siquiera cenar me quedo dormida.

En la mañana abro los ojos, me desperezo rodeada de almohadas calientitas, en una cama suave y grande.

¿Cómo llegue hasta aquí?

Estoy confusa. Intento hacer memoria, pero la verdad no tengo ni idea.

Salgo de la cama y me encamino hacia el baño.

—Buenos días, dormilona.

La voz de Scott me hace dar un respingo. Me giro en el pasillo y se me

seca la boca. *¡Por el amor de Zeus y todos los Dioses!* Está recién salido de la ducha y se seca el cabello con una pequeña toalla blanca. Tiene un torso increíble. Sin poder evitarlo recorro las líneas pinceladas de sus músculos hasta centrar mi atención en la *V* que se pierde bajo la toalla marrón que rodea su cintura.

—Hay café recién hecho —me anuncia sin mostrar ningún tipo de pudor. Aunque, ¿por qué debería? El tipo está igual o mejor que una piña colada fresquita bajo el sol caribeño.

Pestañeo varias veces para salir de la burbuja de lujuria a la cual he sido propulsada.

—Buenos días —murmuro con reacción tardía. ¡Pero es que joder!, soy una mujer sexualmente activa y ya hace tres meses desde la última vez que eché un polvo. Y tener semejante hombre semi desnudo delante de mí no ayuda mucho a mis hormonas.

—¿Estás bien? —inquire con el ceño fruncido.

Asiento, no soy capaz de formular una frase coherente. Lo veo ahí parado, grandote, todo morenote, con su piel tostada, con esos inmensos ojotes y todos los “otes” que puedan haber. Y únicamente puedo pensar en Carlos y en lo bien que se le dan los polvos mañaneros.

Se me calienta la piel. Recuerdo las veces que me despertaba frotando su erección contra mi trasero y yo ronroneaba ansiosa por el placer que se avecinaba. La imagen hace que se me endurezcan los pezones bajo mi camisón de seda negro.

¡No, no, no!

Hago una pataleta mental. Me niego a pensar en él o tan siquiera extrañarlo.

—Emma. —Me llama con evidente preocupación—, ¿segura que estás bien?

—Sí... si —me obligo a reaccionar—, ¿qué me decías?

—Que ya el café está listo.

Café. ¿Cómo si necesitara algo que me caliente más de lo que estoy? A mí lo que me hace falta es una ducha fría.

—Claro. Gracias. —Me las arreglo para responder antes de desaparecer con pasos torpes dentro del cuarto de baño.

Media hora después estoy vestida y lista para irme trabajar. Entro en el salón y ahí está Scott, leyendo el *Times*. Vistiendo únicamente un pantalón de chándal gris claro.

Suspiro discretamente.

¿Es que piensa andar todo el día medio desnudo?

Esto no esto justo. Es como pasearle un bistec por las narices a una persona que lleva tres meses en una ardua dieta.

Al escucharme, levanta la cabeza y sus labios se curvan en una sonrisa. Seguro divertido por mi comportamiento infantil de hace un rato. Ignoro su sonrisa pícaro y encantadora y me echo a andar hacia la cocina donde me sirvo una taza de café.

—Gracias por haberme llevado a la cama —digo algo avergonzada, pero es que quiero romper el extraño silencio que se ha instalado en la cocina. El levanta una ceja confuso.

—¿Cómo dices?

—Te estoy dando las gracias por haberme pasado del sofá a la cama —repito.

—No te lleve a la cama —replica, mirándome directo a los ojos con el rostro serio.

¿Qué?

—¿Cómo que no me llevaste a la cama? —pregunto alarmada.

—¿No lo sabías?

—¿Qué cosa?

—Que eres sonámbula.

Pongo la taza sobre el mármol de la isleta y lo miro con la boca medio abierta. Esta de coña. Eso es imposible. De serlo ya me habría dado cuenta, ¿o no?

—¿De... verdad? —tartamudeo, ahogada en mi vergüenza.

—Ajá. En varias ocasiones te he visto caminar por la casa en medio de la noche. Pensé que lo sabías.

¡Mierda! No puede ser que todas las situaciones bochornosas me pasen alrededor de este hombre.

—Yo... —empiezo a decir... ¿el qué? Ni idea. Una disculpa quizá. ¡Pero es que esto es el colmo!

De pronto Scott suelta una sonora carcajada haciéndome sentir más incómoda. Apoya los antebrazos sobre la isleta y se inclina hacia adelante.

—No puedo creer que te lo hayas tragado. —Se burla en mi cara, frenando su risa, pero obviamente aun divertido.

¡Idiota!

Yo tampoco me lo puedo creer.

—Ni por un segundo, listillo —miento.

—Hoy estás muy callada y sólo he querido relajar el ambiente —aclara retrocediendo—, tendrías que haber visto tu cara —prosigue sin dejar de reír.

Se la está pasando en grande el muy cabrón. Y yo por algún motivo empiezo a relajarme y sonrío.

—Me imaginé que estabas cansada y no quise despertarte —me dice.

Asiento agradecida. La verdad es que estaba frita. Tomo de nuevo la taza y rodeo la isla. Al sentarme a su lado me envuelve el olor a gel de baño. Suspiro hondo. ¡Es divino!

—Quería comentarte que ayer llamé al consulado, me informaron que

la semana próxima me entregarán mi pasaporte.

—Eso está bien —dice y retoma su lectura.

—Lo que significa que pronto vas a descansar de mí. —Ladea la cabeza, y aun sosteniendo el periódico en el aire me mira.

—¿Cómo así? —En su voz ya no hay rastro de diversión.

—Bueno, cuando me den mis documentos podré buscar un piso y ya no tendrás que soportarme —contesto mostrando una sonrisa para restarle importancia a mis palabras. Aunque la verdad me causa cierta nostalgia tener que marcharme.

Mis palabras hacen que cierre el periódico y lo deje sobre la encimera. Despacio se gira hasta estar frente a mí y me mira de par en par. La sombra de una emoción que no logro entender cruza por su mirada.

—No tienes por qué irte —añade con voz ronca.

—Scott, ya he abusado demasiado de tu buena fe.

—¿Acaso me has escuchado quejarme?

—No es eso, pero es tu espacio.

—Por lo mismo, te digo que no me molesta —dice sin lugar a duda—, de hecho me gusta saber que llegaré a casa y que no la encontraré vacía.

—¿Y si viene tu hermana?

—Puede quedarse en mi habitación —contraataca de inmediato.

—¿Y si tienes una cita?, ¿cómo vas a explicarle el hecho de que vives con una mujer?

—No acostumbro a traer mujeres aquí —responde dejándome confusa, ¿eso qué significa?, ¿qué no suele traer mujeres o que no sale con mujeres? A lo mejor le van los hombres. Eso si sería un desperdicio porque con lo lindo que es sería una pena—. Si ya no tienes más peros, creo que el tema ya está resuelto.

Lo pienso un instante. La verdad es que me ha costado un mundo

acomodar mi equipaje y sólo de pensar en que tendré que volver a hacer las maletas en tan poco tiempo me causa pereza. Además puede que no vea mucho a Scott, sin embargo saber que en algún momento llegará a casa me hace sentir menos sola y segura.

—Antes de aceptar, tengo una condición —digo. Con un gesto de mano me invita a continuar—. Tendrás que dejarme pagar la mitad del alquiler.

—No —replica sin siquiera detenerse a pensarlo.

—Pero, Scott...

—He dicho que no —me corta. No ha levantado la voz, pero la intensidad con la que me mira y la firmeza de sus palabras deja claro que no aceptará una respuesta contraria.

Pero bueno, ¿y este que se ha creído? Siempre he sido una mujer independiente. Llevo muchos años viviendo y manteniéndome sola. No pienso permitir que él pague mis gastos.

—Pues entonces me voy —sentencio.

Él resopla, obviamente exasperado, se levanta con brusquedad del taburete y camina hacia el centro del salón.

—Emma, no seas necia, tengo una habitación de sobra y una casa que casi siempre está vacía porque nunca estoy en ella, el alquiler no va aumentar por el simple hecho de que vivas conmigo.

Qué manía con los hombres de creerse super machos. ¿Cuándo van a entender que no todas las mujeres necesitamos ser unas mantenidas?

—No se trata de eso —aseguro imitando su gesto y siguiendo sus pasos. Quiero dejar claro mi postura, pero entonces él se gira para enfrentarme y mis ojos atrevidos viajan a su pecho y pierdo el sentido del habla. Mientras estaba sentado no me fijé bien, sin embargo, ahora puedo apreciar la tinta de arte que cubre su cuerpo tonificado. Tiene tatuado unos tribales polinesios que cubren todo su brazo izquierdo, el cual ocupa casi todo

el hombro y el pectoral. Dentro del mismo también tiene tatuado un ángel con las alas esparcidas en medio de un bosque misterioso, y abajo como leyenda se lee en latín: *Aequam memento rebus in arduis servare mentem.*»

“Recuerda conservar la mente serena en los momentos difíciles.”

Sencillamente hermoso.

Me pierdo entre las líneas y su pecho. Me pican las manos, quisiera poder pasar mis dedos por cada una de ellas. Por inercia doy un paso más en su dirección. Estoy tan cerca que sólo me bastaría con levantar la mano y podría tocarlo.

—Pues ilumíname. —La voz de Scott me saca de mi ensoñación, evitando que cometa una estupidez—, yo lo veo así de fácil, a menos que pienses que me voy a aprovechar de ti, ¿es eso?, ¿temes que te pida algo a cambio por vivir aquí conmigo? —pregunta con seriedad, con el rostro contraído mientras sus ojos se tornan más oscuros.

—No —contesto rápidamente con seguridad, me parece ver alivio en su mirada. Él no es esa clase de hombres. Llevo poco tiempo conociéndolo pero estoy segura de que no lo es.

—¿Entonces...?

Joder, ¿cómo lo hago entender? Es imposible hacerse explicar cuando él está ahí parado a medio vestir. No logro concentrarme.

—Tú no lo entiendes, pero no me gusta depender de nadie.

—Hay que ver que lo que tienes de bella, lo tienes de terca —dice molesto, pero sin levantar la voz—, ¿sabes? tenía la intención de invitarte a cenar esta noche... —Levanto una ceja sorprendida—, no te hagas ideas que no era en plan romántico. —Se apresura a aclarar al ver mi cara de desconcierto—. Lo iba a hacer porque estás sola en la ciudad y te la pasas trabajando todo el tiempo. Únicamente quiero que te distraigas un poco, pero ahora tengo mis dudas al respecto.

—¿Por qué? —pregunto con un deje de decepción.

—Porque soy un caballero y no me gusta que una mujer pague la mitad de la cuenta.

—No hubiera pagado la mitad de la cuenta —respondo lo obvio.

—Entonces yo tengo razón.

—¿Eso qué significa?

—Olvídalo —dice. Hace ademán de querer irse, pero lo agarro por el brazo y lo detengo.

—No. Quiero que me lo expliques —insisto, intrigada a la vez que irritada—, ¿en qué crees tener razón?

—¿De verdad quieres saberlo? —inquire escéptico. Me cruzo de brazos y lo miro directo a los ojos.

—Te lo estoy preguntando, ¿no?

—Muy bien. Sólo no te vayas a molestar con lo que te voy a decir.

No me muevo. Simplemente me limito a mirarlo.

—Presumes de que eres una mujer muy capaz, que no necesitas de nadie, sin embargo, a pesar de que te muestras fuerte y muy segura, te he escuchado en más de una ocasión llorando bajito contra la almohada, por lo que comprendo que debajo de todo eso se esconde una mujer vulnerable que necesita ser querida y cuidada —prosigue manteniendo su calma habitual y noqueándome directo en la cara—, me informas que te vas a mudar y aunque tus palabras fueron firmes, tu mirada cargada de pesar y tu lenguaje corporal me indican todo lo contrario. ¡No quieres mudarte! Pero como eres tan terca y no quieres dar tu brazo a torcer, en vez de aceptar mi ofrecimiento desinteresado decidiste que quieres pagar la mitad del alquiler, y no lo haces porque quieras hacerlo, lo haces más bien para asegurarte de que en un futuro no pueda reclamarte nada, dado que oficialmente también serás la dueña del lugar y podrás tirarme en cara que también pagas el alquiler, por lo que no

podré meterme en tu vida. Por lo que digo y reafirmo que no te dejas ayudar porque no quieres deberle nada a nadie, eso no te hace una mujer independiente, sino una mujer orgullosa. Todos en la vida debemos aceptar que en algún momento necesitamos dejarnos ayudar y confiar lo suficiente en otra persona para que lo haga.

Sus palabras me dejan fuera de combate. Trago el extraño nudo que se ha ido formando en mi garganta.

—Está bien —replico con voz ahogada—, me quedaré, pero por lo menos déjame ayudarte con los gastos de la casa, aunque sea la comida.

—Si eso te hace sentir más cómoda —dice encogiéndose de hombros. Dicho eso sale del salón dejándome ahí plantada analizando sus palabras.

En el trabajo la mañana pasa lentamente. Demasiado lento para mi gusto. Sobre todo porque donde quiera que me muevo los ojos de Phil me persiguen. Me incomoda su mirada mientras trabajo en el contrato de Martin, me hago una nota mental: usar más pantalones y menos falda, por lo menos hasta que no llegue el verano y me vea en la obligación de hacerlo.

Al medio día tengo la video llamada por *Skype* con Martin Romero y suspiro aliviada porque eso me permite encerrarme en el despacho del señor Wright y escapar del radar de Phil por un momento.

Hablo con el chico que está más que emocionado de haber pasado la revisión de su portafolio y ser representado por una galería aquí en Nueva York. Lógico, hasta yo lo estaría. Acordamos cuotas de pago, estructuras de comisiones, le aclaré todo sobre nuestros servicios y otros detalles. Quedo en enviarle el contrato por fax para que lo revise y me lo reenvíe firmado.

A las dos de la tarde, cojo mi bolso, el abrigo y me encamino hacia la

salida.

—¿Ya te vas? —me pregunta con voz suave y atenta, asomando medio cuerpo por la puerta de su despacho.

—Sí.

—Yo también iba de salida —miente con descaro—, te invito a almorzar.

Finjo media sonrisa.

—Te agradezco tu invitación, pero tengo un compromiso.

Termina de salir del despacho y cierra la puerta tras de sí.

—¿Algún novio? —inquire arqueando una ceja, claramente interesado.

¿Y a ti que le importa?, pienso con irritación.

—Voy a ver a Andrews Davis —contesto, ignorando con intención su pregunta. Él arruga la frente mientras que achica ligeramente los ojos. Creo que tratando de ubicar el nombre. Lo que me irrita aún más. No puedo creer que no sepa de quien le estoy hablando—, el pintor —aclaro—. Te dejé el informe artístico sobre tu escritorio.

—Ahhh... claro —dice, estoy segura de que no tiene la menor idea de quien es—, es un chico prometedor.

—Quiero tratar de convencerlo de que nos deje representarlo.

Sus labios se curvan en una sonrisa enigmática.

—Mucha suerte con eso.

—Gracias. Nos vemos luego.

Él asiente y yo me echo a andar. Todavía al llegar a la puerta puedo sentir sus ojos clavados en mí.

En la calle tomo una respiración profunda, remplazando el sentimiento de incomodidad de hace un momento por el frío aire de la ciudad. Me gusta. Me tranquiliza. No entiendo que es lo que me pasa con Phil, pero hay algo en

él que me da mala espina. No sé si es su sonrisa falsa y arrogante o sus aires de seguridad y superioridad, pero no me gusta tenerlo cerca.

Desde el terrible incidente el día de mi llegada no he vuelto a tomar un taxi, pero todavía no conozco a fondo la ciudad y no tengo ni idea de cómo llegar al bar donde trabaja Davis. Indecisa sigo caminado, pero al llegar a la quinta avenida me doy cuenta de que si tengo la intención de vivir aquí debo superar lo que me pasó y debo volver a darles un voto de confianza a los taxistas, después de todo, ellos forman parte del encanto de la ciudad.

Muy al estilo de *Carrie Brashow*, paro un taxi —amarillo esta vez—, y diecisiete minutos más tarde estoy frente al *Maison De La Cave*, un pequeño pero elegante Bistró en pleno Soho.

Pago la carrera y dejo atrás el ruido y el bullicio de calle Houston y Bowery para dar la bienvenida a un cómodo silencio y calma. Lo primero que me llama la atención es la sección del bar que cuenta con una importante variedad de licores.

—Buenas tardes. —Me recibe un caballero con una amable sonrisa—, bienvenida al Maison de la cave.

—Buenas tardes —contesto devolviéndole el gesto—, mesa para uno.

Sé que he venido para tratar de convencer a Andrews, pero el lugar es agradable y acogedor, y ya que estoy aquí puedo aprovechar y comer una comida en condición.

El maître toma una carta y me pide que lo acompañe. Me acomodo en una silla de madera alrededor de una pequeña mesa ya preparada para dos, por lo menos así lo demuestran los cubiertos y las dos copas bien arregladas sobre el bonito mantel blanco.

—Un mesero vendrá a tomar su orden —avisa mientras me tiende la carta y luego retira uno de los cubiertos dejando la mesa lista para una persona.

—Muchas gracias. Disculpe, ¿podría atenderme Andrews Davis? —le pregunto frenando sus pasos.

—Por supuesto. Ahora mismo se lo envío.

Antes de abrir la carta le echo un ojo al lugar, me fascina el ambiente, muy al estilo francés. Me hace pensar en Carlos porque para mi cumpleaños 26, Max y Adriana me regalaron dos entradas para ir a ver a *Beyoncé* al Zenith de Paris, fue nuestro primer fin de semana juntos; lejos de todo y de todos. Fuimos a un restaurante parecido a este: tradicional, íntimo, bonito, cerca del río Sena. Todo muy romántico. Él súper atento, pendiente de cada una de mis necesidades, y yo bajando mis barreras, dejándome envolver por el ambiente del lugar, la oscuridad de sus ojos y el dulce sabor de sus labios.

El recuerdo me hace llevarme el dedo a mis labios mientras sonrío con tristeza, añorando sus besos. Es raro, únicamente llevo veinte días aquí y lo he extrañado más que durante los dos meses que transcurrieron después de nuestra separación.

—Buenas tardes, ¿ya ha visto la carta?

Esa voz me hace salir de mis recuerdos y lo agradezco. Me niego a extrañarlo. Levanto la mirada y lo reconozco en seguida. Afroamericano, con labios gruesos y de mirada intensa.

¡Me gustan sus trenzas!

Puedes pensar en cualquier cosa al verlo menos en que es un pintor con un gran talento.

Esbozo una sonrisa amigable y a la vez profesional.

—Sí, ya estoy lista para ordenar —contesto mirándolo a los ojos. Él me sonrío de vuelta mientras saca un bloque de notas del bolsillo trasero de su pantalón negro y toma una pose profesional.

—¿Y qué desea...?

—Que tal quince pinturas para comenzar. —Él da un paso atrás y me

mira con los ojos entrecerrados.

—¿Perdón? —Habla desconcertado.

—Soy Emma Beltrán, de la galería EBOURNEOLI. —Al caer en cuenta de quién soy, eleva los ojos al cielo al tiempo que resopla.

—Creí haber sido claro con usted cuando hablamos por teléfono. No estoy interesado.

—Te equivocas, no fue conmigo con quien hablaste, de lo contrario no hubiera aceptado un no por respuesta. Razón por la cual estoy aquí.

—Es igual... sigo sin estar interesado.

—Quiero saber por qué, enviaste tu portafolios, ¿por qué ahora no quieres que te representemos?

—Porque no fui yo quien lo envió, no me interesa exponer mis obras.

—Todo aquel que pinta lo hace con la esperanza de que sus obras sean vistas por el mundo en algún momento.

—Pues no es mi caso.

—¿Entonces para que pintas?

—¿Se ha puesto a pensar en que lo hago sólo por gusto? —responde irritado.

—Sería una pena. Con el talento que tienes...

—Muchos no estarían de acuerdo con usted.

—Pero...

Él suspira hondo.

—Mire señorita, de verdad agradezco que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí —me interrumpe—, pero estoy trabajando y me gustaría volver antes de que me llamen la atención.

—Bien, pues en ese caso... —Abro y ojeo la carta—, quisiera un filet mingon —digo en francés—. Con una copa de vino rojo.

Al escucharme me mira con una cara de mala leche que deja más que

claro su irritación, yo le mantengo la mirada dejando claro mi postura. No me pienso mover de aquí hasta que hablemos. ¡Para terca yo!

Con la mandíbula apretada y sin mirarme más de lo necesario toma nota del pedido y se marcha.

Mientras me atiende no le vuelvo a hablar de la propuesta. A nadie le gusta que lo estén hostigando mientras está trabajando; simplemente me dedico a disfrutar de una comida deliciosa.

Cuando termino pago y sin despedirme salgo del local.

Dos horas más tarde, recostada contra la pared de ladrillo del edificio del al lado, le veo salir del restaurante acompañado por dos colegas.

—Nos vemos luego —escucho que le dice a sus compañeros, ellos doblan a la derecha y él toma el camino opuesto.

—Entonces, ¿has pensado en lo que te dije? —le digo cuando pasa frente a mí.

Al escuchar mi voz se detiene, ladea la cabeza y al advertir quién soy resopla al tiempo que sacude la cabeza en negación.

—¿Usted no se cansa? —inquire en medio de un suspiro de fastidio, retomando la marcha. De inmediato me despego de la pared y lo sigo.

—Soy una persona muy persistente —contesto colocándome a su lado—, y más cuando algo vale la pena.

—¿Qué le hace pensar que yo valgo la pena?

Sus palabras hacen que gire la cabeza y lo contemple extrañada a la vez que con cierta tristeza. Ningún ser humano debería hacer esa pregunta. Sin embargo, a pesar de saber que lo estoy mirando, no se voltea en ningún momento, mantiene la vista clavada al frente, por lo que comprendo que pese a lo que ha dicho, no es de las persona que no les gusta que le tengan lastima.

—¿Qué te hace pensar que no lo vales? —pregunto en un tono despreocupado, devolviendo la mirada al frente.

—Puede que la cantidad de personas que han dicho que como artista no sirvo, que aún me falta mucho para que mi “arte”... —Dibuja comillas en el aire—, pueda llamarse tal cual, o que primero me moriría de hambre antes de llegar a vender un cuadro, tal vez eso tenga mucho que ver —termina con ironía, al tiempo que me mira de reojo.

—¿Y vas a dejar que unos cuantos idiotas frenen tu camino y te digan de lo que eres o no capaz? —Él no me responde, por lo que decido seguir—, ¿o es que acaso prefieres partirte el lomo trabajando ocho horas a la semana en algo que no te gusta en vez de emplear ese tiempo y energía en lo que realmente te apasiona?

—Si estuviera en mis zapatos, créame.... —dice deteniéndose unos breves segundos—, haría lo mismo.

Retoma la marcha, pero esta vez lo agarro por el brazo y tiro ligeramente, obligándolo a detenerse.

—De hecho lo estuve. —Me mira de arriba abajo antes de posar sus ojos de nuevo en los míos.

—Lo dudo.

—¿Piensas que vestir ropa y zapatos de diseñador se consigue por tener linda cara y un trasero grande? —ignoro su mirada crítica y su tono de guasa—, pues te informo que no —continúo sin darle el tiempo a responder—. Soy hija de padres inmigrantes, lo que significa que mis padres trabajaban como burros jalando la carreta, de lo primero que encontraban, ya sea construcción, *plongeur*, *femme de ménage*, o cualquier otra cosa. Pero eso no me detuvo; como tampoco lo hizo cuando mi madre enviudó y se encontró con una casa que mantener y cuatro hijos a los cuales tenía que vestir y alimentar, ni tampoco me detuve cuando me dijeron que ir a la universidad no era para todo el mundo porque los estudios costaban un ojo de la cara y los libros el ojo de la nalga. Busqué un trabajo y seguí adelante, incluso

cuando quise ir a Italia, pero era demasiado costoso para una estudiante/mesera. Me esforcé más hasta que logré conseguir una beca. No permití que ningún obstáculo se interpusiera en mi camino.

—Bonita historia. Si ya termino —dice con sorna antes de retomar sus pasos y obligándome a mí a seguirlo.

—No lo dije para que te conmovieras, ni para que te sintieras identificado. Te lo dije para que sepas que las cosas no llegan porque sí, hay que currárselas.

—¿Y cree que no lo sé? —Se detiene de golpe en un tono brusco, colocándose frente a mí y me mira directo a los ojos con el rostro endurecido—, no me venga con sus sermones e historias a un dólar. ¿Piensa que porque vino y me contó el cuento de cómo la pobre inmigrante tuvo que pasar algunas dificultades para convertirse en una *Poppy* ya me conoce? Usted no sabe nada de mí.

—Nunca he pretendido hacerlo —replico sin dejarme amedrentar—. Sencillamente digo que no debes darte por vencido.

—¿Sabe lo que piensan de un joven al que le gusta la pintura pero que nació y creció en Harlem? —Me quedo callada porque no lo sé, aunque puedo llegar a imaginármelo—, que es un soñador, además de un vago, porque la pintura no es un trabajo y no te da para poner un plato en tu mesa todas las noches. Y cuando eres un hombre lo único que tus padres esperan de ti es que a los dieciséis termines la secundaria, así sea con calificaciones mediocres. Eso no les interesa, porque ellos sólo quieren que busques un “verdadero” trabajo que genere esto... —Junta el dedo índice y pulgar y luego los frota frente a mi cara—. Dinero.

Doy un paso atrás. No porque tenga miedo, sino porque necesito recuperar mi espacio vital.

—Pues entonces deberías sentirte bendecido. —Él esboza una sonrisa

burlona.

—¿Y eso por qué?

—Porque tuviste la dicha de poseer un don y puedes demostrarte a ti mismo al igual que a tus padres y a todos los que no creyeron en ti, que ser pintor si es un verdadero trabajo y que cuando se tiene el talento que tienes tú, se puede llegar a vivir de ello.

—Discúlpeme si me cansé de que me cerraran las puertas en la cara.

—Eso es parte del crecimiento, es sólo seguir intentándolo y saber encajar las negativas con el orgullo, el ánimo y la autoestima intacta.

—¿Qué le hace pensar que será diferente alguna vez? —pregunta, y aunque su tono es plano puedo ver cierto brillo de esperanza en su mirada.

—Porque cuentas con una persona que creyó lo suficientemente en ti para mandar tu portafolio a tus espaldas. Y lo más importante aún, que quien lo recibió fue una *Poppy* que con tan sólo ver tres de tus obras estuvo dispuesta a apostar por ti, tienes la suerte de que esa *Poppy* es lo bastante terca para no aceptar un no como respuesta. Y está más que dispuesta a apoyarte, a dar la cara por ti, a intercambiar tus obras con otras galerías, a presentarlas en ferias internacionales y potenciar al máximo tu trabajo con los medios.

Mientras que me mira con cara estupefacta aprovecho y me acomodo el asa de la cartera sobre el hombro.

»Si cambias de opinión, llámame —le digo tendiéndole una servilleta, en la cual he escrito mi número de teléfono mientras estuve en el restaurante—, pero tampoco tardes tanto, porque aunque creo en tu talento, tengo una galería que sacar adelante y otros artistas que desean ser llamados.

Dicho eso, apenas toma la servilleta, giro sobre mis zapatos de diseñador y me voy bajo su atenta mirada.

Capítulo 9

“En el momento en que una persona se enamora,
se convierte en mentirosa.”

Harlan Ellison

Ella me habla y todo lo que escucho es bla bla. Trato de concentrarme, de ponerle atención a lo que dice, pero de nuevo pierdo el hilo.

Vamos, hombre, me apremio.

No lo entiendo, es una mujer bonita y parece inteligente. Nos conocimos en el tren mientras regresaba de casa de unas de mis conquistas hace tres días. Intercambiamos una que otra palabra y hasta me pareció simpática. Cuando me dio su número no lo dudé un segundo, la llamé esa misma noche y quedamos en vernos hoy viernes. La pasé a buscar por su apartamento, la llevé a cenar, nos tomamos unos tragos y todo estaba saliendo bien hasta que se le ocurrió la brillante idea de venir a este jodido lugar que me trae tantos recuerdos. El Sabor Latino.

—Me encanta el ambiente de aquí —dice Kamil, mi acompañante de esta noche—, ponen muy buena música.

Aprieto los labios hasta convertirlos en una línea fina mientras asiento. Traté de persuadirla para que fuéramos a otro lugar, pero ella insistió en que quería bailar salsa y que este era el mejor lugar de la ciudad para hacerlo. Tenía un punto y no pude contradecirla.

Contemplo el lugar: el bar, las mesas, la pista y de pronto me traslado a meses atrás. Vuelvo a sentir toda esa rabia que me consume. Le doy un trago a mi whisky, pero uno solo no basta para calmar la ira que me recorre las venas, de modo que apuro el vaso hasta el final.

—Si me disculpas —le digo levantándome de la mesa. Señalo mi vaso vacío—, voy a buscar otro. —Ella asiente con una gran sonrisa—, ¿quieres que te traiga algo? —le pregunto por pura cortesía.

—No, gracias —contesta por encima de *Flor Pálida* de *Marc Anthony*—, todavía no lo termino. —Señala su copa de vino.

Un verdadero caballero se hubiera dado cuenta de ello.

Aun no entiendo por qué no se ha marchado dejándome tirado. Soy consciente de que no soy el mejor acompañante de la noche. No soy muy conversador, no soy muy atento y ni siquiera la he invitado a bailar. ¡Vaya cita!

Llego a la barra y pido otro trago, doble esta vez. Mientras que el Barman me atiende me giro hacia la pista de baile pensando en el desastre en el que se ha convertido mi vida y en lo mal que está saliendo todo esta noche. En mi defensa me había jurado no volver a este lugar. Estar aquí me remueve demasiados recuerdos, demasiadas cosas que me empeño en olvidar. Es como llevar la soga a casa del ahorcado.

¡Joder!

Me vuelvo hacia la barra y golpeo el mostrador de madera para llamar la atención del mesero, apresurándolo para que me ponga el trago ya. No quiero pensar más. Siento que me estoy volviendo loco. Intento no mirar hacia allí, pero mis ojos como si tuvieran vida propia se desplazan a ese sitio, a la mesa donde ella solía sentarse con Adriana, Linda y Samia. Esta disco era como su santuario, aquí ellas eran las reinas del lugar, por lo menos así las hacía sentir Claude.

El mesero me sirve el *Jack Daniel* y antes de que el vaso toque la barra, yo ya me lo estoy bebiendo. De inmediato pido otro.

Muy a mi pesar mis ojos vuelven hacia allí y no me puedo quitar la sensación de que en algún momento ella entrará en el local y con ese bello

caminar que la caracteriza, se encaminará hacia su mesa toda risas y sonrisas balanceando su cabellera castaña de un lado a otro mientras contonea sus caderas.

La opresión en mi pecho se instala nuevamente. Siento que no puedo respirar.

¡Maldición! ¡Me he convertido en un blandengue!

Me doy el quinto trago de la noche y me echo a andar hacia el baño.

—Al parecer va en serio. —Escucho que dice un tipo, al que reconozco como Pierre, uno de los meseros del local; el mismo al cual Emma se tiró en más de una ocasión. La sola idea de imaginarlos juntos me dan ganas de girarme para partirle la cara. No obstante, soy consciente de que hacer eso no solucionará mis problemas. Al contrario, sólo sumará otro a la lista.

El otro tipo suspira.

—Joder, con lo difícil que está la situación —se lamenta—. No puedo creer que vayan a vender. Me gusta trabajar aquí, además que este trabajo me permite estudiar durante el día.

—Yo ya estoy mirando los anuncios en el periódico, sólo por si acaso —le contesta el cabrón de Pierre.

—Pues esperemos que el nuevo dueño quiera conservar al mismo personal y por lo menos que sea igual de buen jefe que Claude.

Alzo la mirada al cielo sorprendido. No tenía idea de que El sabor Latino estuviera en venta.

—Que sea un buen jefe es lo de menos —replica Pierre—. Lo importante es que Claude consiga un comprador, de lo contrario el local cerrará sus puertas y nosotros nos iremos a la calle.

—¡No me jodas! —exclama el tipo sorprendido al mismo tiempo que temeroso—. ¿Has escuchado algo?, ¿habló contigo?

—No, pero es algo para lo que debemos estar prepararnos. Claude tiene

dos discotecas, una de ellas está en Francia, país donde él vive. Si estuvieras en su lugar y tuvieras que elegir entre una u otra, ¿con cuál te quedarías?

El tipo no responde. La respuesta a esa pregunta es muy obvia. Escucho un silencio y luego pasos dirigirse hacia la salida del baño.

Termino de orinar, me sacudo un poco, cierro mi bragueta y me lavo las manos.

¿Por qué Claude querría vender un sitio como este?, pienso todavía procesando la información.

Llevo meses sin querer venir aquí y ahora me entero de que el local puede llegar a cerrar sus puertas. Es extraño. Un sentimiento de incomodidad me invade y no tengo idea de cómo lidiar con él. *¿Qué pensarán las chicas?*, *Emma le tiene mucho apego al lugar*. Luego recuerdo que ella se largó, seguro le importaría un carajo.

Regreso a la mesa con Kamil, no sin antes pasar por la barra por otro trago y *Héroe favorito de Romeo Santos* me recibe a todo volumen.

—Lo siento. —Me disculpo mientras retomo mi asiento—. Había mucha cola.

Miento y ni siquiera sé por qué. Quizá porque la he dejado sola durante mucho tiempo o tal vez porque llevo toda la noche comportándome como un idiota.

—Descuida —contesta fingiendo una sonrisa—. Me he entretenido viendo a los demás bailando.

No me pasa desapercibido el reproche en su tono de voz.

—¿Quieres bailar? —me descubro preguntándole. No tengo el más mínimo deseo, pero ya que estamos aquí es mejor intentar pasar un buen rato.

Ella sonrío de manera que lo tomo como un sí. Le tiendo la mano mientras me pongo de pie.

La pista está llena. Todos bailan bachata y nosotros nos unimos al

jaleo. La agarro por la cintura y comenzamos a movernos al ritmo de la música. Mira que tiene ritmo la portuguesita. *Sí, otra portuguesa*. Recuerdo el comentario de Linda.

La música cambia y empieza a sonar *Báilame* de Nacho. La intensidad del baile sube y con ella nuestros movimientos y risas. Bailamos dos canciones más y regresamos sedientos a nuestra mesa. Hace un calor de los mil demonios. Ella cambia su bebida por un mojito y yo me pido el octavo whisky de la noche. De hecho, ya empiezo a sentir los efectos.

La noche avanza, bebemos y reímos. Creo que ambos estamos medio borrachos. Me la estoy pasando en grande o por lo menos eso intento.

El dj cambia la música, todo el mundo canta *Mi gente* de J Balvin con Willy William a pleno pulmón. Kamil me arrastra a la pista y nos unimos al coro.

*Estamos rompiendo la discoteca
la fiesta no para apenas comienza
C'est comme-ci C'est comme-ça
Ma chérie La la la la la
Francia
Colombia
Me gusta (Freeze)
J Balvin
Willy William
Me gusta gusta (Freeze)*

Me rio, gozo, disfruto... hasta que la canción termina y empieza a sonar *Si tú no estás aquí* de Sin Bandera. La tomo de la mano dispuesto a regresar a nuestros asientos, pero ella me frena de golpe.

—Bailemos —me pide.

—Estoy cansado —miento. Es una balada, siempre suelen crear un

ambiente de intimidad y no tengo ningún deseo de pasar por eso.

—Por favor —insiste jalándome de vuelta hacia la pista.

Como no quiero ser borde termino aceptando. Me rodea el cuello con sus brazos y empezamos a movernos lento. Miro a mi alrededor y sólo veo parejas haciéndose ojitos mientras disfrutan. Yo en cambio mientras más escucho la letra de la maldita canción, más crece la presión bajo mis costillas. La última vez que bailé así de cerca con una mujer fue con ella.

*Si tú no estás aquí no sé
qué diablos hago amándote.*

*Si tú no estás aquí sabrás
que Dios no va a entender por qué te vas.*

*No quiero estar sin ti
si tú no estás aquí me falta el sueño.*

*No quiero andar así
latiendo un corazón sin dueño.*

Resoplo.

Vuelven los recuerdos.

Vuelven las ansias de tenerla otra vez. De querer tocarla. De querer verla.

Vuelve el dolor.

Sólo mátame de una puta vez, pienso elevando los ojos al cielo.

Estoy harto de sentirme así de miserable, cual perro sin dueño.

—Es una hermosa canción —observa arrinconándose más de la cuenta.

Hermosísima, pienso con sarcasmo. Y cada maldita letra me empuja a querer cortarme las venas.

Resoplo nuevamente. Esto es una tortura. Es mucho más de lo que un simple mortal puede soportar.

De hecho no aguanto más. La tomo por la mano y tiro de ella toscamente fuera de la pista y de la disco.

—Sí que llevas prisa —dice divertida. Su voz únicamente me recuerda a que ella es la culpable de que me sienta de esa manera, como una mierda. Desde un principio le dije que no quería venir aquí, como también le dije que no quería bailar esa maldita canción, pero en ambos casos ella insistió. Y yo fui doblemente estúpido. Primero, por haber aceptado; y segundo, por creer que podía manejar la situación. Molesto con ella y conmigo mismo la hago caminar más rápido de lo que sus tacones le permiten—, despacio, vas a hacer que me caiga —me pide, sin embargo, yo ya no la escucho.

Llegamos a al estacionamiento y sin esperar un minuto más la empujo contra mi coche, la aprisiono entre el auto y mi cuerpo y la beso con fuerza, con salvajismo. Me arden las manos, deseoso de tocarla a ella, a Emma, pero ella no está. ¡Maldición! Me duele el corazón, el alma. ¡Me duele todo, joder! Y ella es la única culpable.

Subo mi mano desde su rodilla, por debajo de su vestido turquesa, llevándome la tela en el camino.

Te largaste y me dejaste en este infierno.

La ira me consume.

—Carlos —gime separando nuestros labios. Confundiendo mí rabia con pasión. Pero yo no quiero oírla. Sólo quiero que el dolor se vaya.

La vuelvo a besar desbocado. Acallando sus palabras. Despertando todo su cuerpo. Sus ansias por mí. Queriendo acallar esa voz en mi interior que me dice que nunca más será igual. Que nunca volveré a besar sus labios con sabor a miel, que nunca volveré a sentir su sedosa piel, su aroma a vainilla que lo inundaba todo. Mis manos se pierden por todo su cuerpo, sin embargo, no saltan chispas, no hay calor, sigo sintiendo el mismo frío en el cuerpo que se empeña en recordarme que nunca sentiré con otra lo que sentí

con ella, todo mi mundo termina haciéndose pedazos.

—Lo siento. No puedo. —Me disculpo con Kamil, alejándome de ella. Me mira jadeando, sorprendida y creo que también dolida—, es mejor que te vayas —le pido.

Me paso las manos por la cara frustrado. *¿¡Qué has hecho conmigo!?* Lo que deseo es gritar a ver si así sale de una puta vez esa presión que llevo en el pecho.

—¡Imbécil! —me grita acomodándose la ropa. Me lo tengo merecido. Sin embargo, no espero a que continúe con sus insultos y regreso al bar.

Capítulo 10

“Del sufrimiento han surgido las almas más fuertes.
Los caracteres más sólidos están plagados de cicatrices.”

[Khalil Gibran](#)

—¿Está muerto?

—No, cariño.

—Pero no se mueve.

—Es porque está dormido —contesta una voz femenina medio divertida. Escucho entre penumbras como si estuviera en medio de un sueño.

—¿Estás segura? Llevo rato observándolo y no se ha movido en ningún momento.

—El hecho de que tú te muevas por toda la cama mientras duermes no significa que todos hagamos lo mismo.

—Tú dirás, pero yo digo que está muerto. —Escucho una risa espontánea.

—Anda, ve a lavarte las manos que vamos a comer y ya deja de mirarlo como si fuera un alienígena.

—¿Y si lo es?

—La próxima vez que hable con él le pediré que me muestre sus antenitas —bromea.

—Mamá, estoy bromeando contigo. Además, ¿quién ha dicho que los extraterrestres son verdes y tienen antenas?, ¿no te acuerdas de Seth y Sarah?

—¿Y esos quiénes son?

—Los de la montaña embrujada, ¿acaso no te acuerdas? —demanda una vocecita con exasperación.

—Sí, sí... claro que me acuerdo.

—Claro que no lo haces, eso es porque te pasaste toda la película babeando con *La Roca*.

—Corazón, no me culpes. La culpa la tiene *Dwayne Jonhson*.

—Mamá, por favor, no empieces otra vez a enumerar todas las virtudes de...

Trato de abrir los ojos, pero me pesan demasiados los parpados, me duele la cabeza y estoy muy cansado. Accedo al llamado de la inconciencia y vuelvo a caer en un profundo sueño.

He dormido como una piedra.

Aun sin abrir los ojos me estiro para desperezarme. Tenía mucho que no dormía tan bien. Lanzo un largo bostezo al tiempo que abro los ojos. ¡Mierda! El bostezo se me congela de inmediato al ver unos ojos grises, tan claros y brillantes como el diamante, observándome de frente y llenos de curiosidad.

Completamente desorientado, como un resorte salto de la cama, ¿dónde carajos estoy? Me paso las manos varias veces por el rostro para despertarme del todo. Respiro profundamente y miro a mi alrededor. Es un cuarto decorado con los superhéroes de *Marvel*, una estantería llena de libros, una cama de una pieza con una cobertura de *Spiderman*, un balón de futbol y juegos regados por el suelo. Es obvio que no es mi habitación.

De nuevo poso mis ojos en la mata de pelo rubio que no deja de mirarme como si fuera un... ¿extraterrestre? ¡Estoy en el cuarto de un niño, joder! Rápidamente me miro de arriba abajo y agradezco a los cielos que aún sigo vestido. ¿Qué diablos me pasó?, ¿cómo he aterrizado en el cuarto de un crío?

Ahora sí que te has lucido, Carlos.

Mira que llegar al cuarto de un niño y no tener la menor idea de qué ha pasado. Eso ya es demasiado.

—Hola —me saluda en francés. Me le quedo mirando. No lo reconozco de nada y lo último que me acuerdo de la noche pasada fue la chica del Sabor Latino. Y hasta donde llegan mis recuerdos inicié algo en el estacionamiento del local que ni siquiera fui capaz de terminar, de manera que no puedo estar en su casa.

—O no habla francés o no es muy listo que digamos, o... es una alíen —murmura para sí mismo, y por la cara que ha puesto juraría que de las tres opciones prefiere la tercera—, ¿hablas mi idioma? —Habla paulatinamente en mi dirección, quizá al ver que no reaccioné a su saludo—. ¿Entiendes las palabras que salen de mi boca?

Su pregunta casi que me hace reír.

—Hola. —Lo saludo de vuelta en francés, obligándome a reaccionar—. Y sí, entiendo lo que me dices.

Su rostro se apaga y lleva la mirada al piso, creo que decepcionado con mi respuesta.

—¿Cómo te llamas?

—Carlos —contesto—. ¿Y tú?

—Thierry.

Trato de ubicar ese nombre entre mis recuerdos, pero no hay nada, sigo sin tener la menor idea de quién es, sin embargo, me queda bien claro que tengo que largarme de aquí.

—Thierry, ¿me puedes decir por qué estoy en tu habitación?

—Te ha traído mi mamá.

—¿Y tu mamá es...? —me atrevo a preguntar a ver si me ayuda a salir de esta niebla.

—No eres un alíen, pero tampoco eres muy listo —comenta el chico de

unos... ¿siete años? poniendo los ojos en blanco y esta vez sí sonrío—, Isabelle —responde como si el nombre debería sonarme de algo. Lo que es probable ya que me encuentro en el dormitorio de su hijo.

¿Isabelle? ¿Isabelle...?

Pienso y pienso, pero nuevamente nada. Blanco total. Debo de parecerle tarado.

—¡Mamá! —grita saliendo de la habitación, como no me siento cómodo estando en el cuarto de un niño al cual no conozco lo sigo por el pasillo—. ¡Tu amigo se ha despertado!

—¡Thierry, te dije que no lo despertarás! —lo regaña una pelirroja, que sale de la cocina limpiándose las manos contra el mandil. Entonces todo casi cobra sentido. Y digo «casi» porque aunque sigo sin saber qué hago aquí, por lo menos puedo ponerle un rostro al nombre. Se trata de Isa, una ex compañera de trabajo a la cual no veo desde hace dos años.

—Yo no he sido. —Se defiende el niño, se ha sentado en el piso del salón para seguir con su juego de la *FIFA* en una pantalla grande. Ella se gira concentrando su atención en mí. Tiene las mejillas rojas como si estuviera acalorada.

—Lo siento, suele ser muy curioso. —Se disculpa con una sonrisa en la cara, que se va agrandando según me va mirando—. Lleva rato queriendo saber si eres o no un extraterrestre.

Entonces la conversación que escuché no fue un sueño. Sonrío y ni siquiera sé por qué.

—No te preocupes, él no me despertó —respondo.

—¿Cómo has dormido?

—Bien —contesto de inmediato. Lo que es cierto, he dormido muy bien. De hecho hacía mucho que no dormía tanto.

—Qué bueno.

Me le quedo mirando unos segundos, fijándome en algunos detalles que antes no había notado, como en los preciosos ojos azules que tiene o en las pecas que resaltan alrededor de su nariz. Nunca las había visto, quizá porque siempre iba muy maquillada. Es una mujer realmente hermosa.

—Me imagino que debes estar hambriento. Nosotros ya hemos comido —dice ella acomodándose unos mechones de cabello detrás de la oreja—. Siento que no te hayamos esperado, pero no sabía a qué hora te ibas a despertar y Thierry tiene sus horarios para comer, de hecho ahora le estoy preparando la merienda, si quieres puedo prepararte algo a ti también.

La verdad es que tengo hambre, sin embargo, aún me siento desorientado y confundido, además dudo mucho que mi estómago retenga algo de comer.

—Muchas gracias, pero no tengo hambre.

—Bueno, con todo lo que bebiste anoche es lógico que no tengas hambre, pero si lo deseas puedo prepararte algo para tomar... ¿te?, ¿café?, ¿un jugo de...?

La observo mientras habla sin parar totalmente descolocado. No entiendo por qué me trata con tanta preocupación. Cuando trabajábamos juntos apenas y nos conocíamos.

—Isa... discúlpame. —La interrumpo rascándome la cabeza—, no quiero sonar malagradecido, pero podrías decirme, ¿cómo fue acabé en tu casa?

Ella mira de reojo a donde se encuentra el niño y tras comprobar que sigue sumergido en su video juego y no nos presta atención, con un gesto de cabeza me hace señas para que la siga a la cocina. Al entrar, ella apaga un pequeño radio que está arriba del microondas. A lo mejor estaba bailando; puede que por eso lucía tan acalorada. Mentalmente la idea me saca una sonrisa.

—Anoche salí con unas amigas y te vi en el Sabor latino... —empieza a decirme mientras que sigue preparando la pasta para lo que parece ser unos Pancakes y yo me acomodo contra la encimera de madera blanca con las manos en los bolsillos mientras la observo—... estábamos marchándonos cuando vi que estabas a punto de agarrarte a golpes con unos tipos. Llamé a los de seguridad y después de que pusieras mucha resistencia, juntos logramos sacarte de la disco.

Saco las manos de los bolsillos y me rasco el cuello mientras suelto el aire por la boca con fuerza.

Cada vez me luzco más y más. Todo un derroche de virtudes, pienso con ironía, avergonzado.

»Pensé en llevarte a tu casa —continúa sumergida en su relato sin mirarme, y la verdad se lo agradezco porque en este momento no podría sentirme más patético y fracasado—, pero no sabía a dónde vivías, por eso te traje a la mía.

—Eh... pues, muchas gracias —digo procesando toda la información que me acaba de dar—, siento realmente las molestias que te he causado. —Me veo en la obligación de disculparme. Después de todo, ella pudo dejar que me partieran la cara o pudo dejarme tirado por ahí, en vez de eso me trajo a su casa, donde vive su hijo. Eso se agradece. Además de que eso habla de la gran persona que es.

Ella me mira de arriba abajo antes de comenzar a echar la pasta en un sartén de cerámica.

—No me has molestado. —Deja caer la mano para restarle importancia—, debo decirte que dejé tu auto en el estacionamiento de la disco —prosigue encogiéndose de hombros con una sonrisa tímida—. Lo siento, era el tuyo o el mío.

—Descuida, ahora tomo el tren y paso a buscarlo. —Ella me mira

detenidamente.

—¿El tren? —demanda confusa.

—Sí, pero tendrás que decirme donde queda la estación —respondo sin entender su pregunta.

—Carlos, la disco está a sólo 25 minutos de aquí, únicamente tienes que tomar el autobús y te dejará frente al local —me informa mientras me mira con el ceño fruncido.

Mi confusión aumenta.

—No sabía que por aquí pasaban autobuses que te llevan hasta el centro —murmuro.

—Veo que el alcohol te dejó peor de lo que pensé. Por supuesto que pasan autobuses, cada tres minutos, de hecho —replica con semblante confuso—. ¿Dónde piensas que estamos?

—En Francia —contesto rápidamente. Ella suelta una sonora carcajada. Es espontánea, transparente y me deja descolocado.

—Estamos en Vivange —anuncia riéndose todavía.

—Pensé que vivías en Francia —digo arrugando la frente.

Agacho la vista algo avergonzado. Joder, esta mujer me ha traído a su casa, he trabajado con ella durante tres años y no sé nada de su vida.

—Y lo hacía, hace cinco años —añade divertida, yo me siento como un imbécil por no saber algo tan sencillo como eso. Ni siquiera sabía que tenía un niño. ¿Qué clase de compañero solía ser?—, me cansé de todos los días tener que hacer una hora y media de trayecto para luego ir a buscar a Thierry donde mis padres, llegar a la casa pasada las siete, tener que preparar la cena corriendo para acostarlo porque al otro día tenía colegio. Era agotador, así que decidí mudarme aquí. El alquiler es más caro pero vale la pena. Llego más temprano a casa y paso más tiempo con Thierry.

Levanto la vista y de nuevo me le quedo mirando mientras la escucho

atentamente. Es obvio que cuando empieza a hablar no hay quien la pare. Lo extraño es que no me molesta. Mientras más la escucho más quiero saber de ella, ¿por qué nunca la invité a salir? Parece divertida, lista, buena persona y por supuesto también es preciosa. Lo que me hace pensar...

—Tu y yo no hemos... —empiezo a balbucear—, o sea, anoche... por casualidad... no tuvimos...

—¿Sexo? —pregunta al entender lo que trato de decir. Asiento incomodo, al tiempo que avergonzado de no recordar algo como eso. Ella vuelve a reírse de forma natural y de nuevo me descubro totalmente embelesado. *¿Cómo logra hacer eso?*—. Lo siento, pero abusar de un hombre en estado de coma no está en mi lista de deberes del día. —Su ocurrencia me hace sonreír. Es la sonrisa más sincera que he esbozado en meses—, además, yo sé que tienes una reputación que mantener —dice todavía con la sonrisa en los labios, guiñándome un ojo—. Y en el estado en el que estabas no creo que hubieras podido dar le mejor de ti.

Me rasco el cuello mientras imito su sonrisa. Es sencilla y atrevida. Como una brisa de aire fresco. Me agrada.

—Mamá, son pasadas las cuatro y es hora de mi merienda. —Nos interrumpe Thierry, asomado la cabeza por la puerta. Lo que me hace tomar en cuenta lo tarde que es. Debería marcharme.

—Sí. Claro, cariño, ya casi está lista —responde atropelladamente con las mejillas rojas.

Cuando el niño sale de la cocina, ella abre la puerta del gabinete y saca un plato. Luego va a la nevera y toma una Nutella. Todo sin mirarme, puede que esté algo avergonzada por sus palabras anteriores o tal vez tema que su hijo la haya podido escuchar.

—Eh... Isa, debo irme —anuncio de golpe. Me siento muy cómodo conversando con ella y debo salir de aquí.

—¿Seguro que no quieres comer algo antes de irte? —inquire mientras dibuja una carita feliz sobre el Pancake con la Nutella.

Nuevamente sonrió. Debe ser una madre fantástica.

—No, estoy bien, pero gracias. Quiero darme un baño y cambiarme de ropa.

Ella me mira de arriba abajo y al caer en cuenta de la pinta horrible que debo tener sin duda con una sonrisa traviesa dice:

—Es cierto, necesitas una ducha.

Ambos reímos.

Me despido de Thierry y me disculpo por haber invadido su habitación. El crío me contesta que no le importa y que puedo volver a usarla cuando quiera, siempre y cuando me quede a jugar videos juegos con él. Parece un niño estupendo, y no es para menos, con la tremenda madre que se gasta. Asiento, aunque estoy convencido de que lo más probable es que no lo vuelva a ver.

—De nuevo muchas gracias —le digo a Isa una vez en la puerta.

—No es para tanto, hombre —contesta mientras estruja la esquina del mandil—. Además, a mí me encanta ir por ahí de heroína.

Ella se ríe de su propia broma mientras se acomoda otro mechón de pelo que se escapa de su moño a medio hacer. Me da la impresión de que es una risa nerviosa.

—Bueno, ya nos iremos viendo. —Giro sobre mis talones dispuesto a marcharme.

—Carlos —escucho que me llama cuando me he alejado unos pasos. Me detengo y la veo que medio junta la puerta antes de venir a mi encuentro. Se detiene frente a mí y me mira con gesto serio—, mira, es obvio que algo te atormenta y no me interesa saber qué es, a menos que quieras contármelo —dice, me alegro de que no me haga ninguna pregunta sobre el tema. Le

estoy muy agradecido, sin embargo, no me interesa entrar en detalles de mi vida privada—, pero algo que te lleve a beber de esa forma y te haga tanto daño, no es digno de recordar.

Salgo del apartamento de Isa y miro a mi alrededor en busca de la parada de autobús analizando sus palabras y los últimos meses de mi vida. Lo mío con Emma empezó como un juego; una noche de sexo desenfrenado y nada más. O por lo menos eso pensé. Sin embargo, estar con ella resultó tan diferente a lo que estaba acostumbrado que no lograba sacármela de la mente y comencé a buscarla, pidiéndole, casi suplicándole que repitiéramos. Y cuando aceptó estar conmigo en cierta forma me sentí muy afortunado porque Emma nunca repetía. Mientras cogíamos como locos me di cuenta de que se me estaba metiendo muy adentro. Únicamente quería estar con ella. No me importaba ninguna otra. Cuando vine a darme cuenta ya estaba enamorado hasta los tuétanos. Emma nunca fue muy cariñosa, no era de mostrarse muy afectiva fuera de la cama, tampoco es de las que te dice «te quiero», no obstante, mientras salíamos juntos me sentía feliz, pero ahora replanteándome todo, creo que lo fui porque creí que el amor que sentía por ella era tan grande que sería suficiente. Sin embargo, en una relación, cuando siempre es la misma persona la que da, pero no recibe, el amor no basta.

—¡Carlos! —Oigo que alguien me llama. Giro la cabeza y veo a Linda cruzando la calle. Se acerca y me da dos besos—, eh, ¿qué haces por aquí? —me pregunta con el ceño fruncido.

Me le quedo mirando sin saber qué decir. La conozco tanto que si se entera de dónde vengo seguro empieza con la cantaleta de siempre.

—¿Y tú?, ¿qué haces tan lejos de tu casa? —Decido ignorar su pregunta.

—Vine a clase de Yoga.

—Pensé que lo habías dejado.

—Sí, pero al enterarme de mi embarazo lo retomé —contesta, yo asiento, contento de haber conseguido desviar la atención en ella—. Ya sabes que dicen que eso ayuda mucho a la hora del parto. Asiento levemente mientras miro su panza. Ya ni siquiera el abrigo le cierra. Esta enorme y preciosa—, ¿entonces qué? —inquire.

Levanto la vista y la miro directo a los ojos.

—¿Qué de qué? —pregunto.

—¿Vas a seguir fingiendo que no escuchaste mi pregunta o me vas a contestar?

Maldigo para mis adentros. Pensé que me había salido con la mía.

—Estaba en casa de una amiga. —Me sincero. Después de todo no he hecho nada malo. Linda me mira y bufa mientras eleva los ojos al cielo, impertinente.

—Ya decía yo. —Tuerce los labios—, si sigues así pronto tendrás que cambiar de ciudad —prosigue llena de ironía—. A ese ritmo no creo que queden chicas en Luxemburgo a las que tirarte.

Prefiero callarme.

—¿Y qué?, ¿no vas a decir nada? —pregunta pasados unos segundos.

—No veo para qué, al parecer ya lo tienes todo muy claro —suelto insolente.

—Jaaa. —Ríe sarcástica—. Ahora te vas a hacer el ofendido.

—Yo no me hago nada, pero tal parece que a Max, a Adriana y a ti se les ha dado por criticar todo lo que hago —digo molesto, al tiempo que veo pasar el autobús y maldigo nuevamente por no encontrarme dentro—, me gustaría saber si hacen lo mismo con su amiguita —prosigo, y pese a que he intentado que no se me note la amargura, creo que he fallado.

—¿Cuándo vas a terminar de entender que esto no tiene nada que ver con Emma? —me pregunta en un tono alto, haciendo movimientos con la

mano, exasperada.

—¿Ah, no? —pregunto sarcástico—, porque para mí tiene mucho que ver.

—¿Será que el exceso de alcohol y la folladera te ha vuelto retardado mental? —grita, dejándome boquiabierto con sus palabras—, todos tenemos penas de amor, pero eso no significa que vayamos por la vida autodestruyéndonos. Te recuerdo que Brayan me destrozó el corazón, pero no por eso me eche a morir, ¿y sabes por qué? —Guarda silencio unos segundos y al ver que no reacciono prosigue—: porque tuve la suerte de tener amigas que estuvieron ahí para mí, apoyándome, animándome, preocupándose por lo que estaba sintiendo. ¡Porque eso es lo que los verdaderos amigos hacen! ¡Pero tú no quieres dejarte ayudar! —Me recrimina prácticamente en un grito.

Veo que además de enfadada esta dolida con mi comportamiento y me siento mal por eso.

—Linda, no es eso... —digo tras unos segundos, mientras trato de escoger mis próximas palabras para tratar de explicarle como me siento.

—¿Has visto la pinta que tienes? —me corta—. Estas pálido, ojeroso, flaco, desaliñado. Pareces un mendigo. —Es cierto que no estoy durmiendo bien, llevo una barba de varios días, la chaqueta abierta y la camisa por fuera del pantalón. No estoy de pasarela, pero tampoco es para tanto—, ¿sabes qué? —dice—. Ya no quiero seguir hablando contigo.

Me pasa por al lado y choca su hombro conmigo, echando fuego por los ojos y yo me le quedo mirando, pasmado. Nunca había visto a Linda tan molesta. Se aleja unos pasos y de pronto se para en seco y se dobla sobre sí misma agarrándose el vientre. Rápidamente me acerco y me inclino hasta estar a su nivel.

—¿Qué te ocurre? —pregunto preocupado, al ver con la fuerza que aprieta los ojos y los labios.

—Creo que he roto fuente.

¿Qué? ¡Noooo!

—¿Qué has roto qué? —inquiero para estar seguro de que he escuchado bien.

—No sólo te has vuelto tarado, sino que también te has vuelto sordo —me dice irritada. Respiro profundo llenándome de paciencia. Ella me aprieta la mano con fuerza.

—¡Te he dicho que he roto aguas! —gruñe mientras hace una mueca de dolor.

¡Joder!

¡No puede ser!

—¿Estás segura?

—Es eso o me hice pis encima.

¡Mierda!

—¿Ahora? —pregunto aturdido. Levanta la cabeza y me lanza una mirada fulminante. De esas que te dicen: pero... ¿tú eres idiota o qué?

—Sí, ahora —contesta arisca—, pero si quieres le pido que se espere un momento para que entres en el café de al frente, pidas una cerveza y lo asimiles.

El embarazo la ha convertido en todo un encanto.

—¿Pero no se suponía que dabas a luz a principios de abril? —vuelvo a preguntar. Sé que son muchas preguntas, pero me estoy poniendo muy nervioso.

—Se suponía —dice luego hace una pausa—, pero al parecer “Bolita de algodón” tiene prisa por nacer.

Como no saben el sexo del bebé porque éste no se ha dejado ver y que ella se ha pasado todo el embarazo con antojos de dulces y chucherías, decidieron llamarlo “Bolita de algodón.”

—Tranquila, cariño —le pido—. Ahora mismo llamo a Vincent para avisarle lo que está pasando.

—Vincent no está en el país —me informa controlando las ganas de gritar.

—¿Pero tu marido es idiota o qué le pasa?, ¿cómo se le ocurre dejarte sola cuando estás a punto de parir?

—Dejar de decir idioteces, se supone que todavía me quedaban dos semanas —dice con voz controlada. Hace ademán de incorporarse, sin embargo, el dolor regresa y vuelve a encorvarse.

Joder, ¿por qué me tiene que ocurrir esto a mí? Y precisamente hoy que no tengo el maldito carro conmigo.

—Además, es un viaje rápido —continúa una vez que el dolor ha pasado—, regresará mañana en la tarde.

—Todo estará bien. —Trato de tranquilizarla o tal vez es a mí a quien quiero calmar. Demonios, ¿ha subido la temperatura o soy yo quien tiene calor? De pronto siento que estoy sudando—. Mantén la calma.

Veo que aprieta los labios con mucha fuerza conteniendo un grito. Luego respira... respira y respira como si de esa forma el dolor cediera.

—Calmada, calmada estoy —responde—. Ahora, si ya has terminado con el puñetero interrogatorio llévame al hospital.

Miro a mi alrededor, totalmente perdido. No tengo coche y no tengo la menor idea de qué hacer. De repente recuerdo que Isa vive cerca de aquí. Cojo mi teléfono y ruego para que su número todavía esté entre mis contactos y, sobre todo, que no lo haya cambiado. Para mi suerte aun lo conservo y sin perder el tiempo le marco.

Mientras, me llevo el teléfono a la oreja, Linda lanza un gruñido aterrador.

—¡Joder, Diosito, como duele! —grita horrorizada, perdiendo la

compostura y mi preocupación y pánico aumentan.

—¡Aló! —responde al segundo timbrazo.

—Eh, Isa, soy Carlos...

—Lo sé —me corta, sorprendiéndome.

¿Acaso eso significa que aún tiene mi número o me ha reconocido la voz?, Linda vuelve a quejarse del dolor y me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo pensando en estupideces. Le cuento lo que está pasando bajo la mirada interrogativa de Linda quien sacude la cabeza en desaprobación al enterarse que he dejado mi coche en el estacionamiento del Sabor Latino. Ya sé que eso será motivo para un largo sermón, pero mientras, está muy adolorida y por el momento me he salvado. A los pocos minutos, Isa está frente a mí tendiéndome las llaves.

—Te debo una —le digo con un poco de vergüenza por todas las molestias que le he causado. Y encima, le he tenido que pedir el carro prestado. Ella sonríe.

—La verdad es que me debes dos —contesta con las mejillas sonrojadas por la carrera, ahora soy yo el que sonríe.

Linda vuelve a gruñir. Otra contracción. La pobre está temblando del dolor. Isa se inclina frente a ella.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta, creo que para distraerla.

—¡Linda! —grita en medio del dolor, apretando los ojos.

—Muy bien, Linda, mírame. Inhala fuerte. —Linda le hace caso e imita su gesto—. Bien. Ahora, exhala... despacio.

A los pocos segundos parece que la contracción ha pasado porque respira con mejor regularidad.

—¿Puedes caminar? —demanda Isa. Linda abre los ojos y asiente pausadamente—. Muy bien. El coche está a unos pocos metros, en lo que canta un gallo estarás en el hospital teniendo a tu bebé. Sé que ahora duele,

pero una vez que lo tengas en brazos verás que todo desaparece de un solo plumazo.

Isa se coloca a su lado para ayudarla a incorporarse, pero Linda no deja de temblar. No sé si por el frío o por el dolor, de modo que la tomo en brazos y le pido a Isa que me indique dónde está el vehículo.

Después de que Isa le dedica unas palabras de aliento a Linda mientras me ayuda a subirla al coche y me dice que no dude en llamarla si necesito algo más, salgo disparado con Linda al hospital.

En el camino llamo a la doctora de Linda y ésta me informa que ha tenido que salir fuera de la ciudad para atender unos asuntos personales. Me dice que llamará a una colega suya para que se haga cargo de todo.

Llegamos al Hospital de Kirchberg y me estaciono en el área de emergencia. El seguridad sale a mi encuentro y antes de que me diga algo, le lanzo una mirada de «no me vengas a hablar del puñetero estacionamiento porque no estoy de humor.» Aun así, no se deja intimidar y abre la boca para decir algo, pero al ver a Linda que trata de bajar del coche, frena sus palabras y corre de vuelta al hospital.

—Tranquila, cariño. Hemos llegado —le digo mientras la ayudo a salir del carro.

No hemos dado dos pasos cuando el agente de seguridad viene a toda prisa acompañado de una enfermera con una silla de ruedas.

—¿Es usted la señora Morelli? —le pregunta la enfermera a Linda.

—Sí, soy yo —contesta ella y se sienta en la silla.

—La doctora Steichen la está esperando —le informa la enfermera.

Luego posa sus ojos en mí—. ¿Y usted es...?

—Mi esposo. —Se me adelanta Linda rápidamente.

¿Qué?

El dolor la ha hecho perder el juicio. La miro con cara de

consecuencias. Ella me mira con cara de asesina.

—Sí, soy el padre —digo siguiéndole la corriente. No estoy tan loco como para contradecirla en estos momentos.

Entramos en el hospital y con pasos apresurados sigo a la enfermera, que nos conduce al ala de maternidad. Al llegar, la enfermera se aleja unos pasos y Linda tira de mi mano con fuerza.

—¡No te atrevas a dejarme sola en esto! —ordena en medio de un gruñido. La contracción regresa, ella se retuerce del dolor al tiempo que maldice en español—, por favor, no me dejes —suplica suavizando el tono, casi al borde de las lágrimas—. Mira que no voy a poder con esto yo sola.

Me rompe el corazón verla así, no soporto verla llorar. Prefiero verla gritándome e invadiendo mi apartamento. Me agacho para estar a su nivel y la miro directo a los ojos.

—No pienso ir a ningún lado —prometo.

Casi de inmediato se llevan a Linda a la sala de parto. Una de las enfermeras me tiende una hoja para que la llene con la información de Linda. Aprovecho que estoy solo y llamo a Maximiliano para ponerlo al tanto de la situación.

—Ey, pero si estás vivo —suelta con ironía, apenas atiende.

Sé que lo dice porque quedé en verlo hace unos días, pero no lo hice. No quería escuchar más reproches. Si quisiera escuchar un sermón iría los domingos a la iglesia.

—Linda está en el hospital.

—¿Por qué? —inquire alarmado—, ¿le sucedió algo?

—Está pariendo —digo de una vez para evitar que entre en pánico. Con que uno de nosotros lo esté, es suficiente.

—¿Y tú qué haces con ella? —pregunta más tranquilo.

—Larga historia —contesto sin querer entrar en detalles—. Te aviso

para que localices a Vincent y le digas que traiga su trasero italiano de vuelta al país.

—Ahora mismo le marco para que cambie su vuelo. Espera un momento —me pide. Escucho la voz de Adriana a lo lejos preguntando qué ocurre. Max le hace un breve resumen. Luego los escucho pelearse porque Adriana quiere tomar el teléfono. Max le pide que se espere, pero como siempre, mi amigo que es un blandengue en frente a su mujer pierde la batalla.

—¿Cómo está? —pregunta Adriana alterada. Un largo suspiro se escapa de mis labios. De pronto me siento cansado.

—No lo sé. Se la llevaron para prepararla.

—¿En qué hospital están?

—En Kichrberg.

—Ya vamos para allá. Y Carlos... —Hace una pausa larga—, no te atrevas a dejarla sola. —La duda ofende, sin embargo, en vista de mi comportamiento en las últimas semanas la entiendo.

Me despido de Adriana, no sin antes pedirle que llame a la mamá de Linda ya que por la prisa no he podido hacerlo. Vuelvo a mirar la hoja que me han pedido completar y maldigo en silencio.

«¿Alérgica a algún medicamento?» Leo que pone en el papel. Resoplo. ¿Yo qué coño voy a saber?

Al cabo de unos segundos me doy por vencido. No paso de los datos personales, entrego la hoja y giro sobre mí mismo para ir a acompañar a Linda. La preocupación de no saber qué está pasando me está matando. Cuando me he alejado unos pasos escucho la voz de la enfermera.

—Caballero, no ha terminado.

—¡Mi mujer está de parto! —grito en francés—. ¡No tengo tiempo ni cabeza para ocuparme del papeleo! Haga su trabajo y busque lo que necesite

en su historial médico.

Perdido en los pasillos estoy porque no tengo ni puta idea de dónde han metido a mi mujer... digo, a Linda.

¡Joder! Ya ni sé lo que pienso.

Cuando me encuentro con la primera enfermera —esa que nos recibió en el aparcamiento—, me indica que debo pasar a cambiarme para entrar en el quirófano.

—¡El bebé ya viene en camino! —anuncia eufórica—, parece que tiene prisa por salir.

¿Tan pronto?

Me entra el pánico.

Comienzo a sudar.

Me tiemblan las piernas.

Me mareo.

Acompaño a la enfermera y como un autómatas hago caso a todo lo que me dice. Mientras me lavo las manos aprovecho y hago lo mismo con la cara, estoy sudando horrores. Creo que terminaré deshidratado si es que no lo estoy ya.

Al rato, vestido con un conjunto azul marino y un gorro, entro al quirófano. Veo a Linda acostada sobre la camilla con las piernas abiertas, cubierta por una sabana verde manzana mientras que una enfermera le seca el sudor de la frente. El sufrimiento en su cara me mata. Enseguida me encamino hacia ella.

—Tranquila, cariño, ya le avisé a todo el mundo —digo tomando el lugar de la enfermera—, y Max se va a encargar de localizar a Vincent.

En ese momento la doctora Steichen entra en la sala.

—¿Están listos para conocer a su bebé? —pregunta la doctora al tiempo que se posiciona entre las piernas de Linda.

Miro a Linda, quien asiente. Parece emocionada y a la vez que asustada. Yo también lo estoy. No obstante, le agarro la mano para que sepa que no está sola. La doctora nos explica el procedimiento de todo lo que está a punto de pasar mientras que ambos escuchamos muy atentos, vamos asintiendo.

—Ya sé que te he visto en cueros y que ninguno de los dos se imaginó encontrarnos en esta situación —dice Linda mirándome directo a los ojos—, pero quiero pedirte un favor.

—Lo que necesites, pequeña.

—Pase lo que pase, quiero que te quedes en el cabecero de la cama. —Me entra la risa. No puedo creer que aun en un momento como este no deje de lado el pudor—, no te rías. —Se queja con la respiración agitada—. Ya sé que somos amigos, pero no hay necesidad de que andemos viendo nuestras partes íntimas.

Vuelvo a reír, sin embargo, la risa se me corta de golpe al ver que su rostro se contrae de dolor.

—Ya empezó —anuncia la ginecóloga—. Vamos Linda, ¡puja!

Linda coge aire, aprieta los labios y puja, puja y puja.

Joder, debe doler como el infierno. Todavía no entiendo porque no quiso la epidural. Desde el principio de su embarazo insistió con terquedad para que el parto fuera cien por ciento natural.

—Vamos, cariño —trato de animarla—. Tú puedes.

Repetimos la acción las veces que la doctora nos pide. Linda luce agotada. ¿Cuánto tiempo falta? Tengo la impresión de llevar una vida aquí adentro. Me agobio. Le seco el sudor de la frente. Vuelve y puja. Me dice que no puede más y yo le pido que aguante y lo hace como toda una campeona. Ya entiendo porque los hombres no parimos. De hacerlo moriríamos en el intento.

—Linda, sigue así, preciosa —dice la doctora—. Ya veo la cabeza.

Escuchar eso me emociona. Quiero verlo. Será la curiosidad o la emoción. No lo tengo claro, pero sin pensarlo suelto la mano de Linda y me encamino hacia donde se encuentra la doctora.

—¡Carlos! —gruñe Linda en medio del dolor, frenando mis pasos—. ¡Te dije que te quedas en la puñetera cabecera!

—Lo siento.

—Un último empujón y ya habremos terminado —dice la doctora.

—Vamos, nena —digo emocionado—. Uno más y acabamos.

Linda vuelve a pujar y casi de inmediato un chillido enternecedor llena la habitación, al mismo tiempo que ella deja caer la cabeza en la cama agotada.

—¡Es una niña! —informa la doctora sonriendo.

—¿Escuchaste eso? —pregunto—. Es una niña.

—«Una niña» —repito emocionada. Sonríe y se le llenan los ojos de lágrimas, le doy un beso en la frente.

—Lo has hecho fantástico —le digo.

—Papá, ¿quiere cortar el cordón? —escucho que me pregunta la ginecóloga. Me quedo atónito.

¿Cortar el cordón umbilical?, ¿yo?

Se me acelera el corazón.

¿Si quiero hacerlo? ¡Por supuesto que quiero! Pero es algo muy íntimo y quizá no me corresponda.

Después de todo no soy el padre. Esa idea me causa una desazón en el pecho que prefiero ignorar. Aturdido permanezco inmóvil, sin saber qué hacer. Busco la mirada de Linda pidiéndole permiso y ella me sonríe con cariño mientras asiente.

Cuando me activo me acerco a la doctora. Pasmado y maravillado hago

todo lo que me dice. A pesar de desearlo con todo mi ser nunca pensé que viviría este momento. La doctora pone a la niña en mis brazos y todo a mí alrededor se congela. No existe nada más que ella y yo. Estoy cautivado. A pesar de estar sucia, es preciosa. Siento un calor que me cubre todo el pecho. Me inunda un mar de emociones que no logro descifrar, pero de algo estoy seguro: esta chiquita se acaba de robar mi corazón.

Entro en la sala de espera donde se encuentran Max y Adriana.

—¡Es una niña! —grito con alegría. Ambos se levantan como resorte y Adriana empieza a dar brincos mientras aplaude emocionada. Los dos me abrazan.

—¿Cómo están? —pregunta Adriana tras soltarme.

—Las dos están bien —contesto con una sonrisa de bobo que no he logrado borrar.

Pero... ¡Ey, acabo de ver a una niña nacer! No existe nada más intenso en este mundo.

—¿Y cuándo la podemos ver? —prosigue Adriana avivada de noticias.

—En un momento la pasan a la habitación. —De pronto ella frunce el ceño y me mira de arriba abajo.

—¿Cómo has hecho para que te dejaran entrar? —inquire al reparar en el uniforme que aun llevo puesto.

—Es una larga historia —respondo recordando la locura de día y de noche que he tenido.

—Al parecer tienes muchas historias que contarme —interviene Max mientras me mira escéptico.

Su desconfianza no me molesta esta vez. Al contrario, todo lo que ha sucedido me ha servido para darme cuenta de que necesito un amigo con el cual conversar. De modo que asiento.

Ya cambiado, los tres junto a Samia, que acabar de llegar, entramos a

ver a Linda. Ya ha sido trasladada a una preciosa y espaciosa habitación. De nuevo empieza la ronda de felicitaciones. Las chicas la rodean y Linda les cuenta todo lo sucedido. Adriana y Samia al enterarse de que me he hecho pasar por el padre se carcajean. Y por un momento me invade cierta tristeza porque es sólo eso, un invento. Me hubiera encantado que fuera cierto.

Instantes después entra una enfermera, empujando una cuna transparente donde duerme la beba tranquilamente. ¡Es una monada!

Habla con Linda sobre la lactancia. Ambas, junto con Samia, a quien todavía no se le nota el embarazo y Adriana, se lanzan en un tema sobre los beneficios de la leche materna y no sé qué otras cosas. No las escucho porque no puedo despegar mis ojos de la niña. Es hermosa. He visto niños pequeños y sé que siempre dicen que son hermosos, pero ella es diferente. Es especial.

Cuando la enfermera se va, Linda saca a la beba de la cuna.

—A ver... —dice Linda acomodando a la nena entre sus brazos. La imagen me entenece hasta decir basta—, chicos, les presento a Karla. —Esas palabras me hacen quitar los ojos de la carita de la niña para mirar directo a los de Linda—, en honor a la persona que me ayudó a traerla al mundo, su futuro padrino —prosigue ella, dejándome con la boca abierta.

La miro sin dar crédito, estupefacto, inmediatamente mis labios se curvan hacia arriba mostrando una sonrisa de regocijo a la vez que de incredulidad. «Karla»

¿Se va a llamar Karla en honor a mí?

Esto es demasiado. No es cierto.

Linda al ver mi cara de asombro vuelve asentir sonriendo ampliamente, mi sonrisa se ensancha. Joder, no me lo creo.

—¿Voy a ser su padrino? —suelto todavía pasmado.

—Nadie mejor que tú, que me conoces desde siempre —responde ella.

Me paso las manos por la cara para asegurarme de que no estoy

soñando. Al aterrizar y darme cuenta de que todo es cierto, miro a Samia, a Max y a Adriana, que me devuelve la mirada llena de ternura y también sonriendo articulan un: te lo mereces.

Trago fuerte para bajar el nudo de emociones que se me ha formado en la garganta. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Más tarde, después de que Linda haya alimentado a Karla —mi ahijada—, recibe una vídeo llamada de Vincent que está en el aeropuerto, en la espera de un vuelo que lo traiga de regreso. Aprovecho que todos están distraídos con la llamada y con mucho cuidado saco a la niña de su cuna y me acerco al gran ventanal.

—Hola, princesa. Soy yo, tu padrino —murmuro todavía sin creérmelo del todo—, ¿vez eso ahí afuera? —pregunto, y luego me rio como tonto al darme cuenta de la estupidez que he dicho. Por supuesto que no puede verlo, tiene los ojos cerrados, además de que es una beba, sin embargo prosigo—: es un mundo lleno de hombres ególatras, insensibles, incapaces de comprometerse, machistas, pesimistas, traidores, y sobre todo, seductores. Se acercarán a ti para intentar aprovecharse, pero tú no tienes nada que temer porque yo estaré aquí para patearles el culo. El hombre que se acerque a ti, bueno, si es que lo logra. —Vuelvo a sonreír—, porque con tu papá, tu tío Max y conmigo, dudo mucho que lo consiga, pero si lo hace, eso significará que será un hombre digno y que te merece.

Le agarro la manito y aunque parezca mentira creo que me ha sonreído.

Horas después empiezo a sentir el peso de todo lo que ha ocurrido en el día, estoy agotado. Además de que la habitación está de lo más movidita. Llegó la mamá de Linda y su hermana, de modo que entiendo que es hora de irme.

—¿Ya te vas? —pregunta Max.

—Sí, necesito dormir.

—Y una ducha con urgencia —interviene Adriana, que me mira de arriba abajo, esbozo media sonrisa al ver que ha puesto la misma cara de asco que Isa en su casa.

—Nosotros también nos vamos —añade Max—, tenemos que pasar por los niños a casa de Alex.

Asiento.

—Necesito hablar contigo —digo mirando directamente a Maximiliano.

—Tú dirás...

—No, ahora no —lo interrumpo—. Yo te llamo.

Me despido de todos y le digo a Linda que volveré al otro día para ver a la niña.

En el camino a mi casa llamo a Isa y le pregunto si puedo devolverle el coche en la mañana, me contesta que no hay problema.

Llego a mi departamento completamente exhausto, lo primero que hago es tomar una ducha. Me crujen las tripas y recuerdo que no he comido nada en todo el día. Al salir del baño me enrolló una toalla alrededor de la cintura y voy a la nevera. Está vacía. Lo único que hay dentro es una cerveza. La agarro, la destapo y vacío todo el líquido en el fregadero. Camino de regreso a mi cuarto y me desplomo en la cama.

Mañana iré de compras.

Es hora de recuperar mi vida.

Capítulo 11

“Una fotografía es un secreto sobre otro; cuanto más te dice, menos sabes.”

[Diane Arbus](#)

El lunes por la hora del almuerzo aprovecho que Phil está en medio de una conversación telefónica para escabullirme del trabajo. Se la pasado revoloteando a mi alrededor y haciendo preguntas personales. «¿Tienes novio?, ¿estás a gusto en la ciudad?, ¿dónde estás viviendo?, ¿dejaste algún amor en Luxemburgo?». Trato de mantenerlo a dos brazos de distancia, sin embargo, él insiste y persiste en invitarme a salir. ¿Comer con el jefe? No solo es una mala idea, sino que tampoco me apetece.

Mientras deambulo por las calles todavía cubiertas de nieve, que se resiste a marcharse, le echo un ojo a mis redes y al grupo de *WhatsApp*: Mujeres con sabor; es el que tengo con las chicas. Veo que tengo 500 y pico de mensajes sin leer, me da pereza abrirlos y leerlo todos. De modo que le marco a Adriana para que me haga un resumen.

—¡Hola, perdida! —dice apenas descuelga. He estado tan absorta en los asuntos del trabajo que casi no hemos hablado, y encima le sumo el cambio de horario.

—¡Hola! —saludo de vuelta—, ¿cómo estás?

—Estaba a punto de llamarte...

—Me alegra escuchar eso —la corto—, sobre todo porque quiero que me expliques, ¿qué son todos esos mensajes que tengo en el grupo de WhatsApp?

—¿Adivina qué? —Por su tono jovial diría que es una excelente noticia.

—Me imagino que ya tu hombre te pidió matrimonio. —Me atrevo a decir, sabiendo lo importante que es para ella. Llevan cinco años esperando

que el gobierno italiano declare a Maximiliano libre de todo lazo con la psicópata de su ex.

—No —contesta con un deje de decepción en la voz.

—Vienes a verme a Nueva York... —suelto esperanzada, aun sabiendo que es poco probable.

—Qué más quisiera yo.

—Me doy por vencida.

—¡Linda tuvo a su bebé! —exclama en medio de un grito eufórico. Detengo mis pasos.

—¿De verdad? —pregunto sorprendida—, ¿no se supone que era para las primeras semanas de abril?

—Bolita de algodón se ha adelantado.

Ahora entiendo el exceso de mensajes.

—¿Y qué ha sido?

Retomo mis pasos y doblo en la quinta avenida.

—Una niña hermosa. Tiene unos ojazos azules preciosos. Ya te envié las fotos para que la conozcas.

Sonríó contagiándome de su buen humor y entusiasmo. ¡Es una excelente noticia!

—Pues a ver si ya le ponen un nombre y dejamos de llamarla Bolita de algodón.

—Se llama Karla —me suelta de sopetón. Sus palabras me hacen volver a frenar mis pasos.

—¿Cómo? —pregunto desconcertada, no sólo porque pensé que le pondrían algún nombre italiano en honor a su papá, sino también por el parecido que tiene con el nombre de Ca..., freno mis pensamientos a esa posibilidad.

—En honor a Carlos —contesta como si pudiera leerme la mente.

Haciendo que mi buen humor desaparezca.

—¿Y eso por qué? —inquiero en tono plano, tratando de ocultar mi estado de ánimo.

—Porque él será el padrino —dice con obviedad, pero para mí no lo es. Me quedo callada con la vista clavada en Valentino—, también porque estuvo en con ella durante el parto —prosigue Adri con tacto.

Es la primera vez que estando frente a la vitrina de un diseñador no me pongo eufórica. Adriana se lanza en el relato de la historia, pero llega un momento en el que sus palabras se convierten en un murmullo a lo lejos. Escuchar eso hace que algo dentro de mí se mueva, no entiendo el por qué, pero en el fondo siento un deje de celos y envidia, sé que es un sentimiento egoísta e infantil, sin embargo no puedo evitar sentirme así. Me cuesta imaginar a Carlos en un acto tan íntimo como ese. Apoyándola y siendo participe de un momento tan especial con otra persona, incluso siendo esa persona una de mis mejores amigas.

—Emma, ¿me escuchas? —Por el tono y la urgencia de su pregunta diría que tiene rato llamándome.

—Eh... —Me aclaro la garganta para hacer bajar el nudo de emociones que se me han creado—. Sí, lo siento, estaba distraída.

—¿Estás bien? —inquire con evidente preocupación.

—Sí, sí. —Finjo una risa—. Estaba mirando un bolso en la vitrina de Valentino. —Miento.

—¿Segura? —insiste dudosa.

Es lo malo de conocernos tan bien. Que ambas sabemos cuándo la otra está mintiendo. Sólo espero que no insista más. Me pican los ojos, las lágrimas que amenazan por caer, pero me niego a montar un drama en la quinta avenida.

—Claro. —Vuelvo a mentir—. Adri, tengo que dejarte, como te dije,

acabo de ver un bolso que si lo vieras te caerías muerta. —Finjo una emoción que estoy muy lejos de sentir.

—De acuerdo —dice en medio de un suspiro, dándose por vencida y mentalmente se lo agradezco.

—Más tarde llamo a Linda para felicitarla —digo atropelladamente.

—Cuídate mucho. Te quiero.

—Igual —contesto antes de colgar, y antes de que la primera lagrima se deslice por mi rostro.

La limpio rápidamente. Yo no soy de las mujeres que lloran. ¡Nunca lo he sido y no voy a empezar ahora! ¿Por qué me ha afectado tanto esa noticia? ¡Se trata de Carlos y Linda, por Dios! Se quieren como hermanos. Ese pensamiento no evita que me recorra una ola de celos irracionales, y no es por Linda, más bien es por la situación.

Mi smartphone vibra en mi mano y al desbloquearlo descubro que Adri me ha enviado un mensaje.

Cuando estés lista ya sabes dónde estoy ☺♥

Podría contestarle: gracias. Pero eso sería admitir que algo anda mal. De modo que sólo le respondo con emoticón de beso.

Hago un amago de sonrisa mientras retomo la marcha, aprovecho para revisar las fotos que me ha enviado de la hija de Linda. Como bien dijo Adri es una monada. Con una mata de pelo negro, un tono de piel broceando y unos preciosos ojos azules. ¡Toda una princesa!

Deslizo el dedo sobre la pantalla para ir viendo las diferentes fotos, en una de ellas está Linda sosteniéndola en brazos mientras sonrío a la cámara, inconscientemente también sonrío. Se ve feliz. En la siguiente otra vez está Linda con la beba, rodeada de Adriana y Samia. Cuánto las extraño. Me quedo un buen rato mirando la foto con añoranza hasta que el semáforo

cambia a verde y cruzo la 55th. Deslizo el dedo sobre la pantalla y paso a la siguiente foto. Se me corta la respiración. Seguro que Adri la envió por accidente, o por lo menos eso quiero pensar. Se me acelera el corazón al verlo a él, de espaldas, mirando por el ventanal con la niña en brazos, con una sonrisa genuina y una cara de bobo que me llena de ternura. Luce más delgado, pero sigue igual de guapo. ¿Habrá perdido peso por culpa de nuestra separación?, ¿me extrañará?

Sería un tonto si no lo hiciera. Me auto-animo.

Al llegar a la esquina de Armani, veo un tumulto en frente al Trump Tower, me imagino que debe de haber una actividad importante, de manera que doblo a la derecha en la 56th. Alejada un poco de la multitud vuelvo a mirar la foto y sin detenerme a pensarlo, paso el dedo sobre su espalda, dibujo el contorno de su cuerpo como un pincel sobre un lienzo.

Siento un pinchazo en el pecho, recordándome que todavía sigue ahí, ese sentimiento que he tratado de ocultar bajo mucha seguridad y terquedad. Lo extraño. Me he negado a admitirlo, sin embargo llevo noventa y tres noches extrañándolo. ¡Sí, las he contado! Noventa y tres noches anhelando sus brazos a mi alrededor mientras duermo, deseando sus besos salvajes, pero llenos de ternura, ¿y para qué negarlo? ansiando tenerlo dentro de mí.

Suelto un suspiro lleno de pesar y guardo el teléfono en mi bolso. Me niego a martirizarme. Si él ha podido pasar de mí durante estos meses, yo también puedo hacerlo.

Llena de sentimientos que me sobrepasan llego a *Madison Avenue*. ¿A dónde voy? Ni idea, simplemente camino sin rumbo fijo hasta que al llegar a la 60th me doy cuenta de que llevo rato deambulando, pensando en cosas que ya no puedo solucionar y que lo único que necesito para bloquear la tristeza y la amargura que llevo dentro es un trago.

Entro en un pequeño bar y me siento en la barra.

—Un Manhattan —le pido al cantinero que está de espaldas, al lado opuesto de la barra. Siempre he soñado con decir esas palabras aquí en la gran manzana; sin embargo no siento el júbilo que pensé que sentiría. Nada se siente igual sin las quejas incesantes de Linda o los cuentos de los pacientes insufribles de Samia, o las conversaciones sobre moda con Adriana; todo es diferente sin las chicas a mí alrededor.

—¿No está muy temprano para beber sola?

Esa voz. Ese acento. Giro la cabeza y me quedo estupefacta.

¡No puede seerrrr!

Pero... ¿cómo es posible?

—¡Tú! —digo sin salir de mi asombro.

—¡El mismo que viste y calza! —exclama, al tiempo que levanta las manos al aire y toma una pose digna de pasarela.

Me levanto a toda prisa haciendo crujir el taburete de hierro sobre el piso bien pulido. En el mismo momento, Miguel sale detrás del mostrador y nos envolvemos en un abrazo que me sabe a bienvenida a casa. Enrollo mis brazos con fuerza alrededor de su cuello mientras que él hace lo mismo alrededor de mi cintura, levantándome en el aire. Me empapo de su aroma, de su energía, de su buena vibra.

—Híjole, bombón, pero tú estás como Santa Theresa —dice en el momento que mis pies vuelven a tocar el suelo. Sonríe llena de dicha al escuchar la palabra «Bombón», él recorre mi cuerpo de abajo hacia arriba. Abro la boca para preguntarle qué es eso de «Santa Theresa», pero él se apresura a añadir—: cada día más buena.

Estallo en carcajadas. Miguel y sus ocurrencias. Es como un jarro de agua fresca en pleno desierto del Sahara. No tengo la menor idea de qué hace aquí, pero elevo los ojos al cielo y agradezco en silencio.

—Pero... ¿qué estás haciendo aquí? —inquire Miguel con ese acento

que tanto me gusta, adelantándose a mi pregunta.

—Eso mismo quiero saber yo —digo retomando mi lugar en la barra mientras que él rodea el mostrador para situarse detrás—. Yo te hacía en México.

—Estuve allí dos años, hasta que mi jefecita murió. —Mis ojos se abren de par en par.

—Lo siento —digo con sinceridad—. No tenía idea.

La cara de mi amigo se contrae de dolor durante unos segundos mientras se sumerge en el recuerdo. Hace tres años empacó sus maletas y dejó Luxemburgo para regresar a su México querido, para cuidar de su mamá que había enfermado de neumonía. No puedo creer que haya muerto. A nuestra época todavía me sorprende la tasa elevada de personas que mueren por culpa de esa enfermedad.

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa que no llega muy lejos.

—No quiero sonar cruel, pero creo que fue lo mejor. —Sus ojos se cargan de tristeza—, estaba sufriendo mucho y por lo menos ahora descansa en paz.

—Oh, cariño, de verdad no sabes cuánto lo siento. —Vuelvo a decir, sin saber qué más añadir. La verdad que a mí nunca se me da bien eso de consolar a las personas. Ese el trabajo de Samia, ella siempre tiene una palabra de aliento.

Miguel suspira hondo. Creo que está tratando de mantener a raya sus emociones.

—Descuida —me dice—, ya hace un año, cada día lo supero un poco más. Luego de su muerte me fue muy duro quedarme allí, así que quise regresar a Luxemburgo, pero al último minuto decidí probar suerte en otra parte. ¿Y qué mejor lugar que *Gringolandia*? —Sonríe nuevamente—. ¿Y tú

qué haces tan lejos de casa?

Ahora es mi turno de suspirar hondo. Tengo sentimientos encontrados: añoranza, tristeza, celos, confusión y puede que un poco de rabia. Todo lo que he sentido desde que vi la foto de Carlos.

Él apoya el codo sobre el mostrador y deja descansar la cabeza sobre su mano. Sus ojos marrones miran los míos.

—Ándale, cuéntale todo al tío Miguel. —Sonrío.

—No tienes idea lo feliz que me hace ver una cara conocida —digo en medio de otro suspiro.

—Bueno, tesoro, yo soy más que una cara conocida —dice al tiempo que se incorpora—, somos casi familia. —Es cierto. Y ahora mismo viéndolo con esa sonrisa tan autentica que siempre carga, capaz de alumbrar lo más oscuro como faro en medio del mar, me hace sentir como si estuviera en casa—. Son tres años para contar, deja y te preparo tu Manhattan y me sueltas toda la sopa, ¿de acuerdo?

Asiento.

He pedido un Manhattan, pero lo que realmente necesito ahora mismo es un tequila y así se lo hago saber a Miguel.

—Tienes tan mala cara que te voy a preparar los dos —anuncia.

Al rato voy por mi tercer tequila. ¡Qué gustito! Ya había olvidado lo bien que se sentía echarse unos truquitos.

—Como tú misma dirías « ¡Wepa! » sí que te ha dado duro el morenito, ¿eh? —dice después del breve resumen de lo que ha pasado durante su ausencia, me parafrasea y me carcajeo. Aunque la risa es producto de los dos Manhattan y los tequilas que llevo.

—Lo sabes bien —repongo, feliz de encontrar por fin con quien desahogarme—, sin embargo el muy cabrón se largó durante la cena de navidad, dejándome humillada y abrumada delante de nuestros amigos.

—Golpeo la barra con la mano y me inclino hacia adelante—, ¿lo puedes creer? —le pregunto alargando las palabras, prueba de que el alcohol ha empezado a hacer efecto; cosa que no entiendo ya que a mí la bebida se me da bastante bien. Puede que influya el hecho de que no he comido nada—, se largó y me dejó una nota. ¡Una nota! —repito incrédula. Y al hacerlo me doy cuenta de cuan cabreada estoy con Carlos. Yo solía ser muy cuidadosa, no dejaba entrar a nadie mas de lo necesario; ni a mi casa ni a mi vida. Sin embargo, él se mostró muy diferente y paulatinamente fue rompiendo ese inmenso muro de piedra que fui construyendo a través de los años. Y cuando pensé que estaba a salvo, que nunca haría nada que pudiera dañarme, se fue y de dejó.

—A mí me parece que te ha picado en el orgullo.

Lo pienso un instante.

—No. No es cierto. —Aunque tal vez tenga razón. Yo nunca creí que él sería capaz de hacer algo así. Todo lo contrario, siempre pensé que si algún día nuestra relación terminaba, sería porque yo lo dejaría, no al revés—, ¿no se supone que una persona que dice amarte debe aceptarte tal cual eres? —prosigo, y aunque parezca una pregunta es más bien una afirmación—. ¿Entonces cuál era su afán de querer cambiarme?, ¿de pedirme cosas que sabía no podía darle?

Se me quiebra la voz en esa última parte. De verdad pensé que el amor que él decía sentir por mí sería suficiente y que siempre apostaría por lo nuestro. Sin embargo, al igual que la mayoría de los hombres, en cuanto las cosas se ponen difíciles salen corriendo.

Me quedo callada y clavo la mirada en el shot.

—¿Sabes lo que necesitas? —dice Miguel, poniendo una mano sobre la mía con cariño. Lo vuelvo a mirar y sacudo la cabeza en negación mientras que él se inclina un poco más sobre la barra—. Salir de aquí e ir a

deshuesarnos. Ya sabes, darle un gustito al cuerpo. Baile, bebidas y una noche de chicas.

—Pero si estás trabajando.

—Tú sólo espérame, en un rato termino mi turno y te prometo que te llevaré a un buen lugar.

Le hago caso y mientras lo espero llamo a Danielle, le digo que no regresaré a la galería. A las cinco cuando Miguel acaba salimos y me lleva al Copacabana club.

—Es un lugar muy padre —dice Miguel cuando estamos en la puerta del local—. No suelen dejar entrar a todo el mundo, a menos que conozcan a alguien y por suerte para ti... —Me mira directo a los ojos mientras se lleva las manos al pecho de forma exagerada—. Conozco al portero.

Entramos en el local y me quedo boqui abierta. ¡Madre mía, cuánta gente!

Nunca pensé que Manhattan tuviera una vida social tan movidita entre semana.

Miguel me presenta a algunos conocidos, o más bien muchos conocidos, prueba de que viene a menudo.

En la barra, Miguel se pide una Margarita de limón y yo me pido una Caipiriña. Mientras tomo mi trago me dejo envolver por el buen ambiente y me muevo al ritmo de *Bailando* de *Enrique Iglesias* y *Gente de Zona*. Me olvido de todo. Sólo quiero pasarla bien y divertirme un rato.

Yo quiero estar contigo, vivir contigo

Bailar contigo, tener contigo

Una noche loca (una noche loca)

Ay besar tu boca (y besar tu boca)

Yo quiero estar contigo, vivir contigo

Bailar contigo, tener contigo una noche loca

Con tremenda loca

(Ooooh, ooooh, ooooh, ooooh)

Dos horas más tarde, Miguel y yo nos hemos bebido muchas Margaritas y Caipiriñas, juntos a dos de sus amigos —Mario, otro mexicano, y Alejandro, un argentino que derrocha sensualidad por donde quiera que lo mires—, armamos la juerga. Nos reímos, bebemos, nos divertimos y cuando suena *Yo también* del papasote de *Romeo* junto al talentoso de *Marc Anthony*, Alejandro me invita a bailar y yo más que feliz lo sigo. En la pista me pone una mano en la cadera, me sostiene el brazo en el aire y en posición de salsa empezamos a movernos al compás de la canción. Me dejo llevar por él.

¡Dios de los dioses hermosos, como baila el argentino!

Nos adueñamos de la pista. Me suelto las greñas. Muevo las caderas. Damos vueltas y... *¡Joder, qué bien me la estoy pasando!*

Muy avanzada la velada estoy pasada de tragos, Miguel ha montado su propia fiesta con Mario, están de te toco por aquí y te toco por allá.

¡Wepa con el Miguelito!

—¡Nene, me marchó! —grito por encima de la música, rompiendo su momento de intimidad y haciendo que él y su acompañante se separen.

—No manches, pero si el vacilón apenas empieza —dice Mario.

Me río.

—Lo siento, guapo, pero mañana trabajo —respondo.

—Nosotros también —insiste Miguel—, ándale, quédate un rato más.

Lo pienso un instante. El ambiente está fenomenal, pero cuando hay que trabajar hay que trabajar.

—No puedo.

—Pues ni modo. —Se lamenta Mario, se inclina ligeramente y añade cerca de mi oído—: fue un placer conocerte, espero volver a verte.

Sonrío encantada.

—Y yo a ti.

Miguel se separa de él y agarrándome por el brazo nos alejamos un

poco de la barra.

—Espera y me despido de Mario, ahorita te acompaño.

Miro hacia la barra donde Mario no le quita los ojos de encima a mi amigo, comiéndoselo con la mirada. Estoy segura de que en su cabeza ya se ha montado todo un cachondeo.

—No quiero dañarte la noche —le digo mirando con disimulo hacia Mario. Él se gira y le lanza una mirada descarada.

—La neta es que esta bárbaro el condenado. —Me rio.

—Pues ve y divierte.

—Ni lo sueñes, no voy a permitir que te marches sola a esta hora, aunque deba renunciar a una noche de sexo, sudor y más sexo.

—Miguel, no me va a pasar nada.

—Ya te dije que no —insiste. Lo conozco tan bien que estoy segura de que no me va a dejar marchar sola. Es su lado protector. Además, reconozco que voy muy tomada como para andar sola por ahí.

—Le voy a pedir a Scott que venga por mi —informo.

—¿El policía? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

Su sonrisa se ensancha mientras que un brillo de malicia cubre sus ojos.

—Mira que eres perra —me dice—, te emborrachas y luego llamas al GI JOE para que venga a rescatarte. Ya te imagino esposada al cabecero de su cama.

—No seas idiota —respondo sonriendo—, somos compañeros de piso, nada más.

A pesar de lo que he dicho imágenes de Scott y yo, cubiertos de sudor, se cuelan en mi cabeza, calentándome aún más la sangre. Joder, necesito ponerle fin a esta sequía sexual. ¡Urgentemente!

Le envió un mensaje a Scott explicándole que he salido con un amigo y

preguntándole si puede venir a buscarme. A los pocos minutos me pide que le envíe la dirección del bar. Al no tener idea de donde estoy le pido a Miguel que lo haga.

Mientras que Miguel está enrollándose con Mario en la pista me quedo hablando de lo más animada en la barra con Alejandro. De pronto siento una mano posarse en mi cintura con cierta posesión. No necesito voltearme para saber de quien se trata. Ese olor lo conocería entre miles.

—Sí que eres rápida haciendo amigos —susurra en mi oído. Suspiro. Su aliento eleva la temperatura de mi sangre un escalón más alto.

—Parece que ya han venido por ti —dice Alejandro, mirando por encima de mi hombro y perdiendo la vista en el espécimen que tengo detrás de mí.

Despacio, me giro haciendo que su brazo se enrosque alrededor de mi cintura. Y al hacerlo, quedamos muy cerca el uno del otro.

—Hola —digo en español. Sus labios se curvan en una ligera sonrisa, mitad sexi y mitad insolente.

—Hola —responde en el mismo idioma con un acento sexi. ¿Por qué será que a las mujeres nos ponen tanto los acentos?—, nos vamos —dice exigente.

—Pero si acabas de llegar.

—Pensé que me habías llamado porque deseabas irte.

De desear, deseo muchas cosas en este preciso instante. Como comerle la boca y puede que algo más.

—Ya que estas aquí podemos tomarnos un trago.

—Estoy de servicio —responde escueto—. Además, me parece que tú ya has bebido bastante.

—Entonces baila conmigo —digo ignorando el tono de reproche de sus últimas palabras.

—No bailo.

Me dan ganas de poner los ojos en blanco. ¿Es que este hombre no conoce la palabra divertirse? Sin embargo, como estoy decidida a seguir pasándola bien y sabiendo que llevo más alcohol del que debería en el cuerpo, llevo mis manos a su cuello y las enredo detrás de su nuca.

—Tú sólo déjate llevar —susurro coqueta.

Muevo mis caderas al ritmo *Échame La Culpa* de mi *Fonsi* con la bella *Demi Lovato*. Doy la vuelta, agarro su mano y la poso en mi vientre al nivel del ombligo. Él no se mueve. Pero eso no me detiene, sigo moviéndome lento, deseosa de sentir sus manos sobre mí. Bajo contoneándome sexi y atrevida, subo sensual, pegando mi trasero a su cuerpo. El mío encendiéndose como luces navideñas.

Vuelvo a girarme, alzo la cabeza y sus ojos me están esperando, llenos de un brillo que conozco muy bien: deseo. Me dejo envolver por la música candente, la intensidad de su mirada sexi, dominante, el ambiente que pronto se ha ido cargando de una electricidad deliciosa. Su calor y su olor me vuelven loca y únicamente puedo escuchar mi cuerpo pidiendo a gritos: ¡sexo, sexo y más sexo! Me pongo de puntillas y busco sus labios. Se me acelera el pulso. Son justo como me los imaginaba: dulces, suaves, hechos para besos largos e intensos. Cierro los ojos con fuerza al sentir el calor de su aliento y la calidez de su boca. Con lentitud introduzco la lengua en su boca para tratar de profundizar el beso, pero muy rápido para mi gusto, él se separa de mí. Dejándome deseosa de más y levanta una ceja interrogativa.

—¿Qué tanto has bebido?

—No lo sé, pero si le apetece puede hacerme un Alcohol Test, oficial.

—No creo que sea necesario, es obvio que demasiado.

—Pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que no te estás aprovechando de la situación —me lamento. Intento volver a besarlo, pero de

inmediato aleja la cabeza.

—Emma, no —advierte.

—¿No qué? —pregunto desafiante. Me mira. Lo miro.

Su pecho sube y baja de forma irregular mientras que su mirada se oscurece. Lo deseo aquí y ahora. Por la forma en la que su cuerpo ha reaccionado al mío estoy convencida de que también me desea. Entonces, ¿por qué se resiste?

Él abre la boca para decir algo, pero en ese momento llega Miguel como un huracán, interrumpiendo nuestro duelo de miradas.

—Oye, Bombón, mira que eres suertuda —suelta Miguel—, y pensar que no sólo está bueno, sino que también es policía. ¡Qué morbo!

Finjo una sonrisa. Ahora mismo estoy excitada y molesta.

Hago las presentaciones en inglés.

Mientras que Scott mira a mi amigo de arriba abajo, creo que estudiándolo, Miguel le devuelve la mirada aleteando sus pestañas descaradamente.

—Todo un gusto, oficial —dice Miguel, le tiende la mano con su acento marcado y me saca una sonrisa.

—Igualmente. —Se limita a decir el recién llegado, aceptando el saludo sin mostrar ninguna emoción.

—¿Estás segura de que no te interesa? —inquieta Miguel en mi dirección, en español, tras soltar la mano de Scott—, porque si es así me lo pido para navidad. —Suelto una risotada.

—¿Podemos irnos? —pregunta Scott con tono urgente.

—Un momento —contesto irritada en español. Ni siquiera sé si me entendió, estoy en un punto en el que se me cruzan los idiomas. Su actitud imperturbable me cabrea. Haberlo llamado no fue una buena idea—. Corazón, te llamo mañana, ¿sale?

Miguel asiente antes de darme dos besos. Todavía seguimos manteniendo esa costumbre europea, también me despido de Mario y luego voy hasta donde está Alejandro para hacer lo mismo. Este me agarra por la cintura, se inclina sobre mí y después de darme un beso prolongado cerca de la comisura de los labios dice:

—Ha sido un placer bailar contigo, belleza. No te pierdas. —Y dicho esto me guiña un ojo y me tiende un papel—, por si quieres repetir la experiencia.

Sonriendo acepto el papel con su número. Siempre es bueno hacer nuevos amigos, y más cuando son así de guapos.

—Ya viste a tu amigo, ya bailaste y ya te despediste. Vámonos ahora —me apremia Scott, impaciente. No sabía que estaba detrás de mí. No me gusta su tono, tampoco su gesto serio. Me volteo y le lanzo una mirada acribilladora, pero el permanece impassible.

Salimos de la disco. Él callado y yo con un cabreo monumental, no sé muy bien por qué. De hecho si lo sé. Estoy pasada de tragos, con la sangre caliente, las hormonas revueltas, deseosa de sexo, prácticamente me le he puesto en bandeja de plata y el muy idiota me ha rechazado.

Al llegar al carro me abre la puerta, me acomodo mientras que él sigue sin pronunciar una sola palabra. En cuanto toma asiento y se incorpora en el tráfico nocturno ladeo la cabeza hacia la ventana, y molesta, frustrada, pierdo la vista en las luces brillantes de la ciudad hasta que pronto me quedo dormida.

En la mañana cuando suena el despertador entierro la cabeza en la almohada y maldigo mil veces al recordar el papelón que le monté anoche a Scott. Aun no puedo creer que no me besara. Sin embargo, cuando llegamos al apartamento, como seguía dormida me tomó en brazos y me subió hasta la recamara.

¿Cómo se puede ser tan caballero para algunas cosas y tan idiota para otras?

Me remuevo en la cama molesta, pensando en cómo lo voy a enfrentar hoy en la mañana.

Que no esté.

Suplico mientras abro los ojos.

Doy varias vueltas en la cama sin querer salir de ella, pero como Dios me hizo hermosa y no rica, me obligo a levantarme para ir a trabajar.

Me meto en la ducha bloqueando todo. Dejando que el agua tibia se lleve el olor a alcohol y la vergüenza de la noche anterior, además del cansancio de las dos últimas semanas y mi mal humor, seguido de mi conversación con Adri. Lavo mi cabello con mi aroma favorito —vainilla—, y para cuando termino me siento muy bien, fuerte y segura. Vuelvo a hacer la misma Emma de siempre.

Me cambio con la esperanza de que Scott esté todavía dormido, o mejor aún en el trabajo. Salgo al salón, sin embargo, como mi esperanza era verde y se la comió un burro, lo encuentro detrás de la isleta, envuelto en el rico aroma de café recién hecho, tocino y huevos revueltos.

¡Joder!

—Buenos días. —Saluda apenas repara en mí.

¿Es que este hombre no se cambia nunca?

Otra vez está con el torso desnudo y con esos pantalanes deportivos que le caen debajo de la cadera y le quedan tan sexis.

—Buenos días —mascullo entre dientes, encaminándome hacia el área de la cocina.

—¿Cómo dormiste?

—Bien.

—¿Te encuentras bien? —pregunta parado frente a la estufa, de espalda

a mí, revolviendo los huevos en el salten—, lo digo por cómo bebiste anoche.

—Sí.

—¿No te duele la cabeza?

—No.

—¿Has decidido hablar con monosílabas de repente o estás molesta conmigo? —demanda mirándome por encima de su hombro.

Que perceptivo.

—Sí —contesto dejándome caer en uno de los taburetes.

—¿Si te has vuelto monosílabas? —inquire en el momento que reparte los huevos y el tocino en los platos—, ¿o si estás molesta conmigo?

—Sí, estoy molesta contigo —estallo. No veo para qué negarlo ni mucho menos ocultarlo. Soy de las personas que cuando tengo algo que decir lo hago.

—¿Se puede saber por qué? —pregunta con voz suave, ignorando mi tono de enojo. El sonido chirriante de un aparato me sobresalta. Clavo mis ojos en el jodido tostador mientras que él con esa calma que no lo abandona nunca, se encamina hasta allí, coge las ruedas de pan y las pone en el plato.

—¿Tú qué crees, Sherlock?

—No suelo creer nada, por eso pregunto y de preferencia espero que las personas me contesten cuando lo hago.

—¿Por qué no me besaste ayer? —Prefiero ser directa. Después de todo, ¿para qué andarse con rodeos cuando conozco perfectamente la razón de mi molestia?

—Porque obviamente no estabas preparada para lo que venía después.

¿Eso qué coño significa? ¡Quería sexo! Y para eso siempre estoy preparada.

—¿Y eso era...? —Coloca los dos platos sobre la encimera y levanta la cabeza para mirarme con un gesto impasible.

—Emma, está más que claro que estás pasando por una ruptura sentimental —dice con la voz baja y ronca—, por más que quiera echarte un polvo o dos, no suelo aprovecharme de mujeres emocionalmente vulnerables.

—¡No te estaba pidiendo que pusieras un anillo en mi dedo! —replico igual de molesta e indignada que anoche, bloqueando la sorpresa que me causa escuchar que, efectivamente, si desea echarme «un polvo o dos»—. ¡Sólo quería follar! Tener sexo sin compromiso. ¡¿Sabes lo que significa eso?!

—Claro que lo sé. Pero cuando decido tener sexo con una mujer preferiría que estuviera sobria, que cuando la esté besando el idiota con el que ella estaba flirteando. —Hace énfasis en la última palabra—, justo antes de que yo llegara, no le estuviera comiendo el culo con los ojos.

—No estaba «flirteando» con él —me defiendo.

—¿Lo sabía él? —inquire levantando una ceja, interrogativa e impertinente.

Elevo los ojos al aire.

—Ese no es el punto.

—Aclárame.

—El punto es que me puse en bandeja de plata y tú me rechazaste. ¿Si no querías acostarte conmigo por qué respondiste al beso?

—Tampoco te iba a dejar con los labios al aire. —Ahogo un grito de incredulidad. ¡Ahora resulta que le tengo que estar agradecida!—. Y nunca he dicho que no quiera acostarme contigo, de hecho, te confieso que lo he deseado desde que te vi en el pasillo con ese jodido camisón negro, con tus pezones apuntándome como pelotón delante de un soldado que está a punto de ser fusilado.

—Entonces, ¿por qué diablos me rechazaste?

—Ya te lo dije —dice, y de pronto parece exasperado. Como si le diera

fastidio tener que repetir lo mismo—. Estás emocionalmente inestable, yo no soy de los tipos a los que les gusta involucrarse en esa clase de relaciones. Trabajo demasiado y lo único que me interesa de una mujer es su coño y el placer que me pueda dar. No tengo tiempo para conversaciones ni relaciones largas.

Ahora entiendo porque dijo que no tenía citas. Pero sigo sin entender el porqué de su rechazo.

—Y si ambos queremos lo mismo, o sea, sexo sin compromisos, ¿por qué no te acostaste conmigo anoche? —insisto. Puede que sea mi orgullo de mujer que quiere llegar al fondo. Es cierto, no estoy acostumbrada a que me rechacen.

Scott pone las manos sobre la encimera a ambos lados de los platos y se inclina ligeramente hacia adelante.

—¿Quieres que te folle? —inquiere con los ojos sombríos y la voz desprovista de cualquier sentimiento, ignorando mi pregunta, como si quisiera ponerle fin a esta conversación.

Lo miro dudosa. Ahora sin el alcohol corriendo por mis venas o dominando mis actos, me siento menos valiente, sin embargo, negándome a dar mi brazo a torcer respondo:

—Sí —digo con sinceridad. No hay por qué hacernos los tontos. Se ve muy bien, es la clase de hombre al cual me tiraría si conociera en un bar. Me gusta y llevo meses de sequía sexual.

—¿Segura? —inquiere, saliendo detrás de la isleta y acercándose a mí de forma lenta.

Muevo la cabeza en asentimiento, al tiempo que él me mira como león estudiando a su presa. Abro la boca para reafirmar mi decisión, sin embargo, no logro repetir mi deseo porque me encuentro sentada sobre la encimera con Scott entre mis piernas, sorprendiéndome.

Toma mi cara entre sus manos y posa sus labios sobre los míos sin tiento. De una manera salvaje, casi brutal, con la misma fuerza que deseé empleara anoche. No tardo en recuperarme de la sorpresa y le devuelvo el beso con el mismo brío. Sus manos abandonan mi rostro para perderse debajo de mi falda. Enrollo mis brazos detrás de su cuello, mis piernas sobre su trasero, y lo acerco más a mí, dispuesta a disfrutar como hace meses no lo hago. Cada una de sus caricias son precisas, exigentes, queman mi piel y reavivan la llama que duerme en mi interior. Siento mis pezones endurecerse y mi respiración acelerarse. Sin abandonar mis labios, Scott agarra mi camisa y tira de ella, rompiendo todos los botones, dejando a la vista mi brasier negro. De repente todo me parece tan calculado, tan frío, carente de cualquier sentimiento, que mi cuerpo empieza a enfriarse. No entiendo lo que me pasa. Estoy acostumbrada a acostarme con los hombres sin importarme nada más allá que el placer que puedan proporcionarme y, a veces ni siquiera llegan a eso. Entonces, mientras sigo pensando, intentando volver al juego, al aquí y ahora, me doy cuenta de que no soy la misma, de que he cambiado... Carlos me cambió.

Él me enseñó lo que es hacer el amor; con sus besos apasionados e intensos y llenos de ternura. Con cada roce no sólo tocaba mi piel, sino que también tocaba mi alma. Con cada caricia no sólo me hacía sentir mujer, sino que hacía vibrar mi corazón, devolviéndome a la vida esa parte que pensé ya no existía en mí. Y es en ese instante donde comprendo que no estoy lista para estar con nadie más que no sea él y, freno. Dejo de responder a sus besos candentes. Abrumada, con demasiados sentimientos que digerir, me aparto.

Con la respiración acelerada, él abre los ojos. Su mirada es intensa, oscura. Pero, él no dice nada. Nos sumergimos en un silencio que sólo se ve interrumpido por nuestras respiraciones y el ruido calles abajo de la ciudad. Mientras trato de controlar el martilleo de mi corazón pienso en qué le diré a

Scott sobre mi comportamiento. Me la he pasado provocándolo, ¿y todo para qué?, para comportarme como una niña insegura que no sabe lo que quiere.

Scott se aleja un poco de mí y vuelve a tomar mi rostro en sus manos sin dejar de mirarme. Bien me lo advirtió, él sabía algo que yo estaba muy lejos de saber, no estoy lista para dejar ir a Carlos. Me siento expuesta, vulnerable y siento como mis ojos se humedecen.

—Veo que lo vas comprendiendo —dice antes de darme un ligero beso en la frente.

Se aleja y se marcha a su habitación, dejándome sobre la encimera y con las tetas al aire, sumergida en un mar de emociones.

Capítulo 12

“La vida no es esperar que pase la tormenta. Es aprender a bailar bajo la lluvia.”

Siempre me ha gustado correr, no sólo me mantiene en forma, sino que también me ayuda a desestresarme, a ahuyentar los problemas que me rodean. Mientras corro bloqueo todo pensamiento y me transporto a otra dimensión, donde sólo existimos la música de mis auriculares y yo. Como en este caso que está sonando *Locked Away* de *Adam Levine* y *R. City*. Sin embargo, al pasar en frente de la iglesia *Saint-Gengoul* me doy cuenta de que hoy no está funcionando, no dejo de pensar. Acelero el ritmo, mis pulmones al igual que mis pies se quejan y llegar al *Parc de Merl* empiezo a aminorar el ritmo paulatinamente, hasta que me detengo del todo en medio del parque. Me doblo sobre mí mismo apoyando las manos sobre las rodillas y respiro profundamente para intentar recobrar el aliento.

—Joder —maldigo al darme cuenta de que las cuarenta manzanas desde mi casa hasta aquí no han servido para nada. He dejado de beber, de follar, tengo demasiado tiempo libre para pensar y es precisamente lo que no quiero hacer, pensar en ella.

Tengo que ocuparme en algo con urgencia.

Doy media vuelta y sin haber recuperado del todo el aliento, corro de regreso a mi apartamento.

—Buenas tardes, Isabelle. —Saludo a la secretaria de Max. Y al mencionar su nombre, recuerdo que no he vuelto a saber de Isa desde que le

devolví el carro el domingo pasado.

Ella sonrío de forma cordial.

—Buenas tardes, señor Monte de Osca. —Apoyo mis brazos sobre el mostrador y me inclino ligeramente hacia ella.

—Dime una cosa, Isabelle, ¿cuántas veces te he pedido que me llames simplemente Carlos? —digo con el gesto serio al ver cómo se enreda con la mención de mi apellido. Entiendo que para alguien que no es de habla hispana le cuesta pronunciarlo.

Ella se ruboriza y baja la mirada.

—Muchas —contesta en un hilo de voz.

—Entonces, ¿por qué sigo escuchando que me llamas de esa forma tan seria y profesional? —Sé que la estoy poniendo en una situación incómoda, pero me encanta vacilarla y ver como se le encienden las mejillas cada vez que vengo. Esta es mi parte favorita cuando vengo a visitar a Max.

—Lo siento, señor... digo, Carlos. —Sonrío de oreja a oreja, satisfecho al ver su nerviosismo.

—¿Ves?, no es tan difícil —Le guiño un ojo y veo como su cara se pone más roja aún—, ¿se encuentra Maximiliano?

—Hace rato estaba en una conferencia, pero creo que ya ha terminado —me informa muy diligente—, permíteme verificar.

Ella levanta el teléfono del intercomunicador, aprieta el botón uno y se lo lleva a la oreja.

—El señor... —Empieza a decir a los pocos segundos. Entonces me mira de reojo y se apresura a corregir—, Carlos, lo busca.

Tras decir eso escucha la respuesta de su jefe y cuelga.

—Puede pasar.

Me incorporo, articulo un «gracias» y le guiño un ojo. Me encamino hasta la oficina de Max y abro sin detenerme a tocar. Maximiliano levanta la

cabeza de unos papeles al otro lado de su mesa y me mira de arriba abajo.

—Y yo que pensaba que los milagros no existían. —Se burla, mirándome de arriba abajo, puede que al ver que tengo mejor pinta que en las últimas veces que nos hemos visto. Sí, me he afeitado y me he arreglado. Parezco todo un modelito.

—Veo que ser padre de familia te ha endulzado el carácter —digo cerrando la puerta tras de mí—, o no, déjame adivinar. —Hago una mueca obscena con la mano y la boca—, es todo el trabajo que le das a la pobre de tu mujer, ¿por eso tanta insistencia en que trabajara contigo?, ¿para tenerla al alcance de la mano cada vez que necesites de sus servicios? —Su rostro cambia, se pone serio y me fulmina con la mirada. El odia que me meta con Adriana—, ya empezaba a echar de menos esa cara de italiano amargado —digo divertido. Max sacude la cabeza, seguro que dándome por imposible mientras que clava los ojos de nuevo en los documentos que está revisando.

—¿A qué debo el honor? —pregunta todavía sin mirarme. Luego levanta la cabeza y verifica algo en la pantalla de su ordenador—, todavía no es medio día y ya estás de pie, qué gran logro —dice con sorna.

—Pensé que tú también me echabas de menos —prosigo picándolo y olvidando su tono de guasa. Mis palabras hacen que Max sonría y me dedique su atención.

—¿Qué quieres?

—Tengo que pedirte un favor —respondo, recordando el motivo de mi visita. Max deja descansar la espalda en su sillón de ejecutivo y con un gesto de mano me invita a tomar asiento.

—Tú dirás —apremia.

—Quiero comprar el Sabor Latino y quiero que me asesores —suelto de golpe. Él arruga la frente y entrecierra los ojos.

—No tenía idea de que estuviera en venta —dice confuso.

—Me enteré hace poco.

—Joder, a mi peluche no le va a hacer ninguna gracia la noticia —dice pensativo, cayendo en cuenta de lo mismo que yo cuando lo supe. Las chicas adoran ese lugar.

—Lo sé —me limito a decir, no quiero entrar en el tema de las chicas porque sería pensar en cada una de sus integrantes.

—¿Por qué lo quieres comprar? —Me peino el pelo y exhalo lentamente.

Es la pregunta del millón que no ha dejado de dar vueltas en mi cabeza. No tengo idea de si quiero comprarlo porque es una buena oportunidad de tener mi propio negocio y de hacer algo con mi vida o de si lo hago por ella, porque de una forma u otra, ella es parte de ese negocio; sé cuánto le gusta y quisiera conservarlo por si un día decide regresar. Estúpido, ¿no?

—No lo sé —respondo con sinceridad—, como tú mismo lo acabas de decir, es un lugar agradable, a las chicas les encanta, tiene su clientela y yo tengo un poco de dinero ahorrado —añado encogiéndome de hombros—, lo había estado guardando para cuando llegara el momento de sentar cabeza y formar una familia, poder comprar una casa —decir esas palabras me causa un pequeño retorcijón en el pecho, pero decido ignorarlo—. Creo que es hora de invertirlo en algo de provecho y comprar el negocio me parece una buena inversión.

Max asiente lentamente y me observa durante unos segundos. Me parece que analizando mis palabras.

—Está bien —responde al fin—, pídele a Claude que me haga llegar el balance de contabilidad de los últimos cinco años —añade entrando en su papel de ejecutivo—, lo llamaría yo mismo, pero ya sabes que no lo tolero —me recuerda.

Claude ha intentado ligarse a Adriana en más de una ocasión, de modo

que lo entiendo perfectamente, por lo tanto asiento

—¿Crees que es una buena inversión?

—Eso no lo sabré hasta después de revisar los estados financieros —contesta adoptando esa pose seria que se gasta cuando está sumergido en su rol de hombre de negocios—. La verdadera pregunta es, ¿por qué está vendiendo el negocio?

—No lo sé, pero no creo que sea por falta de ganancias, el local siempre está lleno.

—No te dejes engañar —me advierte—, no todo lo que brilla es oro. Te sorprendería la cantidad de personas que mantienen abierto un negocio inyectando su propio capital, ya sea porque se han encariñado con él, o porque tienen la esperanza de que en algún momento las cosas van a mejorar. —Bufo. No había pensado en nada de eso. ¿Valdrá la pena arriesgar todos mis ahorros en esto? Después de todo yo no sé nada de negocios—, tranquilo —dice Max, tal vez al ver la cara de agobio que he puesto—. No digo que éste sea el caso. Además, no pienso permitir que inviertas un solo centavo hasta que haya revisado todo al derecho y al revés.

—Gracias.

—Si el análisis resulta favorecedor y todavía estás interesado en adquirirlo, le pediré a Vincent que se encargue de la parte legal y elaboraremos un buen plan de transacción.

Asiento nuevamente. Por suerte sé que puedo contar con él. Porque la verdad es que de entrar en esto, lo estaría haciendo a ciegas.

—¿Y cómo está él? —Max sonrío abiertamente.

—Con una cara de bobo que para que te cuento —contesta.

—No es para menos, mi ahijada es toda una princesa —repongo con orgullo. Y luego sonrío al recordar lo bien que me la pasé ayer cuando fui a verla. Le di el biberón, la cargué toda la tarde y hasta le conté un cuento. He

leído que eso es bueno porque estimula su interés en los sonidos y los ayuda a prestar atención a lo que oyen. Sin embargo, en el fondo lo hago para que nunca olvide mi voz.

—¿Y tú? —pregunta Maximiliano.

—¿Yo qué? —respondo mecánico.

—¿Cómo estás? —Lo pienso un instante mientras me paso la mano por el cabello.

—Mejorando —contesto sincero.

Suena el intercomunicador.

—¿Sí?

—Para recordarle que tiene un vídeo llamada en diez minutos con el señor Bianchi.

—Muchas gracias, Isabelle.

Escuchar ese nombre me hace volver a pensar en Isa. Quizá deba llamarla e invitarla a tomar un café en modo de agradecimiento por lo que hizo por mí.

—No te quito más tiempo —le anuncio a Max en cuanto cuelga.

—En cuanto tenga todo lo que necesito te aviso.

—De verdad te lo agradezco —digo al levantarme de la silla—, ¿qué te parece si te llamo en la semana y comemos juntos? —inquiero decidido a retomar mi vida social.

—Suena bien —dice sonriendo—. Es bueno tenerte de vuelta.

Asiento lentamente.

—Ey, Carlos. —Su voz me detiene cuando agarro la manilla de la puerta. Me giro y lo miro. Su expresión ha vuelto a cambiar. Nuevamente está serio—. En cuanto termine con el informe contable, prepararé un plan de negocios convincente para que lo presentes al banco.

Confundido, arrugo la frente.

—¿Cómo así? —pregunto sin entender a lo que se refiere.

—Quiero decir que es mejor pedirle prestado el dinero al banco, avalado por tus ahorros, y en el caso de ser necesario añadir a una persona como garante —me explica—. Si quieres ponemos a la empresa o a mí directamente.

—Pero ya te dije que tengo ahorros —respondo todavía confuso, sin entender a donde quiere llegar.

—Sí, pero también me dijiste que habías ahorrado ese dinero para cuando tuvieras una familia. No permitiré que lo arriesgues. No dejes de luchar por tu sueño —añade, luego se pone a revisar unos papeles como si lo que acabara de decir no tuviera la más mínima importancia.

Sonríó. A pesar de que él ya no me mira.

—No puede ser... ¡Estás libre! —bromea Alex, el hermano de Adriana, mientras camina a mi encuentro cuando entro en el terreno de básquet con mi saco deportivo enganchado en el hombro y la pelota en las manos. —Desde hace años solemos reunimos todos los domingos para jugar. No obstante, desde que Alex fundó su compañía de seguridad privada y yo me he dedicado a otras actividades, ya no lo hacemos con la misma frecuencia. Aun así, tratamos de juntarnos aunque sea un domingo al mes—, y yo que había ingeniado todo un plan para liberarte —continúa socarrón antes de chasquear la lengua y mirarme con una expresión de lamento—, qué pena, ya había escogido el lugar... —prosigue levantando su camiseta negra con dos rayas naranjas al costado, dejando a la vista su abdomen—. Me iba a tatuar los planos de tu apartamento.

Intento no hacerlo, pero no me queda más remedio que reír.

—Eres un cabrón —digo sonriendo—, no entiendo cómo diablos Michelle te soporta —bromeo.

Alex se humedece los labios antes de esbozar una sonrisa arrogante. Me temo lo peor.

—Es que soy todo un encanto —replica—. Además, eso de follar se me da de lujo.

Sacudo la cabeza lentamente. Como decía: es un cabrón engreído—, ¿estás seguro de que todo funciona bien ahí abajo? —inquire con cara de pillo mirando debajo de mi cintura—. Puedo darte unos consejos.

Le lanzo con fuerza el balón de baloncesto que tengo en la mano y él lo atrapa en el aire evitando así mi cometido: golpearlo.

—Capullo —digo, y ambos nos echamos a reír.

Nos conocemos desde que tenemos quince años y siempre que nos vemos no podemos evitar cachondearnos el uno con el otro.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta mucho más serio mientras nos encaminamos juntos hacia el banco de suplentes.

—Mejorando. —Le doy la misma respuesta que le di a Max hace unos días. Y realmente es cierto, cada día que pasa me siento mejor. No deja de doler, pero el dolor se vuelve soportable.

Dejo caer mi bolso deportivo junto al de Alex.

—Es bueno ver que has salido de tu cautiverio. Te he dejado tranquilo para que pudieras hacer tu duelo, pero si necesitas hablar, salir por unos tragos, está de más decirte...

—Lo sé —lo corto. No queriendo entrar en el tema. Si quiero empezar de cero debo dejar de pensar y de hablar sobre lo mismo.

Los demás muchachos se acercan y mientras nos saludamos busco entre los jugadores a Rubén —el hermano mayor de Emma—, para mi suerte parece que no ha venido hoy, mentalmente lo agradezco. Una de las razones

por la que tenía varias semanas sin pasar por aquí era para no verlo.

Después de varias bromas subidas de tono entre los muchachos nos repartimos los equipos y pronto empezamos con el partido.

El árbitro lanza el balón y el equipo contrario la agarra en el aire. Corremos arriba y abajo. Alex está uno a uno contra Frank, este último tira y hago un rebote defensivo.

El partido avanza bajo los gritos y las porras de amigos, aficionados y familiares que vienen a vernos y a animarnos en cada juego. Hace mucho que no me ejercito bien, por lo que me cuesta un poco seguir el ritmo de los muchachos, comienzo a sentir que me falta el aliento.

Llevamos rato jugando cuando suena el pito anunciando el final del segundo tiempo. El marcador indica 39-37, ganado nosotros. Estamos muy justos, debo esforzarme más.

Volvemos al juego, Diego le roba el balón a Eric y de inmediato me lo tira, corro cancha arriba cuando por encima de los gritos escucho:

—¡Vamos, Carlos, encesta!

Esa voz... ¿es Thierry?

Automáticamente, disminuyo el ritmo de mis pasos y ladeo la cabeza hacia las gradas buscándolo. Lo veo, está en la tercera fila dando pequeños brincos junto a su madre, quien ondea la mano apenas nuestros ojos se encuentran. De forma inconsciente sonrío. ¿Qué hacen aquí? Para mi desgracia y la de mi equipo mi distracción hace que Frank me robe el balón, se lanza a correr y antes de que yo reaccione encesta un tiro de tres.

Miro de vuelta a las gradas, Thierry se ha sentado y mira a Frank con cara de asombro.

—¿Qué coño pasa contigo? —brama Alex.

Lo miro y luego vuelvo a mirar a Thierry y a Isa, que sigue mirándome con una sonrisa genuina. No tengo idea de que hacen aquí, pero quiero que

me sigan mirando. Quiero que Thierry me vea como lo hizo hace un rato. Con asombro y admiración.

—¡Espabíla! —grita Alex al ver que no reacciono.

Y eso hago, me pongo en posición y empiezo a jugar, pero a jugar de verdad, poniendo todo mi empeño.

Al final del partido estoy exhausto, me he dejado la piel en el terreno, pero ha valido la pena porque hemos ganado por diez puntos.

—Unos días de recuperación y ya estás devuelta a las andadas, ¿eh?
—dice Alex.

—¿Qué?

—Te reclaman —me informa mirado sin disimulo hacia donde se encuentra Isa—. ¿Ya tienes nueva *groupie*?

—Tú mejor que nadie deberías saberlo, ya que eres el presidente de mi club de fans —digo, y trato de no perder de vista a Isa y a Thierry quienes se han levantado de sus asientos y están esperando que las personas circulen para poder empezar a bajar los escalones.

—De ser así no tendrías una, sino toda una fila porque todas querían conmigo.

—Ah, cierto, se me olvidaba que eres todo un encanto —digo con ironía mientras atravesamos el terreno.

—Y que follar se me da de cine —me recuerda con una sonrisa impertinente.

—Eso ya lo habías dicho. Te estás quedando sin argumentos —ataco. Me mira levantando una ceja de forma socarrona.

—Sólo te lo recordabas por si cambiabas de opinión. Todavía estoy dispuesto a darte algunos consejos, a lo mejor te sirven con la pelirroja.

Llegamos cerca del banco y él se agacha para recoger su bolso.

—Alex, piérdete.

—Uno trata de ayudar a los amigos y así es como le pagan. —Se queja. Se lleva la mano al pecho y se lamenta de forma exagerada como si hubiera herido sus sentimientos. Pienso en responderle, pero veo que Isa y Thierry se están acercando, por lo que prefiero callarme—, ¡A ver si nos tomamos una cerveza en la semana! —grita mientras se aleja hacia los vestuarios, pero ya no le estoy prestando atención.

—Eh... hola —digo en francés cuando Isa ya está frente a mí. Ella hace el amago de saludarme con un beso, pero recuerdo que estoy sudado y de seguro apestoso, por lo tanto retrocedo—. ¿Qué hacen aquí?

No es que me queje, pero sigo sorprendido.

—Bueno, hace unos días estaban pasando un juego de la NBA y le comenté a Thierry que jugabas básquet los domingos y él quiso venir a verte —explica mientras se remueve incomoda—, espero no te importe.

—Por supuesto que no —contesto rápidamente, sin dejar de estar sorprendido. No recuerdo haberle comentado que jugaba ni mucho menos dónde—, ¿cómo supiste donde jugaba? —inquiero medio confuso, pero tampoco quiero que parezca que me molesta su presencia, porque no lo hace, sonrío ligeramente.

—Por el torneo de hace tres años y medio —responde algo sonrojada—, cuando jugaron contra el equipo de Arlon... nos invitaste a todos —prosigue con sonrisa tímida.

—Claro —digo mientras me rasco el cuello. Recuerdo el torneo, sin embargo no recuerdo haberla visto en él—. ¿Cómo has estado?

Ella abre la boca para contestar, pero entonces Thierry se acerca a nosotros a la carrera.

—¡Woo, qué tiro! —clama, abriendo bien grande los ojos mientras que toma el balón que llevo en las manos e imita uno de mis tiros en el terreno. Simulando hacer uno en el aire y arrancándome una sonrisa—, ¿me enseñas a

hacer eso? —pregunta todo emocionado, revoloteando a mí alrededor.

—Thierry, déjalo tranquilo —interviene Isa.

—A mí no me importa —contesto con una sonrisa.

—¿Ves?... —dice el niño sin dejar de rebotar la pelota contra el piso en madera—. Ha dicho que no le importa.

Isa me mira como disculpándose con los ojos y yo le devuelvo la mirada haciéndole saber que de verdad no me importa, antes de posar mis ojos en el niño que me tiene alucinado.

—Le muestro dos o tres tiros y luego podemos ir a comer algo. —Me atrevo a sugerir, un poco inseguro por primera vez en mi vida, devolviendo mi atención a ella. Sus ojos se abren de par en par, creo que sorprendida por mi pregunta, pero enseguida se recupera.

—Vale —dice un poco dudosa, sonrojándose ligeramente, resaltando las pecas esparcidas alrededor de su nariz. Me le quedo observando durante unos segundos, de verdad es una mujer preciosa. Inconsciente, ella se muerde los labios, mis ojos se desplazan hacia esa parte de su cuerpo y me descubro queriendo saber a qué sabrán sus besos.

—¿Vienes? —dice Thierry tirando de mi brazo hacia la cancha.

—Enseguida regreso —le digo a Isa, me obligo a apartar los ojos de su hermoso rostro y de alejar mis pensamientos pecaminosos.

Me paso los próximos veinte minutos enseñándole al crío cuales son las reglas básicas del juego y ayudándolo a realizar algunos tiros. Me la paso increíblemente bien. Luego lo dejo con su madre y voy a los vestidores a ducharme y cambiarme de ropa.

—Ya estoy listo. —Les aviso cuando ya estoy frente a ellos con mi saco de deporte enganchado en el hombro—. ¿A dónde quieren ir?

—Donde quieras —contesta Isa poniéndose de pie.

—A *McDonald's*. —Se apresura Thierry a contestar, saltando del banco

como un resorte—. ¿Te acuerdas que te dije que están trayendo unas mascararas de Batman y unas figuritas de los super héroes de DC' Comics que molan muchísimo? —Isa me mira preguntándome con la mirada si me importa.

—*McDonald's* será —digo encogiéndome de hombros.

—¿Qué sucedió con el papá de Thierry? —le pregunto a Isa cuando estamos sentados en la mesa de *McDonald's* y el niño se ha ido a jugar al área de juegos.

—No mucho —contesta después de masticar una papa frita—, nos conocimos cuando éramos jóvenes, nos enamoramos muy pronto y cuando me vine a darme cuenta ya estaba embarazada. Ambos fuimos lo suficiente estúpidos para creer que el matrimonio era la solución. Como ya sabrás, puesto que no estamos juntos, estábamos muy lejos de tener razón. —Sonríe. Me he dado cuenta de que siempre hace eso. No importa la situación, siempre tiene una sonrisa pintada en los labios—. Al poco tiempo de Thierry nacer nos dimos cuenta de que no teníamos mucho en común. Un día llegó, me besó, hicimos el amor y ambos nos dimos cuenta de que algo había cambiado, ya no saltaban chispas... lo supimos al instante, se había acabado la pasión, por lo tanto decidimos separarnos, fue de mutuo acuerdo.

—¿Así sin más? —inquiero sin dejar de mirarla. Es tan chispeante, tan transparente, que no me canso de hacerlo.

Ella mira su bandeja y se da cuenta de que ya no le quedan más papas, con toda la naturalidad del mundo coge una de las mías. Al levantar la vista y darse cuenta de que la estoy observando, sus mejillas se tiñen de un hermoso rosa.

—Lo siento —dice sonriendo. Sacudo la cabeza indicándole que no me importa. Es más, me encanta ver que no se cohíbe y que contrariamente a muchas come algo más que una simple ensalada—, no funcionó, no hay por qué hacer un drama —prosigue con su relato—. Además, es mejor para Thierry tener dos padres que no están juntos y que siguen siendo buenos amigos a vivir con dos padres que ya no se aman haciéndose miserables el uno al otro.

Asiento lentamente. Embobado con su simplicidad. No sólo es preciosa, una increíble madre y un magnífico ser humano, sino que también es una mujer sensata que no se complica la vida. Cada vez descubro más cosas que me gustan de ella.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —De pronto se remueve ligeramente incomoda en la silla.

—La última vez que nos vimos estabas saliendo con esa chica... —Hace una pausa como si tratara de recordar el nombre—, Emma, me parece que así se llamaba —añade cauta antes de tomar su vaso y dar un trago a su Coca Cola. Aún con el sorbete en la boca levanta la vista y me mira directo a los ojos con aprehensión, de inmediato se me para la respiración y me pongo rígido. Sabía que llegaría este momento en el que tendría que explicarle lo que sucedió, pero no pensé que sería tan pronto.

Ella aleja el sorbete apenas unos centímetros de sus labios.

—¿Qué pasó con ella? —Se atreve a preguntar con suavidad.

Exhalo todo el aire de mis pulmones con fuerza. Miro hacia algún punto de la puerta del local mientras trato de escoger mis próximas palabras. Yo le he preguntado por su ex y ella me ha respondido sin darle muchas vueltas al asunto. Entonces, ¿por qué me cuesta tanto hablar de Emma si sentir una opresión en el pecho?

¿Algún día lograré hacerlo sin sentir que me ahogo?

—No queríamos las mismas cosas —me limito a responder.

Ella parece darse cuenta de mi incomodidad porque no indaga más sobre el tema. Simplemente se limita a asentir. Seguimos conversando sobre cosas menos personales y poco a poco me voy relajando nuevamente. Le comento sobre mis planes de comprar el club y luego hablamos de mi tema favorito —mi ahijada—, mientras le digo lo maravillosa que es, me dice que le gustaría conocerla, y sin siquiera pensarlo le digo que se la presentaré. Sin embargo, al instante me arrepiento de haber sido tan precipitado, dado que eso involucraría llevarla a casa de Linda y, por ende, soportar un interrogatorio de su parte.

Casi al caer la noche me recuerda que al día siguiente Thierry tiene colegio por lo que debemos marcharnos. Como ella anda en su coche me despido de ella en el estacionamiento y me voy directo a casa. Al llegar veo que Isa me ha escrito un mensaje por el *WhatsApp*.

Ya llegamos.

De inmediato le respondo.

Me alegro.

Pongo el aparato en la mesa y no he dado un paso cuando escucho el pitido avisando que me ha llegado otro mensaje.

Gracias por enseñarle a Thierry algunos tiros, y por la cena.

Con el teléfono en mano me encamino hacia el cuarto y me dejo caer en la cama.

No fue nada. Si quieres puedes llevarlo otra vez al próximo juego, le enseñaré otros trucos.

Veo que está en línea y que no tarda en ponerse a escribir.

No tienes que hacerlo.

Me recuesto en la cama y coloco mi mano izquierda detrás de la cabeza.

Lo hago encantado.

Y como no quiero que deje de escribirme añado.

¿Qué haces?

Su respuesta no se hace esperar.

Le pongo el pijama a Thierry para ponerlo en la cama.

De pronto me veo disfrutando de algo tan sencillo como una conversación sin sentido por *WhatsApp*.

¿Y qué harás luego?

El aparato vuelve a vibrar en mis manos y leo su respuesta.

Ver una peli.

Me paso la mano por el rostro y suspiro. Me la imagino vistiendo algo cómodo, con el pelo suelto, acurrucada en su sofá, quizá arropada con una ligera manta, con las luces apagadas. La imagen me parece de lo más tierna y de pronto siento que quiero estar ahí con ella.

Carlos, ¿estás ahí?

Me quedo mirando la pantalla sin saber qué responder. Me siento cómodo en su presencia como hace meses no lo hacía con una mujer, pero no quiero arruinar las cosas.

Lo siento me estaba quedando dormido.

Disfruta de la peli.

Miento como un cobarde, sin embargo, prefiero despedirme antes de soltar alguna estupidez, como proponerle acompañarla a ver la dichosa película.

Que descanses.

Me siento mal, Isa parece una chica estupenda y yo estoy muy dañado. Es mejor así. Por lo que respondo con simpleza.

Igualmente.

Salgo de la aplicación, bloqueo el móvil y medio lo lanzo sobre la

mesita de noche.

Me quito los zapatos y ropa para tomar una ducha antes de acostarme, cuando el pitido de mi teléfono vuelve avisarme que tengo un mensaje entrante. Casi corro hacia el lado opuesto de la habitación pensando que es Isa, pero al abrirlo descubro que se trata de Max.

Todo en orden. Pasa mañana por la oficina para que hablemos.

Suspiro. Al parecer las cosas comienzan a encajar.

Capítulo 13

“Demorar la aceptación de la realidad es la forma más letal de negar la verdad.”

[Northcote Parkinson](#)

Desde lo sucedido con Scott la semana pasada he decidido establecer unos límites en nuestra rutina diaria para seguir conviviendo. Claro que, para eso tendría que hablar con él, y para hablarle tendría que verlo. Cosa que no ha pasado desde que me dejó encima de la isleta. Cuando me despierto en las mañanas no está y cuando regreso del trabajo por las noches tampoco. He llegado a creer que me está evitando y me incomoda la situación. Esta es su casa, después de todo. Si no quiere verme es mejor que me lo diga. Necesito hablar con él y de ser necesario empezar a buscar un piso.

De modo que le mando un mensaje.

Necesito que hablemos.

Escueto y directo. Pienso mientras miro la pantalla del Smartphone.

Salgo para el trabajo y en el camino chequeo mi teléfono para verificar si tengo alguna respuesta de Scott. Sin embargo, a pesar de que la App me indica de que el mensaje se envió correctamente y que fue leído, no tengo ninguna respuesta.

Al día siguiente, apenas traspaso las puertas del trabajo, Danielle me ve y sale a mi encuentro.

—Aquí tienes la lista de las fotografías que expondrá Martin —me informa y me tiende el papel. Lo tomo y le echo un rápido vistazo, satisfecha. Tengo que verificarlas con el archivo que me ha enviado ayer.

—¿Le preguntaste si tiene la intención de asistir a la inauguración?

—Lo hice, quedó en confirmarme en el transcurso de la semana

—contesta.

—Es bueno saberlo antes de enviar el comunicado de prensa con la lista de las obras que serán expuestas y toda la información sobre la gran apertura a la revista ARTIS y al New YorArt.

Ella asiente.

—Ah, por cierto, llamo Will para informar que la página de internet entrará en funcionamiento a partir del jueves. Y en cuanto termine de habilitarla se encargará de crear los perfiles en Twitter, Facebook, Instagram y todas las redes.

—Perfecto, cuando eso suceda podremos empezar a subir a la página los cuadros que ya tenemos para crear cierta expectativa alrededor del evento en las redes. ¿Ya me tienes la lista que te pedí?

—Está en tu email —responde muy diligente.

—Perfecto, muchas gracias.

Me echo a andar hacia la pequeña oficina que el señor Wright ha habilitado para mí y enseguida enciendo la pc. En lo que este se enciende busco en el archivo los portafolios que Phil había seleccionado, agarro unos cuantos y me siento. Debo ir buscando más artistas. Andrews no me ha llamado. Tiene mucho talento y me gustaría trabajar con él, pero no puedo detenerme a esperarlo. Tengo un evento que preparar.

Paso las dos próximas horas mirando y evaluando cual podría ser su remplazo en el caso de que no me llame de aquí a una semana. También verifico la lista de los clientes potenciales, coleccionistas privados, otras galerías y amantes del arte que me ha enviado Danielle para hacerles llegar la invitación del evento. Trabajar me permite no pensar en mi conversación con Scott. Estoy ansiosa porque no tengo idea de cómo terminarán las cosas entre nosotros.

—¿Se puede? —pregunta Phil, luego de abrir la puerta sin siquiera

tocar. Me gustaría poder responderle que él ya está adentro, por lo que su pregunta está de más, pero eso sería ser grosera.

—Claro —contesto levantado los ojos de la computadora. Él termina de entrar y cierra la puerta detrás de sí.

—¿Cómo vas? —me pregunta mientras clava sus ojos en las carpetas que tengo sobre la mesa.

—Pues, he visto dos o tres que podrían ser interesantes —contesto volviendo la vista hacia los papeles.

—¿Aún no ha llamado Davis?

—No —respondo con cierta decepción. La verdad pensé que había logrado convencerlo, o por lo menos picarlo lo suficiente como para que me llamara.

—¿Necesitas mi ayuda? —Lo miro de regreso y me quedo sorprendida. Es la primera vez desde que lo conocí que no me anda encuerando con los ojos y que no muestra su sonrisa canalla. Además, que parece realmente interesado en ayudarme.

—Sí, me gustaría —contesto. Después de todo, él es un gran conocedor y lleva más tiempo que yo en este mundo. Nunca se debe desperdiciar el conocimiento. Estoy a prueba y contra reloj. Si quiero que toda salga bien toda ayuda es más que bienvenida.

—¿Viste el de Susan O'Connor? —inquire al tomar asiento en la silla que está del otro lado del pequeño escritorio. Lo miro con los ojos entrecerrados, dudosa. El nombre me suena, por lo que trato de buscar en mis recuerdos.

—Creo que... —digo en el momento que empiezo a buscar entre las carpetas. No la veo entre los portafolios que están sobre la mesa, de modo que me levanto y voy a buscar en el archivero—, aquí está. —Levanto la carpeta al aire para mostrárselo antes de abrirlo y empezar a leer en voz

alta—. Treinta y cinco años, neoyorquina. Es una artista del hiperrealismo.

—Es muy buena —dice Phil interrumpiendo mi lectura. Lo miro por encima del portafolios—. Suele hacer exhibiciones callejeras...

—¿La has visto? —Ahora soy yo quien lo corta. Este asiente mientras camino de regreso a mi silla.

—De hecho, fui yo quien le dijo que mandara su portafolios.

Miramos otros artistas y juntos seleccionamos posibles candidatos. Descubro gratamente que lo que había dicho el señor Wright en un principio resultó ser cierto, es bueno en lo suyo. Y cuando no quiere aparentar ser todo un casanova es una persona agradable con la que trabajar.

—Ah, por cierto... —Se levanta de la silla dos horas después—, he recibido una invitación para asistir a la próxima ceremonia Grimaldi. —Lo miro con el ceño fruncido, no tengo idea de qué me habla—, es una gran subasta anual que organiza la familia Grimaldi en honor a los niños con Cáncer. —Se explica.

—Es una linda causa.

—La recepción es dentro de dos semanas y me gustaría que me acompañaras. —Mi barrera se levanta de nuevo y vuelvo a estar en alerta—, la familia Grimaldi es una de las familias más antiguas y más ricas de la ciudad. A esa subasta no sólo asistirá la crema y nata de la sociedad, sino que también los amantes y coleccionistas del arte. Sería bueno para ti que empieces a mezclarte con ese tipo de gente, y más que eso, nos ayudará a que la inauguración sea todo un éxito.

Lo pienso un segundo. Salir con Phil no me interesa en lo más mínimo, por otra parte, ha expuesto un gran punto.

—De acuerdo —acepto. Él sonríe satisfecho y luego sale de mi pequeña oficina.

Al día siguiente mientras voy hacia el trabajo, me doy cuenta de que

llevo más de tres semanas en NY y aun no le he dedicado tiempo a mi pastón favorito: ¡Las compras!

¿Y qué mejor excusa para ir a devorar las tiendas de diseñadores que la subasta a la cual tengo que acompañar a Phil la semana próxima? Y nadie mejor para acompañarme que Miguel.

—¡Hola, precioso!

—¡Hola, Bombón! —responde copiando mi tono alegre.

—Quería saber si te gustaría ir de compras —indago sentada en el autobús.

—Niña, pero eso sería como preguntarle a un ciego si quiere ver. —Me río—, aunque la verdad no estoy seguro —añade después de unos segundos.

—¿Y eso por qué? —pregunto confusa.

—Porque eres una mala amiga —entra en drama—, ¿te parece justo que te hayas ido de la discoteca acompañada del señor de los cielos y ni siquiera me has hecho una llamadita para contarme que tal terminó la cosa?

—Miguel, no seas chismoso.

—¿Chismoso, yoooo? —suelta horrorizado—, ¿desde cuándo querer obtener información para educarse es sinónimo de ser chismoso?

—¿Me puedes explicar en qué te educa saber lo que pasó con Scott? —pregunto tratando de reprimir una risita.

—Bueno.... —titubea—, tú no sabes lo que pueda aprender mientras me comentas lo que te hizo, o mejor aún, como te lo hizo. Ya sabes: posiciones, trucos y esas cosas.

—Estás loco —digo divertida—. Anda, no seas cotilla y respóndeme, ¿vienes o no?

—¿Me vas a contar algo? —Me quedo callada—, anda, no seas mala —suplica—. Estamos solos, lejos de casa y estoy aburridísimo. Apíadate de esta alma en desgracia y cuéntale un chisme con el cual entretenerse.

—Bueno, ¿si te digo que sí vas a venir...?

—Tú sólo dime cuándo y dónde —contesta súper entusiasmado. Me carcajeo. ¿Por qué los gays tienen ese tópico de ser tan cotilla?

—Ya te avisaré del día.

Al regresar a la galería me sumerjo en un montón de cosas, por suerte eso me mantiene la mente ocupada y sólo vengo a darme cuenta de la hora cuando Danielle entra a despedirse.

—¿Te vas a quedar? —me pregunta. Miro la hora en el pc: cuatro y media.

—Sí, me voy a quedar un rato más.

—Pues nos vemos mañana.

Cuando Danielle se marcha sigo con lo que estoy haciendo. Y cuando vengo a darme cuenta de la hora son pasadas las seis.

¡Mierda!

Apago la computadora, me levanto, cojo mi bolso y salgo disparada.

—¿Ya te vas, querida? —La voz del señor Wright me para en seco. Pensé que era la última.

—Sí —contesto metiendo el brazo por la manga de mi abrigo—. ¿Necesita algo?

—No, no —responde con su cálida sonrisa de siempre—, yo también me voy. —Le sonrío de vuelta.

—¿Quiere que cierre? —pregunto, nos encaminamos juntos hacia la puerta.

—No, tú ve tranquila. Ya lo hago yo.

—Nos vemos mañana —me despido antes de salir.

—Descansa.

Salgo de la galería, llego a la parada de autobús y mientras lo espero, recuerdo que aún no he llamado a Linda para felicitarla por su

alumbramiento. Busco en mi bolso y me doy cuenta de que no lo tengo. Recuerdo haberlo utilizado en el autobús, de seguro lo he dejado en mi escritorio y como todavía estoy cerca decido regresar y verificar en la galería.

Cuando llego me doy cuenta de que la puerta aún sigue abierta.

Qué raro. Pensé que el señor Wright se marchaba junto conmigo.

Entro, y no he dado unos pasos cuando escucho la puerta abrirse detrás de mí. Me volteo y veo a dos hombres altos, rubios, con caracteres similares, por lo que creo que ambos son de la misma nacionalidad; Cargando una enorme escultura.

—Disculpen, ¿puedo ayudarlos en algo? —Camino hacia ellos, que intercambian una mirada que no logro entender—, ¿les puedo ayudar en algo? —repito al ver que no me responden.

Uno de ellos se aclara la garganta.

—Es una entrega —contesta con un acento bien marcado, ¿ruso? Puede ser. —Hago memoria rápida y no recuerdo ninguna entrega.

—Creo que se han equivocado de dirección. No estamos esperando ninguna entrega. Y menos una escultura.

—¡Emma! —me llama el señor Wright, noto cierta sorpresa en su voz—, ¿qué haces aquí? —Me volteo y levanto las cejas, sorprendida por su tono, me dan ganas de decirle: *Aquí trabajo, ¿no?, hace apenas diez minutos que me marché.*

—Olvidé mi teléfono —contesto ante su cara de desconcierto. Él camina hacia mí con pasos apresurados—, ellos dicen tener una entrega —le informo apuntando con el dedo hacia atrás, donde están los hombres con cara de mala leche—. Pero les estaba informando que se han equivocado de dirección porque no tenemos ninguna entrega registrada para hoy.

—De hecho sí —dice ya frente a mí.

—Oh —respondo entre confusa y apenada, ¿cómo es posible que se me

olvidara una cosa así?—. Lo siento, no lo sabía...

—Es una entrega de último minuto —me corta—, es para un cliente de Phil. —Hace ademán con la mano para restarle importancia—. Es una suerte de que todavía estuviera aquí para recibirla.

—Entiendo, puedo hacerme cargo —propongo, volteo medio cuerpo en dirección de los recién llegados que no pierden detalle de nuestra conversación.

—No, querida, ya pasas demasiado tiempo aquí metida como para que te cargue de más trabajo.

—No me molesta, señor Wright, de todos modos todavía estoy aquí —replico y me muevo para hacerme cargo de la situación, pero él me agarra por el ante brazo y me detiene.

—Despreocúpate, yo puedo hacerlo. —Me mira detenidamente a los ojos—, es algo rápido, tú y Phil se encargan prácticamente de todo, no me hagas sentir más inútil de lo que ya me siento. —Su sonrisa encantadora y su tono de súplica me hacen pensarlo un segundo. Lo cierto es que es verdad, es algo rápido y sencillo. Simplemente es recibir y registrar la obra. Además, ya se me está haciendo tarde.

—De acuerdo. Muchas gracias, señor Wright —digo.

—Anda, ve a descansar y mañana nos vemos. —Es un hombre realmente encantador. Le dedico una sonrisa de agradecimiento antes de echarme a andar en dirección a mi oficina cuando escucho su voz—. Por cierto, ¿te ha dicho Phil lo de la subasta?

—Sí.

—Vas a ir, ¿verdad?

Asiento.

—Haces muy bien. Si piensas quedarte a vivir en Nueva York, y así lo espero, es bueno tanto para tu vida personal como profesional que empieces a

rodearte de personas de ese medio.

Entro en mi oficina para recuperar mi teléfono.

Al salir todavía sigue de pie junto a los otros hombres en la galería. Paso por su lado, él me dedica una amplia sonrisa y yo me despido con un gesto de mano.

Es viernes y mi móvil me indica que son pasadas las seis. Últimamente estoy tan sumergida en el trabajo que el día pasa volando y ni cuenta me doy. Lentamente suelto un suspiro de cansancio.

Es hora de irme a casa.

¿Casa?

De nuevo lanzo un suspiro, pero este está lleno de pesar. Ni siquiera sé si puedo seguir considerando el apartamento de Scott como mi casa; lo que es una pena porque de verdad empezaba a verlo como tal. *Ni modo, tendré que mudarme*, pienso con cierta amargura. Es su espacio y no puedo obligarlo a compartirlo conmigo, sobre todo, después de lo bien que se ha comportado desde que nos conocimos. Termino de recoger mis cosas; agarro mi teléfono, bolso, abrigo y salgo de mi pequeña oficina. Al hacerlo pego un brinco, sobresaltada.

—Lo siento, no quise asustarte. —Se disculpa Phil, quien está en el pasillo, parado frente la puerta de su oficina. Inhalo con fuerza para controlar mis latidos.

—Pensé que era la última —replico luego de unos segundos. Lo cual es cierto, la mayoría de las veces soy quien cierra la galería.

—Tenía que terminar unos asuntos pendientes —informa. Se queda callado con la vista perdida en algún punto detrás de mí, con la frente arrugada y los ojos entrecerrados como si estuviera cavilando algo.

—¿Todo bien?

—Sí, es sólo que creo que debo salir de viaje otra vez —responde con aire preocupado.

—Pero si apenas acabas de llegar. —No es que moleste su partida, pero me intriga que deba hacerlo tan pronto—, ¿y... a dónde irás? —Sus labios se curvan en una sonrisa forzada o por lo menos eso me parece.

—Dubái o Grecia —contesta sin mucho entusiasmo—. Aunque lo mas seguro es que sea Dubái.

—¡Wooo! —Mi tono de voz, al igual que mi expresión, no ocultan lo maravillada que estoy. Dubái es una ciudad que sirve de inspiración al mundo de los negocios y del arte por igual, la afluencia de diversas expresiones en el terreno creativo es constante. La temporada artística *Dubái Art Season* —uno de los momentos destacados del año para la comunidad artística—, reúne a los genios creativos del Emirato durante todo un mes, en el que se celebran la prestigiosa feria Art Dubái—. Lo que daría yo por conocer ese país tan encantador.

Los ojos grises de Phil se iluminan y su sonrisa pícaro y descarada regresa con más fuerza.

—Deberías acompañarme. —De inmediato me arrepiento de haber sido tan efusiva. Los últimos días nos hemos concentrado tanto en las cosas de la galería y se ha mantenido tan profesional que se me había olvidado lo pillo y casanova que puede llegar a ser.

—No, ¿cómo crees? Además, recuerda que tengo que encargarme de la inauguración.

—Es cierto —dice como si de repente cayera en cuenta de ello—, pero la próxima vez espero que puedas acompañarme.

—Ya veremos —contesto sin querer ser grosera, meto los brazos en mi abrigo y empiezo a encaminarme hacia la puerta.

—¿Estás cansada? —pregunta siguiéndome de cerca.

—No, ¿por qué?, ¿necesitas algo?

—No. Simplemente quería invitarte a cenar.

¡Mierda! Ahora ni siquiera puedo usar la excusa de estar cansada. *Muy astuto el niño.*

—Eh... verás... —empiezo a decir, pienso en qué excusa puedo darle para salir de esta cuando abren la puerta de cristal y una brisa fresca nos interrumpe. Ambos miramos en esa dirección y mis ojos se abren por la sorpresa.

—Saludos —dice Scott. Y aunque el saludo fue para ambos, sus ojos se posan solamente en mí.

—Hola —respondo, sin ocultar la alegría que me produce verlo.

—Saludos —contesta Phil, su tono receloso no me pasa desapercibido. Los ojos de Scott se entrecierran levemente, mostrando ese gesto serio que lo caracteriza, pero que a la vez, no da ningún indicio de lo que pueda estar pasando por su mente. Su mirada se posa sobre Phil y luego sobre mí.

—¿Interrumpo? —pregunta precavido.

—No —respondo. Puede que con demasiada efusividad y rapidez.

A mi lado siento como Phill toma una posición menos relajada y cuadra los hombros.

No puedo evitar mirar a ambos hombres: uno rubio de ojos grises claros, en su traje hecho a la medida de tres piezas, de color merengue, de apariencia elegante y distinguida; el otro moreno de ojos tan oscuros como la noche, vistiendo un simple jean oscuro, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero negra, le da un aire relajado y a *bad boy*. Son dos polos totalmente opuestos.

—Scott, él es Phill. —Me veo en la obligación de presentarlos para eliminar el incómodo silencio que se ha instalado.

—Su jefe —me corta Phill, terminando la frase en mi lugar. Lo miro

sorprendida, no por lo que dijo, sino por la forma en la que ha hecho énfasis en la palabra «jefe», como si eso fuera realmente relevante.

—Scott. —Se presenta mi compañero de piso, le tiende la mano a mi jefe obligándolo a sacar sus manos de los bolsillos para aceptar el saludo—, soy todo lo que ella desee que sea. —Aprieto los labios para reprimir una risa que lucha por salir mientras que los hombres intercambian un apretón de manos muy tenso—, venía a buscarte para llevarte a cenar antes irnos a casa —dice Scott, mirándome directamente a los ojos después de soltar la mano de Phil—. ¿Estás lista para irte?

Salvada por la campana.

—Sí, de hecho ya iba de salida. —Me giro hacia mi jefe que se ha quedado mudo y rígido como árbol en invierno—. Nos vemos el lunes.

—Hasta el lunes —responde con una sonrisa de medio lado.

Scott abre la puerta, la sostiene, y apoyando la palma de su mano a la mitad de mi espalda me conduce fuera del local.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando nos hemos alejado lo suficiente de mi trabajo.

—Me enviaste un mensaje diciendo que teníamos que hablar, ¿no?

—Me parece que te llegó con varios días de retraso —respondo irónica.

—Discúlpame, he tenido mucho trabajo —dice ladeando la cabeza para poder mirarme. Me parece ver cierto pesar, a la vez que una sombra de disculpa—. Ven, conozco el lugar perfecto donde podemos conversar.

Durante el trayecto, Scott no dice nada; cosa que agradezco porque de verdad necesito organizar mis pensamientos.

—El lugar te va a encantar —dice cuando llegamos a *Pylos* en la calle 7th con avenida A—. Es un restaurante griego y la comida es deliciosa. A mi parecer, el mejor lugar en la ciudad si te apetece comida mediterránea.

Al entrar me doy cuenta de que el local es moderno, no muy grande,

pero al parecer es muy acogedor. Hermosamente decorado al estilo mediterráneo contemporáneo. La verdad no tenía mucha, por no decir nada de hambre, sin embargo el rico olor esparcido por el aire y la ilusión de haberme proyectado a Grecia hace que me gruñan las tripas, recordándome que al mediodía únicamente me comí un *hot dog* en el puesto que está a unas esquinas de la galería. Mi estomago reclama algo mas succulento.

Una vez instalados en una de las mesas, un mesero nos trae la carta y en seguida me lanzo a mirarla. Los nombres de los platos están en griego, por lo que no entiendo nada.

Al levantar los ojos por encima de la carta me encuentro con la expresión divertida de Scott.

—¿Todo bien?

—Si dejas de lado que es la primera vez que vengo a un restaurante griego y que no entiendo los nombres, todo perfecto —digo con ironía, evitando poner los ojos en blanco ante su cara de burla. Él se ríe.

—¿Te fías de mí?

No sé por qué, pero me da la impresión de que su pregunta no tiene sólo que ver con la comida. Pongo los codos arriba de la mesa y acomodo mi barbilla sobre mis dedos cruzados, lo miro detenidamente a los ojos y con mucha seguridad respondo:

—Totalmente.

—Bien. —Sonríe, al parecer satisfecho con mi respuesta. Él mira al mesero y se lanza en una orden que únicamente ellos entienden—, y dos cervezas griegas... —termina mirando en mi dirección, creo que buscando mi aprobación, por lo que asiento.

El mesero termina de anotar todo y se marcha, dejándonos nuevamente en un absoluto silencio. Si no fuera por el murmullo de los demás comensales resultaría de lo más incómodo.

—Lo siento. —Él lanza un largo suspiro—. Me he comportado como un verdadero idiota.

—Eso no te lo voy a discutir. —Ambos reímos—. Te cuento que he pensado en mudarme.

—No seas niña, no veo por qué.

—Te la has pasado evitándome, tengo miedo de que las cosas se pongan raras entre nosotros.

—No tendrían por qué, somos adultos. La razón por la que no he estado en casa es porque he tenido mucho trabajo, además pensé que quizás necesitabas un poco de espacio. Quería evitar que te sintieras incomoda. —Sonríó levemente agradecida. Es un sol de hombre.

—Pienso que para que nuestra relación funcione tendremos que cambiar algunas cosas.

—Nada de sexo —dice adelantándose

—Exacto... Nada de andar a medio vestir por el apartamento —continúo. Sé que es su casa y que sigo enamorada de Carlos, pero tengo ojos, él está más bueno que el pan y verlo todo el tiempo con el torso desnudo no ayuda mucha a mi sequía sexual.

—Y tú dejarás de andar en camión —replica de repente—, por lo menos hasta que logre verte con otros ojos.

—Me parece justo.

—Olvidemos todo lo que pasó y comencemos de cero.

—Seremos amigos, compañeros de piso y nada más. —Scott levanta la mano por encima de la mesa y la tiende hacia mí.

—Trato hecho.

—Trato hecho —conuerdo aceptando el cierre de manos.

Jamás hubiera imaginado compartir un apartamento con un hombre sin involucrar el sexo. Ni mucho menos ser su amiga. No es que no crea en la

amistad entre un hombre y una mujer; simplemente nunca me ha interesado.

Puede que esta abstinencia sexual durante una temporada me haga bien.

—Ahora, aclarado ese punto —dice Scott—. ¿Me podrías decir qué pasa con el idiota de tu jefe?

Ya se había tardado.

Ese es su lado protector, por no decir controlador.

—Nada. —El mesero nos trae lo que parece ser la entrada, es una especie de queso gratinado con limón. Me quedo mirando el plato con recelo, aunque tiene buena pinta no creo que esa mezcla de sabores me guste. Scott se da cuenta de mi resistencia y me apremia a comer con un gesto de cabeza.

—Vi cómo te miraba. Ese hombre está interesado en ti —replica mientras doy un primer bocado a la comida, cierro los ojos y saboreo el exquisito sabor. Nunca lo hubiera imaginado, pero sabe increíblemente bien.

—Tranquilo, yo sé cómo mantenerlo a raya.

—De eso no me cabe la menor duda.

Capítulo 14

“La voz del ser humano nunca podrá salvar la distancia a la que llega la pequeña voz de la conciencia.”

[Mahatma Gandhi](#)

—Sólo quedan tres botellas de *Bacardí* —informa Jonathan, uno de los meseros, mientras estamos haciendo el inventario.

Gracias al excelente trabajo que hicieron Max y Vincent, el banco me concedió el préstamo y hoy hace una semana que soy oficialmente el propietario del Sabor Latino.

Por más que trato aún no me lo creo del todo. Soy dueño de un bar. Tal parece que mi vida empieza a tomar un buen rumbo, estoy un poco asustado porque quiero hacer las cosas bien, pero también me emociona emprender este nuevo viaje.

—Anotado —respondo escribiendo la información. Al adquirir el bar me quedé con los empleados; a la mayoría los conozco y son buenos trabajadores. Menos uno. Le pedí a Claude que liquidara a Pierre. No tengo nada en su contra, es que simplemente no podía trabajar con el hombre que se acostó con Emma en más de una ocasión.

—¡Ey!... —Levanto la cabeza de la carpeta que tengo en las manos al escuchar el dulce sonido de su voz—, ya sé que dice «cerrado», pero espero que eso no incluya a los amigos —dice Isa entrando al local con pasos lentos y con esa cálida sonrisa que no la abandona nunca.

—También aplica —replico con expresión seria, ella detiene sus pasos desconcertada—, pero no para los que son especiales. —Le guiño un ojo antes de sonreír y ella se ríe al darse cuenta de que estoy bromeando.

—Voy a ver abajo que más nos hace falta —anuncia Jonathan, asiento en su dirección antes de que abandone la pieza.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunto a Isa. Desde que fue a verme al juego nos hemos visto en tres ocasiones. Nada serio. Únicamente fuimos al cine, a cenar y la acompañé al juego de fútbol de Thierry el miércoles pasado. Salidas casuales, cosas de amigos.

—Andaba por aquí y quería ver si necesitabas ayuda —contesta y se encoge de hombros. Salgo detrás del bar, dejando la carpeta encima de la barra.

—Así que... andabas por aquí —digo bajito, me acerco a ella con las manos en los bolsillos, pasos firmes y lentos, acorralándola.

—Ajá —contesta despreocupada, apartando la mirada.

—Vives a 25 minutos de aquí en carro y tu trabajo queda a unos 40 minutos... hasta donde sé el local no te queda precisamente en el camino. —Sus mejillas empiezan a tomar un delicioso color rosa—, pero es pura casualidad que estés por aquí, ¿no? —Me acerco lo más que puedo hasta estar muy cerquita de ella y me inclino levemente—, mentirosilla —susurro.

—¡Bien, me descubriste! —confiesa. Doy un paso atrás y la contemplo mientras aprieta el asa de su cartera, mira un punto imaginario en el piso—. No pasaba por casualidad. Vine directo del trabajo.

—¿Y por qué dijiste lo contrario?

—Porque no tenía ningún motivo para venir y quería pasar a ayudarte... Quería verte —añade en un tono más bajito, casi inaudible. Delicadamente le levanto el mentón mientras busco su mirada.

—No necesitas ningún motivo. Cuando quieras verme, simplemente ven.

No dice nada, únicamente se me queda mirando con esa cara de niña inocente escondida bajo el cuerpo de una mujer hermosa, cargando el

ambiente de una exquisita electricidad, provocando en mí ganas de besarla.

Al cabo de unos segundos de silencio prolongado, ella carraspea y se aparta.

—¿Y cómo vas con la remodelación? —inquire mirando a su alrededor.

—Todo bien, Adriana me está ayudando y reconozco que aunque a veces es un poco pesada, está haciendo un gran trabajo.

—Veo que decidiste hacerle caso y optaste por un ambiente más caribeño. —Sigo su mirada y veo las palmeras artificiales que decoran las esquinas del local. Además del atardecer en una playa dibujado en la pared a la izquierda de la pista de baile.

—¿No te gusta?

—Me encanta, sobre todo los dibujos que han puesto en las cuatro columnas que marcan la pista de baile. Esa mezcla de colores turquesa, verde y rojo... es maravilloso.

—Adriana hizo que un artista las pintara. Ella ha hecho casi todo.

—Me parece haber escuchado mi nombre —dice la aludida mientras entra con Maximiliano siguiéndole los pasos—, espero que no me estés acabando. —Sacudo la cabeza en negación.

—Es como *Beetlejuice*. La mencionas y aparece —digo en dirección a Isa.

—Tú cuidado con lo que dices, mira que puedo llegar a ser tan gritona y desagradable como lo era él —replica antes de darme dos besos en ambas mejillas.

—¿Cómo estás, hombre? —demanda Max, nos estrechamos la mano. Asiento en su dirección a modo de respuesta: todo va bien.

—¿Y qué decías sobre mí? —indaga Adriana suspicaz.

—Te puedo asegurar que sólo ha dicho cosas buenas —me defiende

Isa. Adriana se gira hacia ella poniéndole más atención a mi acompañante y, por la forma en la que arruga la frente me temo lo peor. No sé por qué, pero de pronto mi corazón late ligeramente más de prisa, con cierto temor a que ambas se estén conociendo—, disculpa, soy Isabelle. —Le tiende la mano—. Pero mis amigos me llaman Isa.

—Un placer —responde ella aceptando el saludo con una pequeña sonrisa—. Adriana

Respiro aliviado.

—Me encanta lo que has hecho —dice Isa señalando el local con el dedo.

—¿De verdad? Me alegra escucharlo. Tengo unas ideas para el segundo piso, para el área VIP, pero tengo algunas dudas.

—Si puedo ayudarte... —propone Isa.

—Creo que otra opinión femenina me vendría bien —contesta Adriana. Ambas se marchan dejándome perplejo. Conozco tan bien a Adri que estoy seguro de que aprovechará para sonsacarle toda la información.

—Sabes que en estos momentos le está haciendo un interrogatorio digno del MI6, ¿no? —me advierte Max confirmando mis sospechas.

—Me temo lo peor.

Max se ríe.

—Aprovecho que estamos solos para pedirte un favor —dice Max

—Tú dirás.

Camino de regreso a la barra y saco dos cervezas. Las abro y pongo una en frente de él. Max mira hacia arriba donde se encuentran las chicas lanzadas en una conversación sobre colores y telas. Luego de asegurarse de que están concentradas en lo suyo se acomoda en uno de los taburetes.

—Me ha salido el divorcio —anuncia bajito. Abro los ojos sorprendido.

—¡Enhorabuena! —clamo levantando la botella al aire.

—Shhh... Baja la voz —pide mirando de nuevo hacia arriba, con el miedo pintado en la cara—. Adriana no lo sabe todavía.

—Oh, perdón, ¿y eso por? —inquiero confundido. Llevan cinco años esperando esa noticia, por lo que sé lo importante que es para ellos. De manera que no entiendo por qué aún no se lo ha dicho. Es como para que estén dando brincos encima de una mesa por la alegría.

—Porque quiero darle la sorpresa —susurra—. Le voy a pedir matrimonio.

Mis labios se curvan en una sonrisa de júbilo. Ahora es mi turno de mirar hacia arriba para asegurarme de que no nos han escuchado. Quisiera salir detrás de la barra para darle un abrazo. Sin embargo eso sería ponernos en evidencia.

—¿Para qué soy bueno? —pregunto, dispuesto a ayudarlo en todo lo que necesite.

—Aquí empezó todo —responde Max, y le echa una ojeada al local, el brillo de la felicidad llena sus ojos—. Me gustaría aprovechar ahora que el local está cerrado por renovación y que eres el propietario para hacerle mi petición aquí, en el mismo lugar donde la vi por primera vez y donde nos volvimos a encontrar años después. Pero sólo ella y yo...

—No se digas más... el lugar es tuyo. —Levanto la cerveza al aire y ambos chocamos las botellas.

Quince días fue lo que Adriana y yo acordamos que estaría cerrado el local durante la remodelación. Según ella, más tiempo significaría pérdida de clientes y, por ende, pérdida de dinero. Los días siguientes, Isa salía del trabajo y pasaba por el negocio para ayudarnos a Adriana y a mí; ya sea con la pintura, las luces, recepción de algunos muebles o cualquier otra cosa. Y al terminar, siempre la acompaño a su casa; ella siempre me invita a cenar y yo

acepto de lo más encantado. La verdad es que nos llevamos muy bien y las horas que paso a su lado casi hacen que me olvide de Emma. Por ejemplo, como hoy en el que Lía —la hija de Max y Adriana—, tiene una cita en el médico y esta última no ha podido venir a ayudarme e Isa se ha ofrecido para dar los toques finales.

—¡Listo! Todo ha quedado perfecto para la apertura de mañana —digo una vez que hemos terminado de acomodar las botellas en el bar.

—Me encanta. —Ella admira las reformas que hemos hecho en la barra. Antes era todo en madera tradicional, ahora es más moderna, todo en negro, con luces azules en los contornos y un gran espejo de fondo.

—Muchas gracias por tu ayuda, Isa. La verdad es que sin ti y Adriana no habría podido lograrlo.

He quedado muy satisfecho con el resultado. Y mantener la cabeza ocupada me ha ayudado mucho. He ido recuperando el apetito, he vuelto a correr y a salir con los amigos. Ella hace un gesto con la mano para quitarle importancia.

—No ha sido nada —contesta. Luego se gira para estar frente a mí—, me ha ayudado a salir de mi rutina. Ya sabes: trabajo, quehaceres del hogar... ha sido bueno hacer algo diferente. —De pronto hace una pausa—, ¿si te digo algo no pensarás que soy paranoica?

Entrecierro los ojos y la miro con desconcierto.

—¿Qué sucede?

—Tengo la impresión de que Adriana no me quita los ojos de encima; como si fuera un bicho debajo de un microscopio. —Me rio—, ¡No te rías! Es la verdad. Tengo la impresión de que trata de descifrar cuáles son mis intenciones contigo, como una mamá gallina cuidando de su polluelo. —Termina apenada y mi risa se intensifica, ella me da un fuerte golpe en el pecho—. No es gracioso.

Oh, sí que lo es.

—Está bien, está bien... ya dejo de reírme. Pero para que estés tranquila te puedo asegurar de que no estás paranoica. Por lo menos Adriana sólo te mira, si fuera Linda ya te hubiera preguntado, y créeme, no es nada discreta.

—¿Te quieren mucho?

—Y yo a ellas, pero ya hablaré con Adriana para que deje de verte como si fueras un bicho raro —digo y trato de no reírme.

—No, no es necesario.

—Claro que lo es, te sientes incomoda y yo me siento culpable por ello.

—No deberías, tal vez ella no esté tan desencaminada —dice acercándose peligrosamente a mi cuerpo hasta que su rostro queda a tan sólo unos centímetros del mío. Me mira directo a los ojos aleteando sus pestañas, con las pupilas ligeramente dilatadas. Sé lo que está haciendo, he sido consciente de ello desde que se inclinó hace rato justo en frente de mis narices dejando a la vista su escote y mis ojos traviosos sin disimulo se perdieron en sus pechos. O cuando mientras organizábamos las botellas en la vitrina le estaba contando un cuento y ella se rio dejando caer su mano sobre mi torso justo antes de darse la vuelta y rozar su trasero contra mi parte frontal. La manera en la que se muerde el labio cada vez que la estoy mirando o como se acomoda su cabello detrás de la oreja. Está coqueteando conmigo. Conozco a la perfección todas las señales.

—Isa... yo —empiezo a decir.

—Shhh... No digas nada —me interrumpe—. Me gustas, Carlos. Desde hace mucho tiempo.

Estamos tan cerca. Dirijo mi mirada a su boca. Es preciosa.

Me hormiguean las manos. Quisiera tocarla, besarla. Sería tan fácil hacerlo. Dejarme llevar por mis instintos, olvidarme de todo y tomarla aquí

mismo. No obstante, sé que no estoy listo y no quiero arruinar la buena relación que llevamos. Ella merece más que eso.

—No estoy seguro de haber superado a Emma —me sincero—. Admito que me he sentido mejor en las últimas semanas y que tú tienes mucho que ver en eso, pero no quiero hacerte daño.

—No lo harás. No te estoy pidiendo que saltes de un acantilado o te lances al vacío. Simplemente que me des una oportunidad —dice en un tono suave, jugando con mi camiseta—. Un paso a la vez... déjame ayudarte con tu dolor.

La miro detenidamente. Respiro más fuerte. Me desea. La deseo.

Bajo la cabeza y después de meditarlo poso mis labios en los suyos. Al principio con tiento, y sorprendentemente sus tiernos y cálidos labios se acoplan a los míos a la perfección. Me agrada. Por un momento mi mente divaga y pienso en los besos de Emma que son: intensos, salvajes; pero rápidamente alejo esos recuerdos y me concentro en mis latidos que están desbocados, recordándome que sigo vivo, que he vuelto a sentir y que puedo acostumbrarme al dulce sabor de otros besos.

Separo nuestros labios y la miro detenidamente unos instantes. Tiene los ojos cerrados. Ella es tan diferente. Es serena, cariñosa, atenta. A lo mejor es lo que necesito para poder seguir adelante.

—Carlos —dice casi en un jadeo, eso junto a su cálido aliento, hacen que yo suba un escalón más, aproximándome a esta nueva locura.

Ya no controlo mis ansias por tocarla. Rodeo su esbelto cuerpo con mis brazos perdiendo mis manos bajo su blusa, acercándola más a mí, la vuelvo a besar con fuerza. La siento temblar entre mis brazos y es mi perdición. La beso con más intensidad, saboreándola. Haciéndome espacio en su boca y ella aceptándome gustosa. Nuestros labios y nuestras lenguas se lanzan en un juego exótico de deseo, placer y lo agradablemente desconocido.

Al día siguiente, entre risas, tragos y un buen ambiente, nos encontramos todos en el club, celebrando el compromiso de Maximiliano y Adriana. Estoy super contento por ellos. Los miro y únicamente veo amor, complicidad y entrega por parte de ambos. Definitivamente son una pareja envidiable. La muestra de que cuando el amor es infinito y verdadero supera todas las barreras.

—Se ven tan felices —dice Isa por encima de la canción *Loca* de *Maite Perroni* junto a *Cali* y *el Dandee*.

Observo a Max que tiene una sonrisa de bobo tan grande que amenaza con partirle la cara en dos, parado detrás de su futura esposa, rodeándola con los brazos por la cintura mientras que ella levanta la mano mostrándole con orgullo y regocijo su sortija de compromiso a Linda, Samia y Raquel. Sin proponérmelo pienso en Emma, en que debería estar aquí; ser parte de esta celebración, porque ella al igual que todos nosotros sabe lo que este par ha pasado para alcanzar esa dicha.

—Merecen serlo —replico con sinceridad.

—¿Estás bien? —Puede que mi pesadumbre no le haya pasado desapercibida.

Sacudo la cabeza para alejar todo sentimiento de tristeza y pesadez. Ayer tomé la decisión de darme la oportunidad junto a esta preciosa mujer que está a mi lado, mujer que no me pide nada a cambio. Únicamente desea quererme y ayudarme a ahuyentar la bruma que amenaza con arrastrarme hacia la oscuridad. La miro detenidamente.

—Más que bien —contesto antes de darle un ligero beso—. Ya regreso.

Me encamino hacia la barra y le digo a uno de los meseros que saque dos botellas de champaña que he reservado para esta ocasión y que me prepare once copas.

—Eh... veo que has recuperado los cojones —dice Alex con una sonrisa de medio lado mientras se hace espacio en la barra a mi lado—, está coladita por tus huesos. —Se burla y señala con la cabeza en dirección a Isa quien habla muy amenamente con Raquel, la hermana de Max.

Sonríó complacido. Es cierto, lo está. Y lo que es mejor aún, me gusta que lo esté.

—¿Y tú? —me intereso mientras espero que el mesero me prepare lo que pedí—, ¿dónde dejaste a tu prometida? —Alex deja de sonreír y la sombra de una emoción que no logro comprender pasa por su rostro.

—Tenía guardia —contesta escueto, antes de girarse y con un gesto de la mano llama la atención del barman. Levanta la botella de su cerveza al aire y le indica que le ponga otra.

Tenemos mucho que no salimos ni hablamos de nuestros problemas, no obstante, al ver cómo su semblante ha cambiado y toda pista de humor ha desaparecido de su rostro, estoy seguro de que algo no anda bien con Michelle.

—¿Todo bien entre ustedes? —inquiero.

—Hemos tenido mejores tiempos —dice encogiéndose de hombros.

—¿Quieres hablarlo?

—No —contesta, confirmando lo que ya sabía. Los hombres por lo general somos muy bocones cuando se trata de cualquier lío que tengamos en la calle, sin embargo, cuando se trata de nuestra mujer, la que queremos, no siempre nos interesa compartir nuestras penas—. Hoy es el compromiso de mi calabaza y estamos aquí para celebrar.

Asiento dándole la razón. No es el momento. Alex me ayuda con las hieleras y juntos regresamos al área VIP con nuestros amigos.

—Veo que ser amigo del dueño tiene sus ventajas —dice Vincent con guasa—. *Servizio al tavolo*.

—No te acostumbres demasiado, es sólo por hoy y por ser un día especial. —Dejo que Alex coloque la botella sobre nuestra mesa y que Luis —uno de los meseros—, acomode las copas de cristal.

—Tengo entendido que es tu favorito —digo en dirección de Adriana, tomando una *Luis Roederer Cristal 2002*.

Mientras retiro el papel de aluminio que cubre el corcho, ella sonrío a la vez que se muerde en labio inferior. Se gira hacia su prometido y le lanza una mirada coqueta. Maximiliano levanta las cejas de forma sugerente antes de susurrarle algo al oído haciendo que los cachetes de ella se tornen carmín. Luego Adriana se carcajea, ambos se miran con complicidad compartiendo ese momento de intimidad que sólo ellos entienden.

Giro el corcho lentamente tratando de ser cuidadoso, sin embargo, no consigo el efecto deseado. La botella hace ese ruido dramático en forma de explosión y el corcho sale disparado haciendo que la espuma salga esparcida salpicando a algunos de los presentes. Todos me vitorean mientras me apresuro a servir el champan en las copas de Max y Adriana.

—Lo siento, muñeca, pero tú estás amamantando a mi ahijada —le digo a Linda cuando me extiende su copa. Ella me hace un puchero y yo sonrío.

Prosigo llenado las copas de Raquel y de su acompañante, la de Jaret y Samia, y por último la de Alex y la mía.

—Podría lanzarme un discurso extendido y aburrido sobre el amor y lo que eso representa. Pero no lo haré. —Todos se ríen—, simplemente hay que verlos a ustedes para comprender lo que esa palabra significa. —Levanto mi copa al aire y todos imitan mi gesto—. ¡Por Maximiliano y Adriana! Para que cada año que pasen juntos sigan teniendo esa magia, esa complicidad y esa familia tan especial con la cual todos soñamos y esperamos algún día poder tener.

—¡Por Max y Adriana! —imitan todos.

Capítulo 15

“El dolor que hemos sufrido en el pasado tiene mucho que ver con lo que somos actualmente.”

[William Glasser](#)

—No, no y... ¡No! —exclama Miguel mientras descarta uno a uno los atuendos que nos muestra el dependiente—, a ver si nos entendemos... mi amiga va a asistir a una de las galas más importantes de la ciudad, por eso hemos venido a una de las mejores tiendas. ¿Le parece a usted que esto? —prosigue haciendo énfasis en la última palabra, agarrando entre sus dedos el vestido rojo bombón con el reflejo de la incredulidad, y puede que con un poco de indignación pintada en el rostro—. ¿Es elegante y sofisticado?

Al soltar la prenda se acaricia la barbilla mientras espera la respuesta con suma atención. El pobre vendedor con cara de agobio abre la boca para contestar, pero Miguel entorna los ojos de forma dramática a la vez que suelta un fuerte suspiro exasperado y no le da chance de hacerlo.

—¿Piensa que podrá mostrarnos un vestido que refleje lo que estamos buscando? —continúa Miguel, dulcificando la voz y mostrando una calma que estoy segura está lejos de sentir—. Y no un pedazo de tela que grita a lo lejos «soy una fulana cualquiera en busca de que el primer cretino del salón me agarre por un brazo y me eche un polvo rápido en el pasillo.»

Me muerdo la mejilla interior para evitar reírme.

El empleado aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea mientras mueve la cabeza con rapidez.

—En seguida regreso con lo que busca, señor. —Miguel ladea la cabeza y su rostro luce más indignado que antes.

—¿Me acaba de llamar señor?

—En su defensa, creo que has asustado al pobre —respondo reprimiendo una risita y veo al dependiente marcharse.

—Nunca permitiré que tú, mi bombón, con esas curvas y esa delantera, andes por ahí como una furcia —dice tras cerrar la puerta y dejarse caer en un puf—, por muy ropa de diseñador que sea.

—Tampoco es para tanto. Para mi es algo así como un pre-estreno antes de la inauguración. Voy para conocer un poco a las personas que se mueven en este medio. Nada más. Créeme, no me hace mucha gracia tener que ir del brazo de Phil.

—¿Sigue rondándote?

—Ajá.

—¿Y sigue sin gustarte?

—Exacto.

—Es una pena. Ya que no quieres nada con Scott, pensé que a lo mejor...

—Nooo —lo interrumpo al entender el rumbo de sus pensamientos—. Nunca saldría con Phil. Además, he decidido darme un tiempo alejada de los hombres para encontrarme a mi misma y saber qué es lo que quiero, lo que busco en una relación.

Darme cuenta de que estoy dolida con Carlos me hizo recapacitar, acostarme con Scott hubiera sido un gran error porque lo hubiera hecho por las razones equivocadas.

—¿Qué es eso? —demanda Miguel al escuchar el sonido que proviene de mi cartera, haciendo una mueca de desagrado.

—Es Adriana —respondo y cruzo el enorme vestidor. Miguel me mira con las cejas levantadas como diciendo «¿en serio?», y yo hago un mohín de lo mas infantil. Me encanta esa canción.

—¿Qué? *Friends* es mi serie favorita de todos los tiempos. Además, te

recuerdo que estaba muy de moda en los 90's.

—Al igual que la *viborita*, los *casetes VHS*, *MTV Music*. —Se burla—, pero igual que esa canción todos han pasado de moda.

Para evitar reír le saco la lengua.

—¡Hola, nena! —saludo.

—¿Qué onda, chaparra? —grita Miguel desde su asiento al otro lado de la pieza.

—¿Miguel está ahí contigo? —pregunta Adri eufórica—, espera, mejor te llamo por vídeo.

Dicho eso cuelga sin ni siquiera esperar mi respuesta.

—¡Ey! —digo en cuanto me vuelve a llamar, Miguel da un brinco y tras tres largos pasos se posiciona a mi lado.

—Y tú, ¿qué haces en cueros?

—No estoy desnuda —respondo—, estamos de compras y mientras espero que me traigan un vestido estoy en ropa interior. —La miro y sonrío a la cámara, a pesar de que hablamos casi a diario no me acostumbro a que estemos tan lejos.

—Nena, y yo que decía que Emma estaba igual de buena que Santa Theresa, pero tú estás como santa Catalina... cada día más linda —suelta Miguel y Adriana se ríe—. Neta, tener hijos te ha sentado muy bien, ¡estás rechula! Brillas por todos lados.

La sonrisa de Adri se ensancha aún más si es posible. Nunca la había visto así de radiante. Bueno, tal vez cuando nació mi ahijada.

—No sabes cuánto extraño tus ocurrencias —dice Adriana, y hace un mohín de pesar con sus labios—, ¿cuándo vienes a verme?

—Ahora que nuestro bombón está aquí, no lo sé. No la puedo dejar sola.

—De hecho, espero que vengan los dos —dice, de forma

despreocupada se acomoda el cabello detrás de la oreja dejando así a la vista la bella roca que adorna su dedo anular.

Espera un momento... ¿acaso eso es...?

—¡Madre mía! ¡¿Es eso un anillo de compromiso?! —exclama Miguel robándose mis próximas palabras, se acerca el teléfono para apreciar más de cerca la esmeralda que brilla en el dedo de mi amiga. Adri asiente. Miguel se tapa la boca ahogando un grito de entusiasmo.

¡No lo puedo creer! Ahora entiendo mejor esa luz y esa cara de felicidad.

—¡Max y yo nos vamos a casar! —anuncia súper emocionada y no puedo más que compartir su felicidad.

—¡Enhorabuena! —la felicita Miguel—, pero sabes que no puedes casarte sin mí, ¿cierto?

—Me has dejado muda —digo—, ¿cuándo pasó?, ¿cómo te lo propuso?

Y así durante los próximos diez minutos, Miguel y yo escuchamos todos los detalles. Se lo propuso en el Sabor Latino, ellos solos, en medio de luces, velas y, *The way you look tonight* —su canción favorita—, de esa forma me entero, no sin las interrupciones efusivas de Miguel, de que Carlos es ahora el nuevo propietario del club. ¿Cómo me siento al respecto?, ¿feliz de saber que ha hecho algo de provecho?, ¿triste al darme cuenta de que ha seguido con su vida? No es que esperaba que la detuviera, o quizá sí, puede que el egoísta que todos llevamos por dentro así lo deseaba. A lo mejor me hubiera dado gusto saber que me extrañaba, que se la pasa encerrado llorando mi partida. Es una mezcla agridulce. No obstante, supongo que así ha de ser; cada uno debe de seguir su camino.

—¿Cuándo es la fecha? —inquire Miguel impaciente.

—Todavía no la hemos escogido. Y aunque Max dijo que no está dispuesto a esperar mucho más, le expliqué que no escogería una hasta saber

cuándo podrías venir.

—Disculpe —dice el dependiente, interrumpiendo en el vestidor sin ser escuchado. Miguel y yo nos giramos hacia la puerta al mismo tiempo, levanto una mano para indicarle al vendedor que espere.

—Tú escoge una fecha y luego me dices. Te prometo que ahí estaré sin falta —digo devolviendo mi atención hacia la pantalla.

—Estaremos —concuera Miguel.

—Bien —dice Adri.

—Hablamos luego —me despido.

—Adiós, tesoro. ¡Llámame que quiero más detalles! —pide Miguel.

—Los quiero. —Adri ondea la mano en signo de despedida.

—Yo también —prosigue Miguel antes de que yo corte la llamada.

—Creo que tengo lo que están buscando —informa el vendedor mostrándonos un hermoso vestido esmeralda. Miguel y yo nos miramos y no hace falta decir nada más.

—¿Ves? Ahora si estamos cantando la misma ranchera.

Bueno, al parecer Miguel si tenía algo más que añadir.

Durante los próximos días trato de enfocarme en mi trabajo y no pensar en Luxemburgo, en el club o todo lo que tenga que ver con cierto sujeto de mirada penetrante y sonrisa encantadora que te hace desear pecar y que ha ocupado cada uno de mis pensamientos.

El miércoles en la mañana trabajo un poco en nuestra página web y subo con sus respectivos precios algunas de las obras que Phil ha adquirido en su viaje y que por fin, han sido liberadas en aduana. A mediodía tengo un vídeo chat con Romero, juntos trabajamos en su exposición: temática, cantidad y selección de las fotografías. Termino el vídeo llamada y lanzo a la impresora la lista: información de cada imagen y formato de impresión.

Tengo todos esos datos en la computadora, pero prefiero tenerlo todo en blanco y negro sobre una hoja de papel. Sí, a la antigua. ¿Qué puedo decir? Soy un poco obsesiva cuando se trata de mi trabajo.

—¡Ya volví! —anuncia Danielle desde el rellano de la puerta.

—Qué bueno. Recojo unos papeles que he lanzado y enseguida me voy a comer. Me muero de hambre —digo y me levanto de la silla para ir a buscar las copias en la oficina del señor Wright, ahí es donde se encuentra la impresora—. Por cierto, ¿ya tienes la lista de las imprentas que te pedí?

—Sí. Dame un momento y te la mando a tu correo.

—Gracias, Dani.

El señor Wright no está y por eso entro sin tocar. Mientras espero que la impresión termine me quedo admirando el cuadro que está colgado detrás de su escritorio y que acapara toda la atención de la pieza. Es una obra magnífica. Me quedo distraída hasta que me doy cuenta de que ya no está saliendo el papel de la máquina. Verifico el aparato y al parecer ya no tiene tinta. Miro en la estantería que está al lado a ver si encuentro la tinta, pero no consigo nada. Voy hasta el puesto de Danielle ya que por lo general, ella es quien se ocupa de esos detalles.

—Se acabó la tinta de la impresora —le comunico apoyando los codos sobre su mostrador.

—Ah, en seguida lo cambio. —Hace ademán de levantarse, pero la detengo.

—Deja, sólo dime donde encuentro los cartuchos nuevos.

—Ummm. —Tuerce el gesto y sus ojos se mueven como si tratara de hacer memoria—, están en el pequeño armario del señor McAllister. —Sonríó a modo de agradecimiento—, en la última gaveta. —Escucho que dice a mis espaldas, levanto el pulgar para indicarle que la he escuchado.

Jalo la manilla y al hacerlo me doy cuenta de que la puerta está cerrada

con llave.

Extraño.

Vuelvo a tirar de la manilla haciendo un poco mas de fuerza para asegurarme de que no está trabada. Sin embargo, el resultado es el mismo.

—La puerta está cerrada —le comunico a Danielle cuando estoy de regreso a su puesto.

—Lo siento, se me olvidó.

—¿Tiene esa costumbre de cerrar la puerta? —inquiero con cautela, todavía sigo sin entender a qué viene tanto misterio.

—Sí. El señor es muy celoso de sus cosas y no le gusta dejarla abierta —contesta y abre el primer cajón de su escritorio. Muevo la cabeza en asentimiento y ella se dobla ligeramente metiendo casi la cabeza en la gaveta y revuelve unos papeles. De pronto su cara se ilumina como cuando una niña está a punto de cometer una travesura—, por suerte para nosotras tengo la copia de la llave de cada puerta. —Balancea un llavero frente a mis ojos—. No olvides cerrar en cuanto acabes.

Al abrir la oficina de Phil me doy cuenta de que es la primera vez que entro aquí. Miro a mi alrededor y todo está ordenado. No sé bien por qué, pero me sorprende. A lo mejor porque es tan prepotente y con esos aires de *chulito* que se gasta me cuesta creer que sea tan cuidadoso con su espacio.

Mi estómago se queja recordándome que son casi las dos y que todavía no he comido. De manera que dejo de ser tan cotilla y voy hacia donde me indicó Danielle y abro el cajón. Por fortuna, ahí a primera vista están los cartuchos. Agarro varias cajas, escojo el color que necesito y cierro de golpe. Sin embargo, al hacerlo, algo llama mi atención. Vuelvo a abrirlo y veo la bolsa granate, de terciopelo. Sé que no debería. Lo correcto sería cerrar y salir de aquí, no invadir la privacidad ajena. Pero la curiosidad puede conmigo. Tomo la delicada bolsa y a pesar de saber que estoy sola en la pieza miro a

mi alrededor para asegurarme de que nadie puede verme y tiro del cordón.

¡Padre santo!

Mis ojos casi abandonan sus órbitas. Me quedo atónita. Es un enorme diamante de un intenso azul marino.

Veo la pieza y quedo al instante fascinada. No conozco mucho de joyas, no obstante, es imposible no darse cuenta de que se trata de una gema única.

El ruido de unos tacones resonando sobre el mármol me avisa que Danielle se acerca. Rápidamente, pero con delicadeza, dejo caer la maravillosa alhaja en la bolsa y cierro el cajón.

—¿La encontraste? —inquire al entrar en la oficina.

—Sí, sí —respondo y me incorporo, manteniendo la calma, o por lo menos intentándolo—. Muero de hambre, ¿podrías cerrar por mí, por favor?

—Claro. Pero... ¿no ibas a cambiar la tinta? —Frunce el ceño, confusa.

—Ya lo haré más tarde.

Sin esperar más le paso por al lado, voy a mi oficina, recojo mis cosas y completamente desconcertada salgo del trabajo.

Capítulo 16

“Es difícil luchar contra un enemigo que está en tu propia cabeza.”

[Sally Kempton](#)

—Hola. —Saludo a Isabelle. Me agacho y le doy un beso rápido—. ¿Y Thierry?

—Su papá lo llevó al cine.

—Pues termino aquí y te invito a cenar algo, ¿qué te parece?

Ella sonrío de esa forma tan natural que me fascina, con las manos metidas dentro de sus vaqueros oscuros.

—Bien, te espero —contesta firme, pero con una expresión de nerviosismo mal disimulada. Como si le costara creérselo.

El pito que anuncia el comienzo del tercer tiempo suena, por lo que le doy un último trago a la botella de agua y corro de regreso al centro del terreno junto a los muchachos.

Alex me pasa el balón. Sin bajar la guardia y con pequeños pasos me hago espacio en la cancha, pendiente de mis contrincantes. Veo a Rubén correr hacia mí, le lanzo la pelota a Mark quien corre cancha abajo, se eleva en el aire y encesta un tiro de tres. Sonrío satisfecho, sin embargo, el gusto me dura poco porque de inmediato tengo a Rubén pegado a mí como una lapa. Ahogo una maldición.

Cuando llegué al club y vi que estaba entre los presentes, de inmediato pensé en marcharme, sin embargo, me di cuenta de que si quiero seguir con mi existencia tengo que acostumbrarme a verlo. Por lo menos aquí, ya que llevamos años jugando juntos y no puedo evitarlo toda la vida. En cuanto me vio torció el gesto de manera desagradable. Ni siquiera me devolvió el

saludo. Nunca estuvo de acuerdo con mi relación con su hermana y estoy seguro de que me culpa de que ella haya salido corriendo al otro lado del planeta. Aunque yo no tengo hermanas, a Linda la quiero como una y no soportaría que nadie le hiciera daño, por lo que en el fondo entiendo su hostilidad. No obstante, yo no tengo la culpa de que ella se largara, tarde o temprano, él deberá entenderlo.

—Así que ya tienes nueva conquista —escupe con veneno frente a mí. No respondo.

Busco a Alex con la mirada. Hago un rápido movimiento, me deshago de manera breve de Rubén y consigo que Alex me pase el balón. Flexiono las piernas y empiezo a driblar con la vista clavada al frente, buscando la oportunidad de quitarme a mi ex cuñado de encima. Fijo el pie derecho en el suelo, giro el cuerpo hacia la derecha, luego hacia la izquierda y con una fuerza leve, pero la suficiente firme, con mi hombro empujo a Rubén para hacerme espacio y poder saltar y tirar hacia la canasta. Logro mi objetivo, sin embargo, en cuanto estoy a punto de brincar recibo un fuerte codazo en la espalda que me hace caer de forma brusca contra el piso. Él levanta ambas manos al aire, excusándose. Aunque éstas cosas suelen pasar en el juego sé que lo ha hecho adrede el muy cabrón.

El arbitro canta falta mientras que yo me levanto de manera despreocupada, fingiendo una calma que no siento. Le lanzo una mirada gélida a la vez que desafiante y el idiota sonrío.

Miro hacia las gradas

Bajo la atenta mirada de los demás compañeros me encamino hacia el área de tiro libre, ellos están al tanto de la tensión que reina entre él y yo, pero no le voy a dar el gusto. Me niego a caer en sus provocaciones.

Con la adrenalina recorriéndome y un coraje de los mil demonios, realizo los dos tiros libres y encesto satisfactoriamente. Seguimos el juego,

corro cancha arriba y de nuevo lo tengo pegado contra mi espalda. Más que un juego esto parece un acoso.

—Espero que valga la pena —prosigue con ganas de joderme la existencia. Hago lo posible por ignorarlo, concentrándome en el juego—, debo reconocerte algo, tienes una debilidad por las mujeres hermosas. —Me aparto y corro al lado opuesto de la cancha—, ¿te molestaría decirme por qué cambiaste a mi hermana por ella? —continúa a la carga, estoy a punto de pedirle que cierre la boca, pero me callo—. Ah, ya sé... ésta debe de chupártela mejor.

Maldito cabrón de mierda.

Esa última frase basta para que termine de sacarme de mis casillas. Me doy la vuelta para estar frente a él y con todo el coraje y la fuerza que tengo le propino un puñetazo en plena cara.

—¿¿Cuál es tu maldito problema?! —grito hecho una furia, mi golpe lo hace retroceder y lo desestabiliza, pero no lo suficiente como para hacerlo caer.

Puedo entender que Emma sea su hermana. Puedo entender muchas cosas, pero no pienso tolerar que le falte el respeto a Isabelle.

—¡Tú... tú eres mi maldito problema! —contraataca de inmediato. Se lanza sobre mí dispuesto a devolverme el golpe, pero unos brazos lo agarran desde atrás y le impiden lograr su cometido—, ¡Frank, suéltame! —grita en francés a uno de nuestros compañeros.

De repente nos vemos rodeados de casi todos los demás jugadores, con Alex en el medio de nosotros.

—¡Basta, joder! —pide Alex, que extiende las manos contra mi pecho tratando de que no me acerque a Rubén.

—¡Siempre supe que no eras hombre para ella! ¡Que le harías daño!
—Vuelve a gritar Rubén por encima del metro noventa de Frank.

—¡Cállate! ¡No tienes idea de lo que hablas! —me defiendo, empujo los ochenta kilos de Alexander para poder encarar al hermano de Emma. Odio que se meta sin siquiera saber lo que realmente pasó.

—Ya —ruega Alex en un tono bajo, buscando mi mirada—. No es el lugar.

Trato de calmar mi respiración.

—¿Estás seguro? —Da un paso amenazador hacia adelante. Si no fuera por la presión que ejerce Frank obligándolo a retroceder estaríamos a pocos centímetros de distancia—. Éramos amigos y eso no te impidió meterte con mi hermana, ¿y todo para qué?

—¡Para amarla! —lo interrumpo con toda la rabia y la frustración que llevo adentro—. Porque eso fue lo que hice durante los años que estuve con ella, amarla.

—Pff —escupe y esboza una sonrisa incrédula y burlona—. No tienes idea de lo que es eso. Las mujeres te duran lo que un calzón puesto.

—El burro vino hablar de orejas —digo con ironía—. ¿Vienes a reclamarme a mí lo que haces tú mismo?, ¿O es que no te has detenido a pensar en que todas esas mujeres a las que te tiras también son la hermana de alguien? La diferencia aquí, ¿es que yo sí me enamoré de Emma! Y estaba dispuesto a todo por ella, pero tu hermanita no me dejó entrar porque vive dentro de una coraza donde ella es la dueña y señora, y sólo tiene cabida lo que ella dice o hace.

—¡Dije que ya, maldita sea! —grita Alex, que pierde la paciencia y gira la cabeza de un lado a otro, mirándonos a ambos—. Si quieren resolver esto, bien... háganlo, pero no aquí. Hay niños y familias en las gradas. ¡Tengan un poco de respeto!

—Yo no tengo nada que decir. Mejor me largo de aquí. —Retrocedo y con grandes pasos salgo de la cancha.

En los vestidores le pego un puñetazo a la puerta del casillero.

—¡Maldición!

Me meto en la ducha con la esperanza de que el agua se lleve el cabreo monumental que llevo encima. Diez minutos más tarde, totalmente desnudo, estoy de regreso en el vestidor. Los muchachos ya están de regreso por lo que entiendo que el juego se terminó antes de tiempo. Ninguno dice nada y mentalmente lo agradezco. No veo a Alex ni a Rubén por ningún lado.

Me cambio y sin mirar a nadie salgo de ahí.

—¿Qué fue eso? —pregunta Isabelle cuando llego al estacionamiento.

¡Mierda! Me había olvidado de que ella estaba aquí.

—Nada —respondo seco.

—¿Casi te agarras a golpe con un sujeto pero no es nada?

—Era el hermano mayor de Emma —suelto de golpe. Esperando que no siga preguntando porque la verdad no tengo deseo alguno de seguir con esta conversación.

—Ah. —Es todo lo que dice.

Abro el carro y tiro mi saco de deporte en la parte trasera. Cierro la puerta y me recuesto contra la misma. Suelto un largo suspiro.

—Lo siento. Estoy de mal humor y ahora mismo no soy buena compañía. Creo que lo mejor es que dejemos la cena para otro día, ¿te parece bien?

—Bien —dice asintiendo. La decepción y cierta tristeza tiñen su rostro.

Sin ni siquiera despedirse se marcha y me siento como un mal nacido por ser el causante de que la luz de sus ojos se apagara. Dije todas esas cosas en la cancha y no me detuve a pensar en que ella estaba presente. No sé si me habrá escuchado, pero espero que no lo haya hecho. Lo último que quiero es hacerla desdichada.

—¡Carlos!

Escucho que me llaman cuando estoy sentándome en el asiento del piloto. Salgo del coche y veo a Alex que se acerca de prisa.

—No tengo deseos de hablar del tema —lo prevengo en cuanto se planta delante de mí.

—Está bien —dice y levanta las manos al aire en rendición—. ¿Te parece si vamos al café que está por aquí cerca?

—Alex, ya te dije que no tengo ganas de hablar, en la noche tengo que ir al club así que prefiero ir a casa a descansar un rato.

—Michelle y yo terminamos —suelta de pronto. Me le quedo mirando quieto. Eso no me lo esperaba. Sabía que tenían problemas, pero llevan tantos años juntos que pensé que terminarían resolviéndolos.

—¿Por qué?, ¿qué sucedió?

Él suelta un resoplido, luego deja caer su saco deportivo a nuestros pies y se coloca a mi lado contra el auto.

—No lo sé, llevo mucho tiempo posponiendo la boda. Primero, le dije que era mejor irnos a vivir juntos para conocernos más. Después, le pedí que esperáramos a que montara la compañía; luego quise esperar a que ella terminara su residencia, y ahora se me acabaron las excusas. La verdad es que he llegado a pensar que si le he dado tantas vueltas es porque tal vez, sencillamente... no quiero casarme.

Lo entiendo.

—Es una pena. Es una buena muchacha.

—Lo es, y la quiero mucho...

—Pero no lo suficiente —lo corto.

Se queda callado y su silencio me hace ladear la cabeza para observarlo. Tiene la vista perdida en los árboles que cubren la parte trasera del gimnasio.

—Puede que tengas razón —confiesa luego de un silencio prolongado, todavía sin mirarme; en un tono tan sereno que me sorprende. No parece estar sufriendo, más bien es como si se hubiera liberado. Más allá del pesar por haber terminado una relación de tantos años luce como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Oh, la tengo, créeme. Si no fuera el caso ya estarías casado.

—Pensaba que estaba preparado, pero cuando me presionó... —Vuelve a suspirar profundo—, tuve que tomar una decisión. Y ahora debo buscar un apartamento.

—Lo siento —digo con sinceridad. Terminar una relación nunca es fácil, más aún cuando eres tú el que le pone fin a ese capítulo de tu vida.

—No lo sientas, debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Tengo un sofá libre por si te interesa.

Sonríe de medio lado.

—Lo pensaré.

—Mira como es la vida, yo queriéndome casar y tú queriendo huir de ello —digo con sonrisa sarcástica.

—Tú me conoces, sabes que no soy de tener muchas relaciones. Bromeo, juego al casanova y todo, pero es sólo eso: un juego. Yo siempre quise seguir el ejemplo de mis padres; conocer una gran mujer, casarme, formar una familia y pasar el resto de nuestras vidas cuidándonos mutuamente. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que las grandes historias de amor no son para todo el mundo.

Mientras lo escucho pienso en mi vida. En lo que anhelaba antes y después de Emma. Yo también soñé con formar esa familia. No obstante, al igual que él, pienso que no todos tenemos la dicha de cumplir con ese sueño.

—Bienvenido al club —digo de acuerdo con su último punto.

—Por lo menos tú tienes una nueva oportunidad. Isabelle está coladita

por ti, al parecer es una excelente persona. —Una sonrisa canalla cubre sus labios al tiempo que voluntariamente choca su hombro contra el mío de forma sugerente. Me paso la mano por la cara mientras aspiro con fuerza el dulce aroma a verde, a flores nacientes, a primavera—, ¿dónde está? —inquieta mirando a su alrededor, como si de pronto recordara su presencia.

—Se fue —contesto en medio de un suspiro de fracaso.

—¿Por lo que pasó? —Busca mi mirada.

—Más bien por algo que le dije. —Alex resopla con fuerza, se agacha y recoge su bolso de mala gana.

—¿Qué? —pregunto desconcertado ante su cambio de actitud.

—Siempre pensé que eras idiota, pero ahora me lo has confirmado.

—¡Ey! —advierdo—. Entiendo que andes irritado por tu rompimiento, pero no te pases.

—Eso no tiene nada que ver. No sé lo que le dijiste y tampoco es de mi incumbencia, pero no puedo creer que la discusión con Rubén te haga retroceder a la amargura que tenías meses atrás.

—¡Por supuesto que no!

—Perdona lo que te voy a decir, pero Emma se fue, te dejó y ni siquiera tubo la decencia de despedirse de ti. No lo tomes a mal, tú sabes que le tengo mucho cariño, que la quiero como si fuera una hermana. Sin embargo, los hechos hablan por si solos. Dime una cosa, ¿te ha llamado para saber cómo estás?, ¿para saber qué ha sido de tu vida? —Aprieto los puños con fuerza dentro de mi chaqueta deportiva azul marino. Cada una de sus palabras duele, sin embargo no dejan de ser ciertas. Escucharlo hace que me arda la sangre de pura rabia. No respondo. Pero las palabras no dichas sólo sirven para confirmar lo que él ya sabe—, ¿vas a dejar pasar tu presente con una mujer que está dispuesta a quererte por un pasado que se marchó y que a lo mejor nunca volverá? —insiste Alex, clavando la daga un poco más profunda en mi

pecho.

—Claro que no —mascullo con los dientes apretados, tratando de contener la exasperación que me provocan sus palabras.

—¿Entonces qué haces aquí? ¡Ve a buscarla! Y no trates de sabotear esta oportunidad que te ofrece la vida.

Media hora más tarde toco la puerta de Isabelle. He decidido hacerle caso a Alexander. A pesar de que he tomado la decisión de estar con ella, creo que en el fondo no me he esforzado lo suficiente.

Ella abre la puerta y sus ojos se abren por la sorpresa de verme aquí, pero enseguida se recupera.

—¿Qué quieres? —pregunta cortante. Me tengo bien merecido su tono de dureza.

Lleva un pantalón corto y una sudadera a juego gris con las mangas granate, dejando a la vista sus piernas esbeltas, tan blancas, casi de porcelana. Vestida así, descalza y con su melena recogida en una cola alta, la hace lucir diminuta, pero hermosísima.

—Quería disculparme...

—¿Por haber cancelado nuestra cita o por comportarte como un idiota? —me corta molesta, cruzándose de brazos.

—Por ambas. Estaba irritado con Rubén y no quería pagarlo contigo, por eso preferí cancelar la cena.

—Escúchame, Carlos. —Vuelve a interrumpirme—, sé que fui yo quien insistió para que empezáramos una relación, también sé que tu historia con esa muchacha es complicada y puedo llegar a ser muy comprensiva, pero no pienso permitir que me trates como una mierda cada vez que su nombre salga a colación. Por lo que creo que lo mejor es que dejemos esto...

—No, por favor. —Al percibir el rumbo de sus palabras esta vez es mi

turno de interrumpirla. No puedo permitir que termine con lo nuestro. Ella, mis amigos y el club son lo único que me mantienen cuerdo. No puedo permitirme perderla—, es cierto que me he comportado como un idiota, pero me gustas —confieso con toda la sinceridad de la que soy capaz, sus ojos se abren por la sorpresa. Quizá no la ame, pero es generosa, encantadora y me gusta pasar tiempo con ella—. De verdad quiero que esto funcione. Te prometo que esto no se repetirá.

Ella no se mueve. Sigue seria y no sé qué más puedo decir. Me rasco la cabeza mientras suelto el aire con fuerza.

»Mira, sé que soy un imbécil y que no se me dan bien las disculpas, sólo te pido que me tengas paciencia. Haré todo lo posible para que esto funcione. —Sus ojos se mueven de un lado a otro como si estuviera analizando mis palabras y estuviera decidiendo si perdonarme o no.

Poco a poco su rostro se va suavizando y la tensión en el aire empieza a disminuir.

—Tengo claro que todavía sientes algo por tu ex, aun así estoy dispuesta a intentarlo porque me gustas mucho, pero tengo un hijo que sacar adelante, además de una vida, no puedo estar pendiente de tus cambios de humor. Si de verdad quieres que esto funcione debes prometerme que siempre serás honesto. No importa lo difícil que sea lo que tengas para decirme; aunque pienses que pueda hacerme daño. Soy una mujer inteligente y puedo encajarlo.

Suelto el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo.

—Te lo prometo —aseguro sin un ápice de duda.

—Bien.

Sonríe de esa forma tan genuina que tanto me gusta, se separa de la puerta y con un gesto de cabeza me invita a entrar. Le sonrío de vuelta antes de tomarla por la cintura y envolverla entre mis brazos; esperando no cagarla

otra vez.

Capítulo 17

“Tres personas pueden guardar un secreto si dos de ellas están muertas.”

Benjamin Franklin

El lunes a mediodía termino de comer en un pequeño restaurante que está cerca del trabajo. Scott casi nunca está en casa y yo no soy muy amante de la cocina, por lo que termino casi, por no decir siempre, comiendo comida de la calle. Así que haber descubierto este lugar ha sido todo un deleite.

Me levanto de la silla y me despido de la camarera. Al salir a la calle me cierro la chaqueta con rapidez, hace un frío horrible. Tal parece que a pesar de estar en abril el invierno se niega a marcharse. El cielo esta ligeramente nublado, casi puedo sentir el olor de la lluvia que en cualquier momento podría caer. Me abro paso entre la multitud, caminando de prisa, por el miedo de que vaya a llover en cualquier minuto, cuando de pronto tropiezo contra un cuerpo duro.

—Lo siento —me disculpo rápidamente.

Doy un paso a un lado para poder esquivar a la persona contra la cual tropecé y así seguir mi camino. Sin embargo, el sujeto imita mi movimiento.

—Perdón —me vuelvo a disculpar con una sonrisa por mi torpeza.

Hago el mismo movimiento que antes, pero esta vez hacia la izquierda. De nuevo el tipo me copia.

—Si quieres bailar conmigo primero deberías invitarme una copa, ¿no te parece? —bromeo.

Levanto la cabeza para visualizar mejor al desconocido que sigue ahí de pie, y ver si mi broma ha causado el efecto deseado, hacerle sonreír. Pero al hacerlo, mi sonrisa se esfuma al instante al reconocer a la persona que está frente a mí. Es el que estuvo en la galería semanas atrás, el mismo que llevó la escultura, aquel que tenía un aspecto rudo y cara de mala leche.

Retrocedo unos pasos porque necesito recuperar mi espacio vital.

—¿Dónde está? —inquire el tipo con un acento que estoy segura ha de ser ruso.

—Disculpe —digo sin entender su pregunta.

—Dile a tu jefe que no trate de pasarse de listo.

¿Mi jefe?, ¿y este de qué me está hablando?

—Lo siento, pero creo que aquí hay un malentendido...

—No hay ningún malentendido —me corta, o mejor dicho me gruñe.

Una alarma se enciende en mi cabeza.

—Mire, caballero, si ha ocurrido algún problema con la escultura que entregó hace unas semanas, puede acompañarme a la galería, verificamos y averiguamos lo que sea que esté pasando —propongo en un tono conciliador, a pesar de no tener ni la más mínima idea de lo que está sucediendo.

—No estoy hablando de ninguna estúpida estatua de piedra. —Se acerca más a mí y me agarra por el brazo con fuerza—. El Hope es nuestro. Ese era el trato y lo queremos de vuelta.

Un sudor frío me recorre la columna vertebral y un nudo me cierra el estómago. Su agarre es demasiado fuerte, me está haciendo daño. Seguro me quedará una marca.

—Suéltame ahora mismo si no quieres que me ponga a gritar como una loca en medio de la calle —exijo con los dientes apretados. Sin embargo, el miserable no hace caso de mi advertencia y refuerza su agarre.

—Dile a tu jefe que devuelva lo que se robó o que se atenga a las

consecuencias —me advierte con los ojos brillosos, centelleantes por una ira controlada. Y al verlo toda la calidez que sentía hace unos instantes atrás desaparece, siendo remplazada por un interminable frío que me cala hasta la última terminación nerviosa, haciendo que mi cuerpo se tense como cuerdas de violín.

—¡Suélteme! —medio grito, jalando mi brazo para alejarme del cabrón, y para mi suerte lo consigo. Aunque no soy tonta, sé que lo he conseguido porque él así lo ha querido.

—¡Están advertidos! —dice con determinación, da media vuelta y se pierde calle arriba, dejándome congelada en el sitio sin poderme mover. Temo que si lo intento mis piernas no vayan a responder.

¡Hijo de puta! Pienso, pero realmente quisiera es gritárselo en voz alta al desgraciado.

Si su idea era asustarme, lo ha conseguido.

En cuanto me es posible me recuesto contra la primera pared que encuentro y me quedo así un buen rato.

—Señorita, Beltrán, ¿se encuentra bien?

Escucho una voz a lo lejos.

El pánico que siento hace que me cueste distinguir de quien se trata. Cierro los ojos y trato de controlarme. Al abrirlos enfoco la vista y entonces lo reconozco. Es Andrews Davis.

—Señorita, ¿me escucha? —inquire con la voz llena de preocupación. Aun conmocionada logro asentir—, iba a buscarla a la galería. Es una suerte que pasara por aquí —continúa Davis—. Parece que se siente mal.

—Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí.

—Pero está pálida —me informa, tomándome de la mano, al contacto

casi me sobresalto.

—Estoy bien —vuelvo a repetir con mayor firmeza. Odio sentirme así: frágil, débil, temerosa.

—Venga, hay un pequeño restaurante por aquí cerca. Le vendrá bien tomarse algo caliente.

Acepto su ayuda porque necesito sentarme. Y aunque ahora mismo estoy tan nerviosa que me es imposible tener dos pensamientos coherentes, tengo que tratar de procesar todo lo que ha pasado.

Cuando llegamos al pequeño local, Andrews con una expresión de preocupación pintada en la cara me deja sentada en la mesa y va por algo de tomar.

—Tenga —dice poniendo un té, que por el olor podría decir que es de manzanilla. Agarro la taza entre mis manos buscando que el calor regrese a mi cuerpo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto cautelosa.

—Ya le dije, iba a la galería...

—¿Para qué? —lo interrumpo. Su rostro se contrae. Puede que mi tono acusatorio no fue el mejor, pero ahora mismo me siento demasiado contrariada y desconfiada como para preocuparme de si le incomoda o no mi forma de preguntar.

—Me dijo que, si cambiaba de opinión, la llamara, pero preferí venir personalmente —explica con expresión confusa.

Tomo una gran bocanada de aire. Necesito tranquilizarme.

—Me imagino que estás aquí porque cambiaste de opinión, ¿no es así? —inquiero en un tono más suave.

—He decidido hacerle caso y aprovechar la oportunidad que me está ofreciendo. Además, quería disculparme; no debí llamarla *Poppy*, no me gusta ser juzgado por lo tanto trato de no hacerlo con los demás.

Sus palabras suenan sinceras. Aunque débil, le dedico una sonrisa.

—Bien. Ya que has decidido entrar en razón, creo que podemos empezar a trabajar.

Dejo de lado lo ocurrido, saco mi agenda y de inmediato nos ponemos manos a la obra. Durante un rato, mientras me voy relajando, le voy explicando todo lo que necesito para la programación de la exposición. Al terminar con Davis llamo a Danielle, le informo que me tomaré el resto de la tarde ya que iré con él a su estudio.

Carlos

—Creo que bañarnos juntos no fue buena idea —dice Isa entre risas.

Subo mi boca desde su cuello hasta su oreja y la muerdo ligeramente; lo que hace que ella se estremezca un poco más.

—Yo me la estoy pasando muy bien. —Agarro su cintura y rozo mi erección contra sus nalgas—. ¿Tú no?

Mi susurro hace que su risa se intensifique.

—Tengo que preparar la cena y tú tienes que ir al bar.

—Aún tengo tiempo. —Llevo mis manos a sus exuberantes pechos y empiezo a masajearlos. Un jadeo se escapa de sus labios.

—No si quiero que comas antes de irte.

—Si me sigues mimando de esa forma me vas a mal acostumbrar —digo, luego abandono uno de sus senos, deslizo lentamente mi mano sobre su piel mojada hasta llegar a su centro y comienzo a trazar círculos que le arrancan varios gemidos.

—Esa es la idea —contesta, dejando caer la cabeza contra mi pecho.

Es la segunda vez desde que nos reconciamos que deja caer algo como eso y no sé cómo debo tomarlo. Me gusta. Se preocupa por mí, por mis

cosas, en momentos como estos donde estoy a punto de perderme en ella siento que puedo llegar a ser feliz otra vez. No obstante, estoy consciente de que en el fondo no estoy listo para ponerle un nombre a esto que tenemos.

—Además, Thierry no debe tardar en llegar —añade mientras se retuerce bajo mi toque.

—Pues entonces debemos darnos prisa.

La giro para que este frente a mí, la agarro por las piernas y la levanto sin mucho esfuerzo, pegándola contra los azulejos. Isabelle envuelve sus piernas a mí alrededor y de inmediato me entierro en ella.

—Carlos.

Su jadeo es música para mis oídos. Encajamos tan bien que al tenerla así entre mis brazos me olvido de todo, desaparecen las dudas, las preocupaciones y casi rozo la felicidad.

Salgo despacio y vuelvo a entrar sin contemplaciones. Con rudeza.

—Me llenas por completo —dice en medio de un gemido.

Me gusta escucharla. Saber que la vuelvo loca de placer. Agarro su trasero y marco el ritmo.

Isabelle busca mis labios y me besa con fervor. Quiero más, necesito más. Acelero el ritmo de mis penetraciones mientras voy sintiendo como un orgasmo demoledor se aproxima. Despego nuestros labios, con una mano agarro su pelo mojado y busco su mirada.

—Dámelo, cariño —pido al sentir como su centro se cierra sobre mi miembro—. Córrete para mí.

Continúo penetrándola más fuerte, llegando cada vez más lejos. Con los ojos vidriosos, Isa deja caer la cabeza contra las baldosas y se corre con mi nombre en sus labios. Y yo la sigo segundo después.

Cuando salimos de la ducha, Isabelle se envuelve en un lindo albornoz café y yo me anudo una toalla blanca en la cintura. Salimos a su habitación,

mientras yo busco mi ropa, que fuimos dejando tirada por todo el pasillo para vestirme, ella se dirige a la cocina para preparar algo de cenar.

—¿Se te antoja algo en particular? —Escucho que me dice desde la cocina.

—No soy muy difícil, lo que quieras estará bien.

Me cambio lo más rápido que puedo porque Thierry no debe tardar en llegar y, aunque es un chico inteligente y debe imaginarse que entre su madre y yo hay algo, no quiero que me encuentre sin vestir.

Una vez cambiado entro en la cocina donde encuentro a Isa preparando la cena. La tomo por la cintura y le doy varios besos en el cuello.

—Hueles divino —digo inhalando el olor de su piel.

—Estate quieto para que pueda terminar o no te dará tiempo para comer —asegura dándole un manotazo a mi mano traviesa que busca la forma de perderse debajo del albornoz.

—Soy el jefe, puedo permitirme llegar tarde.

—Aun así, Paul no debe tardar en traer a Thierry —me informa en medio de una risa de niña traviesa—. Siéntate por ahí para que pueda terminar.

Únicamente porque sé que tiene razón le doy un último beso, alejo mis manos de ella y me recuesto contra la encimera mientras la observo con una sonrisa genuina. Es una excelente mujer que se preocupa por mí y me cuida.

Luego de una deliciosa cena en compañía de Isa y Thierry, de haber jugado a la Xbox con este último, abandono su casa.

En la calle miro mi reloj. Todavía es temprano. Me da tiempo de pasar por casa de Linda para ver a mi ahijada.

Al rato llego, cruzo el pequeño jardín y toco la puerta.

—Hola, peque. —Saludo a Linda en cuanto me abre. Ella arruga la frente, echa un vistazo afuera, detrás de mí, como si buscara algo y luego me

mira extrañada.

—¿Qué haces por aquí a esta hora?

—Quería ver a mi ahijada, ¿está despierta? —indago cruzando la puerta. Linda exhala con fuerza y luego deja escarpar el aire lentamente.

—Siempre lo está. —Se lamenta y se encamina por el pasillo, yo la sigo de cerca—, tal parece que dormir es un lujo que ella se niega a darse y por la misma ocasión a mi también. —La pobre está despeinada y ojerosa, se ve agotadísima. Creo que pensaba que después del parto todo sería alegría y felicidad, pero no contó con que mi ahijada sería tremenda—, te juro que estoy a esto... —Extiende su brazo y separa el dedo índice y pulgar, dejando apenas unos centímetros de distancia—, de rebotar contra las paredes.

Sonrío.

—¿Y Vincent?

—Está lavando los platos.

Podría decir que esa información me sorprende, sin embargo, no lo hace. Desde que Maximiliano y Adriana se convirtieron en padres, Max me comentaba como tuvo que ayudarla a fregar los platos, cambiar pañales y asistirle en los quehaceres del hogar. Por lo que entiendo que es lo que todo padre de familia debe hacer. Apoyar a su mujer.

Al llegar al cuarto de mi princesa la veo en su cuna, agitando un sonajero. Me acerco y apenas me ve empieza agitar los pies y las manos, haciéndolo sonar con mas prisa. Es como si me reconociera. Me derrito todo.

Con sumo cuidado, ya que siempre tengo miedo de que se me caiga, la tomo en brazos. Y como cada vez que estoy con ella la sensación de calidez y regocijo me llena el pecho.

—Holaaaa, preciosaaaa mía. —Ya me ha salido el tono agudo y tontorrón que pongo cada vez que estamos juntos—, pero si estás hermosaaa. ¿Verdad mamita que estoy más hermosa que ayer? —Cojo su manito y la

agito delante de Linda—. ¿Verdad que siiiii? Linda me mira y entorna los ojos. Soy consciente de que está irritada por la falta de sueño, de manera que no le tomo en cuenta su falta de efusividad.

—Aprovechando que estás aquí y que Vincent está fregando los platos, me voy a echar una siestecita.

—Tú ve tranquila, nosotros dos estaremos bien.

A Linda se le escapa un largo bostezo, le da un beso en la cabecita a Karla y uno a mí en la mejilla.

—Muchas gracias.

Asiento y me encamino hacia la mecedora que está en medio de la habitación.

—A ver, señorita, su mami me dice que usted no esta durmiendo. —Le echo un vistazo al cuarto pintado y decorado en tonos amarillos con blanco—. Ese comportamiento no es digno de una princesita. Ahora, eres tan guapa que se te perdona todo.

Mi ahijada se me queda mirando con esos hermosos ojotes azules que tiene. Seguro ha de preguntarse qué carajos le estoy contando. Pero no me importa, la acurruco contra mi pecho, inspiro profundo mientras le doy un beso en la cabecita y me empapo de su fragancia a crema de bebe *Jonhson's*.

Durante un buen rato, relajado, con la beba acurrucada contra mí, le cuento mis peripecias del día. Estoy tan a gusto que como siempre pasa cuando estoy con ella no me doy cuenta de la hora, hasta que Vincent entra en la habitación con el biberón. Mientras se lo doy, él me comenta que ya están preparando el bautizo de la niña y que seguro Linda cuando ya esté más descansada me llamará para informarme de todo.

Casi a las diez de la noche, muy a mi pesar, le entrego a mi ahijada que sigue sin dormirse a Vincent y me marchó al trabajo.

Emma

—¿Te pasa algo?

Giro la cabeza y lo encuentro mirándome con el ceño fruncido. Desde que llegué hace como una hora me dejé caer en el sofá y no he podido moverme. Me la he pasado dándole vueltas a lo ocurrido.

Sorprendida por su presencia, miro por las persianas del balcón y me doy cuenta de que ya ha anochecido.

—No, ¿por qué?

—¿Qué haces sentada en la oscuridad? —pregunta en el mismo momento que enciende la luz. Se acerca hasta donde estoy y con el revés de la mano me toca la frente—. ¿Te sientes mal?

Cierro los ojos por un segundo, absorbiendo el calor que desprende. Se siente tan bien. *Scott*, pienso en medio de un suspiro. Desde que lo conocí ha sido como mi ángel de la guarda. Sin embargo, no estoy segura de si debería contarle lo sucedido. Sobre todo porque no tengo la menor idea de qué es lo que pasa, con lo controlador que es, seguro se va a preocupar más de la cuenta.

Al abrirlos lo miro detenidamente; sus ojos negros siempre me han llenado de seguridad y paz. No termino de entender el motivo.

—Me siento bien —digo con resolución. Se me queda mirando un instante con una expresión que no logro identificar, ¿duda?, ¿preocupación? —, de verdad —añado con una sonrisa para tranquilizarlo.

Él asiente. Me parece que poco convencido, pero de ser el caso decide dejarlo pasar.

—¿Has comido algo?

—No tengo hambre —contesto.

Se quita su chaqueta de cuero y la acomoda en el perchero. Quedándose con una camiseta blanca manga corta.

—Venía con la intención de prepararte algo succulento, pero ya que no quieres lo haré para mi solito —dice con una sonrisa canalla tan suya, dirigiéndose al área de cocción—. Luego no vengas, que no pienso compartir mi plato contigo.

—Ya te habías tardado en sacar al niño caprichoso que llevas dentro —bromeo.

Lo siento sonreír a mis espaldas.

Mientras que él se mueve en la cocina, pienso una vez más en Phil, el trabajo, las cosas extrañas que han pasado y en ese hombre. Me sumerjo en mis pensamientos hasta que el rico olor a pollo y verduras salteándose me saca de ellos. Huelo divino. Al punto que mi estomago se ha despertado. Volteo medio cuerpo y lo miro.

—Estás como un tren. Eres ordenado, al límite de lo obsesivo, buen cocinero y, encima de todo, salvas vidas. ¿Cómo es posible que seas bueno en todo?, ¿o he de suponer que eres pésimo en otros ámbitos? —Hablo socarrona, aunque algo en mí sabe que no es así. Tan sólo con recordar el beso que me dio puedo asegurar que es un amante generoso.

—Eso no lo sabremos nunca, ya que el sexo está fuera de la mesa entre nosotros, ¿no es así?

—Exacto.

Él se ríe mientras saca una lechuga de la nevera.

Bajo los pies del sofá, me levanto y lo acompaño en la cocina, donde ocupo uno de los taburetes.

—¿Te puedo pedir un favor? —digo vacilante.

—Claro.

—¿Podrías investigar a Phil? —Hablo con cautela. Él detiene sus movimientos. Puedo ver cómo su cuerpo se pone rígido, pero no se voltea, sigue lavando la lechuga debajo del grifo.

—¿Qué quieres que investigue? —inquiére en un tono calcado al mío.

—Todo lo que puedas —contesto, esperando que esas palabras sean suficientes y que no pregunte nada más. Aunque honestamente lo dudo.

—¿Te ha hecho algo? —demanda con esa calma que siempre lo caracteriza, empieza a cortar la lechuga.

—No, nada. Es sólo que me gustaría saber con quién estoy trabajando.

—¿No se supone que eso se hace antes de empezar un nuevo empleo? —Pese a su tono divertido sé que es un reproche.

—Lo hice —me defiendo—, investigué al señor Wright, a Phil lo conocí aquí, ¿sabes qué? Olvídalo —digo irritada, siempre me trata como si yo fuera una niña pequeña.

—Ya lo hice.

—¿Hiciste qué? —inquiero confusa.

—Ya lo investigué —confiesa y se gira para enfrentarme.

Me quedo perpleja.

No sé si sentirme alagada de que se preocupe por mí o si sentirme molesta. De nuevo muestra, que, efectivamente, me ve como una niña que no puede cuidarse sola.

—¿Cuándo?

—Al día siguiente de haberlo conocido —contesta despreocupado, como si estuviera anunciando el clima.

—¿Por qué lo hiciste?, ¿por qué no me dijiste nada?

—Eres muy preguntona, ¿lo sabías?, ¿has pensado en trabajar como detective?

—Muy chistosito. Ahora responde a la pregunta que te hice.

—Porque el tipo ese no me gusta, sabía que si te lo decía ibas a montarme el numerito de la independencia: de que eres mayorcita y no necesitas que nadie te cuide y no sé cuántas estupideces más, pero mientras estés en Nueva York y vivas conmigo, eres mi responsabilidad. —Me quedo callada, sorprendida. Su último punto muestra lo bien que ya me conoce. Efectivamente hace unos meses hubiera hecho un arrebato—. ¿Ya has decidido?

—¿Qué cosa?

—Si te vas o no a molestar conmigo por ejercer mi derecho como ciudadano y detective de preocuparme por las personas que me importan.

—Todavía lo estoy decidiendo —contesto con seriedad, más para fastidiarlo que por otra cosa. En el fondo es lindo saber que alguien se preocupa por uno.

—Bien. Mientras lo haces, ¿por qué no vamos comiendo? Esto ya está y me muero de hambre.

Entorno los ojos, sacudo la cabeza y sonrío.

Capítulo 18

“El secreto de la existencia no consiste solamente en vivir,
sino en saber para qué se vive.”

[Fiódor Dostoyevski](#)

Al día siguiente, en el trayecto de la casa a la galería, no dejo de estar atenta a todo lo que me rodea, pendiente de cualquier amenaza. Me siento incluso algo ridícula.

Llego al trabajo y lo primero que hago es buscar en nuestra base de datos. Necesito saber cuál es el nombre del escultor. Puede que de esa forma consiga algún dato que me ayude a entender lo sucedido. Sin embargo, no encuentro nada. No hay rastro de dicha escultura.

A pesar de que Scott me dijo que no encontró nada sobre Phill, estoy convencida de que él tiene mucho que ver con esto.

—Dani, hace unas semanas nos trajeron una escultura de piedra. La estuve buscando para verificar el nombre del proveedor, pero no veo el registro por ningún lado.

Ella arruga la frente mientras mueve los ojos, puede que haciendo memoria.

—No recuerdo haber visto ninguna escultura —dice con el ceño fruncido, confusa.

—Sí, era para uno de los clientes de Phil; la recibió el señor Wright.

Ella se pierde en sus pensamientos mientras va sacudiendo paulatinamente la cabeza.

—La verdad que no recuerdo, pero, ¿qué pasó?, ¿hubo alguna queja?, ¿algún problema? —inquire de pronto alarmada.

—No, no, para nada. Es sólo que con tantas cosas que tengo en la

cabeza se me había olvidado; quería verificar si todo ha ido bien con la entrega y me sorprendió no encontrar nada. Eso es todo.

—Si quieres le puedo preguntar al señor Wright. Digo, como me dijiste que fue él quien la recibió.

—No —replico rápidamente, de manera despreocupada—. Ya lo haré yo.

No puedo ni quiero hablar con el señor Wright de mis sospechas, hasta no estar segura de lo que está sucediendo. Después de todo, Phil es como un hijo para él. No creo que me crea sin tener las pruebas necesarias.

Voy a mi oficina y abro el navegador.

Entro al internet y cuando estoy a punto de empezar mi búsqueda, me detengo.

No puedo buscar ese tipo de información aquí. No en la galería. No es prudente.

Me levanto y le invento una excusa a Danielle. Le pido que si el señor Wright pregunta por mí, le diga que tuve que ir a ver a Davis al estudio.

En la biblioteca, me quedo pensando en qué debo buscar.

«Diamantes en la historia» Tecleo. Y ante mi aparecen un sin números de páginas con todo tipo de información sin sentido. Decido reducir la búsqueda. «Diamantes azules». Abro una página tras otra y leo por encima la información, pero nada que me pueda interesar. Estoy a punto de darme por vencida cuando de pronto leo: «La gran parte de los diamantes transparentes son más baratos si presentan tonalidades amarillas, mientras que los diamantes rosas o azules (como el Hope) pueden ser notablemente mas caros que sus homólogos transparentes.»

Y es ahí donde la palabra “Hope” llama mi atención. Entonces las palabras del idiota de ayer me llegan a la mente a la velocidad de la luz: «El hope es nuestro y lo queremos de vuelta.»

¡Eso es!

A toda prisa tecleo en el buscador «El Hope.»

¡Bingo! Ahí está. En todo su esplendor. Es el mismo diamante que vi en la oficina de Phil. Hago clic en el enlace. No sé si es mi desesperación por saber o si el internet se ha puesto lento de repente, pero me parece que tarda una eternidad en cargar.

Cuando por fin abre me dice todo lo que quiero saber, desde su origen hasta donde está expuesto hoy en día. O por lo menos, donde debería estar, ya que no está en el Museo Nacional de Historia Natural de la Institución Smithsonian —como dice en la nota—, sino en la oficina de Phil.

No me doy cuenta de la hora que es hasta que mi teléfono suena. Por el lugar donde me encuentro decido no contestar.

¡Es tardísimo! Llevo casi toda la mañana investigando.

Mi teléfono vuelve a dar señales de vida anunciando la entrada de un mensaje.

¿Dónde estás?

Es Scott.

Sonríó al ver que ha usado el sistema de mensajería normal y no el *WhatsApp*. ¿Quién hace eso en estos días?

Las personas mayores y creo que ya ni ellas, pienso mientras respondo.

En la biblioteca.

Mientras espero que Scott me conteste sigo leyendo el artículo que está de lo más interesante; aprendiendo todo lo que puedo.

Pasaré por ti al terminar tu jornada.

Me quedo mirando el móvil con la frente arrugada. Sorprendida y confusa con el nuevo mensaje de Scott. ¿A este que mosca le picó?

¿Y eso por?

Esta vez no despego la mirada de la pantalla del celular hasta que me

responde.

Es una sorpresa.

Esas palabras hacen que se despierte mi lado curioso, sin embargo, ahora mismo tengo cosas más urgentes que analizar.

Está bien.

Espero uno segundos su respuesta, pero no llega. Ni siquiera me sorprende, Scott es así. Pongo mi teléfono devuelta en la mesa y regreso mi atención a la pantalla del ordenador.

¿Por qué será que el tipo creyó o más bien cree que yo sé dónde puede estar la joya?

Es cierto que trabajo en la galería, pero eso no es razón suficiente. Bien pudieron hablar con Danielle o con el señor Wright.

Me quedo dándole vueltas a esa pregunta hasta que por una razón mis pensamientos se pierden en la gala del viernes pasado.

En la gala.

«Trajes entallados, vestidos que por mi experiencia puedo afirmar son de diseñador; champán en copas de cristal circulando, una que otras conversaciones interesantes, las demás son superficiales. Dinero, elegancia y distinción es lo que se respira en el 20 Rockefeller Plaza, donde se encuentra una de las casas de subasta más famosas del mundo. Debería sentirme alagada y feliz de estar aquí, sin embargo, me siento fuera de lugar. La subasta estuvo de lo más interesante, y más porque fue por una buena causa. Los retratos de Las Musas de Picasso y los cuadros impresionistas de Monet fueron las estrellas de la noche. No obstante, una vez terminada, me cuesta mucho mezclarme con los presentes. En definitiva, las reuniones de sociedad no son lo mío.

Aburrida y cansada de conversaciones frívolas, decido dar una vuelta para contemplar el lugar y sus obras.

Es impresionante; obras de Andy Warhol, Picasso, entre otros grandes adornan el lugar. En mi recorrido disfruto de dos exposiciones de diseño y fotografía, sin embargo, lo que más me llama la atención es la gran colección de joyas que estoy segura superan los millones de dólares.

—Hermosas, ¿no es así?

Quito mis ojos de un fabuloso collar de perlas del que cuelga un espectacular diamante tallado en forma de corazón para prestarle atención al dueño de esa voz.

—Aunque creo que luciría mejor en el cuello de una bella dama como usted —prosigue el recién llegado. Alto, cuerpo bien definido, de pelo rubio y un exquisito acento; vistiendo un traje perfectamente entallado, tendiéndome una copa de champán. Mi mirada se desplaza desde su mano hacia sus ojos verdes y viceversa—, la he estado observando y por el tiempo que tiene llevando esa copa.... —Apunta en dirección de la misma con una ligera inclinación de la cabeza—. Me imaginé que se debe de haber calentado el champán.

Muy atento de su parte.

—Gracias.

Sonríó levemente y acepto su ofrecimiento. Más por no ser descortés.

Jamás olvido la enseñanza de «nunca debes aceptar un trago de un desconocido», por muy elegante que sea.

—Pese a que para mí es muy oportuno, no entiendo por qué su acompañante no está más pendiente. Una bella dama jamás debe estar desatendida. Phil... —aclara, puede que al ver mi semblante confuso.

Al llegar del brazo de Phil, muy a mi pesar, atraje las miradas de lo que la clase alta llamaría «curiosos», y que yo traduciría como «chismosos.»

Por más que quise mantener mis distancias la presión de la mano de Phil en mi espalda baja no ayudó mucho a mermar la curiosidad de los

presentes.

—No tendría por qué. De querer algo para tomar lo hubiera ido a buscar yo misma.

—Hermosa e independiente... Me agrada. Alexey Kozlov. —Se presenta extendiendo su mano.

—Emma Beltrán —respondo aceptando su saludo. Con un gesto de lo más formal y caballeroso me da un ligero beso en el dorso de la mano.

—A sus pies, señorita Beltrán. —Sonrío antes de devolver mi atención a las piedras. Una no ve esa clase de modales a diario.

—¿Sabía que pertenecía a María Antonieta? —comenta posicionándose a mi lado, señala un collar fabricado no solamente con perlas grises, sino también de diamantes y rubíes.

Es una pieza hermosa. Y conociendo los cuentos de la antigua reina de Francia, me imagino que la historia que acompaña esta joya es lo que hace de ella una pieza inigualable.

Así se lo hago saber al señor Kozlov.

—Exactamente. Conociendo el peligro que la asechaba, la reina le dio una bolsa con perlas y diamantes a una de sus buenas amigas, Lady Sutherland...

—La condesa —lo interrumpo dudosa, haciendo uso de mi memoria.

El señor Kozlov gira la cabeza y me contempla con las cejas levantadas y cierto brillo en los ojos. ¿Admiración o sorpresa?

—Veo que tengo en mi presencia a una gran conocedora.

—Sé lo que todo el mundo —respondo y me encojo de hombros.

—¿Y qué es lo que sabe todo el mundo? —inquire con una sonrisa.

—Que fue detestada por los franceses porque la consideraban derrochadora y promiscua. Muchos la acusaron de aumentar con su comportamiento frívolo y superficial la agitación de lo que dio inicio a la revolución francesa. Tras la abolición de la monarquía y de la muerte de su

esposo, Luis XVI, fue condenada por traición a la guillotina.

—Bien resumido para una persona que dice que es “no conoedora”. Sin embargo, yo creo que la historia ha sido muy injusta con ella, los historiadores deberían ser más benévolos. —No me pasa desapercibido la irritación de su voz—, pero no vamos a entrar en un debate histórico —dice forzando una sonrisa—. El hecho es que la reina poseía un gusto exquisito por las joyas. Las amaba tanto que durante años logró juntar una gran colección.

—Pero tengo entendido que se perdieron durante la revolución francesa, ¿no es así?

—No todas, muchas de ellas fueron salvadas y devueltas a su hija, otras volvieron a ser cortadas formando nuevas creaciones.

—Veo que conoce muy bien la historia —digo fascinada. Es de lejos la conversación más interesante que he tenido en toda la noche.

—Soy un apasionado de esta, pero sobre todo, soy amante de las joyas y, en este caso, de la historia que acompaña a cada pieza. Me gusta poder rastrearla, saber qué pasó con cada una de ellas. Entiendo que muchas al igual que otras obras de arte no deberían estar en un museo. Es casi un delito privar a bellas damas como lo es usted de poder disfrutarla, ¿no lo cree?

Puede que tenga razón. Siempre he pensado que las riquezas están mal repartidas.

Con el valor de esas joyas se podría alimentar a una gran parte de la población del continente africano. Sin embargo, ¿yo qué voy a saber? La mente de las personas adineradas funciona diferente a la nuestra.

—Prefiero los zapatos —bromeo. El señor Kozlov sonríe, creo que entendiendo mi posición: no me interesa entrar en un debate sin sentido.

—Aquí estás —interviene Phil, que se acerca a nosotros. Mi acompañante se gira y en cuanto sus ojos se encuentran con los de Phil, este

último pierde la sonrisa—, Alexey —saluda.

El señor Kozlov le responde el saludo con una leve inclinación de cabeza.

Por primera vez desde que lo conozco, la actitud de Phil no es prepotente ni chulesca, más bien diría que es, ¿a la defensiva?

—Llevo rato buscándote.

—Estábamos conversando —responde el señor Kozlov.

—Ah, si... ¿y de qué?

—Historia, joyas —contesta haciendo énfasis en la última palabra—, zapatos. —Se gira y me lanza una sonrisa traviesa que yo comparto—. Es una mujer fascinante. Tienes mucha suerte de contar con ella en tu equipo.

—Sí, mucha suerte —replica Phil. No obstante, su expresión no acompaña a sus palabras—, ¿nos vamos? —pide mirándome, extiende su brazo invitándome a acompañarlo.

—Claro. Fue un gusto conocerlo, señor Kozlov.

—El gusto ha sido todo mío —añade, toma mi mano y repite ese gesto tan caballeroso y encantador que hizo al principio—. Y por favor, llámame Alexey.

Capítulo 19

“En el mundo cada uno se rompe, y después, algunos son fuertes en los lugares rotos.”

[Ernest Hemingway](#)

Los días van pasando y mi relación con Isa se ha ido forjando. Debo admitir que me siento muy bien a su lado. La vida te traza un camino y lo va llenando de obstáculos; está en nosotros saber si nos detenemos ante cada uno de ellos o si seguimos adelante. Yo he decidido seguir, o por lo menos lo estoy intentando.

El lunes en la mañana quedo con Alex para ayudarlo con el cambio de piso. Por más que le ofrecí mi sofá prefirió alquilar algo. Llevábamos días buscando hasta que conseguimos uno bastante espacioso, incluso teniendo una sola habitación, y no muy lejos del mío, por lo que ahora somos vecinos. No es que vivamos uno al lado del otro, pero quedamos a unos diez minutos en coche. Ya lo imagino metido en mi casa a cada rato.

Como ya ha entrado la primavera, pese a que aún hace una brisa fresca, el sol está brillando y hace un día estupendo. Cuando al salir del trabajo, Isa me propuso dar un paseo, creo que tuvimos la misma idea que muchos padres, aprovechar la linda tarde trayendo a los niños al parque; por lo que está muy concurrido.

Mientras que ella está tirada sobre una manta en el césped, leyendo una de sus novelas románticas; Thierry y yo nos hemos lanzado en un juego improvisado de futbol. Si bien lo mío es el básquet no puedo decir lo mismo del futbol, por lo que el niño me está dando tremenda paliza. No es que lo deje ganar a propósito, es que él es realmente bueno.

Agotado, luego de correr durante una hora detrás del balón y de haber perdido no sé cuántas veces, me doy por vencido. Thierry que, al igual que la

mayoría de los niños de su edad, parece tener baterías recargables, se dirige al área infantil.

—No lo entiendo, yo estoy hecho polvo y él está más fresco que una lechuga —le comento a Isa cuando me tiro a su lado en el césped, veo como Thierry se sube a un tobogán.

Ella coloca su libro sobre la manta, me mira y se ríe.

—Dale unas horas más para que se le acaben las pilas y ya verás como cae rendido.

—El que caerá rendido esta noche en el bar soy yo si no duermo un poco —digo.

Pongo mis manos detrás de mí cabeza y la dejo descansar contra la hierba fresca. Estoy molido.

Isabelle deja caer medio cuerpo sobre el mío, con el dorso de la mano me acaricia el rostro antes de darme un casto y tierno beso.

—Pobrecito. Al llegar a casa te prometo que te daré un rico masaje —propone coqueta. El brillo de sus ojos y el tono de sus palabras prometen una larga e intensa sesión de sexo.

Sonrío pícaro.

—Ah, por cierto. Linda me llamó esta mañana para comentarme que dentro de poco será el bautizo de mi ahijada, espero me acompañes.

Isa me mira y el brillo de sus ojos al igual que su sonrisa se intensifica. Ella al igual que yo, sabemos que eso será un paso adelante en nuestra relación. Sería como oficializar lo nuestro delante de mis amigos.

Al caer la tarde acompaño a Isa y Thierry a casa. Como se ha ido haciendo costumbre, ceno con ellos; una vez que Thierry se encierra en su cuarto para hacer la tarea, echamos un polvo rápido y luego me marcho a casa.

Llego a mi apartamento. Estoy agotado. Mis días son bastantes largos

desde que Isabelle y Thierry han entrado a mi vida. Tomo una ducha, descanso una hora y me marcho para el bar. Media hora mas tarde atravieso la puerta principal; me reciben los alternantes flashes de luces y el ruido pulsante de la canción *A partir de hoy* de *David Bisbal y Sebastián Yatra*.

Hay bastante gente para ser día de semana. Sonrío satisfecho.

¿Quién lo hubiera pensado? Yo, dueño de un club.

Y pensar que hace unos meses atrás ni siquiera podía entrar aquí sin llenarme de amargura, ahora este lugar es como mi santuario, mi refugio. Estar aquí, viendo a las personas bailando, sonriendo, pasando un buen rato mientras estoy trabajando, me llena de vida. Me bloquea cualquier preocupación.

Llego a la barra y saludo a Jonathan —el barman—, luego doy una vuelta por el local saludando a los conocidos y verificando que todo este en orden. Aunque el personal es bastante competente me gusta dar una ronda y asegurarme de que las mesas y la clientela están bien atendidos.

—¿Y Luis? —pregunto al estar otra vez en la barra.

—Está en el sótano —contesta uno de los meseros.

Mañana es martes, día de pedido. Debe estar haciendo inventario.

Asiento en su dirección. Paso detrás de la barra, me preparo un café, agarro mi portapapeles y me encamino hacia el sótano para ayudarlo.

Al cabo de un rato, cuando ya hemos terminado, regreso al bar. Y al llegar, mis ojos se topan con otros que esperaba no ver en mucho tiempo.

Mi primera reacción es de sorpresa, no esperaba verlo aquí. La segunda es de alerta; nuestro último encuentro no fue muy agradable que digamos.

Aprieto los dientes mientras le mantengo la mirada. Es cierto, no me interesa verlo, pero soy el dueño del club y debo mantener una postura profesional. No puedo permitir que su presencia me altere.

Hablo con Jonathan sobre unos asuntos del bar hasta que uno de los

meseros le pide una ronda de chupitos y este se marcha para atender la orden. Mientras este atiende la barra hago lo mismo que en el almacén: verificar algunas botellas de la estantería.

—¿Piensas hacer como que no me has visto en toda la noche?

Escucho a mis espaldas. Me volteo aun con el portapapeles en mano y descubro a Rubén detrás de mí, recostado contra la barra con una cerveza en mano. Estaba tan concentrado en mi tarea que no me di cuenta de en qué momento se movió del lado opuesto de la barra hasta aquí.

—Depende —respondo devolviendo mi atención a la carpeta.

—¿De qué? —inquire por encima de *¿Qué precio tiene el cielo?* Por suerte la música en esta parte del club no es muy alta, así que no tiene que gritar.

—De si viniste a comportarte como un capullo o no. —Muevo una botella de *Grey Goose* que no estaba en su puesto.

—Quiero hablar contigo —informa. Suelto un largo suspiro de resignación. Dejo los papeles en una esquina de la vitrina y salgo detrás de la barra.

—Tú dirás —digo en tono cortante. Manteniendo la guardia, tenso.

Trato de mantenerle la mirada, pero su parecido con Emma me abruma y termino bajando la cabeza y mirando un punto ciego en el piso. Creo que, de los tres hermanos, él es quien más se parece a ella, y no sólo físicamente, sino también por la terquedad.

Me pregunto si en algún momento podré lidiar con lo que tenga que ver con ella sin sentir que algo se me remueve por dentro.

—¿Hace cuánto tiempo nos conocemos? —Todavía con la cabeza gacha, levanto los ojos y lo miro; los suyos ya están esperándome, puede que buscando una reacción de mi parte, pero no respondo. Son muchos años. Pero, ¿eso qué importa ahora?—, demasiados. —Se auto contesta antes de

mostrar una pequeña sonrisa, como si recordara alguna anécdota en particular—. Han sido muchos juegos compartidos, muchas fiestas a las cuales asistimos, muchas travesuras, muchas mujeres a las que hemos conocido y pocas fueron las que hemos tomado en serio. Así que entenderás que cuando Emma nos anunció que salían juntos la noticia no me hizo ninguna gracia, no quería eso para ella; que fuera una más en tu lista de conquistas. Aunque ella es muy independiente y va por la vida haciéndose la dura y diciendo que es capaz de cuidarse sola, cosa que no dudo, pero no deja de ser mi hermana menor y quiero lo mejor para ella. —Asiento lentamente. No sé a donde quiere llegar con este discurso, pero entiendo su punto.

»Quiero ofrecerte una disculpa —anuncia sin rodeos, sorprendiéndome. Eso sí que no me lo esperaba. Conociendo lo orgullo que es me imagino lo que le ha costado pronunciar esas palabras—. Hablé con Alex y me hizo ver y entender algunas cosas, entre ellas que las personas pueden cambiar y que tú no tienes la culpa de lo que pasó.

Me alegro de que lo haya entendido. No hay nada que yo no hubiera hecho por ella.

Al levantarme de la cama esta mañana jamás imaginé que esto podría llegar a pasar. A pesar de que Emma y yo nunca más estaremos juntos es bueno ver que por lo menos Rubén y yo podemos recuperar nuestra amistad, que no existirá esa tensión que suele haber entre los dos cada vez que nos topamos.

Jalo el taburete que está detrás de mí y me siento.

—Jonathan. —Golpeo levemente la barra para llamar su atención—, dame dos cervezas —pido al tiempo que miro a Rubén—. Si te vas a poner sentimental creo que es mejor hacerlo en condiciones; como en los viejos tiempos.

Mi broma le arranca una sonrisa mientras ocupa el taburete que esta a

mi lado y se sienta.

Capítulo 20

“El vínculo que une a tu auténtica familia no es de sangre,
sino de respeto y alegría mutua.”

[Richard Bach](#)

Como acordamos, Scott pasa por mí a la salida del trabajo. Pese a que le he preguntado a dónde vamos, se ha hecho el misterioso y no me ha respondido.

En el camino, Adriana me llama para informarme que ya han escogido la fecha para la boda. Ella quiere una ceremonia al aire libre; por las temperaturas fresca y el bello entorno que le ofrece el inicio del otoño, ha decidido casarse a finales de septiembre.

También me comenta que ya ha hablado con Miguel, cosa que no me sorprende en absoluto, puesto que desde que se enteró que se había comprometido la llama a diario para saber y ayudarla con los preparativos. Luego de hablar un buen rato de cómo están todos por allá y de prometerle que no me perderé su boda por nada en el mundo, cuelgo.

—¿En dónde estamos? —Scott detiene el coche en frente de una casa adosada.

—En casa de mi madre —contesta saliendo del coche.

Me detengo en seco y le lanzo una mirada suspicaz por encima de la capota del auto.

—¿Qué?

—Nada, sólo que cuando me dijiste que me llevarías al mejor lugar donde podía comer un filete a la Wellington, nunca pensé que me traerías a casa de tu madre.

—Cuidado con lo que insinúas. Mi mamá es la mejor cocinera del

mundo —dice con el rostro serio, pero en el fondo sé que esta bromeando.

Subimos las pocas escaleras y al llegar, Scott introduce la llave y abre la puerta. Al hacerlo, una hermosa señora de unos cincuentas, pelirroja, con un corte bastante moderno y fresco, se acerca a nosotros.

Le da un beso a Scott.

—¡Hola, mamá!

—Hola, tesoro. —Lo saluda con la voz cargada de ternura—. No sabes cuanto me alegró el saber que venías.

—Mamá, vengo a verte cada vez que puedo.

—Una madre nunca ve lo suficiente a sus hijos. —Pone su atención en mi—. Tú debes ser Emma.

Muevo la cabeza en afirmación.

—Es un gusto conocerla, señora.

—Ay, no, nada de señora. Llámame Georgia, por favor. —Me corrige y me da un cálido abrazo, sorprendiéndome—. Pero no se queden ahí parados, pasen... la cena está casi lista.

—¿Y Linsy?

—Está arriba. ¡Lindsay, ya llegó tu hermano! —grita escaleras arriba mientras que Scott me ayuda a quitarme el abrigo.

—¡Enseguida bajo!

Parece una mujer encantadora, pienso entrando al comedor y me acomodo en una de las seis sillas.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Georgia.

—Sí, claro.

—Yo me encargo —propone Scott, antes de perderse detrás de unas puertas dobles, creo que es la cocina. La señora Walker sigue organizando las servilletas de tela alrededor de la mesa.

Me fijo rápidamente en la linda casa de diseño moderno.

—Así que ustedes dos viven juntos —indaga con una sonrisa que deja entrever que alguna idea loca pasa por su cabeza.

—Así es.

—Mamá, no vayas por ahí —la previene Scott, regresando con una botella de vino tinto.

—¡No he dicho nada!

—No hace falta que lo hagas, te conozco bien y sé que ya estás planeando boda y escogiendo el nombre de nuestros hijos. —Abro los ojos de par en par y se me seca la boca. Por suerte Scott me sirve una copa que pruebo de inmediato—. Ya te dije que sólo somos amigos.

—Solamente estoy haciendo conversación. Además, mírala, es preciosa. Estoy segura de que me daría lindos nietos.

—¡Mamá! —exclama Scott y yo escupo el vino sobre la mesa.

—Lo siento. De verdad, lo siento.

¿Niños? Me sudan hasta las tetas solo de pensarlo. No puede estar hablando en serio.

—Tranquila, cielo... —dice Georgia. Luego tuerce el gesto y mira a Scott por el rabillo del ojo, a la vez que me pasa una servilleta—. Ya estoy acostumbrada. No eres la única con esa fobia, ¿acaso no te gustan los niños?

Su pregunta hace que piense en las interminables discusiones que tuve con Carlos y de inmediato me entran escalofríos. Abro la boca para contestar, pero la verdad no tengo ni idea de qué decir. Por fortuna, unas fuertes pisadas acercándose con rapidez llaman nuestra atención.

—¡Hola! —Saluda en medio de un grito de euforia, una joven de pelo castaño con las puntas teñidas en rosado fucsia, al lanzarse en los brazos de Scott, él la abraza, la levanta y la hace girar.

—¡Hola, enana! ¿Cómo has estado? —Se detiene y le da un sonoro beso en la mejilla—, espera un momento —pide antes de devolverla al

piso—. ¿A dónde vas tan arreglada?

La mamá de ambos sonrío cómplice y sale del comedor.

—Voy a salir.

—Me doy cuenta. —Le lanza una mirada más exhaustiva de los pies a la cabeza—. Mi pregunta es, ¿con quién?

—Con un chico —contesta con simpleza. La cara de Scott, al igual que su cuerpo pierde toda relajación.

Sonrío. Con lo controlador que es no debe hacerle gracia.

—¿Lo conozco?

—¡Oye! Tú debes ser Emma —exclama en mi dirección, ignorando a su hermano—. Yo soy Lindsay, la hermana de este pesado.

—Encantada —respondo divertida con la situación.

—Linsy, te hice una pregunta —insiste su hermano con el rostro serio.

—Me fascina tu labial, ¿qué tono es? —prosigue ella, a pesar del tono autoritario que ha usado Scott, sin dejarse intimidar. Me causa gracia ver cómo lo ignora a propósito. Después de todo, el señor controlador tiene a alguien que le ponga cara.

—¡Lindsay! —brama Scott, cortando mi respuesta, casi perdiendo la paciencia. Y digo «casi», porque a este hombre al parecer nada lo altera más de lo necesario.

Ella entorna los ojos y sacude la cabeza, exasperada.

—No, no lo conoces.

—¿Va a venir a buscarte?

—Sí, ¿por?

—Bien —dice Scott más relajado, sentándose frente a mí en la mesa—. Quiero que me lo presentes.

—¡Ni lo sueñes! —asegura Lindsay horrorizada. Esta vez creo que Scott ha obtenido toda su atención.

Scott se recuesta en la silla, ladea medio cuerpo y la observa detenidamente.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que le echés la charla.

—¿Qué charla?

Lindsay se cruza de brazos y le lanza una mirada incrédula.

—Esa donde discretamente le enseñas tu placa y pistola y en medio de la conversación dejas caer de forma casual, que si me hacen algún daño lo perseguirás hasta el infierno y más allá —comenta mecánica. Bebo un trago de vino para ahogar una risa.

Scott abre los ojos sorprendido. Aunque también logro ver cierta diversión en ellos.

—Por favor, yo no hago eso.

—Oh, sí que lo haces —intervengo—. Suena mucho a ti.

Él voltea la cabeza, entrecierra los ojos y me mira detenidamente. Asiento paulatinamente para darle énfasis a mis palabras.

—Únicamente quiero ver con quien va a salir, que sepa que no está sola. Darle el visto bueno.

—¡Pfff! —suelto sin poder contenerme.

Lindsay me mira como diciéndome «¿ves lo que tengo que aguantar?»

Me parece estar en frente de mis hermanos; especialmente de Rubén.

—¿!Qué!?! —inquire mirándonos a ambas.

—¡Mamá! —grita por encima de su hombro, todavía con los brazos cruzados—. ¿Podrías decirle al *Neandertal* de tu hijo que estamos en el siglo *XXI* y que no necesito que le dé el visto bueno a los chicos con los que salgo?

—Ya basta, Scott. —Lo regaña su madre al entrar en el comedor, trae una olla en las manos—. Es un joven de su escuela, no le va a pasar nada.

—¿Lo conoces? —pregunta y se levanta para ayudar a su madre.

—Claro que lo conozco, llevan tres semanas saliendo.

—¿Y se puede saber por qué soy el único que no estaba enterado?

—Porque terminas espantándolos, cariño. Y de seguir así se va a quedar a vestir santos, yo necesito que uno de ustedes me de nietos —dice como si anunciara el clima mientras se quita los guantes de cocina y Scott pone la olla en el centro de la mesa.

Huele divino.

—Mamá, por favor. —Se queja Lindsay.

Verlos me causa risa y la vez que nostalgia. Me doy cuenta de cuánto extraño a mi mamá y a mis hermanos.

—¿Cómo se llama? —insiste Scott. No piensa soltar el dedo del renglón. Ninguna responde, Lindsay se acomoda a mi lado en la mesa—. Vamos, igual saben que lo voy a averiguar.

—Boby. —Se apresura a decir Lindsay. Me sorprende. No pensé que cediera tan pronto.

—Apellido.

—Boby. —Vuelve a contestar Lindsay, Scott le lanza una mirada escéptica. Yo lo hago divertida.

—¿En serio sales con un tipo que se llama Bobby Bobby?, ¿de verdad esperas a que me crea eso? —Lindsay se encoge de hombros.

Georgina esconde una sonrisa mal disimulada. Yo me rio. Entiendo la cara de incredulidad de Scott; pudo haber sido más original.

Suena el timbre de la casa.

Lindsay salta de la silla, pero su hermano la detiene antes de que salga disparada hacia la puerta.

—Yo voy —anuncia.

—Por favor, no me avergüences.

—Seré todo un encanto —afirma dibujando una aureola encima de su

cabeza, sin embargo, no se lo cree ni él mismo.

—De verdad creo que deberías salir con él —me dice Lindsay, al tiempo que se deja caer en la silla desgana—. De esa forma tendría una vida en la que enfocarse y se olvidaría un poco de la mía.

Le doy una ligera palmadita sobre el muslo.

—Créeme cuando te digo que eso no cambiaría nada.

Ella bufa y entiendo su frustración a la perfección. Me mudé a los veintidós y todavía no consigo que mis hermanos no se metan en mi vida.

—Miren quién llegó.

Levanto la cabeza y me sorprende ver a un hombre de piel morena, de casi la misma estatura y edad que Scott, junto a este último.

—¿Qué tal, familia? —Saluda el recién llegado, jovial.

—Emma, él es Danny, mi compañero. Dan, ella es...

—Tu compañera de piso —lo interrumpe con una sonrisa chulesca, que al igual que la madre de Scott insinúa que hay algo más entre él y yo. Se acerca y saluda por encima de la mesa—. Es un placer, señorita.

—Igualmente.

—Ahora entiendo por qué pasas más tiempo en casa. Está para chuparse los...

—¡Oye, respeta! —le riñe Scott, dándole un golpe en la espalda.

—Eres un egoísta y un mal compañero —lo acusa Danny, se sienta en la mesa como si acabara de llegar a su casa. Me imagino por la confianza, no sólo son compañeros, sino que deben ser grandes amigos—, te quieres quedar con las mujeres lindas. ¡Señora Walter! ¿Cómo está la mejor cocinera de Brooklyn? ¡Qué digo Brooklyn, de todo el país! —Vuelve a ponerse de pie para abrazar a la mamá de Scott.

—Me pregunto, ¿qué pensara tu mamá al respecto? —inquire Georgia sonriendo.

—No creo que diga mucho; mi mamá podrá poseer muchos talentos, pero la cocina no es uno de ellos. Yo creo que usó otros para conquistar a papá. —La sonrisa de la señora Walter se ensancha ante su descaro. Incluso Scott sonríe. Está tranquilo, relajado.

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan zalamero? —inquire Scott divertido.

—Tú lo que estás es celoso porque ambos sabemos que tú mamá me quiere más a mí.

—Vamos, muchachos, la cena ya está lista —anuncia la madre de Scott. Pone una mano sobre el hombro de Danny quien ha retomado su asiento—. Como no sabía que vendrías, ya te había sacado una porción, pensaba enviártela con Scott.

—Usted sabe que yo nunca me perdería una de sus comidas, pero guárdelo por ahí que yo me lo llevo. —Este sonríe encantado—, ¿ves lo que te digo? —dice Danny en dirección a Scott y levanta las cejas de modo burlón—. Aunque digas lo contrario, tu mamá me adora.

—Es porque ella sabe que a ti se te quema hasta el agua que pones a hervir —contraataca Scott, todos nos reímos—. En cambio, yo soy una eminencia en la cocina.

—Eso es cierto —intervengo—. Puedo dar fe de ello. —Scott me mira medio agradecido y medio divertido, antes de lanzarle una mirada petulante a su amigo.

—¿Así que cocinas y todo?, ¿por qué a mí nunca me has cocinado? —inquire Danny.

—Cuando te veas como ella, lo haré.

Justo como lo imaginé y como hacía mucho que no lo hacía, entre anécdotas y risas, pasamos una noche deliciosa.

Ya avanzada la noche, Scott me pregunta si algo me preocupa puesto que me ha notado distraída durante la cena; lo cual es cierto, no he podido

dejar de pensar en todo lo que está pasando en la galería. Si mis sospechas son ciertas, Phil ha resultado ser todo un delincuente. Sin embargo, prefiero no decirle nada a Scott, estamos pasando un buen rato y no creo que sea el mejor momento. Ya mañana será otro día.

Capítulo 21

“Todas las verdades son fáciles de entender una vez han sido descubiertas,
la clave es descubrirlas.”

[Galileo Galilei](#)

—Te he notado preocupada, ¿qué te pasa? —inquiero terminando de entrar en la cocina.

Hace rato que la observo y lleva mas de diez minutos con la puerta de la nevera abierta. Mi voz la sobresalta levemente y cierra la puerta bruscamente.

—No... no es nada —balbucea—. Tu café ya esta listo.

Agarro la taza que me ha señalado, me recuesto contra la encimera de la cocina y la observo con el entrecejo arrugado.

Desde hace varios días está inquieta, distraída. Tanto, que hace poco terminó confundiendo el *kétchup* con la salsa picante y; aunque ver la cara de Thierry pasar por los diferentes tonos de rojo cuando mordió el sándwich me resultó divertido, no pude dejar de compadecerlo y preocuparme por ella.

Soplo la taza para enfriar un poco el café, tomo un sorbo y de inmediato hago una mueca de asco.

—¿Qué pasa? —demanda alarmada, se acerca a mí realmente preocupada—. ¿Está frío?

—Olvídate del bendito café —digo poniendo la taza sobre la losa—. ¿Qué importa si está frío o caliente? ¡Lo que me interesa saber es qué sucede contigo, mujer! Porque ponerle sal en vez de azúcar al café no es normal y, mucho menos en alguien como tú.

—Nada —repite regresando a sus quehaceres; dándome la espalda. Agarra un paño de cocina y empieza a frotar.

—No me vengas con tonterías. Si te tiene tan pensativa debe de ser algo impor...

—Estoy retrasada —suelta de golpe, y deja de limpiar la mancha inexistente sobre el *Granite* gris de la encimera, todavía sin voltearse.

—¿Para buscar a Thierry? —Miro el reloj de mi muñeca para confirmar la hora: tres cuartos. El niño no sale del colegio hasta las cuatro y la escuela está a tan sólo diez minutos de aquí—. Aún tienes tiempo. Así que, por favor, termina de decirme qué es lo que pasa.

—Quiero decir que estoy retrasada —prosigue alargando las palabras con cautela.

Entonces caigo en cuenta de lo que ha dicho y el piso se abre bajo mis pies. Me quedo totalmente paralizado entre la confusión y el pánico.

—Pero me habías dicho que tomabas la píldora —musito al salir de la impresión que me han causado sus palabras.

—Y lo hago —contesta con seguridad, se gira para estar frente a mí.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? —Su semblante cambia y se torna defensivo, puedo que un tanto ofendido. En seguida maldigo mi tono brusco y mi falta de tacto—, lo siento —me apresuro a decir, consciente de que quizá no he escogido mis mejores palabras y me estoy comportando como un imbécil—. ¿De cuánto es el retraso?

—Unos días.

¡Unos días! Eso no es del todo malo, ¿cierto?

A lo mejor no es nada.

—Suelo ser muy puntual, pero ya he estado embarazada antes y no tengo ningún síntoma, pienso que no es nada. —Asiento despacio mientras va hablando—, he hecho un cambio en los anticonceptivos y he estado bajo

mucho estrés en el trabajo. A lo mejor... —continúa, encogiéndose de hombros—. Es sólo eso, un retraso.

—¿Te harás una prueba?

—No, todavía es pronto. Esperaré unos días y si sigo retrasada iré al médico, pero como ya te dije antes, puede que sea sólo un retraso.

Puede, ¿pero y si no lo es?

Quisiera decirle, ¿para qué esperar? ¡Vamos a la farmacia y compremos la jodida prueba y salgamos de dudas de una vez! Sin embargo, recordando mis palabras, mi tono brusco de un inicio y la cara de espanto que de seguro debo de tener, prefiero callarme y concederle su espacio.

Salgo del apartamento de Isa sintiéndome completamente perdido y abrumado. Ni siquiera el aire fresco de la calle me ayuda a despejarme la mente. No entiendo mi reacción. Un hijo... es con lo que sueño. Llevo mucho desando eso. Emma me dejó por ello. Entonces, ¿por qué no estoy dando saltos de alegría o metido en una tienda para niños comprando cuna, tetero, chupete y todas esas bobadas?

Resoplo. Estoy hecho un lío. Necesito hablar con alguien.

Llamo a Alex, pero está ocupado con la seguridad de *Cristiano Ronaldo*. Al parecer está de paso en la ciudad rodando un *spot* publicitario, o por lo menos algo así entendí. Lo único que me quedó claro es que el delantero del *Real* no sólo es un pretencioso, sino que también necesita a alguien que le cuide el culo. ¡Vaya mierda!

Me monto en el carro y empiezo a dar vueltas; no tengo idea de cuánto tiempo llevo deambulando hasta que detengo el coche frente a la oficina de Maximiliano. Con lo desagradable que es el tráfico y lo difícil que es conseguir donde estacionarse en la ciudad, me parece increíble encontrar uno disponible.

Me apeo del vehículo y cruzo la calle. Paso por todos los protocolos de

seguridad del edificio y nunca me habían parecido tan tediosos « ¿Hacia dónde se dirige? », « ¿cuál es su nombre? »

¿A ellos qué más le da? ¡Joder!

Entro en la oficina de Alex y le pregunto a su secretaria si está solo. Ella me contesta que sí al mismo tiempo que me observa extrañada. Quizá por hecho de que es la primera vez que vengo aquí y no coqueteo con ella.

Sin tomarme la molestia de llamar, entro, me dirijo a la pequeña salita y me desplomo en el sofá de dos plazas, totalmente acostado y con los ojos cerrados.

—Bienvenido, pasa adelante y siéntete como en casa, o mejor dicho, acuéstate como en casa —suelta Max mordaz—. Pero si ya lo has hecho.

—Isa tiene un retraso —anuncio sin preámbulos.

—¿Mental? Pues lo disimula muy bien, me parece bastante normalita. Aunque pensándolo bien, para salir contigo debe de tenerlo.

Abro los ojos y le lanzo una mirada fulminante. No estoy de humor para bromas. De hecho, se le dan muy mal los chistes. Al mirarme cae en cuenta de la seriedad de mis palabras.

—¡No me jodas! —exclama, y enseguida se levanta de su sillón y viene a mi encuentro—, ¿pero ustedes no toman precauciones?

—Sí, lo hacemos; o por lo menos ella me dijo que lo estaba haciendo, por lo que me descuidé un poco.

—¿Piensas que te haya mentado? —inquieta sentándose en el sofá de una plaza. Únicamente le falta la libreta y diría que me está psicoanalizando. Puede que en verdad necesite un loquero porque ni yo mismo me entiendo.

—No lo creo —respondo de una vez, sin asomo de dudas. Soy un idiota si insinuara algo parecido. La conozco, y sé que ella no es esa clase de mujer—, no... —repito con mayor seguridad para que no le quede ninguna duda sobre su integridad.

Max mueve la cabeza en asentimiento. Se queda callado unos segundos y mentalmente ruego para que diga algo y termine con este silencio que me está pesando.

—¿Lo quieres? O sea, de estar embarazada, ¿te gustaría tener al niño?

—Claro que lo haría. Me ocuparía de él y estaría con ella.

—Entonces no entiendo dónde está el problema.

—El problema es que debiste haberme visto la cara cuando me lo contó —digo elevando la voz—. Entré en pánico, me sentí desconcertado, no sabía qué hacer o decir.

—Es lógico. No era algo que te esperabas —me interrumpe, y en el fondo lo agradezco porque de repente siento como esas mismas sensaciones se van apoderando de mí.

—Puede ser.

—Pero...

Ahí está la pregunta del ciclo reducida en cuatro letras. Esa que deja claro la contrariedad y la duda de lo que uno puede sentir.

—Pero he tenido tiempo de pensar desde que salí de su casa y me sigo sintiendo igual.

Como una mierda miserable por mi falta de alegría y, de nuevo, el vacío que sentía meses atrás regresa.

—Dime una cosa. Cuando te visualizas en el rol de padre, ¿con quién te ves? —inquire, se sienta con rectitud en el sofá y acomoda la pierna derecha sobre su rodilla izquierda. El pantalón de su traje marrón sube ligeramente, dejando ver sus medias negras—. Me explico, ¿con quién te ves compartiendo esa experiencia?

Me conoce demasiado bien, joder. Sabe la respuesta de sobra.

Frustrado cierro los ojos al tiempo que exhalo profundo. Y sin proponérmelo su rostro que estaba escondido en algún lugar de mi memoria,

borroso, aparece con fuerza, más claro que nunca. Sí, quise formar una familia. Sin embargo, lo deseé por el sentimiento que me provocaba ella. Muchas veces soñé con una beba que tuviera sus ojitos, su belleza e inteligencia.

Quería una mini Emma. ¡Todavía la quiero!

He intentado seguir con mi vida. He aprendido a vivir sin ella, pero no la he olvidado. Mi amor por ella sigue latente como el primer día. Siento una opresión instalarse bajo mis costillas.

Si el retraso de Isa resulta ser eso, mi sueño estará a años de luz de hacerse realidad.

Emma jamás me lo perdonaría.

—Carlos —me apremia, sacándome de mis pensamientos y por la urgencia de su voz creo que no es la primera vez que me llama.

Resoplo de nuevo.

Me cuesta decirlo en voz alta y no porque dude de lo que siento, sino porque al hacerlo estaría admitiendo que sigo enamorado de Emma, eso no sería justo para Isabelle. Ella es una mujer estupenda, se ha empeñado para que esta relación funcione y no quiero hacerle daño.

—Carlos. —Vuelve a llamarme.

—Max, joder —me quejo abriendo los ojos de golpe. Él lo sabe. Yo lo sé. Esta conversación no tiene sentido.

—¿Tanto te cuesta responderme?

—Ya sabes la respuesta —contesto arisco.

—No. No lo sé —insiste. De verdad ha decidido martirizarme.

—Es Emma, ¿de acuerdo? —admito malhumorado—. Emma es la mujer con la que me veo formando una familia.

Satisfecho, deja descansar su mano sobre el zapato negro.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Sí, lo sé. Debo hablar con Isa. Sin embargo, saberlo no lo hace más fácil y mucho menos hacerlo.

Al salir de la oficina de Max me siento más desanimado que cuando llegué. Necesito dejar de pensar o terminaré volviéndome loco.

Antes de pensarlo estoy en casa de Linda. Necesito ver a Karla. Estar cerca de ella me calma.

—¿Qué te sucede?

—Nada —contesto, estoy seguro de que no me cree.

Linda termina de darle el baño a mi ahijada, le pone el pañal y luego me deja a mí cambiarla de ropa. Se me da bien esto. Creo que podría ser un buen padre. La coloco en su gimnasio y disfruto verla intentar atrapar los juguetes que cuelgan de él.

Al caer la noche, Linda me pide que me quede a cenar. Declino la oferta, necesito estar solo.

Llego a mi apartamento y le envío un mensaje a Isa, diciéndole que tengo cosas pendientes en el bar por lo que saldré tarde. Su respuesta me deja saber que sabe que le estoy mintiendo y me siento el peor de los hombres por ello. Ella no se lo merece.

Me doy un baño y me dejo caer en la cama. Cierro los ojos esperando caer en un profundo sueño que me haga no pensar, aunque en el fondo sé que eso no pasará.

Capítulo 22

“Alguien a quien amé, me obsequió una vez una caja llena de
oscuridad,
tardé años en entender que esto también era un presente.”

[Mary Oliver](#)

A mitad de semana, aprovechando que el señor Wright no está y que Phil está de viaje, me cuelo en la oficina del primero y examino más de cerca el cuadro que según el señor Wright es una replica de la obra de Picasso, pero con todo lo que está pasando, si antes las tenía, ahora mis dudas son mayores.

Evaluar la autenticidad de una obra no es cosa de unos minutos; se necesita un ojo entrenado, métodos científicos y forenses avanzados. Lastimosamente no dispongo de ninguno. Tomo algunas fotos y hago todas las anotaciones que me parecen pertinentes y se las envío a un perito —colega con el que he trabajado en varias ocasiones—, si alguien puede sacarme de dudas es él.

El viernes en la mañana recibo el análisis de la investigación. En él, Ricardo me da sus impresiones. Al igual que yo piensa que podría tratarse del original. Incluso, quiere venir a Nueva York para verlo personalmente. Yo estaría mas que encantada, sin embargo, para ello primero debería de hablar con el señor Wright para ponerlo al tanto de todo lo que está sucediendo delante de sus ojos y, que su cariño por Phil no le ha permitido ver.

El sábado a mediodía, Scott se aparece con Lindsay en el apartamento. Georgia ha ido a Boston a visitar a unos parientes y ella se quedará con nosotros el fin de semana. Después de un almuerzo entre risas y confidencias, donde los hermanos no dejan de picarse uno al otro, Scott tiene que irse a

trabajar y nosotras decidimos tener una tarde de chicas: día fresco, pero soleado, salón de belleza, manicura, pedicura, risas, complicidad, compras entre las cuales incluimos zapatos, ¡muchos zapatos! y comida chatarra; pasamos una tarde muy amena. Lindsay parece muy madura para su edad.

Al caer la tarde recibe un mensaje de Callie —su mejor amiga—, en el cual le comenta que su novio asistirá esta noche a una fiesta en el Bronx y que corren rumores de que no irá solo. Lindsay entra en crisis, se niega a creer que Brandon —es el verdadero nombre de su novio—, sea capaz de hacerle algo así. Sus miedos e inseguridades me proyectan a mi adolescencia, a lo sucedido con Antoine. Me pongo en su lugar y me imagino lo que debe estar sintiendo.

Ella le pide a su amiga que le mande la dirección e imaginándome lo que piensa hacer, trato de disuadirla para que no vaya, sin embargo, ella insiste en lo contrario. Comprendiendo que se trata de una adolescente de diecisiete años y de que no puedo impedirselo, le pido que llame a Scott para informarle. Después de todo, ella es su hermana, y aunque, él me ha dejado a cargo, tiene que saberlo.

Como era de esperarse, Scott al conocer la dirección de la fiesta le prohíbe ir, según él «es un lugar poco frecuente», Lindsay trata de convencerlo, le explica lo importante que es para ella, pero él no entra en razón.

Ella molesta, nerviosa y al borde de las lágrimas me pasa el teléfono; Scott quiere hablar conmigo.

—Lindsay no puede salir en ninguna circunstancia —me dice, o mas bien por su tono, creo que lo está exigiendo—. No importa lo que ella diga; la respuesta es no. ¿Crees que puedes hacerte cargo?

—Claro —respondo insegura. Es una adolescente a la que apenas acabo de conocer. ¿Cómo puedo prohibirle que haga algo?

—Te lo agradezco. Apenas termine iré para allá.

Cuelgo la llamada y mientras le paso el celular, me desalma verla tan triste.

Me paso las próximas dos horas animándola, tratando de que se olvide de Brandon y la fiesta, aunque sé perfectamente que eso es misión imposible. Mientras, ella no deja de dar vueltas en el pequeño salón despotricando contra su hermano. Entiendo su molestia y rebeldía. Vamos, que yo también tengo hermanos controladores y sé cómo se siente que no tomen en cuenta tu opinión y sentimientos.

Los minutos pasan y ella luce cada vez más desesperada, ¿y para qué negarlo?, yo también empiezo a desesperarme. Nunca me he enfrentado a una situación como ésta; si mal no recuerdo lo más parecido que me ha tocado han sido las crisis de Linda cuando salía con el mamarracho de su ex, así que ni idea de qué debo hacer.

—Tengo que ir. —Su petición, o más bien su suplica, me pone en aprietos. La entiendo, pero Scott fue muy claro... no puede salir—. Si es cierto que me esté engañando, ¿no tengo derecho a saberlo o dejar de ser el hazme reír de todos por ser la última estúpida en enterarse de que el novio le pega el cuerno?

Sus argumentos son irrefutables. Yo también lo creo. De hecho, en su lugar ya me hubiera marchado; de manera que termino cediendo. Únicamente queda esperar que volvamos antes de que Scott regrese. Por qué si no, ¡La que se va a armar!

—No puedo creer que hayas sido tan irresponsable de irte a meter en un lugar de mala muerte como ese —continúa Scott mientras entramos en el

apartamento. Desde que dejamos a Miguel en su casa no ha parado con las recriminaciones—. Pensé que había sido muy claro, ¡te prohibí que fueras a esa fiesta!

—No eres quien par a prohibirme nada. Ya soy mayorcita para que me digas lo que tengo que hacer.

—No, no lo eres. Te recuerdo que sólo tienes diecisiete —prosigue Scott, al mismo tiempo que lanza las llaves sobre la mesa del comedor.

Yo me encamino hasta la ventana del balcón y me recuesto sobre la misma con las manos detrás de la espalda, para darle el espacio que necesitan los dos hermanos, manteniéndome al margen.

Desde que abandonamos la casa tenía la duda de si había tomado una buena decisión en acompañar a Lindsay, pero al llegar al sitio —un deposito alejado de la civilización en medio de la oscuridad—, tuve la certeza de que en definitiva no era una buena idea.

—Eso me da igual. Aquí lo que importa es que te la pasas dándome órdenes como si fueras mi papá, ¡y no lo eres!, ¡te dije que necesitaba ir a esa fiesta, que era importante para mí, pero no me escuchas! Siempre me tratas como una niña...

—No dejas de decir que te trato como una niña, pero no dejas de comportarte como tal. Poniéndote a ti misma en peligro. Te dije que el tal Bobby, Bryan, Brandon o como se llame, no era de fiar y no me hiciste caso, te dije que no salieras y apenas cuelgo el teléfono, ¿qué es lo que haces? ¡Desobedecerme! ¿Cómo se supone que puedo confiar en ti?

Efectivamente, el tal Brandon resultó ser una joyita. No sólo estaba engañando a Lindsay, sino que se hizo el ofendido y la acusó de estar espiándolo. Lo bueno es que ella ya sabe la clase de cretino y mala gente que es. Lo malo es que la pobre tiene el corazón partido. Por fortuna ha heredado la fortaleza de su hermano y no se derrumbó delante del canalla. Le mantuvo

el frente y luego de decirle sus cuatro verdades y de tirarle la bebida en la cara, salió de local furiosa, pero sin perder la dignidad.

—¡Si me hubieras escuchado no hubiera tenido que salir a tus espaldas!
—De pronto Lindsay se queda callada y arruga la frente, como si acabara de caer en cuenta de algo—. ¿Cómo supiste donde encontrarme?

—¿De qué hablas? Eso es irrelevante.

—Scott, ¿cómo... supiste... dónde... encontrarme? —repite alargando las palabras. Da la impresión de que se está armando de paciencia para no saltar sobre su hermano. Es curioso, yo también quiero saber. Porque al igual que ella me sorprendió encontrarlo fuera del almacén cuando íbamos saliendo.

—Me lo dijiste, ¿no te acuerdas? —contesta manteniendo su calma habitual. Sin embargo, un destello en sus ojos me hace pensar que está mintiendo.

—Te dije que la fiesta era en el Bronx, pero no te dije exactamente dónde.

Scott la mira. Parece que su pregunta lo ha agarrado de sorpresa. Pone los brazos en jarra y la observa, parece indeciso, no sabe si responderle o no. Ambos se retan con la mirada. Ella al borde de los nervios y él a punto de perder la paciencia. Por lo menos eso creo. Porque Scott siempre está tan calmado que nunca tengo idea de lo que pasa por su cabeza.

Al final lanza un suspiro, perdiendo su propia batalla.

—Rastreé tu teléfono.

Mala respuesta.

Lindsay ahoga un grito incrédulo. Mentalmente me golpeo la frente con la mano. ¡No puede ser!

—¿Qué? —inquire Scott al ver la cara de indignación de su hermana.

—¡Eres un hipócrita! ¡Me hablas de confianza y me espías!

—No es lo mismo.

—¡Claro que no! —grita llena de ironía—. Si la falta la cometes tú, está bien porque eres el mayor, sin embargo, si yo soy la que...

—Que sea el mayor no tiene nada qué ver. Es distinto porque lo he hecho para protegerte.

—¡No estaba en peligro! —Se le quiebra la voz y una lágrima se desliza por su mejilla—. ¿Sabes qué? Ya no importa. Brandon resultó ser un idiota. ¡Felicidades, oficial! Una vez más demostró que tenía razón.

Termina con el rostro lleno de lágrimas y da media vuelta para abandonar el salón. A los pocos segundos escuchamos la puerta de mi... digo, de su cuarto cerrarse de un portazo. Hago una mueca con la boca, Scott deja caer la cabeza hacia atrás y lanza un suspiro. Luce cansado. Lo observo en silencio. Su discusión me proyectó a mi adolescencia y a mis discusiones con Rubén. Esas donde él se comportaba como un *Neandertal* incomprensivo. A pesar de que con el tiempo he entendido que su comportamiento era una proyección de su preocupación y su deseo de cuidarme, también entiendo que no supo manejar las cosas; no supo entender que a esa edad yo no necesitaba un padre, sino un hermano que me entendiera y me apoyara.

—Scott.

—No digas nada —interrumpe mis palabras de forma grosera y cortante—. Todo esto es culpa tuya.

¿Perdón?

—¿Culpa mía? —inquiero confusa y la vez que incrédula. Puedo entender que esté preocupado y hasta molesto, pero no pienso permitir que me culpe a mí por su falta de tacto y comprensión.

—Sí —asevera, ladeando la cabeza y buscando mi mirada—. Le prohibí a Lindsay salir, te dejo a ti a cargo y en vez de comportarte como la

adulta que dices ser, ¿qué haces?, formas parte de su locura. ¿En qué estabas pensando?

—En ella. Estaba pensado en Lindsay —contesto, sintiendo como la rabia va tomando posesión de mí.

—Si lo hubieras hecho no la habrías dejado ir a ese lugar, ¿acaso no escuchaste cuando le dije era peligroso?

—Lo hice, y por eso fui con ella. —Me despego de la ventana y me acerco a él—. Porque en el caso de que no te hayas dado cuenta, no fue sola. Miguel y yo la acompañamos.

—Pfff, ¿tú y la loca esa? Vaya consuelo —dice con sarcasmo, entornando los ojos.

Arrggg...

Ya entiendo porque él nunca pierde la calma. Porque es él, el que le roba la paciencia hasta a un santo.

—No, no, no. Eso si que no pienso permítetelo. Miguel no sólo es mi amigo, también es una de las pocas personas que conozco con la que siempre puedo contar. La prueba está en que apenas lo llamé aceptó acompañarnos sin poner reparos, y aun sin conocer a tu hermana, no dudó ni un segundo en defenderla del patán de su ex. ¡Así que no pienso tolerar que le faltes el respeto! —Él baja la cabeza y pierde la mirada en algún lugar del suelo, puede que avergonzado por sus palabras anteriores—, no dejas de darte baños de pureza y de rectitud cuando lo que deberías de hacer es escucharla —prosigo, aprovechando su mutismo y mi racha. Porque desde que lo conozco siempre es él quien me deja con la boca cerrada—, puede que lo sucedido esta noche para ti no tiene importancia alguna, pero para esa niña ahí adentro... —Estiro la mano apuntando hacia el pasillo por el cual Lindsay se perdió segundos atrás—. Sí la tiene.

»Acaba de descubrir que el chico del cual estaba enamorada es un

idiota mentiroso, le acaban de romper el corazón. Y sí, en algún momento lo superará, pero ahora mismo está triste y se siente como la estúpida más grande del planeta. —Me detengo un segundo para tomar aire y tratar de calmarme, y digo «tratar», porque no funciona—, mira, entiendo que te preocupes por ella, que te comportes como el padre que ambos perdieron. —Scott levanta la cabeza y sus ojos negros se vuelven más oscuros. Puede que la palabra padre detonara algo en sus recuerdos y hace que su mirada se vuelva más penetrante—, pero lo que ella necesita es a un hermano que la escuche y la apoye de manera incondicional. Y para tu información, “señor don rectitud” si la acompañé fue porque yo sí entiendo lo importante que es todo esto para ella. Te voy a dar un consejo, Scott, y allá tú si quieres o no tomarlo —continúo abusando de mi suerte—. Puedo entender que quieras protegerla, lastima que no puedes hacerlo del todo, ella debe cometer y aprender de sus propios errores y, con esa actitud, únicamente la estás orillando a que se marche de tu lado antes de tiempo.

Mi voz, muy a mi pesar, se termina apagando. De repente todo el enfado que sentía hace un instante ha ido dando paso a la tristeza. Toda esta discusión me trae amargos recuerdos. La muerte de mi padre, mis incesantes discusiones con Rubén, por qué abandoné la casa familiar antes de tiempo. Me entra la nostalgia de mi hogar, de la ausencia de las chicas... son demasiadas cosas con las que lidiar.

Me encamino hacia la mesa y agarro las llaves.

—¿Se puede saber a dónde vas? —pregunta en tono moderado.

—Te estás comportando como un idiota y necesito aire —contesto dándole la espalda antes de salir y dar un portazo.

Los vecinos deben de estar eufóricos. Tremendo espectáculo el que hemos montado.

Capítulo 23

“Es una vieja máxima mía que cuando hayas descartado lo imposible, lo que quede, aunque sea improbable, debe ser la verdad.”

Reid

Es fin de semana y no he dejado de darle vueltas a lo que hablé con Maximiliano. Tiene razón, debo sincerarme con Isabelle, pero el miedo a lastimarla me frena cada vez que lo intento. De modo que sigo posponiendo el asunto, fingiendo cuando estamos juntos que todo está bien.

Las chicas ya han empezado a sospechar: «¿Todo está bien?», «pareces distraído», «¿te sucede algo?». Son algunas de las preguntas que me han hecho Linda y Adriana. Prueba de que mi batalla interna no es tan interna como yo pensaba.

Por si mi miseria no fuera poca, el lunes cuando fui a visitar a mi ahijada, me enteré por medio de una conversación telefónica entre Linda y Samia, que Emma está viviendo con un tipo. Y aunque delante de los demás fingí que no me importaba ni me afectaba; desde que me enteré, los celos, la envidia y el dolor, han ocupado cada espacio de mis vasos sanguíneos. El deseo de ir a buscarla y gritarle que es una desgraciada, o mejor dicho, en lo desgraciado que me ha convertido su abandono, no deja de ocupar mi cabeza.

Llegué a pensar en olvidarme de todo y seguir mi relación con Isa, tener hijos con ella y sacar a Emma de mi vida de una vez por todas. No la amo, pero tal vez si me esfuerzo lo suficiente podría ser feliz a su lado. Sin embargo, eso me convertiría en un cerdo egoísta e Isabelle no se lo merece.

Por lo general salgo a correr porque me ayuda a distraerme de los problemas, no obstante, hoy parece no funcionar. De manera que en la

próxima cuadra, con *All of me* de *John Legend* sonando en mis auriculares, doblo rumbo a mi apartamento.

Luego de tomar una ducha, ponerme una camisa blanca y un traje negro que he alquilado para la ocasión, tomo mis llaves, mi cartera y salgo en busca de Isabelle para llevarla al bautizo de mi princesa.

Llego a la casa de Isa, me estaciono y subo a su piso. Delante de la puerta tomo un hondo respiro, es lo que odio de esta situación: la tensión que se ha creado desde que pronuncio esas palabras «tengo un retraso.» Nuestra relación solía ser muy natural; hablamos de cosas sencillas, de cómo me había ido en el trabajo, algunos chismes del suyo, las ocurrencias de Thierry o mi tema favorito: mi ahijada. En la semana siempre cenaba en su casa y los fines de semana me ayudaba en el bar. Después yo me colaba en su casa o ella en la mía y echábamos un buen polvo. Me gustaba la rutina que habíamos establecido. Echo de menos esa complicidad. Isa no sólo es una compañera sensacional, también la considero una amiga; pero desde su anuncio todo ha cambiado. Casi no hemos hablado —a menos que sea para cosas puntuales—, esta semana nos hemos visto muy poco y, cuando lo hacemos, a pesar de que cada uno finge que todo está bien, apenas nos miramos a los ojos. Y ni hablar del sexo, no la he vuelto a tocar; lo más lejos que hemos llegado ha sido a un roce de labios.

Una vez que siento que estoy listo para poner mi mejor cara, junto los nudillos y toco la puerta. No pasa mucho tiempo para que me abran.

—¡Mamá, ya llegó Carlos!

—¡Enseguida salgo! —Escucho que grita desde la habitación.

—Hola, campeón. —Saludo y le pongo la mano en la cabeza para alborotarle el cabello—. ¡Guau! Te ves muy bien.

Él baja la cabeza y examina su atuendo: pantalones crema y camisa manga larga rosa pálido.

—Mamá dice que parezco un príncipe. —Su mueca no me pasa desapercibida mientras entramos en el apartamento.

—Tiene razón.

—El rosado es para niñas. —La expresión de su cara me saca una sonrisa.

—El rosado no es sólo para niñas. Además, creo que te queda muy bien.

—Ya me lo dirás cuando te toque llevar una.

—Thierry, cariño, ve por tu abrigo —interviene Isa al entrar en el salón y termina de acomodarse el zarcillo en la oreja izquierda. Viste un vestido de gasa y encaje gris por encima de la rodilla, sin llegar a resultar demasiado corto, con un lazo del mismo color en la cintura. Se ve hermosa.

—Mamá, no quiero llevar una camisa rosa. —Se queja.

—Es rosado, bebé. —Se hinca frente al niño y le acomoda el último botón—, y te queda muy bien.

Mientras contemplo la escena no me pasa desapercibido que no me ha mirado ni una sola vez, por lo que entiendo que toda su atención esté enfocada en el niño a adrede.

—Pero no soy un bebé.

—No, no lo eres, por eso vas a llevar la bella camisa que mami ha elegido para ti sin protestar. —Termina con el botón, le alisa la arruga inexistente de la camisa y le da un beso en la frente—. Ahora ve por tu abrigo.

Refunfuñando, Thierry abandona la habitación. Isa se levanta, se dirige al pasillo y toma su chaqueta ligera, todo sin mirarme. Ni siquiera me ha saludado.

Sus movimientos son bruscos, es como si se peleara con la chaqueta. La contemplo fijamente en silencio. Ese silencio incómodo que nos envuelve

cada vez que estamos en la misma habitación.

¿Qué nos pasó?

Podría preguntarle cómo está, pero es obvio que al igual que yo, no está bien. Así no podemos continuar.

—Isa, tenemos que hablar.

Ella detiene sus acciones a medio terminar y toma un hondo respiro.

—Lo sé, pero ahora no —contesta con voz queda sin voltearse.

Vamos justo a tiempo, por lo que entiendo que no es el momento. Puedo concederle el espacio que necesita. Además, yo también necesito tiempo para saber qué le voy a decir.

—Ya estoy listo.

Le quito los ojos a la espalda de Isa y ladeo la cabeza hacia el final del pasillo por donde viene Thierry caminando con su americana abierta. Finjo una sonrisa.

—Pues andando.

—Hasta que por fin llegas.

Miro mi reloj de muñeca pensando que me he entretenido demasiado con el tráfico.

—Linda, aún faltan veinte minutos para que empiece la ceremonia.

Ella siempre quiere que todo quede perfecto. Se obsesiona hasta con el más mínimo detalle, pensé que al terminar con el impresentable de Brayan eso acabaría, pero hay cosas que nunca cambian.

—¿Dónde está mi princesa? —inquiero, ignorando su mirada asesina.

—Está con Sara —apunta hacia la entrada de la Iglesia, detrás de ella—. Hola, Isabelle, ¿cómo te va?, estás hermosa.

—Todo bien, gracias —contesta en un tono tranquilo, mucho más amable del que me ha dedicado a mí en todo el camino.

Dejo a las chicas y me encamino hacia donde se encuentra Sara —la hermana mayor de Linda—, ella también es la madrina de mi tocaya.

—Aquí está la reina del día. —Se la quito de los brazos a su tía y la levanto al aire. La luz del sol brilla sobre el borde dorado de su vestido blanco, su carita se ilumina y el azul de sus ojos luce más intenso. Parece una pequeña diosa—, pero si estás para comerte.

Con sumo cuidado la acomodo contra mi pecho para no estropearle el bello atuendo y empiezo a mecerla. Suelo hacerlo para calmarla, y aunque ahora está tranquila creo que lo hago porque de algún modo también me ayuda a mí.

—¡Tito, Carlos! —Quito los ojos de la hermosa carita de mi ahijada para ver a Leonardo correr hacia mí y abrazar mi pierna, es el hijo de Adri y Max.

—¡Ey, chiquitín! ¿Cómo estás?

—Mira, le hice una mancha a mi camisa —dice con una gran sonrisa. Efectivamente tiene una enorme mancha marrón en medio de la camisa azul cielo.

Conozco a una que debe estar tirándose de los cabellos.

—¿Cómo estás, hombre?

—Me imagino que esto es obra tuya —digo bajito hacia Max. A juzgar por la mancha que tiene Leo dudo mucho que Adriana le diera algo de comer antes de la ceremonia. Max es el único que consiente a sus hijos en todo. Él con un gesto divertido y las manos en los bolsillos muestra en grande el sello de culpable.

—Quería un helado —dice a modo de excusa—. Adriana ya fue al coche por otra camisa.

—Un día de estos vas a conseguir que tu mujer te mate.

—No lo creo. —Sonríe pretencioso y sacude la cabeza—, me ama demasiado, más ahora que está por convertirse en la señora Lombardi.

—Vamos entrando. —Nos apura Linda, colocándose a mi lado, seguida por Isa. Esta última desplaza sus ojos entre la beba y yo, de inmediato le cambia el semblante.

Esto no puede continuar. Esta misma noche hablo con ella.

Todos nos encaminamos en dirección a la iglesia.

Luego de una larga y tediosa ceremonia salgo de la Iglesia siendo oficialmente el segundo hombre más importante en la vida de Karla Morelli, sintiéndome el ser más afortunado por serlo.

Una vez afuera aprovecho y hago lo que no pude hacer antes —saludar a Alex y a los padres de Vincent—, luego de unos saludos y de mimar un poco a la reina del día, cada uno ocupa su vehículo y nos dirigimos a casa de Linda. Allá se celebrará la fiesta.

La casa dispone de un enorme jardín y el clima está a nuestro favor. No obstante, han puesto una enorme carpa. El clima es tan impredecible aquí que es mejor prevenir. Cuando llegamos me sorprende, en el fondo agradezco que Linda no se inclinara por una decoración rosa, en su lugar ha escogido unos manteles blancos con unos centros de mesa en color marrón. Se ve sencillo y a la vez que sofisticado. Me gusta.

Será una fiesta pequeña, sólo los familiares de Linda, los padres de Vincent y los amigos cercanos.

—Te la está poniendo difícil, ¿eh?

Sigo la dirección hacia donde Alex mira de reojo, Isa está radiante, hablando con Samia mientras ésta última se pasa la mano sobre su vientre creciente. Parecen tener una conversación muy amena.

En el carro, de camino aquí, no me miró. Sus únicas palabras fueron

para responder a las preguntas curiosas de Thierry, del porqué uno debe bautizarse. Al parecer su comportamiento hostil está reservado sólo para mí. Está castigando mi falta de efusividad con su silencio.

—Le estoy dando cierto espacio.

—Pues a ver cómo lo arreglan, la tensión entre ustedes está... uff.

Tiene razón, ni yo mismo lo aguanto. Tanto, que al llegar aquí, sentí la necesidad de servirme un trago. Hacía mucho tiempo que no me sentía de esa manera.

—¿Por qué no intentas arreglar las cosas? Es una chica fantástica, ustedes se ven bien juntos. Yo creo que se merecen otra oportunidad, más si existe el riesgo de que esté embarazada, ¿no te parece?

Pierdo la vista en la mesa donde se encuentran los padres de Vincent con Karla, no dejan de hacerle mimos y me dejo envolver por eso sentimiento cálido y tierno que me rodea cuando la tengo cerca o cuando pienso en ella; siempre me arranca una sonrisa. También pienso en mi mamá, desde que murió hace diez años de una embolia me he quedado solo. Tengo familia, eso seguro, pero llevo tantos años sin verlos que prácticamente no los recuerdo; así que es como si no los tuviera. Antes no me importaba ser sólo yo, pero hace poco descubrí que necesito el calor que un hogar te brinda. Me estoy volviendo viejo y si me voy de este mundo no tendré descendencia, nadie que me extrañe; siempre seré el gran amigo que todos conocían y que se fue. Pienso en Emma, en el hecho de que está viviendo con alguien; en lo rápido que me ha reemplazado. Decido ignorar la opresión que eso me causa. Podría quedarme con Isa, formar una familia con ella, con Thierry y con los hijos que esté dispuesta a darme. Quizá no será feliz del todo pero podría intentarlo. Siempre dicen que uno nunca termina casándose con su gran amor. Sin embargo, ¿sería justo para ella? No lo creo. Ella merece que una persona la ame con toda la intensidad del mundo.

Suena *Say you love* de *Jessie Ware*; me disculpo con Alex con la mirada y mis pies por cuenta propia se desplazan hacia donde se encuentra ella.

—Permiso. —Samia y ella levantan la mirada y cesan su conversación—, ¿me permites esta pieza? —Pido extendiendo la palma de mi mano. Sus ojos se desplazan entre los míos y mi mano, con la frente arrugada, quizá confusa por mi petición y no la culpo. Por un instante tengo miedo de que me deje la mano extendida, pero finalmente termina poniendo su mano sobre la mía y se levanta.

—Discúlpame —dice en dirección a Samia, quien asiente con una sonrisa.

A lo mejor no sabe lo que está sucediendo, ¿a quién trato de engañar?, las mujeres se lo cuentan todo.

Nos dirigimos al centro del jardín en medio de otras parejas que están bailando. La tarde ha caído, el sol únicamente ha dejado rastros en el horizonte y ha empezado a refrescar.

Pongo mi mano en la parte baja de su espalda y la acerco a mí antes de empezar a balancearnos al ritmo de la música. Su cuerpo está rígido, tal vez es el reflejo del mío.

—Lo siento —me disculpo—, a pesar de ser lo último que quería te he hecho daño y no te lo mereces. Eres una persona importante para mí y no sabes cuánto lamento haberte herido de una forma u otra. Llegaste a mi vida cuando más perdido me sentía, cuando me sentía solo me hiciste compañía. Me sacaste una sonrisa cuando pensé que nunca tendría un motivo para sonreír. Y cuando me vi envuelto entre tinieblas, tú ahuyentaste a los demonios y me trajiste de vuelta a la luz. —Según voy hablando, siento como su cuerpo se va relajando—, te voy a estar agradecido toda la vida, odio que no me hables. Te he concedido tu espacio esta semana porque entiendo que lo

necesitas; o tal vez era yo el que necesitaba pensar en lo que realmente quería en la vida, para nuestra vida —corrijo—, eres tan maravillosa que no me perdonaría nunca hacerte infeliz.

Al decir esas palabras voy sintiendo como esa sensación de opresión va abandonando mi cuerpo. Es como una liberación.

»Yo te quiero. —Sí, es cierto. En el poco tiempo que llevamos saliendo he aprendido a quererla. No obstante, querer no es sinónimo de amar—. Si estás embarazada quiero que sepas que estoy dispuesto a cuidar de ustedes, nunca te abandonaría. Si tal es el caso, formaré una familia contigo y Thierry, siempre los cuidaré y te respetaré como la madre de mi hijo y la gran mujer que eres.

Ella se aparta ligeramente, busca mis ojos y yo le mantengo la mirada. De repente esa sonrisa genuina de la cual quedé prendado la primera vez, aparece en sus labios.

—Son las cosas más bonitas que un hombre me haya dicho jamás, si no fuera por el hecho de que hubo dos «Si» en tus últimas palabras, lo hubiera tomado como una bella declaración de amor de tu parte —dice sin perder la sonrisa en ningún momento. Hace una pausa y mira a nuestro alrededor, traga ligeramente, me parece que trata de ahuyentar las emociones. Después vuelve a mirarme a los ojos y un brillo de tristeza la acompaña—. No estoy embarazada.

Su anuncio hace que mis pies se detengan de forma involuntaria.

—¿Cómo lo sabes?, ¿te hiciste la prueba?

—No hizo falta, me bajó el período hace tres días.

No entiendo. ¿Por qué no me lo dijo?, llevo una semana martillándome la cabeza y hace tres días que le bajó.

Ella parece leer la expresión de confusión en mi rostro porque se apresura a aclarar.

—Sé que debí decírtelo, pero tenía miedo de tu reacción. Sabía que si te decía que no había bebé, nuestra relación no sería la misma. No debí hacer eso y lo siento. Me sentía fatal conmigo misma; por eso he estado tan distante. —Asiento procesando sus palabras. En vista de mi reacción no puedo culparla—, no sé porque hice eso, soy una mujer segura e independiente a la que no le gustan las mentiras. Cuando empezamos esta relación y me dijiste que no te sentías preparado, fuiste sincero y lo aprecié; por eso decidí estar contigo a pesar de conocer tus sentimientos. También porque desde que te conozco siento algo por ti. Te quiero, llevo mucho tiempo haciéndolo y nada me haría más feliz que formar una familia contigo. Sin embargo, el alivio que acabo de ver en tus ojos me deja claro que deseas formar una familia, pero no conmigo. —Hace una pausa y se muerde el labio, se le ponen los ojos vidriosos. Cierro los ojos un momento porque sé que le estoy causando dolor y que está tratando de hacerse la fuerte. Lo que hace que me odie un poquito más por hacerla sufrir—. Mira, es cierto que te quiero, pero me quiero más a mí misma; a lo mejor me quieres también, pero nunca llegarás a amarme. No como lo haces con... ella. Creo que merezco una persona que me ame y que esté dispuesta a hacer todas esas cosas que dijiste, pero quiero que lo haga porque le nace de lo más profundo, no porque se vea obligado.

¿Qué puedo decir a eso? Yo también lo he pensado. He salido con muchas chicas y he terminado con un montón de ellas. Sin embargo nunca me importó, simplemente era un capítulo de mi vida que cerraba, pero ahora todo es diferente. Me siento mal, triste y sé que es por ella. Cuando inicié mi relación con Isa jamás pensé que terminaríamos, no así, no tan pronto. Realmente creí que ella me ayudaría a superar lo de Emma.

—Sabes que puedes contar conmigo para...

—No. —Corta mis palabras poniendo una mano sobre mis labios—.

No hagas eso. Lo mejor para ambos es dejarlo en lo que fue: momentos maravillosos que quedarán siempre en nuestra memoria como un bello recuerdo.

Sacudo la cabeza para que su mano caiga. Acuno su rostro entre mis manos, me agacho y estampo mis labios sobre los suyos. Es un beso tierno, inocente, sin lengua, en él me despido sin tener que pronunciar todas las palabras que sobran entre nosotros. Al separarnos, ella me sonrío y me limpia un poco el labial que ha quedado sobre mis labios.

—Eres un gran hombre, Carlos, mereces ser feliz.

La acerco a mí y seguimos bailando a pesar de que hace rato que la canción terminó.

Al rato, Isa pide un taxi y se marcha. No esperó el final de la fiesta, no se despidió de las chicas y tampoco me dejó llevarla. Entendí su forma de pensar y respeté su decisión.

Ya avanzada la noche me siento en un sillón con la beba acostada sobre mi pecho; hace mas de media hora que se durmió, pero no he querido acostarla en su cama.

Adriana y Linda se acercan. La última mira el trago que llevo en la mano y me lanza una mirada reprobatoria pero no dice nada, cosa que agradezco porque realmente lo necesito. Además, no creo que vaya a recaer en la bebida por tomarme un simple coñac.

Ambas toman asiento y me preguntan por Isabelle. Les hago un breve resumen de lo ocurrido, ellas intercambian una mirada cómplice como si ocurriera algo de lo cual no estoy enterado. Tampoco es que me interese.

—¿Y ahora qué? —inquire Adriana.

Doy un trago y saboreo el licor antes de mirarla.

Esa es la pregunta del millón.

Capítulo 24

“Alguien dijo una vez: amor es darle a alguien la capacidad de destruirte confiando en que no lo haga.”

Todo iba bien. El cielo nublado de nueva York por fin había cedido, dejando lugar a un bello día soleado. Hacía calor, pero no tanto. Por fin parecía que iba a disfrutar de la magnífica primavera neoyorquina de la que todos hablaban. Cada vez que venía a la ciudad siempre me enfocaba en las tiendas y los museos, sin embargo, quería algo diferente. Conocer realmente a fondo el lugar donde había decidido vivir. Así que cuando Miguel me llamó y me dijo que quería mostrarme un lugar, no lo dudé ni un segundo; en una camiseta color salmón y unos vaqueros, agarré mi bolso y salí del apartamento dispuesta a pasar un día sensacional. Fuimos a Brooklyn y tomamos el ferry hasta Governors island —una isla de prados, arte y edificios históricos—, pasear por la isla no sólo me permitió escapar del bullicio de la ciudad, sino que fue como dar un salto en el tiempo: visitamos The Castle William, un castillo que fue usado como prisión militar después de la guerra de sucesión, al estilo Alcatraz, entre otros monumentos. La isla tenía mucho valor histórico. Además de que estaba frente a Battery park, quedé maravillada. La vista desde allí hacia el bajo Manhattan era increíble. Al regresar a Manhattan nos paramos en un deli; compramos algo para degustar y caminamos hasta Central Park. Las personas siempre hablaban de la belleza de ese parque. Sin embargo, creo que hasta que uno no lo ve con sus propios ojos no lo aprecia realmente.

Nos tiramos en el césped verde. La tarde estaba cayendo y había refrescado agradablemente.

—Quiero llevarte a un lugar está noche.

—Tú sólo di salta y yo preguntaré desde que altura.

Miguel sonrió.

—Espero que te guste el jazz —añadió mientras empezaba a quitarle el plástico a su sándwich. Hice una mueca, no era fan de ese tipo de música.

—Pensé que propondrías algo... no sé, ¿más movido...? como el Copacabana.

Me había divertido mucho la vez que fuimos.

—Ya verás, te va a encantar el lugar. La música es buena y la comida es aún mejor.

—Bien, ¿a dónde me quieres llevar?

—Al Palace Jazz & club. Está en el Upper West Side.

Estaba a punto de dar un bocado a mi ensalada cuando me detuve a medio camino y ladeé la cabeza para mirarlo sorprendida. Hasta donde tenía entendido esa parte de la ciudad era para personas de cierto nivel económico, me asombró mucho que quisiera llevarme allí.

—¿Te ganaste la lotería y no me has contado?

Miguel se carcajeo.

—Si tal fuera el caso, créeme, ya lo sabrías —contestó, justo antes de morder el pan. Hizo una pausa y masticó saboreando el atún—, Mario es el chef, de vez en cuando al salir del trabajo voy allá, la verdad es que me la paso sensacional.

No sabía eso.

—Parece que lo de ustedes va en serio, ¿eh? —pregunté divertida, chocando mi hombro con el suyo.

Por primera vez me pareció ver a Miguel sonrojarse.

—Lo estamos intentado —dijo algo tímido mientras de limpiaba un poco de mayonesa de la boca con una servilleta de papel. Sonreí complacida, Miguel era promiscuo, pero al haberse quedado únicamente quería algo más real.

—Me alegro por ambos.

—Ummm... supongo que ahora este caramelito al que todos quieren hincarle el diente está fuera del mercado.

—Ok. Pero tú pagas la cena.

—¡Oye!

Me reí. No estaba hablando en serio. Él ya había pagado el ferry y la comida.

Seguimos comiendo hasta que un corredor pasó frente a nosotros: un hombre de color, alto, sin polo, pecho sudoroso y abdominales listos para pasarles la lengua por cada una de las tabletas.

Lo admito: babeé. Pero es que... ¡Oh, señor! Si existía un cuerpo perfecto, ese sujeto era sin duda la prueba de ello.

—Se supone que estás en una relación seria. No se vale mirar —dije poniendo mi mano delante de los ojos de mi amigo «caramelito fuera del mercado», luego de atraparlo en babealandia.

—¡Oye! Que esté a dieta no significa que no pueda ver el menú.

Nuestras risas se vieron interrumpida por el tono de mi celular.

—¡Hola, perdida! —No entendía por qué siempre me saludaba de esa manera si hablábamos casi a diario.

—¿Cómo va todo del otro lado del océano?

—Ya me ves... —dijo señalando unas cartulinas, papel crepé y otros materiales sobre la mesa. Como había acomodado el teléfono al borde pude tener un gran ángulo de todo—, ayudando a Linda con los centros de mesas para la decoración del bautizo.

—No entiendo para qué, sus maridos trabajan mucho y ustedes viven economizándoles el bolsillo.

—Una cosa no tiene que ver otra. Además, Linda quería ocuparse de todo. Es su primera hija y ella quería darse el gusto. Ya sabes cómo es... se

obsesiona hasta el último detalle.

—¿Muñeca, llamaste al hotel Bel Air como te aconsejé? —preguntó Miguel, situándose delante del teléfono y tapando mi cara por lo mismo.

—Sí, pero aún no me confirman. —Los miré a ambos sin entender de qué estaban hablando—, pero el lunes volveré a llamar.

—Ya verás, te va a encantar —continuó Miguel con los ojos brillosos y una gran sonrisa.

—¿Están hablando de algún secreto de estado o me dejan adrede fuera de la conversación?

Vi a Adriana entornar los ojos mientras continuaba pegando una flor marrón, que por cierto le quedó muy bonita, al lado de una dorada contra un cilindro forrado con papel crema.

—Es para la boda, Miguel me lo ha recomendado.

Asentí levemente.

—Sí, tienen un gran jardín —dijo él.

—Y un salón de eventos precioso —continuó Adriana.

—Así podrá tener la boda al aire libre que ella quiere —añadió Miguel. Es como si tuvieran ensayadas sus respuestas—, ¡ah, por cierto! —Chasqueó los dedos como si acabara de recordar algo—. ¿Compraste las revistas de novias que te dije?

—Sí, les estuve echando un ojo. Tienen cosas bonitas. —Los miraba uno al otro sin dar crédito. ¿En qué momento hablaron de todo eso?

—¿Se puede saber por qué él está enterado de todo y yo que soy tu mejor amiga no lo estoy? —intervine fingiendo molestia.

—Porque hablamos casi a diario sobre los preparativos —dijo Miguel, mirándome fijamente. Me parece que se está conteniendo de poner los ojos en blanco.

—Y porque a ti no te interesan esas cosas —agregó Adri como si fuera

obvio.

—No es cierto.

—Claro que lo es. —Tenía razón por lo que no insistí, pero ella era mi mejor amiga y estaba dispuesta a hacer una excepción—, estás igual que yo, pero con la diferencia de que estoy involucrada porque seré la de blanco. —Se señaló así misma con el dedo—. Aunque aún no estoy segura si iré de blanco. Por lo virginal, ya saben.

—Eso no tiene nada qué ver —intervino Miguel—. ¿En qué siglo viven ustedes dos?

—¡Se me acaba de ocurrir una idea! ¿Por qué no vienes a nueva York y entre los tres escogemos tu vestido de novia? —propuse.

—¡Siiiiii! —Miguel dejó claro por su entusiasmo que le emocionaba la idea. Adriana arrugó la frente y dejó de cortar la flor prediseñada en la cartulina, como si lo estuviera considerando.

—No puedo —dijo después de unos segundos.

—¿Por qué no?

—Porque los niños tienen colegio. Además, ¿para que ir tan lejos cuando puedo agarrar un fin de semana y comprar el vestido en París o Bruselas?

—¿Y para qué está tu marido además de para darte uno que otro orgasmo? —Adriana me lanzó una mirada reprobatoria, no le gustaba que hablara de su vida sexual con Max.

—Él no puede. Tiene que trabajar.

—¿Y tu mamá?

—Ella está en Santo Domingo, ¿recuerdas?

Cierto, me había olvidado.

—¿Y por qué no los dejas con Alex y Michelle? —insistí. Hacía ya unos meses que no la veía y me hacía mucha falta.

—Terminaron —anunció como si fuera algo de lo que yo estaba enterada.

Me quedé confundida, ¿cuantas cosas habían pasado desde mi partida?

—¿Terminaron?, ¿cuándo?, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Tengo miles de cosas en la cabeza. Supongo que se me pasó. Ya te contaré. —La boda, el bautizo, los niños, el trabajo. Era entendible—, ¡Mierda! —gritó de pronto; haciendo caer el teléfono al piso.

—¿Qué pasó? —le pregunté al tener únicamente la visión del techo de la casa de Linda.

—Me quemé con la jodi...

—Acabo de hablar con Carlos. —La interrumpió Linda. Fue escuchar su nombre para que el corazón me empezara a palpar con prisa—. Pensé en que como ha tenido problemas con Isa por lo del embarazo, no la traería al bautizo, pero me dijo que sí. Qué irán juntos a la Iglesia.

Me quedé con el teléfono en las manos, pero sentía que me faltaban las fuerzas y que en cualquier momento lo iba a dejar caer.

—¡Linda! —la regañó Adriana.

—¿¿Qué?! Yo sólo pensaba, pero al parecer han arreglado sus dificultades.

—¡Linda! ¿Te puedes callar?

No pensé que fuera posible, pero juro que sentí mi corazón detenerse por un fragmento de segundo.

«Carlos», «¿embarazo?»

Era todo lo que mi mente logró retener.

Entendía esas palabras. Sabía lo que significaban, sin embargo me costaba ponerlas en una misma oración.

—¡Emma!

—¿Estás hablando con Emma? —preguntó Linda, cayendo en cuenta de lo que acababa de ocurrir.

—Sí, estoy hablando con Emma —respondió irritada—, ¿Emma? —Volvió a decir Adri en un tono de evidente preocupación.

Carlos iba a ser papá. Era lo que quería, fue por ello y lo consiguió. Ya no estamos juntos. Yo lo dejé. No debería molestarme, pero lo hacía y mucho. No sólo me molestaba, me dolía. Dolía como el demonio.

—Emma... —Era la voz de Miguel, que me zarandeaba—. Mierda, responderme.

Quería mirarlo, quería responderle, pero a pesar de que mi cuerpo estaba ahí, mi espíritu se había marchado a otra dimensión paralela queriendo escapar del deseo de llorar, de la sensación de que una daga se me estaba clavando en el pecho provocando dolor en cada poro y en cada hueso de mi cuerpo. Nunca había sentido un dolor tan grande.

¿Alguna vez han escuchado el sonido de un corazón romperse?, porque puedo decirles exactamente el sonido que tenía mientras se hacía añicos dentro de mi caja torácica. Eso, más el color de la traición. Todo lo veía gris a través de las lágrimas retenidas. Si, yo había seguido con mi vida, me había mudado a otro país y tenía un nuevo trabajo. Sin embargo no lograba sacármelo del corazón mientras que él estaba a punto de convertirse en un hombre de familia. Entonces, ¿dónde había quedado todo ese amor que me había jurado?, ¿tan pronto lo olvidó? ¡Eso era imposible porque yo no lo había logrado!, únicamente había una respuesta a esa pregunta, ¡Todo había sido una gran mentira!, ¡Nunca me amó!

De repente todo ese dolor y desilusión que me invadía se convirtió en algo diferente: Rabia. Quise tomar un avión para ir a decirle sus cuatro verdades a ese desgraciado. Gritarle en su cara lo mentiroso que era, pero estaba muy lejos. Sentía como la mezcla de ira, desilusión, dolor y traición

burbujeaban en mis venas. Un delicioso coctel para convertirme en lo que alguna vez fui: la perra sin sentimientos que no dejaba entrar a nadie en su vida. Sentía que me ahogaba. La necesidad de desquitarme me invadió, y ya que él no estaba, sabía quién era la candidata ideal para ser el blanco de mi rabia.

—Emma, ¿estás bien?

Ignoré las palabras de Miguel, sacudí la cabeza para alejar la bruma y para que las manos de Miguel cayeran. Levanté el teléfono y enfoqué la vista, visualizado el rostro de una preocupada Adriana y una arrepentida Linda.

—Veo que lo de Alex no fue lo único que se te fue de la cabeza —dije sin ocultar todo el resentimiento y la decepción que sentía.

—Pensé en decírtelo, pero no le vi el sentido —dijo sin un ápice de arrepentimiento.

—¿Ah, sí? —continúe iracunda—, ¿y cómo por qué no le viste el sentido?

—Porque sabía cómo te sentirías. Y aunque no me lo dijeras, te conozco lo suficiente como para saber que te iba a doler.

—No lo hace —mentí con vehemencia.

—¡Ay, Emma, por Dios! ¿En serio lo vas a hacer?

—¡¿Hacer qué?!

—Encerrarte en ti misma y hacer como si nada de eso te afecta.

—No hagas como si te importara lo que estoy sintiendo, me has estado mintiendo.

—¡No te he mentado! —exclamó ofendida—. Simplemente no te lo dije.

—¡Es lo mismo! —grité aún más dolida, no podía creerlo. Entre ella y yo nunca había habido secretos; por más duro que fuera siempre íbamos con la verdad por delante.

—¿Y de que hubiera servido que te lo dijera?, ¿ibas a tomar un avión para finalmente decirle a Carlos lo que llevas atorado en el pecho desde hace meses o te ibas a quedar en Nueva York sintiéndote pérdida y hundida en tu dolor?, ¡Eh, Dime! —Me retó. Me quedé callada, fulminándola. Por primera vez en años deseé que no me conociera tan bien. Odiaba ser tan transparente en ese momento. Incluso para ella—. Tú fuiste la que se marchó, él no podía simplemente esperar a que te dignaras a regresar. Sí, soy tu mejor amiga. Sí, debí habértelo dicho. Pero ni siquiera es seguro, así que no vi la necesidad de lastimarte con algo que no está confirmado, si eso me convierte en una mala amiga, pues me declaro culpable; pero no vengas a querer adjudicar juicios cuando tú eres la única culpable de todo esto.

—En algo tienes razón, soy culpable de haber depositado mi confianza en quien no lo merecía.

Su rostro se contrajo de dolor.

—Enserio te pasas.

Sabía que estaba siendo injusta, que ella no tenía la culpa de mi estupidez, pero el dolor no me estaba dejando ver con claridad. Tenía el estómago contraído. Era como si me hubieran apuñalado dos veces; él, por haber embarazado a otra, y ella, por haberlo ocultado. No existían palabras para explicar mi agonía. Mientras por fuera poseía una calma sepulcral por dentro me estaba partiendo en pedazos.

—Emma, lo sien... —Linda empezó a disculparse. Sin embargo estaba cansada de seguir con aquella discusión que no me llevaría a ninguna parte y corté el vídeo llamada.

Me levanté del césped y agarré mi bolso.

—Bombón —dijo Miguel con un deje de compasión en la voz

—¿Lo sabías? —Me le quedé mirando con las emociones a flor de piel y las lágrimas amenazando con salir. En cualquier momento me derrumbaría

y no quería que nadie fuera testigo—, ¡respóndeme!, ¿lo sabías?

—No. Por mi virgencita de Guadalupe, que no —contestó sin pestañear.

A pesar del estado en el que me encontraba todavía creía en la sinceridad que veía en sus ojos. No había alma más pura que la de Miguel. Aparté la vista al ver su deseo de querer consolarme. No quería eso, tampoco compasión. Lo único que deseaba era olvidarme de toda esa mierda, y la única forma era beber hasta perder el conocimiento.

Le di la espalda y empecé a alejarme en dirección a la salida del parque.

—Emma, ¿a dónde vas?

No respondí. Seguí caminando; alejándome de él, alejándome de todo, huyendo del dolor.

De camino a casa me paré en una licorería y compré tres botellas de tequila. Sabía que a esa hora, Scott aún seguía de servicio y me venía perfecto porque no quería enfrentarme a uno de sus interrogatorios.

Al cruzar la puerta, mis ojos se abrieron por la sorpresa, no sólo de encontrarlo allí, sino también porque acababa de salir del baño. Tenía una toalla alrededor de la cadera y las gotas todavía brillaban esparcidas por su tonificado cuerpo. Justo como en los primeros días que me mudé a esta casa, se me secó la boca. Se veía glorioso.

—¿Mal día? —Hizo una inclinación de cabeza en dirección a la bolsa que llevaba en las manos.

Miré las botellas. Me sentía ridícula; estúpida por creer que era la única mujer con la cual algún día Carlos desearía tener hijos. Estúpida por aguardar la esperanza de que todavía me siguiera queriendo, pero sobre todo, estúpida por seguirlo amando. Mis ojos se desplazaron entre la botella y el cuerpo de Scott, con la adrenalina, el enfado y dolor corriendo por todo

mi ser, me tomó dos segundos tomar una decisión.

Coloqué la bolsa con las botellas, mis llaves y el bolso sobre la mesa, crucé el salón; y al llegar a él, quien me miraba entre la sorpresa y la duda, acuné su rostro con una mano, me puse de puntillas y estampé mis labios con fuerza y desesperación sobre los suyos. Con la otra mano agarré el nudo que mantenía la toalla atada a su cintura, dispuesta a liberarlo de ella. Scott me agarró por la nuca, subió la mano hasta mi cuero cabelludo, enredó los dedos y tiró del pelo con brusquedad para apartarme, pero sin llegar a causarme dolor. Al mismo tiempo agarró mi mano deteniendo mis movimientos.

Mi pecho subía y bajaba de forma irregular.

Me miró detenidamente, ¿buscando qué?, ¿duda?, ¿inseguridad?

—¿Qué haces?

—Quiero follar —respondí, desprovista de cualquier emoción.

Miró mis ojos, luego mis labios, saboreando mis palabras. Había empezado a excitarse. La tensión de su miembro bajo la toalla era evidente. No era totalmente inmune a mí. Sin embargo, su expresión no cambió, no dejó pasar nada. Me era imposible saber cuál sería su próximo paso, Scott pegó su frente a la mía e inhaló fuerte, me agarró por la cintura como si estuviera llevando una batalla interna antes se arremeter contra mi boca y besarme con fuerza e intensidad. Giró conmigo en brazos y me pegó contra la pared del pasillo. Su rudeza era lo que necesitaba en ese momento. Su beso fue casi perfecto; como una vez pensé. Su lengua experta encontraba la mía y juntas se lanzaban en un baile lleno de erotismo y sensaciones que abrían paso a un deseo intenso, gemí dentro de su boca mientras que por mis venas recogía el calor abrasador que despertaba mi cuerpo de un largo letargo; de meses de abstinencia. Scott volvió a tirar de mi cabello, inclinándome la cabeza hacia atrás y cubrió mi cuello de besos y mordiscos.

Me subió la blusa, me sacó el seno por encima del sujetador y chupó, emitiendo la presión justa y necesaria; mis pezones que ya estaban endurecidos por el beso lo hicieron aún más bajo la calidez de su lengua, provocándome una sensación deliciosa; logrando que ardiera para él.

Me abrió los pantalones y me los quitó con prisa. Parecía que tenía urgencia de poseerme. Tiré de la toalla, y al caer al piso liberó su masculinidad, erecta y orgullosa, lista para mí. Verlo me puso a cien, lo desee aún más. Me había olvidado de lo mucho que me gustaba el sexo y de lo que disfruto con él. Scott se puso de rodillas y cubrió mi estómago de besos. El vello de su barbilla me hizo querer que no se detuviera nunca. Su boca se posó sobre mi sexo por encima de la ropa interior crema, se me alteró aún más la respiración. Deseo con ansias que nada se interpusiera entre su boca y mi sexo. Quería sentirlo, ver si era tan experto allí abajo como cuando me besó.

¿A quién pretendía engañar? Sabía a ciencia cierta que su lengua me enloquecería y era justo lo que necesitaba.

Tiró del tanga a un lado, abrió mis pliegues y chupó. El éxtasis hizo que todo mi cuerpo se contrajera de placer. Dejé caer la cabeza hacia atrás contra la pared. No puede contenerme y enterré mis dedos en su cabello, acercándolo más. Besó, chupó y sopló la zona, proporcionándome una deliciosa sensación. No era que no me hubiera masturbado durante los meses de abstinencia, pero no era lo mismo. No era lo mismo sentir esa boca experta mientras hacía círculos con la lengua alrededor de mi clítoris, haciendo que me removiera y jadeara de placer.

—Dios... si, si... justo así —pedía como una posesa, mientras acercaba más mi cadera y presionaba su cabeza contra mi entrepierna.

El sudor me recorría la espalda, sentí como se me iba formando un orgasmo que se avecinaba arrebatador. Me besó con más fuerza. Era como

si disfrutará el darme placer, igual que yo al recibirlo. Se me nubló la mente, me contraje de los pies a la cabeza y me vine. Fue intenso y delicioso. Sentía la cabeza ligera y no lograba pensar con claridad. Él seguía lamiendo y chupando con suavidad mi clitoris mientras que los efectos del orgasmo pasaban y las piernas las sentía tan ligeras que me empezaron a flaquear.

Scott se levantó, deslizando sus manos por mis piernas hasta mis nalgas. Mis fluidos brillaban en sus labios y el olor a sexo inundó mis fosas nasales.

—Deliciosa —dijo justo al pasar la lengua sobre sus labios. El gesto me pareció erótico y muy ardiente—, no he terminado contigo —añadió, y luego volvió a besarme, permitiendo que me saboreara en él.

Me apretó el trasero y me levantó, enredé mis piernas alrededor de sus caderas y permití que me llevara a una de las habitaciones. Todavía besándome caminó conmigo hasta la cama y me depositó con una delicadeza que contradecía la brusquedad de su beso.

—Ábrete para mí —pidió deteniéndose al pie de la cama, se acariciaba el miembro que se erguía precioso, glorioso—, quiero verte.

Y lo hice sin ningún pudor, me quité la braguita y me abrí para él. Sus ojos se ensombrecieron de deseo. Me sentí deseada y sensual. Tomó su billetera de encima de la mesita al lado de la cama, la abrió y sacó un preservativo. Se lo puso y se inclinó sobre mí, acomodándose entre mis piernas; reteniendo el peso de su cuerpo sobre su brazo. Sentí su glándula entrar y cerré los ojos para disfrutar de la deliciosa sensación que me invadía.

Jadeé una vez que estuvo totalmente dentro de mí.

—Mírame. —Su voz salió enronquecida.

Obedecí a su orden y, al hacerlo, me topé con unos ojos negros que ya había visto, pero que me parecieron diferentes. No eran los de Scott, aquellos

iris pertenecían al hombre que me había partido el corazón en trozos.

Fue mi perdición, mi caída libre hacia el vacío.

Scott tomó mi pierna y la acomodó sobre su cintura mientras seguía entrando y saliendo de mi interior. Yo no dejaba de pensar en aquellos ojos negros que me miraban intensamente, poseídos por la lujuria, pero me faltaba algo; la ternura que no sólo me hacía sentir la mujer más bella y deseada del mundo, sino también la más amada.

—Sabía que estar dentro de ti se sentiría exactamente así —susurró, pero yo apenas lo escuché. Estaba inmersa en el recuerdo que me traían aquellos ojos.

Sus manos se movían por mi cuerpo, excitándolo, sin embargo faltaba la calidez que me atravesaba en cada ocasión que él me hacía el amor, colándose bajo mi piel.

Carlos siempre tenía las manos cálidas, no importaba la estación del año. Traté de bloquear mis pensamientos, sacarlos de allí y concentrarme en lo que Scott me hacía sentir. Necesitaba hacerlo. No quería seguir sufriendo.

—Scott... —gemí, necesitaba recordar con quien estaba. Sólo él y yo.

Me moví a su ritmo y empujé hasta el fondo, sintiendo nuestros cuerpos unirse. Busqué sus labios y lo besé, bloqueando mi corazón y mente. Disfruté de cada beso, de cada caricia, sin embargo el acto me pareció frío, carente de verdaderos sentimientos. Antes no me importaba, pero en ese momento me sentí vacía y miserable. El dolor volvió y con él mis ganas de llorar. Aun así me esforcé, seguí moviéndome con más brío. Sentí el cuerpo de Scott tensarse arriba de mí, supe que se correría en cualquier momento; también quería hacerlo. Me negaba a darle la satisfacción a Carlos de quitarme también eso. Me había arrebatado el corazón, el sentido común, mis pensamientos, pero yo todavía podía controlar mi cuerpo y mis órganos.

Odié a Carlos por hacerme sentir tan desdichada y me odié a mí misma

por permitírselo.

Scott se corrió y yo también lo hice, pero no con la misma intensidad de antes. Pegó su frente sudorosa a la mía mientras su respiración volvía a la regularidad. Una vez que la adrenalina y el éxtasis hubieron pasado no pude contener más la tristeza. No lo soporte más y volteé la cabeza para que Scott no viera las primeras lagrimas caer.

Una vez María Teresa dijo «Si amas hasta que duela, entonces ya no habrá más dolor, sólo más amor.» Y no podía estar más en lo cierto, tenía el corazón destrozado, pero amaba a Carlos más que nunca.

Scott salió de mí, se quitó el preservativo, lo anudó y lo dejó caer al suelo. Se acomodó en la cama y me estrechó contra su pecho mientras me cubría con la sabana. Se lo agradecí en silencio porque a pesar de que acabábamos de intimar y que aún llevaba mi blusa, me sentía expuesta.

Nos quedamos en silencio al tiempo que él acariciaba mi cabello.

—¿A dónde te fuiste? —preguntó—, estabas totalmente entregada hasta que de pronto te marchaste lejos, ¿qué ocurrió?

Moví las manos sobre su pecho tonificado, con movimientos lentos y marcados, acariciando el tatuaje sobre su piel. Recuerda conservar la mente serena en los momentos difíciles.

—¿Por qué te tatuaste estas palabras? —pregunté, ignorándolo con toda la intención.

Scott se quedó callado como si meditara mis palabras. Si no hubiera sido por el movimiento de sus dedos sobre mi cabello hubiera pensado que se había quedado dormido.

—Hace unos años cuando estuve en Afganistán, mi mejor amigo y yo teníamos orden de abandonar la base para ir a buscar unos suministros. Era una misión de rutina, nada peligrosa, aunque cuando estás en medio de una guerra cualquier cosa puede resultar peligroso. La aldea donde teníamos

que ir estaba apenas a unos kilómetros de nuestra base. Íbamos alegremente conversando de las cosas que haríamos a nuestro regreso a casa. Cuando llegamos le pedí que aguardara un segundo porque tenía que orinar, pero él siguió hacia adelante. Se suponía que la zona estaba despejada, se suponía que era algo sencillo... —Detuvo sus palabras como si necesitara unos segundos para controlar la emoción que se coló en su voz a pesar de querer esconderla—, nos emboscaron. Escuché un intercambio de disparos y cuando subí mi bragueta para ir a ver lo que sucedía, él ya había sido atrapado. Me cubrí detrás de un viejo edificio mientras estudiaba la situación. Eran seis y lo tenían rodeado. Estaba herido; tenía tres agujeros en el estómago. Quise salir, hice contacto visual con Will para indicarle mis intenciones, pero sabía que era una misión suicida, moriríamos los dos; entonces sacudió la cabeza pidiéndome que no lo hiciera. Eran unos bárbaros, no les bastó dispararle, empezaron a torturarlo. Vi todo en rojo, me estaba matando la impotencia y la rabia de no poder hacer nada. Deseaba salir y acabar con cada uno de esos malditos, pero no podía hacerlo. Will se sacrificó para que yo pudiera escapar y eso fue lo que hice. —Hizo una pausa, pensé que había terminado con su relato; entonces añadió—: tenía una novia y le iba a pedir matrimonio a su regreso. —Se me encogió el corazón de la pena, por él y por su amigo, muchas personas ignoran todo lo que sucede en el mundo; la cantidad de vidas que se pierden para que podamos vivir en paz.

»Cuando estás en la guerra ves morir a muchos compañeros. Aunque morir es lo más piadoso que podría llegar a pasar —añadió—, algunos son sometidos a cosas atroces, cosas que te llevan a ti a cometer las mismas atrocidades, cosas que quisieras olvidar, cosas que podrían volver loco a cualquiera. —Hizo otra pausa como si se hubiera perdido en esos pensamientos que lo llevaron devuelta a aquel lugar de muerte—. Por eso

me la tatué; para recordarme que aún en las situaciones más difíciles debes conservar la calma para no perder la cabeza.

—Lo siento —dije con sinceridad. No sabía a ciencia cierta las cosas por las que había pasado, pero me imaginé que debieron ser terribles.

—Y ahora que ya estás satisfecha con tu curiosidad para evitar mi pregunta, ¿podrías responderme?

—¿Qué cosa?

—Ya sabes qué, pero si quieres te lo voy a recordar, ¿qué sucedió para que quisieras acabar con el suministro de tequila de la ciudad? —Suspiré al recordar la conversación con Adri. Pensé que acostándome con Scott me sentiría mejor, pero no fue así.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste que me había traído a nueva York? —Él no respondió, pero sentí su cabeza moverse en asentimiento.

—Me dijiste que por trabajo y no sé cuántas bobadas más.

—No eran bobadas, eran ciertas. Además de otro motivo...

—Un hombre —interrumpió.

—¿Cómo lo sabes?

—Únicamente existen tres motivos por la que una mujer sola decida irse a otro país: La primera es por trabajo, lo que también es tu caso. La segunda es cuando se muere algún familiar y tratas de huir de los recuerdos y el dolor que te provoca tu entorno. Y la última es por amor, o mejor dicho, por un corazón roto; y en vista de que me has hablado de tu familia, de tus amistades y de lo mucho que quieres a cada uno de sus miembros, doy por hecho de que se trata de un hombre.

—Suspicaaz —bromeé. Traté de sonreír, pero fracasé.

—Soy muy bueno observando a las personas, por eso soy bueno en mi trabajo. Aunque reconozco que tus llantos nocturnos me han dado la primera pista. —Esbocé una sonrisa débil.

—¿Qué pasó? —me apremió a continuar al ver que me quedé en silencio.

—Pasó que es un hombre maravilloso, pero me di cuenta tarde. Todo empezó con una noche de tragos, luego nos dimos cuenta de que el sexo era algo que se nos daba muy bien y seguimos follando, pero sin compromiso ni involucrando sentimientos. Estúpidos fuimos al creer que eso era posible. Al principio, él me confesó que me amaba, pero yo siempre huía de las relaciones y me rehusé a quererlo. Pero Carlos nunca se dio por vencido y cuando pensé que podía llegar a perderlo, accedí a dejar mis miedos de un lado y dejarlo entrar. Todo funcionaba bien, pero las personas nunca están contentas con lo que tienen, siempre quieren más... Y volví a asustarme, por lo que empecé a poner distancia otra vez entre nosotros.

—¿Por eso viniste aquí?, ¿para poner distancia?

—Entre otras cosas.

—¿Y qué ocurrió para que te alteraras?

—Descubrí que Carlos va a ser papá —dije, y todo mi cuerpo volvió a tensarse. Traté de que la amargura y el dolor que me produjeron esas palabras no se notaran, pero no fue el caso.

—Lo siento. —Su voz sonó sincera.

—No lo hagas. —Levanté la cabeza y lo miré a los ojos—, ser padre y tener una familia fue lo que él siempre soñó. Es sólo que nunca pensé que me olvidaría y seguiría con su vida tan fácilmente mientras...

—Mientras que tú sigues queriéndolo. —Terminó la frase por mí.

Volví a recostarme contra su pecho y ambos nos sumergimos en un silencio tan profundo que podía escuchar los latidos de su corazón mientras su pecho subía y bajaba paulatinamente.

—¿Qué vas a hacer?

—Concentrarme en lo único que me queda y que sé hacer bien: mi

trabajo.

Nos volvimos a quedar sumergidos cada uno en nuestros pensamientos hasta que algo pasó por mi cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dime —respondió casi se inmediato.

—Una vez me dijiste que no te acostarías con una mujer sentimentalmente vulnerable, ¿qué te hizo cambiar de opinión?

—La determinación en tus ojos. Estabas tan molesta que supe que lo harías conmigo o sin mí. Y para serte sincero, prefiero que sea conmigo a que vayas y te acuestes con el primer loco que encuentres por ahí.

Seguimos hablando hasta que estuve más tranquila. Salimos de la cama siendo más amigos que antes. Me pidió que llamara a Adriana, pero por primera vez en años no sabía qué decirle.

En la tarde del domingo recibí unas fotos del bautizo de la niña de Linda, junto con un mensaje de excusa de su parte. No respondí, sin embargo, disfruté de cada foto, y más en las que estaba él. Si, soy una tonta que le gusta auto flagelarse, me pasé la noche viendo cada una de las fotografías donde salía Carlos. Adoré esas en donde sostenía a la beba en sus brazos. Su expresión de ternura y regocijo confirmó lo que yo ya sabía; sería un padre estupendo.

Y aquí estoy, lunes en la mañana, con la cabeza hecha un lío. Sin embargo, me niego a seguir martirizándome, tengo una inauguración que preparar.

Y una persona con quien hablar, pienso en medio de un suspiro al ver al sr. Wright pasar frente a mi oficina. Me levanto y me aliso las arrugas del vestido rosado pálido.

—Ahora o nunca —digo para animarme.

Voy hasta su oficina y encuentro la puerta entreabierta. Aun así, toco y asomo la cabeza entre el marco y la misma.

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—¡Emma! —exclama con una gran sonrisa. Cosa que siempre hace cuando me tiene de frente—. Claro, cariño, adelante.

Al entrar me le quedo mirando, escogiendo mis próximas palabras, ¿cómo le digo que la persona en quien más confía lo ha estado engañando?

—Dime —me apremia, se quita el saco al ver que me he quedado como estatua—, ¿sucede algo? —*De suceder, sucede. ¡Y mucho!*—. Emma. Querida, ¿estás bien?

La verdad es que mientras hablaba con Scott sobre esto la noche anterior todo parecía más claro en mi cabeza.

—Verá, sr. Wright...

—Cariño, te he dicho que me llames Henry.

Fuerzo una sonrisa.

—Mire —empiezo a decir antes de girarme y cerrar la puerta detrás de mí—, lo que le tengo que decir es algo delicado...

—¿Sucede algo con la inauguración? —Esta vez, su tono al igual que su rostro, pasa de ser cálido a preocupado.

—No, bueno, sí...

—¿Sí o no? —Sonríe ante mi evasiva—, niña, por Dios, sólo dime qué sucede. Sea lo que sea, no creo que sea tan malo.

—Es sobre Phil.

—¿Qué pasa con él? —No deja que termine.

—Lo ha estado engañando. —Su desconcierto es evidente.

—¿De qué estás hablando?

—De esto... —digo abriendo los brazos y abarcando toda la

estancia—, y de eso... —Señalo el cuadro que está detrás de él. El sr. Wright sigue la dirección de mi dedo hasta el cuadro señalado.

—¡Oh, eso! —Su semblante vuelve a relajarse y toma asiento—. Ya te he dicho que es una réplica.

—No, no lo es. Y creo... no, no lo creo, estoy convencida de que Phil está usando la galería para contrabando de arte, joyas y sabrá Dios que cosas más.

—Eso es imposible —me contradice incrédulo, pero conservando la serenidad.

—Con todo el respeto que le debo, señor —empiezo a decir, acercándome a su escritorio—, como usted mismo dijo el día en que llegue aquí, no conoce mucho sobre arte, pero yo si lo hago, le puedo asegurar que ese cuadro no es una réplica. Es original y es el mismo que fue robado del museo de arte moderno de París hace unos años. —Él abre la boca para decir algo, pero no lo dejo—. Y no es sólo eso, desde que Phil regresó de su viaje he notado algunas cosas extrañas.

—¿Cosas cómo qué?

—Irregularidades sobre algunos cuadros que son imposibles de rastrear, robo de joyas.

—Es que eso no es posible, conozco al Phil y él no haría nada de eso —refuta poniéndose de pie, con tono reprobatorio.

Entiendo su resistencia. No debe ser fácil asumir que la persona que quieres como a un hijo sea un vil ladrón.

—Pero lo ha hecho y siento tener que ser yo quien se lo diga. Hace unas semanas un hombre me interceptó a una cuadro de aquí, me exigió de una manera poco ortodoxa que le devolviera una joya que supuestamente está expuesta en el museo nacional de historia Natural de Smithsonian, y que por alguna razón está o estaba en una gaveta en la oficina de Phil.

—¿Y por qué te lo exigió a ti? —Su tono es acusatorio, no me gusta. No quiero que vaya a pensar que puedo estar involucrada en un asunto tan grave como este.

—No lo sé. Aunque el incidente ocurrió luego de que acompañara a Phil a la gala Grimaldi, no creo que sea casualidad que el hombre que me abordó y me amenazó en la calle sea de la misma etnia que Alexey Kozlov; hombre con el que estuve hablando durante la gala y al cual Phil conoce.

—Pero puede ser una coincidencia, Phil conoce a muchas personas.

—A lo mejor, pero sería demasiada casualidad, ¿no le parece?

Su expresión se endurece. No tengo idea de si es ira o incredulidad. Puede que ambas.

—Mire, sr. Wright —digo con voz pausada—. Créame que antes de hablar con usted, me he asegurado de que cada una de mis sospechas sean ciertas, de verdad lamento decirle que lo son; no hay dudas.

Me mira y le mantengo la mirada. Quiero que esté seguro de que todo lo que he dicho es cierto y de que nada tiene que ver con mi apatía hacia Phil. El señor Wright se deja caer en su silla con aire derrotado, en su rostro se puede ver el dolor por la traición de un ser querido. Lo comprendo. Se que es muy duro.

Pone sus brazos sobre el escritorio y entierra su cara entre sus manos.

—Creo que debemos informar a las autoridades —me atrevo a decir luego de que el silencio se ha instalado en la oficina—. Puedo hacerme cargo si usted lo desea.

—No —dice levantado el rostro con mirada triste—, eso me corresponde a mí. —Asiento—, aunque tendremos que esperar, Phil está de viaje y no regresará hasta la inauguración. Dios... —añade en medio de un suspiro de derrota—. No quiero imaginarme lo que esto afectará a la galería. El escándalo que se nos vendrá encima.

—Si lo manejamos con discreción, no tendría por qué formarse un escándalo —digo para sacarlo de su pesar.

—Por más discretos que seamos vivimos en una sociedad donde todo se filtra, una vez que todo empiece nada evitará que la ruina nos caiga encima.

Tiene razón, la honorabilidad de la galería siempre quedará entre dicho. Sin embargo, creo que si hacemos las cosas bien y logramos demostrar que nada tuvimos que ver con las fechorías de Phil, si hacemos un buen trabajo, podemos salir adelante.

—Usted sabe que puede contar conmigo para lo que desee, señor.

—Lo sé, querida. Lo sé —dice, a pesar de que es obvio que mis palabras no le causan ningún consuelo. Guarda silencio y entiendo que no hay más nada que pueda decir, así que opto por marcharme.

—Emma... —Su voz me detiene justo antes de cruzar la puerta.

—¿Sí?

—¿Alguien más lo sabe? Quiero decir, ¿le has contado a alguien más sobre tus sospechas?

Abro la boca para responder, para decirle que he hablado con Scott y que él ha llegado a la misma conclusión que yo «Phil está vendiendo obras en el mercado negro», además, ya que en el registro de nueva York no ha encontrado nada comprometedor en su contra, le ha pedido ayuda a un amigo de Interpol. Sin embargo, el dolor que veo en sus ojos me frena. No quiero que piense que yo también lo he traicionado, contando a terceros cosas de la galería antes que a él.

—No.

Aunque sé que lo hago para no causarle otra desilusión, me siento mal mintiéndole, no sólo le estoy agradecida por la oportunidad que me ha brindado, sino también porque le he tomado cariño.

—Muchas gracias, querida.

Asiento una vez más antes de cerrar la puerta.

—*Te recojo al salir del trabajo.*

—*Eh... no. Tengo cita con el doctor después del trabajo —contesto mientras me pongo el brasier.*

Mi anuncio hace que Carlos abandone su postura relajada post coital y se siente de inmediato en la cama, gloriosamente desnudo.

—*¿Te sientes mal? —pregunta medio alarmado.*

—*No, bobo. Voy donde la ginecóloga para que me haga la prescripción de mis anticonceptivos.*

Su semblante cambia de inmediato.

—*Deberías dejar de tomarlos. —Por un instante pienso en reírme porque creo que está bromeando, pero al subirme las bragas y toparme con sus ojos descubro que su petición va en serio.*

—*Carlos, pensé que ya habíamos hablado de eso —respondo tratando de controlar mi tono y no parecer demasiado irritada.*

—*Sí, dijiste que no era el momento y eso fue hace dos años.*

—*Contrariamente a mí, él no trató de ocultar su irritación o decepción.*

—*Creía que te gustaba nuestra relación, que eras feliz tal cual es —suelto casual, sin dejar de vestirme. Necesito salir rápidamente de aquí. Cada vez que hablamos de tener bebés no sólo me tensa toda, sino que siento que me falta el aire.*

—*Claro que soy feliz con lo que tenemos. Tú sabes que te amo. Simplemente creo que es hora de afincarse, pasar al siguiente paso.*

—*El hecho de que tú sientas que estás listo, no significa que yo lo esté.*

—Amor, no entiendo a qué viene tanta resistencia. —Se levanta y por primera vez verlo encaminarse hacia mí, vistiendo el traje de Adán, no me provoca ningún pensamiento lujurioso—. Cada vez que te veo con Lía me doy cuenta de cuánto la adoras.

—Eso es porque es mi ahijada, la única forma de que tenga que cargar con ella eternamente es si a Adriana le llegará a pasar algo, por fortuna ella goza de una excelente salud y espero que su paso por la tierra sea muy duradero. —Carlos se ríe y la verdad no entiendo la razón, dado a que estoy hablando en serio.

—Anda, piénsalo —dice con aire juguetón, me agarra las manos impidiendo así que siga abotonando mi blusa—. Otro morenito lindo que te vuelva loca como yo.

¡Jesús Santo! Ha perdido el juicio. Pienso mientras siento cómo me pica el cuerpo por el pánico.

—Carlos, lo siento, pero no me veo teniendo un hijo ahora. Mi trabajo es muy importante y...

—Lo sé.

—Pues si lo sabes, ¿por qué insistes?

La luz de sus ojos se apaga. Yo conozco su pasado; contrariamente a mí que vengo de una familia numerosa, la suya se reducía a su mamá y a él, por lo tanto es lógico que quiera formar una familia. Y entiendo su sentimiento de pertenecer a algo o a alguien, sin embargo, lo que a él le causa tanta ilusión para mí es el recordatorio de un momento doloroso en mi vida; lo único que me provoca es querer salir corriendo.

—Mira, se me hace tarde para ir a trabajar. Ya hablaremos luego, ¿de acuerdo? —Él asiente no muy convencido, yo espero con el alma que se olvide del tema por el bien de nuestra relación.

—Está bien, pero prométeme que lo pensarás.

Veo la súplica en sus ojos y deseo por un momento sentirme normal, ser de esas chicas que enloquecen con tal sólo la mención de la palabra «bebé» quisiera poder complacerlo, pero no puedo.

Es mi turno de asentir. Sin embargo, de nuevo lo hago para evitar una discusión que para mí no tiene ningún sentido. No quiero ser mamá. Ni ahora ni nunca.

Me despierto sobresaltada.

Otro sueño que viene a atormentarme. En los últimos días el recordatorio del porqué lo mío con Carlos se fue al diablo es más frecuente.

El martes a mediodía, Miguel pasa por mí y nos vamos a almorzar. Sabiendo que no debí marcharme como lo hice el sábado en el parque, le pido disculpas. Y como casi siempre pasa cuando se trata de él, con ese carácter dulzón y simpático que se gasta, él hace como si no recordara lo que pasó, restándole importancia al asunto.

Le cuento un poco lo que está pasando en la galería, cuando de pronto en medio de la comida, él deja caer su tenedor sobre el plato y me mira.

—¿No lo vas a llamar? —La pregunta me agarra fuera de base. Detengo el movimiento de los palitos chinos entre mis dedos por un segundo.

Sería una hipócrita si dijese que no lo he pensado, pero después de tantos meses de silencio, ¿qué podría decirle?

Hola, ¿cómo estás? Me he enterado de que serás padre y llamo para felicitarte. Me alegro mucho por ti.

Sería una mentira porque no me alegro. Y puedo tener muchos defectos, pero hipócrita no soy, así que es mejor no llamarlo.

—No veo para qué —contesto con voz queda, pinchando un pedazo se sushi.

—Para decirle lo que sientes.

—¿Y eso sería?

—Que lo sigues queriendo. —Al parecer llevo un cartel gigantesco en la frente que dice a gritos «estoy enamorada de Carlos Monte de Oisca», todos llegan siempre a la misma conclusión. Guardo silencio y sigo comiendo, Miguel me conoce lo suficiente como para saber que no voy a responder—, por lo menos para saber si es cierto que va a ser padre —insiste buscando mi mirada, tal vez para asegurarse de que sus palabras me han hecho flaquear o que rompen mi postura de dejadez—. ¿No te interesa saber si es cierto?

No veo para qué. Sea cierto o no, lo obvio es que él ha decidido seguir con su vida, yo debo hacer lo mismo.

Lo miro detenidamente para que no le quede ninguna duda sobre lo que estoy a punto de decir.

—No, no quiero saberlo.

—Pero, Emma...

—Pero, Emma nada, Miguel. Tengo cosas más importantes de qué preocuparme ahora mismo.

Lo cual es cierto. Miguel trata de insistir, pero no lo dejo. Vine aquí a realizar un trabajo. Y aunque no tengo idea de qué pasará luego de la inauguración y de si se hará la denuncia en contra de Phil, ahora mismo debo concentrarme para lo que fui contratada: hacer mi trabajo. En cuanto a lo que siento por Carlos, pasará. Quizá no hoy ni mañana, pero algún día lo hará.

El miércoles todavía no tengo noticias de Adriana y la situación empieza a pesarme. Es la primera vez que luego de una discusión duramos tanto tiempo sin hablarnos, imagino que todavía debe estar molesta o simplemente me está dejando el tiempo para que asimile la situación. Por

suerte la apertura oficial es el sábado y ultimar detalles me mantiene la cabeza ocupada.

No he vuelto a hablar con el señor Wright, la última vez que lo vi fue el lunes en la tarde, salía de la oficina de Phil.

Junto a Danielle me ocupo de los arreglos necesarios para que todo salga bien, o por lo menos lo mejor que se pueda.

En la tarde voy con Lindsay a comprar mi vestido para el sábado.

En la noche al llegar a la casa, llamo a Scott para saber si ha obtenido alguna noticia de su amigo de interpol, pero me dice que aún nada.

El resto de la semana me reúno con Davis; su actitud ha cambiado. Ha dejado atrás ese carácter agrio que se gastaba cuando lo conocí, de verdad creo que lo único que le faltaba era encontrar una persona que creyera en él.

En un lindo vestido negro cuello redondo, mangas cortas, pegado al cuerpo y que llega justo debajo de las rodillas, doy la bienvenida al día por el que tanto he trabajado. Tomo un hondo respiro para alejar los nervios.

—¡Guaooo! Ya te lo había dicho antes, pero te lo vuelvo repetir; tú sí que sabes dejar a un hombre sin palabras.

Me giro y encuentro a Scott recostado contra la pared, al lado de la puerta y con las manos en los bolsillos. Estaba tan sumergida en mis pensamientos sobre la noche de hoy que no lo escuché llegar. A pesar de haber tenido un día largo en el trabajo, luce tranquilo y relajado, tiene una expresión en el rostro que dice «quisiera echarte un polvo.»

Sonríó mientras me terminó de acomodar el zarcillo, pese a que acostarnos fue divertido, el sexo está nuevamente descartado entre nosotros.

—¿Segura que no quieres que te lleve?

—No, estoy bien —contesto recogiendo mi *Clutch* beige de la mesa de centro—. Además, Miguel y Mario no tardan en pasar por mí.

—No me gusta todo este asunto de la inauguración, estoy convencido

de que Phil y su cómplice intentarán algo.

—Ya deja de preocuparte, Phil no ha llegado y la verdad es que dudo mucho que pase algo esta noche.

—No puedo dejar de preocuparme. De todos modos, me doy una ducha, paso por la jefatura y te alcanzo allá. Es la única forma de que este tranquilo.

Suena mi teléfono, es Miguel para decirme que está abajo en el taxi.

—Todo saldrá bien —aseguró dándole un ligero apretón en el brazo—. Me tengo que ir.

—Cuídate, por favor. —A pesar de la calma en su voz, su preocupación no me pasa desapercibida.

—Lo haré.

En mis zapatos preferidos *Jimmy Shoo* —esos que me pongo porque me traen suerte en ocasiones como estas—, estoy plantada en la entrada de la apertura oficial de Ebourneoli.

Con Danielle a mi lado, doy la bienvenida a los hombres y mujeres conocedores y aficionados del arte, incluso a algunas personas importantes como el Alcalde están aquí. Una vez en el interior, todos se mezclan entre ellos, rodeados de camareros vestidos de esmoquin, con bandejas sobre las que llevan copas de vino blanco, tinto, champán y algunos canapés; deambulan mezclándose entre ellos mientras pasan de una obra de arte a otra. Al fondo distingo al Sr Wright conversando muy plenamente con algunos caballeros sobre las diferentes exposiciones.

Estoy feliz; la gala está siendo un éxito. Y lo que es todavía mejor, no hay señales de Phil.

Más tarde, yo también me mezclo entre los presentes, saludo a algunas personas que conocí durante la gala y conozco a otras; entre ellas algunas se interesan en varias obras y Danielle toma los pedidos.

—Oye, Bombón, muchas gracias por la invitación —dice Miguel al acercarse, se come un canapé y cierra los ojos al tiempo que suspira de gusto—, ahora sé por qué la gente rica es tan tacaña, dime tú, ¿quién quisiera dejar de darse estos gustitos?, te aseguro que yo no. —Sonríó—. Por cierto, he visto varios cuadros en aquel pasillo que están *rechulos*; estoy pensando en regalarle uno a Mario, ¿cuál me recomendarías?

—Cualquiera... —Empiezo a decir, los ojos de él brillan con interés—, si tienes con qué desembolsar tres mil dólares.

Su boca se abre desmesuradamente y yo no puedo contener la risa.

—Estás de broma, ¿no?

Sacudo la cabeza.

—Joder, mejor le hago una ma...

—¡Miguel! —Lo detengo, antes de que suelte una de sus cosas.

—Perdón, por un momento se me olvidó que estábamos rodeados de gente muy *fisna* y de que pegarían el grito al cielo con tan sólo escuchar la palabra con *M*. —Articula abriendo la boca de forma exagerada—. A pesar de que seguro les encanta que se la hagan.

—¿En dónde dejaste al “señor afortunado de tenerte”?

—Fue a buscar algo de tomar. De hecho, voy a ver si lo encuentro porque ya se está tardando.

Hace rato que ya no veo al señor Wright, así que aprovecho que Miguel se aleja para dar una vuelta y conversar un poco con los presentes.

—¿De verdad?

—Sí, nos ha encantado su estilo —me informa Eugene, editor de la revista *NewArtis*, es una revista de arte contemporáneo que publica

semestralmente, incluye artículos escritos por profesionales en diferentes ámbitos dentro de la comunidad artística y se ocupa de las tendencias recientes en el mundo del arte. Está tan impresionado con el trabajo de Davis que ha decidido incluir un perfil completo de él, de una página, con imágenes de sus obras y una reseña escrita por un crítico de arte.

—Cuando se lo cuente, no se lo va a creer. Muchas gracias —digo sin ocultar mi emoción. Me alegra mucho por él.

—Hola, preciosa. —Me volteo y mis ojos se topan con la persona que menos esperaba ver esta noche, mostrando su genérica sonrisa canalla.

No puedo creer que haya tenido el descaro de aparecerse por aquí. Aunque tratándose de un delincuente, ¿qué más se puede esperar?

—Si me disculpa —digo en dirección a Eugene antes de alejarme un poco.

—Permíteme felicitarte; todo ha quedado grandioso.

—Ya deja de fingir y de jugar al casanova conmigo —le advierto, al tiempo que doy un paso amenazador hacia él—. Ya lo sé todo.

—¿De qué hablas? —inquire sin perder la sonrisa, lo que hace que me irritación aumente un poco más. A pesar de que me hierva la sangre trato de contenerme para no llamar la atención.

—Sé del Hope, del *Pigeons aux petits pois*, del ruso y de que usas la galería como tapadera para traficar arte robado. —Por miedo a que alguien me escuche, digo esa última frase en voz muy baja. Su sonrisa desaparece por fin y yo quisiera sacar los pompones y ponerme a gritar: « ¿Cómo lo ves hijo de puta? ¡Te atrapé! »

—¿Quién más sabe de eso? —pregunta alarmado. Por lo menos tiene la decencia de no negarlo.

—Te puedo asegurar que a quien se lo haya contado es lo de menos, lo importante es que vas a salir de aquí espo...

—¡Respóndeme de una maldita vez! —Da un paso hacia mí y me agarra por el brazo con fuerza, interrumpiéndome de manera bruta—. ¿Quién más lo sabe?

Miro a mi alrededor para ver si estamos siendo los protagonistas de un show en medio de la recepción, pero por fortuna, las personas están muy concentradas en lo suyo, nadie nos presta la más mínima atención.

—Me haces daño, suéltame o te juro que me voy a poner a gritar en medio de la crema y nata del Arte —lo amenazo con los dientes apretados.

—¡¿Quién más?! —insiste con ojos oscurecidos y la mandíbula en tensión, apretándome con más fuerza. Es como si de pronto tuviera a otro Phil en frente de mí.

—Scott y...

—¿Y quién más? —demanda sacudiéndome el brazo sin aflojar su agarre.

—El señor Wright.

—¡Maldita sea! —grita soltándome, de inmediato me miro el brazo y me sobo el lugar para aliviar el dolor—, ¡¿Cómo pudiste ser tan estúpida?! —medio grita, mira a su alrededor buscando algo o alguien.

Sin esperar mi reacción me da la espalda y se mezcla con los demás invitados.

—Oye, ¿estás bien? —me pregunta Mario, que se acerca con una copa de champán—. Vi cómo te agarraba ese tipo.

—Si me disculpas, Mario, debo hacer algo.

—¿Pero estás bien? —insiste ávidamente preocupado. Es un amor, pero ahora no tengo tiempo, debo encontrar al señor Wright e informarle que Phil ha vuelto.

—Sí, sí... estoy bien —contesto y me alejo.

Busco entre la multitud, tratando de encontrar a Phil, sin embargo no lo

veo. Paso por al lado de Davis, que está rodeado de varias personas explicándoles lo que le inspiró a pintar el cuadro que tienen enfrente, sonrío en su dirección para animarlo; hacerle saber que todo está saliendo bien. Doy una vuelta en el salón, pero no le veo. Lo más probable es que Phil se haya marchado.

—Te andaba buscando.

—¿Qué sucede? —inquiero al ver la expresión siniestra en su rostro, esa que dice: «tengo deseos de asesinar a alguien»—, no importa, Phil está aquí, creo que he hablado de más, lo he puesto sobre alerta y...

—Espera —interrumpe mis palabras—. ¿Recuerdas que había investigado a Phil y no encontré nada?

—Ajá.

—Pues también le había pedido a mi contacto de Interpol que investigara a tu jefe...

—¿Al señor Wright? —demando sorprendida, ¿por qué haría algo así?

—Sí.

—¿Pero por qué?

—Eso no importa, lo que te quiero explicar es que me acaba de llamar mi amigo y me contó que su verdadero nombre no es Wright, es Lustberg, y es un extremista coleccionador de arte, lo están buscando por robo y tráfico de obras de arte. —Me quedo de piedra. Eso no puede ser cierto. Debe de haber una equivocación. Hago memoria, recordando todos los momentos que he compartido con el señor Wright; desde me que contrató, únicamente se ha comportado de una forma atenta y amable. Me cuesta creerlo. Es un hombre tan distinguido... tan sereno y encantador. *¡No me lo creo!*—, ¿dónde está?
—Escucho la pregunta de Scott, pero no respondo.

Me cuesta creer que me haya engañado todo este tiempo.

Scott al ver que no reacciono me toma del brazo y me jala levemente,

pero sin llegar a causarme daño.

—¿Dónde está? —vuelve a preguntar.

—No lo sé, tengo rato que no lo veo.

El señor Wright está metido en todo esto. ¿Cómo pude equivocarme tanto con él?, pienso con amargura. Odio que me mientan. Odio que me engañen.

—No puede estar lejos, ¿no tienes una idea de a dónde pueda estar?

—Mientras trato de unir todas las piezas en mi cabeza, miro alrededor a ver si logro localizarlo.

—Su oficina —respondo.

De inmediato me encamino hacia allá con Scott, pisándome los talones y sorteando a los presentes.

Al llegar, no sólo el señor Wright, o como rayos se llame, no está, sino que el cuadro tampoco.

—¡Maldición! —digo molesta y frustrada conmigo misma, golpeando el escritorio.

No puedo creer que haya sido tan estúpida. Por eso no quiso que yo diera parte a la policía. Me usó. Y yo como una idiota lo puse en sobre aviso.

—¿Es él? —inquire Scott, tomando una fotografía del escritorio. Asiento—, voy a dar la alerta de que se escapó. —Vuelvo a asentir mientras Scott saca su teléfono.

Necesito encontrarlo. Tengo que verlo a la cara para exigirle una explicación. No entiendo qué carajo pinto yo en todo esto. Tengo que saber por qué me contrató.

—¿A dónde vas? —pregunta Scott, ya que estoy a punto de traspasar la puerta.

—Voy a dar otra vuelta por la galería para ver si lo veo —respondo. Aunque la verdad no creo que todavía esté aquí. Si Phil regresó lo mas

probable es que ya estén lejos, pero necesito moverme, no puedo quedarme quieta viendo como me han estado utilizando los hijos de la gran puta.

Doy la vuelta por la galería buscándolos a ambos en cada rostro. Sin embargo nada, ambos han desaparecido.

Miro alrededor, cada pared, cada cuadro. Meses de arduo trabajo. Todo lo que he abandonado al venir aquí, ¿y todo para qué? Siento que me asfixio, necesito tomar aire.

Al llegar a las puertas de vidrio qué, por la inauguración han sido dejadas abiertas, me doy de bruces contra alguien.

—Lo siento —digo e intento esquivarlo.

—Acompáñeme.

Esa voz. Ese acento.

Levanto la vista y enseguida se me eriza la piel al encontrarme con el mismo grandulón, hijo de... de la otra vez.

La expresión de su rostro activa todas mis alarmas. Debo alejarme de él. Doy un paso atrás y él estira el brazo agarrando el mío con fuerza.

—No sea estúpida. —Su tono amenazador, más la pistola que me enseña directamente oculta en su cintura, bajo su chaqueta de cuero, hacen que se me hiele la sangre y frene cualquier movimiento—. Venga conmigo.

¿Qué hago?

Puedo intentar escapar, estamos rodeados de muchas personas, podría echarme a correr, dudo mucho que el tipo empiece a disparar en medio de la multitud; eso me daría tiempo para que Scott llegue y se encargue de la situación.

Con rapidez miro mi entorno, buscando opciones para salir de esta.

—¡Ey! Qué bueno que te encuentro.

No puede ser, joder. ¿Qué hace ella aquí?

Entonces recuerdo que la semana pasada fuimos a comer. Desde el

incidente con su ex nos hemos vuelto amigas. Me veía reflejada en ella, en esos deseos de libertad y de no querer que te controlen cada uno de tus movimientos. Y fue cuando me contó que le gustaba la fotografía y le dije que pasara a ver el increíble trabajo de Romero. Y aquí está.

De inmediato mi sorpresa es reemplazada por el miedo, un miedo atroz de que Lindsay pueda resultar herida.

No puedo tomar riesgos innecesarios.

Desde que llegué a NY, Scott se ha convertido en un amigo, un protector. Me abrió las puertas de su casa, me ha ayudado sin pedirme nada a cambio, si le pasa algo a la luz de sus ojos, yo no me lo perdonaría.

—¿Qué sucede? —inquire Lindsay, entre preocupada y molesta—, ¡suéltala! —Le exige con ese fervor que usan los adolescentes cuando quieren algo hasta que se dan bruces contra la realidad. No debes usar un tono amenazante con un matón.

Su orden hace que el tipo cierre más el agarre en mi brazo y de forma brusca me acerca a su robusto cuerpo, suprimiendo el poco espacio que nos separa, con la otra mano saca el arma y la pone contra mi costado.

—Vamos a dar un paseo, las dos vendrán con nosotros. —La frialdad de sus ojos me deja claro que no puedo pasarme de lista. No está jugando.

—Por favor, ella no... —Sentir el cañón de la pistola presionando contra mí acalla mi súplica.

—Andando.

Le lanzo una mirada a Lindsay para que no haga nada, tratando de transmitirle un poco de seguridad. Todo va a salir bien o por lo menos eso espero.

Al llegar a la calle, contra todo pronóstico, no nos espera un auto como pude haber pensado. En vez de eso doblamos en la esquina y para mi sorpresa entramos en la tienda que está al lado de la galería.

En un principio no entiendo la razón, ya que la tienda lleva cerrada varias semanas. El sujeto nos empuja y Lindsay tropieza y casi cae al piso, por instinto trato de ayudarla, pero él me lo impide.

Cuando entramos nos recibe una luz poco brillante y un montón de enormes cajas selladas, en el medio de ellas está el señor Wright, lo puedo apreciar desde aquí discutiendo con un hombre, que a pesar de haberlo visto una sola vez, reconozco al instante: Alexey Kozlov.

—Te dije que me haría cargo de la situación.

—Tenemos a una intrusa metiendo las narices donde no debe. Una joya desaparecida. ¡Mí joya! Un detective haciendo preguntas inapropiadas y otra vez debemos movernos, ¿esa es tu forma de hacerte cargo de la situación?

Lo escucho, lo veo y sin embargo me cuesta creerlo. Si me quedaba alguna duda de su culpabilidad, se acaba de esfumar de un plumazo.

—No sabía que su novio era policía, por eso escogí a una persona que no fuera de aquí, para evitar que tuviera relaciones que pudieran comprometernos. —De pronto nos ve y se detiene en seco—, ¿qué hace ella aquí? —inquire mi ex jefe, y digo «ex», porque después de esto es obvio que el bastardo dejará de serlo.

—Dijiste que ella fue la última en ver el Hope antes de que desapareciera y yo quiero mi joya de regreso.

—¡Maldito miserable! ¿Cómo pudiste? —Lo tuteo, le he perdido todo respeto. Trato de soltarme del agarre del matón para poder acercarme a él y cantarle hasta las cuarentas, pero el jalón que recibo me regresa a mi lugar. Me causa cierto dolor, pero decido ignorarlo y no me quejo—. Crucé todo un océano, abandoné a mi familia para venir aquí, ¿y todo para qué?, ¿para que me usaras de tapadera en tus porquerías?

—Emma, únicamente tenías que poner en marcha la galería. —Su tono al igual que su rostro entre deja ver cierto lamento—. No tenías que verte

involucrada en todo esto.

—¡Basta! —dice Alexey con irritación, destilando poder y prepotencia. Sus ojos se posan en Lindsay y le dice algo en su idioma al sujeto que nos trajo.

—Llegó cuando traía a la chica —responde escueto, como si eso bastara para explicar su presencia. ¡Están locos!

Preocupada miro a Lindsay, temo que todo esto termine traumatizándola, si es que no lo ha hecho ya. Sin embargo, tal parece que ha heredado la fortaleza de su hermano porque luce más calmada de lo que debería.

Alexey se acerca con paso seguro, lento y bien marcado, hasta estar a tan sólo pocos centímetros de mí.

—Suéltala. —Le pide a su hombre. De inmediato siento la presión sobre mi brazo desaparecer, Alexey me contempla como si debiese estarle agradecida. A pesar del alivio que siento me niego a darle gusto y lo miro con todo el desprecio que siento hacia su persona—. Le pido que disculpe a Mijaíl, en su defensa pasa muy poco tiempo con las mujeres. Es un gusto volver a verla, señorita.

—Es una lástima que no pueda decir lo mismo.

—Es audaz. Ahora entiendo por qué la contrataste. Claro, además de su belleza.—Una estúpida sonrisa cubre sus labios y quisiera borrarla a bofetadas. No obstante, no creo que eso nos ayude mucho a Lindsay y a mí en este momento.

—Ahora, dígame, ¿dónde está el Hope? —pregunta con una calma alarmante. No entiendo por qué siguen preguntándome por la maldita piedra.

—Me parece un hombre inteligente, ¿por qué no lo averigua por usted mismo? —Sonríe irónico.

—Tiene usted razón, pero soy uno con muy poca paciencia, así que le

haré de nuevo la pregunta. —Su tono se vuelve amenazante—. ¿Dónde está mi joya?

A pesar de su caballerosidad, de su tono calmado, de esa fachada de hombre de negocios, con traje caro y llenos de modales, se esconde una mirada letal. No está jugando.

—No lo sé.

—¿Y pretende que le crea?

—A mí me importa una mierda lo que usted crea, no tengo idea de donde está la jodida piedra. —Sus ojos se oscurecen y su rostro se torna rígido. Está perdiendo la paciencia. Miro a Lindsay de reojo y cierto temor tiñe sus ojos, ella me lanza una mirada que bien podría descifrar como «¿Qué diablos estás haciendo?», tal vez levantarle la voz a un delincuente ruso no es lo ideal—, yo lo veo así, le están preguntando a la persona equivocada —añado, moderando mi tono.

—¿Qué quieres decir? —interviene el señor Wright. Hago una mueca con la boca y miro alrededor.

—Me parece que les falta un socio, ¿no han pensado qué quizá Phil los traicionó y se quedó con la dichosa joya? —Me encojo de hombros.

—Él nunca haría eso —lo defiende Wright.

—Pues yo no lo veo por ningún lado —me burlo.

—Es porque está de viaje...

Me rio sarcástica.

—¿Qué le causa tanta gracia? —demanda Alexey.

—No lo está —respondo impertinente. Tengo que lograr ganar tiempo para que Scott nos encuentre, aunque no tengo idea de cómo lo hará. Estamos justo al lado de la galería y es el último lugar donde se me ocurriría buscar—. Lo vi en la gala hace un rato.

No termino de hablar porque Alexey le hace un gesto con la cabeza a

su hombre de confianza y este se marcha, me acerco a Lindsay y le agarro la mano, contrariamente a lo que ella proyecta su mano está fría y ligeramente temblorosa.

—Si ya regresó de Dubái, ¿por qué no se ha comunicado contigo?
—pregunta Alexey en dirección a Wright.

—No lo sé, pero seguro debe haber una explicación. Por Dios, ¿no estarás pensando que...? Vamos, estamos hablando de Phil, lleva años con nosotros en el negocio. Él organizó el robo del museo. Nos consiguió el *Pigeon aux petits pois*. Él nunca nos traicionaría.

—Más le vale. —Sus palabras están llenas de oscuras promesas.

—¡NYPD! —Todos nos giramos en dirección a donde proviene esa exclamación—. ¡Nadie se mueva!

El corazón casi me salta del pecho al ver a Scott mostrando su placa y apuntando hacia Alexey con una pistola, junto a otros agentes que están esparcidos por la habitación.

—¡Alexey Kozlov y Horatio Lutsberg, quedan ustedes arrestados por robo, falsificación y tráfico de arte! —grita, ¿Phil?

¿Esto qué significa?

Mis ojos se desplazan entre Phil y sus ¿socios?, que se han quedado con la misma cara de asombro que yo.

—¡Eres un maldito bastardo! —grita Alexey, perdiendo por fin la compostura—. Debí suponerlo, nadie es tan perfecto en su trabajo.

La expresión del señor Wright es de pura decepción y dolor, al parecer de verdad le tenía aprecio a Phil. Casi siento pena por él.

—¡Ni se te ocurra, Alexey! —Vuelve a gritar al ver que el ruso intenta correr—. No irás a ningún lado, están rodeados. Y Mijaíl también fue apresado, como también lo están siendo el resto de tus hombres en este mismo instante.

Unos agentes de policía se acercan y les ponen las esposas, Lindsay echa a correr y se lanza en brazos de su hermano. Yo haría lo mismo, sino fuera porque me he quedado de piedra al descubrir que Phil es un agente.

Scott todavía con Lindsay en brazos, articula hacia mí un: ¿estás bien?

Muevo la cabeza de arriba abajo y veo el arresto como si fuera en cámara lenta. Todo esto es surrealista.

—Todo acabó —consuela Scott a Lindsay, ya que ésta se ha puesto a sollozar.

Y es cierto «todo acabó». Mi trabajo, por el que tanto he luchado, por el que dejé tantas cosas atrás... ¿y ahora qué haré?

—Un gusto conocerlo, detective. —le dice Phill a Scott y le tiende mano, ambos se la estrechan mientras que Scott asiente.

Phil se encamina hacia mí con esa sonrisa petulante que siempre se gasta.

—Me alegro de que estés bien. Siento mucho la confusión.

—Así que eres... —empiezo a decir, mirando su atuendo.

—Agente federal. —Termina la frase—. Sí, lo soy. Hace años me infiltré en la organización de Kozlov para poder rastrear obras que han desaparecido durante décadas.

—Pero fuiste tú quien planeó el robo del museo en París —digo confusa, recordando las palabras de mi antiguo jefe. No puedo creer que una institución gubernamental haya planeado y robado esas piezas tan valiosas.

—Era la única forma de que me aceptaran.

—¿Y dónde está el cuadro ahora?

—Lo movieron antes de que yo llegaré. Le hemos perdido el rastro.

—Lo siento.

—Aparecerá —asegura—, siempre lo hace. —Sonríe de esa forma enigmática, como si estuviera disfrutando de un chiste personal. Algo me

dice que puede tener una idea del paradero del cuadro—. Por cierto, siento mucho la forma en la que te hablé hace rato, pero en cuanto me dijiste que le habías contado todo a Lutsberg tuve miedo de que se escaparan. Llevamos años tratando de hacerles caer, cada vez que estábamos cerca movían todo y empezaban en otro lugar.

Por primera vez desde que lo conozco, sonrío sincera.

—Yo siento haber creído que eras un vil ladrón, además de un pésimo Don Juan.

Se ríe.

—Me disculparía, pero no sería sincero —dice mostrando su sonrisa canalla—. Coquetear contigo fue muy divertido. Sobre todo, por la parte en la que tus ojos querían incinerarme. —Hace una pausa mientras tiende el brazo—. ¿Estamos a mano?

—Lo estamos —contesto, aceptando un leve apretón de manos.

—Cuídate, Emma.

—Igualmente... —Entonces me doy cuenta de que, si es un agente infiltrado, Phil no puede ser su verdadero nombre.

—Wolf, agente Wolf. —Como si me pudiera leer la mente termina de nuevo la frase por mí. Me sonrío una última vez y se da media vuelta.

—Agente, Wolf. —Lo llamo antes de que se marche. Y me siento rara llamándolo por ese nombre. Al escucharme de inmediato se detiene—, ¿dónde está el Hope? —Me intereso, después de todo, esa joya ha sido la culpable de que me hayan zarandeado y me haya sentido en peligro en más de una ocasión.

—El Museo únicamente me la prestó por un lapso ilimitado, así que está de vuelta a su lugar. —Me guiña un ojo y sigue su camino hacia la salida.

No sé muy bien qué quiere decir eso, pero han pasado tantas cosas que

me tienen confundida, que tampoco trato de entender.

—¿Lista para irte a casa? —inquire Scott. Suelto un profundo suspiro de cansancio antes de asentir.

Al salir a la calle, patrullas de policía están ocupando toda la esquina. Miro hacia la galería y el ambiente festivo que había en un inicio ha sido reemplazado por oficiales y agentes que están procesando la escena. Se me encoge el corazón y pienso en Danielle, ¿qué pasará con ella? Y Davis... ¡Oh, mi Dios! ¡Davis! Tanto que me costó convencerlo y ganarme su confianza, ¿qué estará pensando?

Por lo menos este desastre sirvió para que sus obras sean apreciadas por alguien más aparte de él. Espero que no se vuelva a encerrar en su caparazón.

Mientras me encamino hacia el carro escoltada por Scott, me topo con Miguel y Mario, ambos se quedaron para asegurarse de que estuviera bien.

Con Lindsay en el asiento trasero, la cual a los pocos minutos de estar en ruta se queda dormida; la llevamos a casa de la madre de Scott y luego nos vamos a la nuestra.

—¿Cómo supiste que Phil, digo... el agente Wolf era un federal? —Le pregunto a Scott una vez que bajamos del vehículo. La pregunta me ha estado rondando la cabeza, pero he venido pensando en todo lo sucedido y no he podido abrir la boca.

—Cuando llamé a la jefatura para reportar la fuga de Wright, me dijeron que un operativo se estaba preparando en su contra y que el agente a cargo era una tal Wolf. Te estuve buscando para decírtelo, pero no te encontraba. Ahí fue cuando él llegó y me comentó sobre la operación y me puso al tanto de todo.

—¿Y cómo me encontraste? —inquiero enredando mi brazo con el suyo. Scott me lanza esa mirada de niño pequeño que ha sido atrapado haciendo algo indebido y al instante sé que ha hecho una travesura.

—Cuando no te encontraba me topé con tu amigo y me dijo que te había visto en la puerta con Lindsay y un tipo, así que...

—Así que... —lo apremio al ver la duda en sus ojos.

—He rastreado el teléfono de Lindsay. —Me rio. Al final su lado controlador/obsesivo no es tan insoportable.

—Bueno, creo que esta vez no lo tomará en cuenta. —Ambos nos reímos mientras seguimos caminado hacia el apartamento. Cuando nuestras risas cesan, nos quedamos callados unos segundos—. Scott, ya sé que no te gusta que lo diga, pero gracias.

Se limita a asentir.

Trato, pero no logro evitar que se me escape un bostezo.

—¿Qué te parece si pido algo de comer mientras te das un baño?

—¿Te he dicho que te adoro? —pregunto, recostando mi cabeza sobre su hombro.

Al llegar a la puerta del apartamento el cuerpo de Scott se pone en alerta, lo sé porque siento sus músculos tensarse. Hay un hombre de espaldas a nosotros parado en la entrada del edificio.

Como está oscuro no logro ver de quién se trata, hasta que se da la vuelta y freno mis pasos, obligando a Scott a detenerse a mi lado.

Ahí está.

El ladrón de mis sueños...

Con un T-shirt Diesel manga larga y verde oscuro, arremangado hasta el codo; uno de esos que lo hacen ver endemoniadamente atractivo y que tanto me gustan.

—¿Qué... haces aquí?

—Adriana me dio la dirección —responde sin entender mi pregunta. Lo que quiero saber es que hace aquí en NY—. Necesitaba hablar contigo, tenía que decirte que te sigo amando; que quiero que regreses conmigo, que lo

volvamos a intentar. He intentado por todos los medios tratar de olvidarte, quise incluso llegar a odiarte por haberme enamorado como a un tonto, por convertirme en un adicto a tus besos, a tus caricias, por hacerme tocar el cielo cada vez que me perdía en ti. Te largaste y me dejaste perdido en el mismo infierno, porque eso ha sido mi vida desde que te marchaste, un largo día donde el sol se ha puesto y no ha vuelto a salir jamás. No lo soporto, no aguanto ni un segundo más el estar lejos de ti, por eso he venido a buscarte; para pedirte que regreses a mí, que vuelvas conmigo a Luxemburgo y que lo volvamos a intentar.

Mis ojos se mueven entre los suyos y sus labios, me bebo cada una de sus hermosas palabras. Siento como Scott se mueve incómodo en el sitio, giro la cabeza y lo miro, tuerce la boca en un gesto de «¿qué le vamos a hacer?»

A pesar de que Carlos está hablando en español y de que Scott no lo conoce, supongo que por mi reacción debe de imaginarse quién es.

»No tengo la menor idea de qué representa este hombre en tu vida —prosigue Carlos, logrando recuperar mi atención. Da un paso al frente y clava sus ojos negros llenos de seguridad y fuerza en mí—. No sé si es tu amigo, tu compañero de piso o tu amante, y a lo mejor estoy haciendo el ridículo al confesarte mis sentimientos delante de él, pero para serte sincero no me importa. ¿Y sabes por qué?, porque lo que yo siento por ti va mucho más allá de eso, de lo que tu hayas hecho durante mi ausencia o de los errores que yo haya podido cometer. Porque te amo, Emma, y no me avergüenzo de decirlo delante de él ni de nadie. Estos meses sin ti han sido una tortura y me niego a seguir así...

—Pero...

—Espera. —Me detiene dando un paso adelante—, conozco de sobra las razones por la que no separamos, a lo mejor para ti no hayan cambiado,

pero para mí sí. Si no quieres tener hijos por mi está bien; nos conformaremos con Lía, Leo y ahora Karla. Es tan bonita, tienes que verla, me roba el corazón en cada sonrisa y cada ruido que hace. —Sus ojos se iluminan al mencionarla—. Puedo conformarme con ser tío o padrino, pero, a lo que no estoy dispuesto y no quiero, es continuar viviendo sin ti. Eres la mujer más bella, terca, sexy e inteligente con la que he tenido la dicha de estar, y al límite de parecer ridículo y débil te ruego que aceptes de vuelta a este bruto que te ama con locura.

El corazón me late tan deprisa que amenaza con salirse de mi pecho, una añoranza de pura felicidad y deseo me recorre de pies a cabeza. Son las palabras más bonitas que un hombre me haya podido decir. Trago el nudo de emociones que se ha ido acumulando en mi garganta con fuerza. Lo quiero, claro que lo hago, con toda mi alma y mi corazón. Todo mi ser lo ha extrañado y me he sentido perdida sin él. Mi cuerpo se queja anhelando su toque. Necesito que me abrace y me bese. De hecho, no espero a que sea él quien lo haga, doy los pasos que nos separan y estampo mis labios contra los suyos; Carlos rodea mi cintura y me acerca aún más a él, como si quisiera que nada más se interponga entre nosotros, incluso el aire. Con su otra mano libre entierra sus dedos en mi cabello y me agarra con posesión, profundizando el beso, suave a la vez que exigente, despertando el deseo en mi cuerpo y robándome la libertad de pensar en nada más que no sea su boca. Esa misma que ahora me devora con fervor bajo el cielo estrellado de Nueva York y no existe mejor sensación en la vida.

—Ejemmm. —Un carraspeo a mi espalda me devuelve a la realidad, recordándome que no estamos solos. Me separo de Carlos y mi cuerpo protesta.

Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que todos estos meses, y no hablo únicamente de los que llevo aquí en NY, no, hablo desde que nos

separamos, que he estado pérdida sin él; al ver mi reflejo en sus ojos me hace comprender que él también lo ha estado sin mí.

Él es mi hogar.

—Creo que tendremos que posponer la cena —bromea mi compañero de piso.

—Lo siento. Scott, él es Carlos, Carlos, él es Scott. —Los presento en inglés, aunque Carlos no entiende mucho, por no decir casi nada, prefiero usar el idioma de Scott para no ser descortés con él. Mientras lo hago, Carlos enreda su brazo en mi cintura.

Ambos asienten, pero ninguno se mueve. No se estrechan las manos, no hay un «mucho gusto», no hay nada.

Por un momento no sé qué hacer, me siento incómoda, sé que debo hablar y aclarar las cosas con Carlos, pero no quiero dejar a Scott así no más.

Se hace un incómodo silencio, me zafó del agarre de Carlos y me acerco a Scott.

—No importa lo que decidas, está siempre será tu casa —dice en cuanto estoy frente a él, pongo mis manos en sus mejillas, me inclino y le doy un beso en la comisura de los labios.

—Lo sé.

Enredo mis manos en su cuello y él hace lo mismo en mi cintura. Luego de un abrazo corto, pero lleno de significado, Scott sube al apartamento dejándome en medio de la noche con el hombre que creí haber perdido y que por algún milagro que no todavía no entiendo, está aquí, mirándome con la devoción que me hace única ante sus ojos.

Capítulo 25

“No somos las mismas personas que el año pasado, tampoco lo son aquellos a los que amamos. Es extraordinario que, cambiando, podamos seguir amando a alguien que también cambió.”

[William Somerset Maugham](#)

—Tenemos que hablar —dice apenas cruzamos la puerta de la habitación de hotel mientras que mis manos se pierden en su cabello y mi lengua lucha por poseer la suya.

—Lo sé. —Mis palabras son apenas un murmullo inaudible que choca con sus labios. De inmediato vuelvo a besarla. Dios, extrañaba tanto esos labios.

—Carlos, de verdad necesitamos hablar —jadea.

Me aparto y miro sus hermosos ojos marrones. Me parece que se debate entre si dejarse llevar por el deseo que siente o por la voz de la razón en su cabeza. Estoy por ceder, pero enseguida soy azotado por su embriagadora colonia corporal y la vainilla de su champo. Ese cóctel mortal que me enloquece. Mi erección palpita dentro de mis vaqueros. Soy consciente de que debemos hablar, sin embargo, ahora mismo necesito perderme en ella.

—Cariño, sé que tenemos que hablar y lo haremos, pero te deseo demasiado.

La tomo por la nuca y la acerco otra vez a mí. Sellando nuestro trato silencioso con nuestras bocas. Su cuerpo se relaja.

Cuando su lengua cálida y húmeda se encuentra con la mía, sé que he ganado está batalla.

Llevo mis manos al cierre de su vestido en la espalda y se lo bajo

despacio. Deslizo las mangas de la prenda hasta que ésta cae al piso. Sin dejar de poseer sus cálidos labios y retrocediendo, la llevo hacia la cama. La siento en el borde. Le beso el cuello y con una caricia suave de lengua voy haciendo círculos, abriéndome paso hasta sus pechos.

Ella se agarra de la cama, deja caer la cabeza hacia atrás mientras hace ese ruido que tanto me provoca.

Mi erección pelea por ser liberada. Llevo tanto tiempo sin sentirme así de excitado que estoy ansioso por clavarme en ella, pero al mismo tiempo quiero tomarme mi tiempo y amarla despacio.

Le quito el sujetador y con el dedo dibujo el contorno de su pezón rosado. Está erecto y me invita a chuparlo. Su respiración es irregular. Sé que mis movimientos la están enloqueciendo. Sin querer seguir torturándola poso mis labios sobre él.

Dios, qué gusto.

Pensé que nunca más volvería a tenerla así, jadeando, deseosa de mis caricias.

Succiono el pezón con fuerza, como sé que le gusta.

—Carlos. —Gime.

Suspiro de placer.

Me aparto y me siento sobre mis talones mientras deslizo sus bragas hasta llegar a sus zapatos. Sonrío al reconocerlos. Sus zapatos favoritos. Cuántos recuerdos me traen estos tacones de aguja.

Se los dejo puestos. No hay nada más sexy que follarme a mi mujer con sus zapatos favoritos.

—Eres tan hermosa —digo mirándola, ella abre los ojos y me pierdo en el mar de emociones que veo en ellos.

Me pongo de pie y me quito el *T-shirt* por encima de la cabeza. Al mismo tiempo siento como sus dedos se clavan en la hebilla de mi pantalón,

lo abre y me los baja por la cadera, llevándose mi bóxer, liberando mi miembro, duro y erguido, listo para ella.

—Así está mucho mejor —dice devorándome con los ojos.

Sonrío victorioso.

La tumbo en la cama y medio me acuesto sobre ella, tomando en cuenta de no aplastarla con mi peso, reclamo su boca, paso mi brazo por debajo de su cuerpo y la acuno, apretándola con fuerza contra mí.

Enrosca sus manos detrás de mí cuello y nos saboreamos mutuamente, disfrutando de un beso lleno de añoranza, reencuentro, pasión y deseo.

Separó nuestros labios y entierro mi cara en el hueco de su cuello, a la vez que la abrazo con fuerza.

Joder, me siento tan feliz de tenerla de nuevo entre mis brazos.

—Te he extrañado tanto... —digo absorbiendo su rico aroma—. Dios, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Yo también te he extrañado. De hecho, me he sentido perdida sin ti.

Me acomodo entre sus muslos, deslizando la cabeza de mi glande contra su entrada resbaladiza. Me apoyo sobre mi brazo y la miro directo a los ojos.

Ella me acaricia el rostro y yo cierro los míos. Permitiendo que todos esos sentimientos y sensaciones que creía perdidos, vuelvan a mí con mayor efervescencia.

—No vuelvas a dejarme —pido, o más bien le suplico mientras me hundo en ella.

Nuestras miradas se funden y nos envuelve ese magnetismo, esa fuerza que siempre me invade cuando estoy con ella. Sólo con ella.

—Tú fuiste quien me dejó. —El reproche en su voz es casi inaudible—. O tengo que recordarte la nota que fríamente dejaste sobre mi cama.

Abro los ojos y lo que veo me deja sin aliento. Los suyos están

húmedos. Acompañados de una expresión de dolor que nunca había visto en su rostro.

La he tenido debajo de mí un sin número de veces, pero nunca la había visto vulnerable. Su dolor me desarma. Es el reflejo de lo que he sentido durante meses.

—Lo siento. —Me disculpo, porque hoy, por primera vez desde que eso sucedió, me doy cuenta de que la lastimé con mi partida—, lo hice porque necesitaba saber en dónde estábamos. Quería darte tu espacio, para serte sincero... lo hice con la esperanza de que me extrañaras y de que te dieras cuenta de lo que estábamos perdiendo. —Me muevo en círculos en su interior y un gemido se escapa de sus labios—, además, tú también me heriste. Lo que dijiste en la cocina... —De pronto el recordatorio de sus palabras me dan ganas de castigarla; de demostrarle que soy mucho más que un hombre sin profesión determinada. Y que aunque así sea, ningún otro la amaré del modo que lo hago yo.

La embisto fuerte.

—¡Carlos! —grita—, lo lamento, no quise decir eso. —Salgo y la penetro más fuerte, llegando más lejos—. ¡Sabes que vales más que eso! ¡Sabes que...!

Quiero que me sienta. Que se dé cuenta de que lo nuestro va más allá de todo. Que es mía, al igual que yo soy sólo suyo. Me retiro y sin contemplaciones entro rudo.

—¿Qué? —inquiero, tratando de controlar mi respiración y mi deseo de follarla duro para recordarle lo que fuimos, lo que somos y lo que siempre seremos—. ¿Qué es lo que sé?

Ella mueve las caderas, marcando un ritmo que, estoy seguro de no parar ahora, nos llevará a ambos al abismo.

Salgo y me quedo fuera, rozando su entrada lo justo, lo necesario. Ella

se queja cuando me detengo. Siento sus uñas clavarse en mi espalda sudada.

—¡No te detengas!

—Seguiré cuando me contestes. Querías hablar, ¿no? Esta es la forma en la que se nos dan bien las conversaciones. —Vuelvo a entrar brusco y ella cierra los ojos. Enseguida salgo y ella los abre llenos de frustración—, puedes seguir haciendo esto toda la noche, cariño. —La prevengo mientras entro de nuevo y hago una rotación que la hace jadear—. ¿Qué es lo que sé?

—¡Qué te amo! —grita en medio de una embestida, presa de la lujuria.

Me quedo quieto, pero no por el deseo de torturarla. No, más bien por la sorpresa que me han causado sus palabras.

Pensé que me diría que se equivocó al marcharse a otro país. Pero nunca, ni en mis mejores sueños, hubiera podido imaginar que diría esas palabras.

Siempre he sabido que me ama. Simplemente nunca pensé escuchárselo decir.

Su confesión penetra hasta lo más profundo de mí ser. Y más cuando me mira con sus ojos vidriosos, intensos y sinceros. Mi corazón se acelera más, por primera vez me siento pleno.

—Yo también te amo —digo, aunque sé que esas palabras sobran entre nosotros porque ella sabe cuánto lo hago.

Despacio y sin prisas me vuelvo a hundir en ella. El deseo de cogerla duro y de forma salvaje desaparece, únicamente quiero hacerle el amor lentamente; disfrutando de cada parte de su piel, de su cuerpo.

Me dedico a acariciarla. Diciéndole con mi cuerpo todo lo que siento, lo mucho que la he extrañado y jurándole en silencio amor eterno.

Momentos después, en medio de jadeos y caricias, la siento tensarse bajo mi piel. Soy consciente de que aunque quiero seguir enterrado en ella, no puedo aplazarlo más. La penetro más rápido, con más brío, hasta que su

sexo se cierra alrededor del mío, succionándome, llevándome al borde del abismo.

Entonces, Emma convulsiona y se deshace en mis brazos en mil fragmentos. Su orgasmo me arrastra segundos después, y en medio de un gruñido me derramo en su interior.

—Te amo —repite con la respiración alterada. Sus palabras son música para mis oídos. Me dejo caer sobre su pecho.

—Joder, nunca pensé que pudiera ser tan feliz.

Capítulo 26

“Tu hogar está donde se encuentre tu corazón.”

John Green

En la mañana siento calor. Un calor asfixiante. Abro los ojos y unos brazos fuertes me rodean.

Sonríó al recordar la noche anterior.

Después de haber hecho el amor, hablamos de todo lo que ha pasado desde nuestra separación. Me contó de su relación con la chica *esa*. Aunque parezca cruel, suspiré de gusto al saber que no está embarazada. Hablamos del bar, de las chicas, de que su relación con Rubén ha mejorado, lo cual me dio mucho gusto y por fin me enteré del por qué Alex y Michelle rompieron; me hizo recordar que desde hace una semana no hablo con Adriana.

Antes de caer rendidos le conté de mi vida aquí en NY. De casi todo. Obvié la parte en la que me acosté con Scott. No es que le haya mentido, simplemente no creí que fuera el mejor momento para contarlo.

Carlos empieza a moverse y su erección matutina se clava en mi vientre.

Vuelvo a sonreír.

Hay cosas que nunca cambian.

—¿Entonces no fue un sueño? —pregunta con voz ronca, todavía sin abrir los ojos.

Me imagino que se refiere al momento en que le dije te amo. No soy muy de mostrar mis sentimientos, pero decirlo fue liberador. Es como si hubiera nacido una nueva yo; dejando atrás todo lo malo que no me permitía vivir plenamente.

—No. No lo fue —contesto plena, gozando de mi dicha.

—¿Qué hora es? —inquire en medio de un bostezo.

Pobrecito, anoche cayó muerto. No es para menos con el *jetlag*. Hundo mis dedos en su cabello y se lo peino.

—Pasado mediodía, o eso creo. —Intento levantarme para alcanzar mi teléfono, pero Carlos me detiene reforzando su agarre alrededor de mi cintura.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta con esa voz sexy de recién levantado, su aliento roza mi cuello.

—A casa.

—Ummm... eso suena bien. Pero primero debemos ver a qué hora hay vuelo.

En un inicio no entiendo sus palabras, hasta que caigo en cuenta de mi respuesta. Aunque anoche no hablamos de mi regreso a Luxemburgo, entiendo que habiéndonos reconciliado sería lo más lógico. Lo único es que cuando dije eso, hablaba de la casa que comparto con Scott.

—Eh... estaba hablando de mi casa aquí, en Nueva York —digo con cautela. Conociendo lo celoso que es Carlos, no sé cómo tomará esto.

Se queda callado, por un momento creo que no me ha escuchado o entendido.

—Está bien.

Ahora soy yo la que se queda callada, ¿acaba de ceder sin hacer preguntas?

¡Vaya, qué progreso!

De repente, Carlos me aplasta contra la cama y me aprieta las muñecas sobre el colchón, provocando mi risa.

—Pero primero déjame recordarte de lo que nos hemos estado perdiendo —añade rozando su miembro contra mi vagina.

Más tarde llego al apartamento, luego de que Carlos me dejara marchar y de pedirle que me esperara en el hotel; cosa que aceptó sin debatir, Pero como supuse, Scott ya se había marchado. Lo más probable es que esté donde su mamá.

Aprovecho que estoy sola y llamo a Davis para ofrecerle mis disculpas por lo sucedido la noche anterior, hablamos durante diez minutos, y a pesar de lo que pude haber supuesto, no está molesto. Logró vender algunos cuadros durante la exposición y eso hizo que retomara su confianza él. Lo bueno de todo esto es que la agencia no se quedará con la comisión, la ganancia será completamente suya. Le digo que me quedaré con su contacto, ya que me interesa no perderle la pista y nos despedimos en los mejores términos.

En cuanto termino llamo a Miguel y le cuento las nuevas.

—¡No manches! ¿De verdad vino hasta aquí?

—Ajá.

—¿A buscarte?

—Ajá

Suelta un silbido de aprobación.

—¡Híjole! Mira que eres suertuda, bombón. Es que desde hoy voy a dejar de ser barman para convertirme en escritor, lo primero que haré es escribir una historia basada en ti. —Me río—, la llamaré: Bajo el cielo Neoyorquino... No, espera, eso suena muy cliché, mejor: Pérdida en Nueva York, ¿qué te parece? —demanda emocionado.

—Que estás como una cabra —contesto sin parar de reír.

—Sólo espero que no hayas hecho alguna estupidez como rechazarlo, porque soy capaz de matarte, aunque tenga que revivirte de nuevo —advierte en un tono más serio.

Ya me lo imagino entornando los ojos y con la mano en la cadera,

tomando una pose dramática. Sonrío.

—¡Por supuesto que no! —Ni loca haría algo así. Ya aprendí la lección—. Y no es que sea de tu incumbencia, pero nos pasamos la noche retozando en su cuarto de hotel.

—¡Wepa! Más bueno que fue así. —Su tono pícaro me hace soltar una carcajada—, ¿entonces te vas? —pregunta de pronto serio, con cierta tristeza en la voz.

Suspiro. Mi vida vuelve a dar otro giro inesperado. La diferencia con los otros es que este me hace enteramente feliz.

—Sí.

—Te voy a echar de menos.

Yo también, voy a extrañar sus locuras.

—Ya nos veremos pronto, septiembre no está tan lejos.

—Eso es cierto, pero aun así...

Me despido de Miguel y deambulo un poco por el apartamento. Miro cada rincón de la casa que en pocos meses se convirtió en mi hogar. Abro mi armario y contemplo mi ropa, ahora tengo más que cuando llegué, me da pereza empezar a empacar así que lo vuelvo a cerrar.

Siento unas manos suaves acariciar mi rostro. Me desperezo y el olor embriagador de su colonia varonil me inunda.

—Hola, *Bella Durmiente*. —Abro los ojos y el rostro pasible de Scott me espera con una afectuosa sonrisa—. Lo siento, te vi y no pude resistirme.

Por encima del hombro de Scott miro hacia el exterior, por la ventana del balcón. Ya ha anochecido, no sé en qué momento mientras lo esperaba me quedé dormida.

Llevo los pies hacia atrás y me siento en el sofá.

—Te estaba esperando.

Scott se levanta y se sienta a mi lado.

—¿Cuándo te vas? —inquire en medio de un suspiro de pesar.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando entré te vi acostada y no vi ninguna maleta... por un momento llegué a pensar que le habías pedido a tu valiente “caballero” que se montara en su caballo blanco y se fuera por donde vino, pero ahora te miro y tienes ese brillo especial en la mirada; ése con el cual ya me estás diciendo adiós.

Siempre tan acertado en sus respuestas. Cada vez que Scott me mira siempre lo hace con un toque de diversión y de lujuria. Sin embargo, ahora no. Lo único que veo en ellos es tristeza.

—¡Diablos! —A pesar de su expresión controlada, su tono sale con más frustración del que pretendía. Lo sé, es difícil despedirse. No importa el poco tiempo que hayas compartido con una persona, lo importante es vivir cada uno de los momentos con intensidad; y los nuestros han estado llenos de ello—, ven aquí. —Levanta su brazo para que me acomode contra él, lo hago y me abraza fuerte. Un sentimiento profundo de cariño y gratitud me inunda.

—Scott, yo...

—No lo hagas, yo no sé hacer esto. Las personas que he querido se han ido de mi vida de una forma repentina y nunca he podido despedirme, ahora que lo pienso ha sido lo mejor, soy pésimo en esto.

—Tampoco es que me vaya a Tombuctú o algo parecido. Estaré detrás de la línea, a una llamada de distancia. También puedes venir a verme cuando quieras, al igual que Lindsay.

—Estoy seguro de que le encantará la idea. Y tú ya sabes, cuando tengas ganas de otra vez salir corriendo, de escapar, ya tienes a donde aterrizar. Sólo llámame para irte a buscar al aeropuerto.

—¿Y perderme la oportunidad de ser atracada, estafada y arrestada por prostitución? —digo fingiendo estar escandalizada. Ambos rompemos a reír.

—Que sepas que eres la prostituta más sofisticada y loca que me ha tocado arrestar. —Volvemos a reír hasta que poco a poco nuestras risas se van apagando—, ¿le contaste sobre nosotros? —Sacudo la cabeza en negación contra su pecho—. Hiciste bien, a los hombres no nos gusta saber que nuestras mujeres se han acostado con otros.

—Eso es una estupidez. Además, estábamos separados.

—No importa, el hombre que te diga lo contrario te está mintiendo. —Me quedo analizando sus palabras, es la cosa más machista que he escuchado. Puede que tenga razón, pero no me agrada la idea de tener que mentirle a Carlos—, Emma... —Levanto la mirada hacia su rostro, sin despegar mi cabeza de su pecho y sus ojos ya me están esperando—. Ya deja de sabotearte a ti misma y se feliz de una puta vez.

Asiento sin dejar de mirarlo.

—Tú también.

Le devuelvo el mismo consejo, porque aunque él asegura que es feliz con su vida, tal cual, el brillo de tristeza, de pérdida y soledad, jamás abandona sus ojos.

Vuelvo acomodarme contra su pecho y así nos quedamos un largo rato. En silencio.

Más tarde, Scott se ofrece a llevarme al hotel, pero prefiero marcharme en taxi. Me acompaña hasta abajo y le digo que vendré en la mañana a buscar mis cosas. Su silencio y su mirada me dejan ver que no estará, quizá sea mejor así. Nos despedidos con un abrazo sin palabras. Ya todo está dicho. Ya no hay nada más que agregar.

Carlos tuvo la loca idea de que nos quedáramos unos días, algo así

como unas minivacaciones. Es su primera vez en la gran manzana, así que los próximos días, durante el día nos la pasamos comportándonos como cualquier turista, visitando cada monumento, comiendo comida chatarra, algunas veces nos juntamos con Miguel y Mario; y en las noches nos dedicamos a hacer lo que mejor se nos da: ¡Galopetas en la habitación!

Pronto llegó el día de salir de nuestra burbuja, de regresar a la realidad, de modo que con cinco maletas suplementarias de las que traje y muchos sueños, de la mano del amor de mi vida, tomo el vuelo de regreso a casa, la que nunca debí abandonar.

Epílogo

“Debemos usar el tiempo sabiamente y darnos cuenta de que siempre es el momento oportuno para hacer las cosas bien.”

Nelson Mandela

Cuando aterrizamos nos fuimos directamente a la que ahora es mi casa. El apartamento de Carlos. Sí, el señor decidió que él es quien toma las decisiones sobre nuestra relación y lo he dejado creérselo. Por lo menos por ahora. Debo admitir que me pone mucho su lado mandón.

Fui a ver a mi mamá y casi caí de nalgas al ver que mi Julio sigue siendo mío, al final Rubén no pudo venderlo, según él no consiguió ningún comprador. En mi opinión, decidió conservarlo por mí, ¡y me muero del gusto!

Ha pasado una semana. Una semana en la que me he dedicado a recuperar mi vida. He remodelado la casa dándole un toque más femenino, fui a mi antiguo trabajo, pero no había nada para mí porque todos los puestos ya estaban ocupados. En un principio me causó cierto pesar, dejé un trabajo seguro que me gustaba por ir detrás de un sueño que resultó ser una cortina de humo. Sin embargo, después de meditarlo bien, tampoco sabía si quería volver. Siento que mis prioridades han cambiado, antes creía que tener una exitosa carrera y ser una mujer independiente me haría feliz. Pero recientemente he descubierto que existen otras cosas que pueden hacerlo, como estar rodeada de mis seres queridos, acostarme y despertarme rodeada de los brazos del hombre que amo y que me ama. Escucharlo reír, cantar en la ducha, verlo cocinar para mí; son cosas sencillas pero con un valor único.

—Carlos, hay algo que debo decirte —anuncio cuando él sale del baño,

con una toalla alrededor de la cintura y yo estoy alisando mi pelo, sentada delante del espejo de nuestra habitación.

Llevo toda la semana dándole vueltas en mi cabeza. A pesar de que Scott me aconsejó lo contrario, creo que Carlos debe saber, para que nuestra relación funcione tengo que ser honesta con él, no quiero más secreto entre nosotros.

—¿Qué sucede, corazón? —Pasa por mi lado, se detiene y saca un bóxer azul marino de la cómoda, me da un beso en el cuello antes de seguir su camino hasta el armario. Deja caer la toalla al piso y se pone los calzoncillos. Admiro la belleza de su cuerpo desnudo.

Él sabe que me lo estoy comiendo con los ojos y sonrío pretencioso. Trago en seco y por un instante casi pierdo el hilo de lo que estoy a punto de confesar.

—Este... —Empiezo a decir dudosa. Las cosas están tan bien entre nosotros que tengo miedo de estropearlo—, te dije que Scott y yo sólo éramos compañeros de piso, lo cual es cierto. —Él abre las puertas del armario y ya no logro verlo por lo que no puedo medir su reacción, clavo la vista en algún punto ciego de la madera de la cómoda a la vez que sigo alisando mi pelo con cuidado de no quemarlo—, pero hay algo que no me atreví a decirte en Nueva York. —Hago una pausa para llenarme de valor—. Y es que una noche, Scott y yo...

—No me importa —me interrumpe con voz neutral, levanto la mirada, pero todavía no logro verlo.

—¿En serio? —inquiero sorprendida.

Él sale del armario vistiendo únicamente unos vaqueros oscuros, se posiciona detrás de mí y pone sus manos sobre mis hombros.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eres indispensable para que yo pueda ser feliz? Que para mí el amor sólo puede llevar un nombre, el tuyo,

Emma —confiesa mirándome detenidamente a través del espejo. Sonrío tímida y le mantengo la mirada, empapándome de ese magnetismo que desprende su cuerpo y sus ojos, por el cual me siento cada día más atraída y agradecida porque creo que jamás encontraré a alguien que me ame más que él—. A mí no me interesa si te acostaste con Scott, Paul, Pierre o Jack. Nada de eso importa, porque lo único que de verdad lo hace, es que voy a dedicar mi vida para ser el último y el único que cuenta para ti.

Me derrito ante tanta dulzura. Dejo el alisador para el cabello sobre la cómoda y me levanto. Rodeo su cuello con mis brazos y lo beso con posesión y delirio. Carlos envuelve mi cintura con un brazo, me levanta del suelo y me lleva hasta la cama.

Algo me dice que llegaremos tarde.

—Te amo —dice con ternura y devoción.

—Yo también te amo —contesto entregada, embriaga por su amor.

Esta noche voy a ir con Carlos al bar. Estoy un poco ansiosa. Tantas cosas han cambiado que tengo miedo de sentirme fuera de lugar.

Desde mi llegada, es la primera vez que veré a las chicas.

Soy consciente de que es una estupidez, pero me siento un poco avergonzada. Adriana me dijo en varias ocasiones que estaba huyendo de Carlos, que irme no era la solución, pese a que tenía mucha razón me hice la obtusa y no la escuché. Todavía no sé qué le diré.

—¿Lista? —inquire Carlos, sosteniendo la puerta del bar mientras que con la otra me agarra de la mano.

Desde aquí escucho la música atronadora que me da la bienvenida.

—¿Cómo no estarlo? —contesto sonriendo—. He vuelto a mi hogar.

Entramos y todo luce diferente, pero diferente de un modo bueno. Las reformas que Adri ha hecho me encantan. Mientras que Carlos se abre camino, saludo a algunos conocidos y es como si nada hubiera cambiado. Al llegar a la Zona Vip me quedo paralizada, entre la confusión y la emoción.

—¡Eh! —gritan todas al verme, saltando de la silla. Carlos se gira con una sonrisa traviesa.

—Bienvenida a casa —murmura, apenas rozando sus labios contra los míos.

¿Pero qué...?

No me da tiempo a materializar mi pregunta porque tengo a Linda y a Samia inmovilizándome con un fuerte abrazo, obligando a Carlos a retroceder y a soltarme la mano. Adriana en cambio se mantiene a algunos pasos de distancia.

—A pesar de que me encanta tenerte sólo para mí, entiendo que las necesitas y como no te animabas a llamarlas, lo he hecho por ti —aclara Carlos al ver mi cara perpleja—. Disfruta de tu noche.

Escucho que dice Carlos antes de dar la vuelta para dirigirse al bar.

—Pensé que nunca acabarían con su luna de miel. —Se queja Linda en cuanto me sueltan.

—¿Luna de miel? —pregunto confusa—. ¿De qué hablas?

—Bueno, de su reencuentro —aclara ella entornando los ojos—. Con eso de que no llamabas, asumimos que todavía no se habían cansado de retozar en el cuarto.

Me rio.

—Dios, pero mírate, estás preciosa. No has engordado nada con el embarazo —digo mirando a Samia de los pies a la cabeza.

—Dile eso a mí trasero y a mis tetas...

—Yo que tú, no me quejo —la corta Linda—. Mira que en el último

trimestre pensé que terminaría rodando.

Sólo de imaginarla me río, con todo lo que comía me extraña que no lo hiciera.

—Ven, vamos a sentarnos que tienes muchas cosas que contarnos —dice Samia enredando su brazo con el mío.

Mientras nos acercamos recuerdo las últimas palabras que le dije dos semanas atrás y la culpa me invade.

—Adri... yo.

—Ya cállate, boba, dame un abrazo —interrumpe mi patético intento de disculpa, abriendo los brazos.

¡Dios, cuánto la había extrañado! Y ambas nos perdemos en un abrazo de bienvenida y de disculpas no dichas.

—No quise decir esas cosas —murmuro.

—Shhhh... lo sé —contesta con una voz cargada de emoción—. Anda, siéntate y cuéntanos qué diablos has estado haciendo que no nos habías llamado.

Nos sentamos alrededor de la mesa y una botella de tequila no tarda en llegar.

Linda y Adriana sueltan un silbido en conjunto.

—¡Veo que ser la mujer del dueño tienes sus ventajas! —exclama Adriana y me río.

—Tú mejor que nadie debería saberlo, ¿debo recordarte como era cuando Claude era el propietario?

—Ni lo digas. Al final no sé quién estaba más contento de que Carlos comprara el club, si él o Maximiliano. —Todas nos reímos mientras que el mesero sirve dos shots—. Es la primera vez que vengo y que él no intenta hacernos un chantaje sexual para retenerme en casa. Pero bueno, ya basta de hablar de mí. Anda, cuéntanos cómo va esa reconciliación.

Y así durante media hora les hago un resumen de lo sucedido en Nueva York y de cómo va mi relación con mi morenazo. Las chicas se quedan sorprendidas con lo de mis jefes y se alegran de que haya vuelto con Carlos. De hecho, me entero de que fueron Linda y Adri quienes lo animaron para que me fuera a buscar.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —inquire Samia en cuanto les comento que no pude recuperar mi antiguo trabajo.

—No lo sé. —Mi mirada se desplaza hacia abajo, hacia la barra, donde Carlos está sirviendo unos tragos. Desde la primera vez que nos acostamos, él siempre dio el primer paso para estar cerca de mí, siempre hizo todo lo que estuvo en su poder para que lo nuestro funcionara, para complacerme, para hacerme feliz. Siempre me ha antepuesto ante cualquier cosa. ¡Hasta voló a Nueva York por mí! Y yo, ¿qué he hecho yo para demostrarle que verdaderamente me importa?, ¿cómo le hago sentir que está primero que todo? Siento que no he hecho nada—, creo que me tomaré un tiempo para dedicárselo a él. —Con un gesto de cabeza señalo hacia donde se encuentra—. Podría ayudarlo aquí en el bar.

Las chicas me miran como si de pronto me hubieran salido tres cabezas.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta Adriana. Me encojo de hombros.

—Sí.

—¿Renunciarías a tu carrera por él? —inquire Linda sin poder creer lo que acaba de escuchar.

—Es algo temporal, y aunque no lo fuera no me importaría, porque él lo vale.

Finale de septiemb...

—Estás... —Me quedo muda mirándola de los pies a la cabeza. No encuentro palabras para describirla. Nunca la hubiera imaginado vestida así, sin embargo, verla dentro de su bonito vestido de corte princesa, de manga larga de tul con encaje... me deja muda. Y encima con ese escote en pico que le da un toque sexy y elegante al vestido de novia—. Pareces una princesa.

—Me siento rara —comenta arrugando la cara, dudosa. Se mira de arriba hacia abajo—. Tengo treinta y tres años y dos hijos, creo que no tengo edad para usar un vestido con este corte, eso es para jovencitas.

—No digas estupideces —previene el responsable de que todo esté perfecto—, una se casa para toda la vida. Por lo mismo, es lógico que luzcas como toda una reina. Este es tu día, ¿o es que acaso piensas volver a casarte? —inquiere Miguel, y le acomoda el velo a Adri.

Llegó hace tres semanas y desde entonces no ha parado, se ha encargado hasta del último detalle. Se le da bien. Creo que debería dedicarse a esto.

—¡Dios me libre! —contesta ella con cara de horror—. No pienso volver a pasar por todo este estrés: que si los invitados, que si el vestido, las flores, el bufé... No, no, no. Sí por mi fuera hubiera ido al Ayuntamiento, hubiera firmado y nos hubiéramos reunido en un restaurante todos juntos y ya.

—Maximiliano te hubiera matado si le hubieras dicho que querías casarte en el Ayuntamiento —digo—. Con lo ansioso que estaba en divorciarse para poder ofrecerte la boda de tus sueños, Adriana. Nunca hubiera permitido que te casaras en el Ayuntamiento sin más.

—¡Qué va! Max se hubiera casado hasta en Las Vegas si se lo hubiera propuesto.

—¿Y privar a Miguel de ejercer de *Wending planning*? —comento y Adriana se ríe.

—En tal caso, yo la hubiera matado —asevera Miguel—, bueno, bueno. —Nos interrumpe chocando las manos—. Ya basta de tanta platica, ya es hora.

La tomo de la mano y le doy un leve apretón.

—Te veo en altar.

—Seré la de marfil —bromea con una sonrisa genuina e incrédula. Es como si todavía no se creyera del todo que está a punto de realizar uno de sus más grandes sueños: casarse con el amor de su vida.

Salgo de la habitación y bajo al lindo jardín del hotel Parc Bel Air. La tarde está fresca, el sol empieza a ocultarse en el horizonte y los árboles están teñidos de un hermoso anaranjado. La vista es espectacular. En el ambiente se respira romanticismo y elegancia. Miguel ha hecho un excelente trabajo. Busco a mi macho; ese que me trae de cabeza y por suerte no tardo en encontrarlo.

—¿Buscando quién la lleva al altar, señorita? —pregunta con cara de pillo y mirada seductora.

—Sí y creo que ya encontré al indicado.

Entrecierra los ojos y me lanza una mirada inquisidora.

Sí, puede ser que mis palabras estén cargadas de doble sentido. Puede que esté lista para convertirme en la chica de blanco por la que esperan en el altar. No digo que vaya a ser mañana, pero dejaré esa puerta abierta. Únicamente falta ver si Carlos se atreve a cruzarla.

—¿Ya te dije lo mucho que me encanta tu vestido?

—Sí, ya lo dijiste.

—Entonces, lo que no te he dicho es lo desesperado que estoy por llegar a casa y quitártelo.

—¿Quién dijo que tienes que esperar tanto?

Hay algunas cosas que no cambian. Y echar un polvo con tu hombre en

medio de una fiesta es una de ellas. Después de todo, estamos en uno de los hoteles más lujosos del país. Hay que aprovecharlo.

Enredo mi brazo con el suyo y juntos cruzamos el camino que nos lleva al altar, donde un ansioso —y aunque me cueste admitirlo—, hermoso Maximiliano, nos espera en un esmoquin negro con camisa marfil.

Luego de que Linda y Samia nos sigan los pasos; pero contrariamente a mí que vine del brazo de Carlos, o de Linda que va del brazo de su esposo, Vincent, Samia va del brazo de Antonello, un gran amigo de Maximiliano. No entiendo la razón por la cual no nos lo presentó antes porque está como un guante.

Sí, ya lo sé, estoy enamorada, pero todavía tengo ojos y refrescarse la vista de vez en cuando no hace daño.

Después de que todos estamos en nuestros puestos, una preciosa Adriana, del brazo de Alexander, por un sendero lleno de flores blancas y rojas, bajo la hermosa melodía de *Perfect* de *Ed Sheeran* camina hacia lo que siempre fue su destino.

La ceremonia fue muy emotiva. Adri no se aguantó las lágrimas cuando Max recitó sus votos. Mira que decirle «Te amé antes de conocerte, lo hice aún más cuando te conocí y aquí delante de todos nuestros amigos y seres queridos, te prometo que te amaré por siempre, porque eres y siempre serás la casualidad más bonita que me ha pasado jamás. Te amo, peluche.»

No soy una romántica empedernida, pero debo reconocer que el tipo sabe encontrar las palabras cuando es necesario. Y así, rodeados de familiares y amigos, en un ambiente íntimo y decorado con sillas blancas, flores y luces, Adriana y Maximiliano se dan el famoso y tan esperado *acepto*. Una vez que el juez los declara marido y mujer; y de pasar por una ronda de felicitaciones, pasamos al lindo salón que el personal del hotel —bajo la atenta supervisión de Miguel—, ha preparado y decorado para la ocasión.

Me quedo en una esquina observando a los nuevos esposos mientras abren la pista de baile. De soslayo veo a una mata de pelo castaño y rizado correr detrás de la mesa del pastel.

—Si tu madre te ve robando un pedazo de pastel te va a regañar —le digo a Lía, me acuclillo para estar a su altura haciendo que mi vestido color champaña roce el piso—, o lo que es peor, tío Miguel pegará un grito al cielo.

—Pero yo quiero pastel.

—Se supone que debes esperar hasta el final de la fiesta para comértelo, pero si coges un pedacito de aquí abajo nadie lo notará —digo y rozo mi dedo por la parte baja y trasera del bizcocho de tres pisos, robo un poco de crema y me la llevo a los labios, me chupo el dedo y suspiro de gusto. ¡Está delicioso!—, anda, hazlo, nadie lo va a notar.

—La niña imita mi gesto con una sonrisa de oreja a oreja y también se roba una pequeña porción del glaseado de limón. Luego repite la acción y se marcha corriendo.

—Sabes que no puedes consentirla en todo —manifiesta Carlos, viniendo en mi dirección mientras me incorporo.

—¿Lo dice el que babea cada vez que tiene a su ahijada en brazos?

Él sonríe.

—Buen punto, pero es que esa niña saca lo mejor de mí.

Lo sé y me fascina verlos juntos. Y, aunque, hace meses dijo que no le importaba convertirse en padre o no, cada vez que está con Karla, no puedo evitar ver ese anhelo en sus ojos. Es por eso por lo que hace mes y medio fui donde la ginecóloga para una evaluación, y en vista de que todo ha salido bien, he decidido parar los anticonceptivos sin decirle nada. ¿Quién sabe si pronto puedo darle la sorpresa?

—Pensé que esa era yo —digo fingiendo molestia. Él pasa sus manos por mi cintura y tira de mí hacia él hasta que quedo apenas unos centímetros

de su rostro.

—Tú sacas otras cosas —confiesa con cara de pillo y sonrisa mitad sexy, mitad canalla—, de hecho ahora mismo estás sacando algo grande, muy grande —continúa socarrón, frotando de forma discreta su miembro contra mí.

Miro a nuestro alrededor mientras sonrío. Es un descarado.

—Pienso que puedo ayudarte con ese problemita —susurro contra sus labios.

—Consigan una habitación —bromea Adriana.

—Ya escuchaste, hazle caso a la muchacha —le pido a Carlos, y aunque mi tono es medio divertido, con la mirada le dejo claro de que no estoy jugando.

—Ustedes no cambian —comenta pasándome una copa de champán.

—Ya me conoces, desde que volví me es imposible quitarle las manos de arriba. —Miro a Carlos reunirse con los demás hombres al lado opuesto del salón y sonrío feliz. Él me hace feliz—. De hecho, no entiendo qué haces todavía por aquí.

—Eso mismo me pregunto yo —interviene Samia, posicionándose entre ambas.

—Disfrutando de mi fiesta, Miguel ha hecho un excelente trabajo. Todo quedó hermoso.

—Sí, sí. Miguel se lució, pero de lo que deberías estar disfrutando es de tu luna de miel. Después de todo es lo mejor de casarse.

—Coincido con Emma. No sabes cómo te envidio porque mientras te vas a disfrutar de unas lindas vacaciones a Moscú, yo me voy a pasar las noches en vela. —Se queja Samia antes de darle un largo trago a su copa con cara de agobio, hace poco se convirtió en la madre de un lindo niño—, es cidra de manzana. —Aclara al ver la mirada inquisidora que Adri y yo le

hemos echado.

—Pero si Bâhir es un encanto —apunta Adri.

—Mientras está en brazos de su padre, pero en cuanto lo acuestas sale el diablillo que lleva dentro. ¡Oye! Si quieres te lo presto para que te mantenga despierta durante tu viaje.

—Ella ya tiene quien la mantenga despierta, ¿tú crees que el marido eligió un destino donde hace tanto frío por casualidad?

Samia se ríe, Adri trata de reprimir una sonrisa y sacude ligeramente la cabeza.

—¿Qué tanto cuchichean ustedes tres? —interviene Linda acercándose a nosotras.

—Hijos, maridos, viajes... Ah, y estrategias que usa el maridito de Adriana para mantenerla encerrada en la habitación —bromeo. Con un gesto de mano le indico al camarero que se acerque. Cuando lo hace, tomo una copa y se la paso a Linda—, propongo un brindis. —Ambas me rodean y levantan sus copas—. Por nosotras, porque pase lo que pase; ya sea que tengamos hijos, maridos, estemos viejas, con las tetas y las nalgas caídas o vivamos a millas de distancia, sigamos juntas en el camino.

—¡Salud! —gritamos al unísono antes de chocar las copas y beber un trago.

Nos quedamos mirando el salón en silencio, donde un Miguel conversa muy acaramelado con Mario, ha venido para acompañarlo a la boda. Pronto regresarán juntos a Nueva York. Los voy a extrañar mucho. También miro a nuestros maridos conversando muy sonrientes con Rubén, Alex, Raúl y otros amigos. También veo a los gemelos. Kathy ya tiene novio y Kevin no la deja ni a sol ni a sombra. Se ha convertido en su chaperón. Raquel se dio una segunda oportunidad y si en un inicio sus hijos no lo aceptaban, ahora luce radiante al lado de Tom.

Luego reparo en nosotras, hablando de cosas triviales, rodeadas de amigos y familiares, personas que nos han acompañado a lo largo de nuestras vidas. Sonrío de felicidad.

Por primera vez en la vida me siento completa.

Siento que estoy donde siempre debí estar.

—No nos fue tan mal, ¿eh?

Adriana que está a mi lado, me rodea la cintura con la mano que tiene libre, me acerca más a ella y recuesta la cabeza sobre mi hombro.

—Yo creo que nos fue muy bien —responde luego de uno segundos de silencio, recorriendo el salón con la mirada.

Siendo consciente de lo mismo que yo.

Somos afortunadas.

Fin.

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a todas las personas que me han apoyado durante esta aventura.

Primeramente, quiero agradecer a mi madre por el apoyo, a mis hijos por el tiempo que les quito para escribir y leer.

A mis primas, que siempre están presentes en cada una de mis locuras: Liliana Montero y María Jacobo.

A mis compañeras del grupo de las guerreras; más que amigas nos hemos convertido en familia: Rocío Reyes Aguirre, M. Carmen Romero Rubio, Ana Isabel Rodríguez García, Adriana Alejandrina Burgos Aguirre, Lucia Merchante Fernández, Paula, Mayte, Carlos, Virginia, Bibi, Cris, Diana, Maca Salomón, Yess, Inma y Mariela.

A Isabella Abad por ser mi lectora beta.

A Cristina Brenes por su ayuda con la sinopsis y el apoyo de siempre.

A mi grupo de lectura, gracias chicas, por tantas risas y confianzas. Al grupo de las Románticas, gracias por haberme aceptado entre tantas mujeres talentosas. Por la ayuda y el apoyo diario.

Y a todas las lectoras que siguen cada uno de mis trabajos.

¡Mil gracias!

Biografía.

Indhira Jacobo tiene treinta y tres años, nacida en Santo Domingo, República Dominicana. Está casada y tiene dos hijos. Desde muy pequeña, se trasladó a Francia, donde entre otras cosas, aprendió el amor a la lectura, sobre todo, del género romántico; tanto, que se denomina a sí misma como: devora libros.

Recientemente regresó y se estableció en la tierra que la vio nacer, donde, luego de mucho esfuerzo y sacrificios, decide autopublicar dos novelas y un relato, que forman parte de la bilogía: a: «La Chica de Mis Sueños».



Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en:
indhirajacobo@gmail.com

www.facebook.com/indhirajacoboautora

 [Indhira_jacobo](#)

 [Indhira_jacobo](#)

 [Indhira_jacobo](#)

